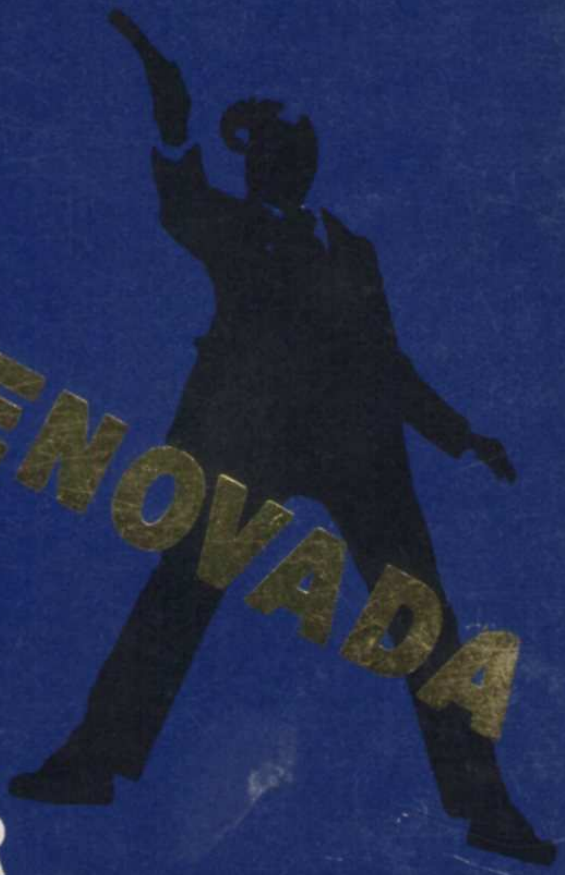
EL MAESTRO DE ESPÍAS DE
IAN FLEMING

UN AUTENTICO BEST SELLER DE Lasser Press

JAMES BOND

en

LICENCIA PARA MATAR



por JOHN GARDNER

Licencia Renovada Para Matar

John Gardner

(1981)

Lasser Press
Mexicana, S.A.
México, D.F.

Título original en inglés: License Renewed
Traductor: Margarita Álvarez Franco

Primera edición en español:
Agosto de 1982.

ÍNDICE

Agradecimientos 4

1.- El pasajero del vuelo 154..... 5

2.- Meditaciones en un sendero de Surrey..... 8

3.- La Oposición..... 21

4.- El expediente de un gran señor escocés 31

5.- Camino de Ascot 42

6.- Perlas para los cerdos 58

7.- El rey en su castillo..... 69

8.- Virgen en las rocas 77

9.- Lo último de lo último..... 86

10.- Dilly-Dilly..... 96

11.- El síndrome de la honda 103

12.- Un contrato, señor Bond 115

13.- Paseo nocturno.....128

14.- Alta frecuencia 140

15.- ¡Se escapó la pieza! 148

16.- Fiesta fatal 159

17.- Muchos estilos de morir 167

18.- Complot con testigos de vista 177

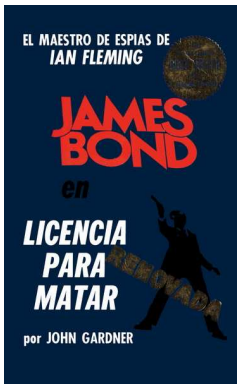
19.- El ultimátum.....189

20.- Warlock 202

21.- Ataque aéreo 212

22.- El castillo de Warlock.....219

23.- Toda una dama.....227



Agradecimientos

Deseo manifestar mi especial agradecimiento al Consejo Directivo de Gildrose Publications Ltd., propietarios de los derechos literarios de James Bond, por pedirme que intentara una tarea que no era poco peliaguda: tomar los hilos donde Ian Fleming los dejó y traer al Agente 007 al presente decenio. Gracias muy cumplidas a los señores Dennis Joss y Peter Janson-Smith, así como a H.R.F.K., quien inicialmente actuó como mensajero entre nosotros.

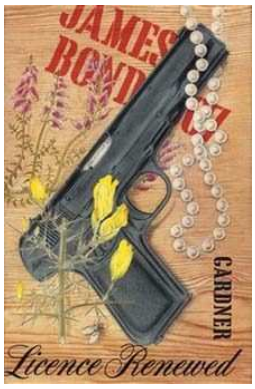
Nos hemos acostumbrado hasta tal punto a los aparatos mecánicos y electrónicos, de todos tamaños y formas, empleados por James Bond, cuya descripción abruma nuestro entendimiento, que me permito señalar, en beneficio de los escépticos, que todo el “equipo” utilizado por el señor Bond en este relato es auténtico. Todos los aparatos proporcionados a Bond por la Sección Q (así como las modificaciones hechas al Saab del famoso agente secreto) pueden adquirirse en el mercado, sea abiertamente o por medios clandestinos. Tengo una deuda de gratitud con Communication Control Systems Ltd., y mucho mayor con la encantadora Jo Ann O’Neill y el imponderable Sidney, por la ayuda que me prestaron en la tarea de recabar detalles acerca de los aparatos que forman parte del equipo de James Bond.

En cuanto a los inventos de Anton Murik, señor de Murcaldy, el tiempo dirá.

John Gardner

1981

A la memoria de Ian Lancaster Fleming



1.- El pasajero del vuelo 154

EL HOMBRE QUE ENTRÓ al lavatorio del aeropuerto tenía pelo claro, pulcramente recortado a la altura del cuello. Macizo, más o menos de un metro sesenta y ocho de estatura, vestía unos arrugados pantalones de mezclilla, camiseta y zapatos de lona. Un buen observador habría notado, sin duda, la inteligente mirada de sus claros ojos azules, así como las delgadas cejas que, formando amplias curvas, casi se juntaban encima de su afilada nariz.

En comparación con su cuerpo, la cara del hombre era enjuta, y su color era más bien moreno, considerando lo claro de su cabello. Llevaba consigo un maletín café y, cuando entró en el lavatorio, se dirigió sin vacilar a uno de los privados, con un rápido regate para no tropezar con un mozo de overol que se ocupaba de limpiar los azulejos del piso con una espátula de hule, tarea que realizaba sin el menor entusiasmo.

Una vez dentro del compartimiento, el hombre corrió el cerrojo y acomodó el maletín en la taza del inodoro, lo abrió y sacó de él un espejo que colgó del gancho que había en la puerta, hecho esto se quitó la ropa y se quedó en calzoncillos.

Antes de quitarse la camiseta, deslizó hábilmente los dedos por debajo del cabello, a la altura de las sienes, y se arrancó la peluca que cubría su propio cabello, que llevaba muy corto.

Con el pulgar y el índice levantó el extremo de la ceja izquierda y, con rápido movimiento, como cuando una enfermera arranca la tela adhesiva que cubre una herida, se arrancó las cejas: desaparecieron las largas y bien trazadas curvas, y con ellas lo que parecía un buen trozo de piel; a la vista quedó un par de cejas hirsutas que, obviamente, eran las suyas propias.

El hombre procedía como todo un profesional, con cuidado y rapidez, como si el tiempo urgiera. Del maletín sacó un corsé de lona, que se enrolló alrededor de la cintura y que anudó firmemente, con lo que consiguió dos efectos: afinar su silueta y dar la impresión de mayor estatura. Bastaron unos segundos más para acentuar esta última ilusión; después de doblar prolijamente los pantalones de mezclilla y la camiseta, el individuo metió los calcetines en los zapatos de lona y se calzó un par de calcetines de color gris oscuro, se vistió un bien cortado par de pantalones de material ligero, también gris oscuro, y luego se calzó un par de zapatos negros que en su interior tenían lo que los actores llaman “elevadores”, con lo que ganó buenos cinco centímetros de estatura.

Habiendo ajustado el espejo colgado en la puerta, se puso una camisa de seda blanca y se anudó la corbata, gris perla; luego abrió una caja de plástico, oblonga, que estaba en el maletín debajo del corsé, los calcetines, los pantalones y la camisa, y que habían mantenido en su sitio los zapatos, colocados a uno y otro lados.

La caja de plástico contenía nuevos elementos destinados a cambiar el rostro de nuestro hombre: primero, lentes de contacto de color oscuro, y el fluido necesario para humedecerlos, y sus ojos azules adquirieron el color del azabache. Luego, se introdujo en la boca unos cojincillos de hule espuma y los acomodó de manera de llenarse las mejillas. Claro que esto le impediría comer

o beber, pero bien valía la pena el sacrificio sí le permitía lograr el efecto buscado.

Sin duda, lo más importante del disfraz era un conjunto de bigote y barba recortada, hechos de pelo auténtico y adheridos a un invisible trozo de látex adhesivo; de este marco flexible colgaban auténticas cerdas que, una vez colocadas sobre la barbilla y el labio inferior, pasarían por auténticos, incluso vistos de cerca, Aquel postizo era obra de un perito neoyorquino que afirmaba estar emparentado con Ludwig Leichner[1], el famoso tenor wagneriano del siglo XIX, inventor de la pinturas grasosas empleadas para el maquillaje teatral.

El hombre sonrió a la imagen del desconocido que lo miraba desde el espejo y, como toque final, se puso unos anteojos de vidrios transparentes, con marco de metal. Sin ánimo de ofender al supuesto pariente de Leichner, nos permitimos afirmar que la persona parada frente al espejo era, por derecho propio, un mago del maquillaje y del disfraz. Desde luego, esos conocimientos formaban parte de su profesión (quizá la menos letal), y había hecho su aprendizaje con los mejores profesionales del ramo que trabajaban en Hollywood; además, poseía conocimientos casi enciclopédicos, adquiridos con la lectura de las obras más famosas: *El arte de la actuación,* de Lacy[2]; *Guía práctica del arte del maquillaje* (obra anónima)[3], los tratados más conocidos de Leman Rede[4], C.H. Fox[5] y el gran S.J.A. Fitzgerald[6].

Concluida su tarea, cerró la caja de plástico, sacó del maletín la chaqueta que completaba el terno, se guardó en los bolsillos todo lo que creyó necesario: cartera, pasaporte, boleto, pañuelo, dinero suelto y billetes de banco... y, después de echar una última mirada a la imagen del espejo, empacó todo con el mayor cuidado, se puso en la muñeca izquierda un reloj digital de oro y, para terminar, sacó de una bolsa que había en la parte superior de su maletín una cubierta que se ajustaba perfectamente y que, una vez colocada, se convertía en una “segunda piel” que transformaba su maletín café en otro de lustroso color negro. Así pues, cerró el equipaje, lo recubrió con la “segunda piel”, y le echó las llaves.

Con una última mirada a su alrededor, el hombre revisó sus bolsillos y salió del privado; no había manera de relacionarlo con la persona que había entrado minutos antes. Se dirigió directamente a la puerta y, una vez fuera del lavatorio, cruzó el recinto en dirección al mostrador de registro de pasajeros.

En el lavatorio, el mozo al que vimos limpiando el piso sin mayor entusiasmo dejó su implemento de trabajo recargado contra la pared, y salió. También él cruzó la sala de espera, pero se detuvo ante una puerta en la que se leía la palabra PRIVADO, y la abrió con su propia [lave. Entró en un cuarto pequeño, sin más mobiliario que una mesa, una silla y un teléfono.

Mientras el hombre que cambiara de rostro se aprestaba a abordar el vuelo El 154 de Aer Lingus[7], de Dublín al aeropuerto de Heathrow[8], en Londres, el insignificante mozo de limpieza hablaba apresuradamente por el teléfono. Faltaban pocos minutos para las ocho y cuarenta y cinco minutos de la mañana.

[1] Ludwig Leichner (1836-1912). Barítono. En 1873 comenzó a producir comercialmente maquillaje graso no tóxico en barras, facilitando su aplicación.

[2] Thomas Hailes Lacy (1809-1873) fue un actor, escritor, empresario y publicista teatral británico. Lacy debutó en el West End en 1828, pero se retiró de la escena a mediados de los 1840s. Entre 1848 y 1873 publicó ediciones de obras para los actores, alcanzando 99 volúmenes con 1.485 obras.

[3] "How to 'make-up': a practical guide to the art of 'making-up', for amateurs, &c.: showing, by a series of novel illustrations, the manner in which the face may be 'make-up' to represent the different stages of life." Publicado por Samuel French en 1877. En el texto original se cita como escrito por "Haresfoot and Rouge", entre comillas, ya que se trata de un pseudónimo. Ambas palabras son términos de maquillaje. "Rouge" era, y todavía es, la pintura roja para labios y mejillas. "Haresfoot" (o "Hare's foot", "pata de liebre") era una herramienta con la que los actores profesionales se aplicaban el maquillaje graso a finales del siglo XIX y principios del XX. Es el primer libro inglés sobre maquillaje teatral y describe la aplicación de maquillaje con pigmentos en polvo, alguno de ellos tóxico.

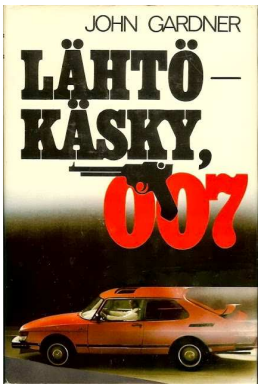
[4] William Leman Rede (1802-1847) fue un prolífico y exitoso escritor teatral que compuso farsas, melodramas y comedias musicales para teatros como el Olympic, el Strand, y el Adelphi.

[5] Charles H. Fox fue un extravagante personaje muy conocido en el mundo teatral durante la era victoriana. Proporcionaba toda clase de cosas a los actores para sus interpretaciones: pelucas, vestuario y maquillaje. En 1878 abrió en Covent Garden una tienda con su nombre, que perdura todavía hoy. Entre sus más famosas pelucas están las que hizo para Sir Henry Irving y Ellen Terry.

[6] Shafto Justin Adair Fitz-Gerald (1859-1925). Escritor y dramturgo británico.

[7] Aer Lingus es una compañía aérea privada irlandesa, antiguamente la aerolínea de bandera de la República de Irlanda. Con base en el aeropuerto de Dublín, da servicio a Europa, Estados Unidos y Marruecos con una flota de 41 Airbus. Ryanair posee el 29,4% de la aerolínea y el gobierno irlandés un 25,4%. Salió a la Bolsa de Valores de Dublín y Londres el 2 de octubre de 2006 tras la aprobación previa del gobierno. Aer Lingus es un antiguo miembro de la alianza Oneworld, que abandonó el 31 de marzo de 2007. La compañía emplea a 4000 personas y tiene ingresos de 1,3 millones de euros a partir de 2007. Su lema es "Disfrute de su vuelo". Transportó 9,3 millones de pasajeros en 2007.

[8] Heathrow es un área que en la actualidad forma parte del municipio londinense de Hillingdon. Originalmente se denominaba Heath Row. Era un pequeño pueblo en Middlesex, en las afueras de Londres, que fue expropiada para la construcción del Aeropuerto de Heathrow en 1944.



2.- Meditaciones en un sendero de Surrey

JAMES BOND metió la tercera velocidad, enfiló el Saab 900 Turbo[9] hacia la izquierda —pegándose al borde del camino, cubierto de pasto—, y pisó el acelerador para sacar al auto de la curva.

Su ruta lo llevaba por una complicada red de caminos rurales, tan detestados por los taxistas londinenses, pues se había propuesto tomar un atajo que corría entre setos, ondulantes campiñas y gigantescas ojivas formadas por las copas de los añosos árboles, todo lo cual se entretejía con los caminos secundarios de Surrey[10]. Aquel paseo por el campo lo llevaría a Guilford[11] y, después de un tramo recto por buenas carreteras, a Londres.

Bond conducía a excesiva velocidad. Un vistazo al tablero de instrumentos, con sus carátulas digitales que se reflejaban en el parabrisas del Saab (construido especialmente para él), le indicó que corría a casi setenta millas por hora[12], cosa decididamente peligrosa en ese tipo de camino. El motor rugió cuando volvió a cambiar la velocidad; luego, aceleró la marcha para salir de una serie de curvas dobles. Poco a poco, sin embargo, se impuso el sentido común, y Bond pisó ligeramente el freno, hasta reducir su marcha a un ritmo más sensato. Pero no por eso logró dominar ira que lo poseía.

Aquella misma noche había recorrido el mismo camino, aunque en sentido inverso, en dirección a su casita de campo, recién adquirida y decorada, y he aquí que en medio de la hermosa noche de junio regresaba a Londres, a toda velocidad.

Había preparado su fin de semana con cierta anticipación, como obreros y decoradores acababan de dar por concluidos sus trabajos, sería la primera vez que estuviera solo y libre de extraños en su cabaña. Además, tenía la intención de pasar esos días en compañía de una vieja amiga (una rubia ágil, de soberbia figura a la que, según la expresión de Bill Tanner, jefe de Estado Mayor de M, conocía “con intermitencias”, desde hacía muchísimos años). A decir verdad, uno de los factores que lo habían decidido a comprar la casita de campo, era el hecho de que la rubia en cuestión vivía a unas seis millas[13] del lugar. El viernes en cuestión, Bond despachó con rapidez nunca vista una enorme cantidad de trabajo; ni siquiera salió a almorzar, decidido a abandonar Londres lo más temprano posible, para evitar el tránsito caótico de todas las tardes del viernes.

El campo se ofrecía en su mejor aspecto; hasta el interior del automóvil penetraba la mezcla de fragancias que flotan en el aire de un perfecto día de verano... y ese aroma producía una sensación de paz y bienestar... lo que para Bond era cosa muy poco frecuente en los tiempos que corrían.

James Bond no era supersticioso… pero esa tarde, al acercarse a la cabaña, le pareció que había más urracas que de costumbre: volaban muy bajo, haciendo toda clase de piruetas, a lo largo de caminos y senderos, como dados blanquinegros arrojados por un cubilete. Bond recordó un antiguo adagio: “Una, dolor; dos, alegría...” Cerca del coche sobrevolaban numerosas urracas solitarias.

Lo primero que hizo Bond cuando entró en su casa, fue poner a refrescar una botella de Dom Perignon '55[14], a sabiendas de que lo mismo

podía resultar un néctar divino que la botella de vinagre más cara que hubiera probado.

Luego, pasó al cuarto de huéspedes, situado en el piso bajo, se quitó el traje, más bien conservador, que vestía, se metió bajo la regadera: primero, un rocío hirviente, luego, agua helada… al grado de sentir que lo atravesaban miles de agujas. Después de secarse con una toalla áspera, Bond se friccionó con un poco de Colonia Imperial, de Guerlain[15], se puso unos cómodos pantalones azul marino de ligera franela de lana, se calzó sus cómodas pantuflas de piel, y estaba ocupado en cerrar el brazalete de su apreciado Rolex Oyster Perpetual[16], de oro macizo, cuando escuchó el timbre del teléfono.

Más que repiquetear, se diría que ronroneaba... y a Bond se le encogió el corazón, pues se trataba del teléfono rojo: por exigencias de su trabajo, estaba obligado a instalar dos aparatos telefónicos, tanto en su departamento cercano a King's Road[17], como en su cabaña. Uno era para uso ordinario, si bien tenía número privado; el otro era un aparato rojo... plano, anguloso, sin disco ni teclado para marcar. Ese teléfono estéril, a prueba de intervenciones, llamado “trampa de alambre” en la jerga del oficio, estaba conectado directamente con el edificio que dominaba Regent's Park[18] y que pasaba por albergar las oficinas centrales de la Transworld Export Ltd.

Aun antes de levantar el teléfono, Bond sintió el primer chispazo de disgusto. La sola razón por la que podían llamar del cuartel general la tarde de un viernes, era que se había presentado algo urgente, o bien que M había decretado un estado de alerta en beneficio de Bond. Su disgusto se acentuó debido, quizá, a que últimamente muchos de esos casos urgentes lo habían obligado a permanecer sentado en algún cuarto de control o comunicaciones, durante varios días, mano sobre mano, o bien a sujetarse a muchas horas de instrucción... todo para que, en el último momento, se cancelara la misión. Los tiempos habían cambiado y, la verdad sea dicha, a Bond no le hacían maldita la gracia las restricciones políticas impuestas al Servicio Secreto, al que había dedicado toda su fidelidad y todo su esfuerzo durante más tiempo del que le gustaba recordar.

Levantó el auricular del teléfono rojo.

— ¿James? —tal como lo había supuesto, era Bill Tanner quien hablaba. Bond gruñó por toda respuesta.

— M quiere que te presentes aquí —la voz de Tanner era tan lisa como una mesa de billar.

— ¿Hoy mismo?

— No puedo repetir por el teléfono sus palabras exactas, pero me dio a entender que antes de ahora sería mucho mejor.

— ¿El viernes por la tarde? —replicó Bond, pensativo, presa de creciente irritación, pues veía cómo se le iba de entre las manos su idílico final de semana... como un buen vino que se escapara por la coladera.

— Y sin demora —recalcó el jefe de Estado Mayor, dicho lo cual, cortó la comunicación.

En el momento de tomar el entronque de Guilford, Bond recordó el desencanto que no pudo menos de percibir en la voz de su amiga cuando le notificó que sus planes se habían cancelado. ¿Acaso debería servirle de consuelo?... A decir verdad, Bond pasaba por una temporada en la que todo consuelo era poco... hubo momentos en que pensó incluso en renunciar o, en

la jerga oficio, “hacer por la vida”. ¡Cómo cambian los tiempos!, pensó. Antes, esa expresión connotaba defección, pero ya no se interpretaba en ese sentido.

“El mundo cambia, James, y los tiempos también”, había dicho M hacía unos dos años, después de notificarle la abolición de la categoría preferente Doble-0, cuyo significado era que quien ostentaba esos dos ceros antes de su número, tenía autorización para matar en el cumplimiento de su deber. “Esos políticos son unos estúpidos que no tienen ni idea de lo que se necesita; dentro de poco, nos obligarán a marcar tarjeta de control a la entrada y a la salida del trabajo”.

Aquello había ocurrido durante la llamada “purga de realineación”, a la que el Servicio solía hacer referencia como “la matanza del caos ordenado”, cuya connotación era idéntica a la “masacre de Walpurgis”[19] efectuada en el caso de la CIA: en esa ocasión se despidió a gran número de miembros fidelísimos del servicio secreto de los Estados Unidos, cosa realizada literalmente de la noche a la mañana.

Y algo semejante ocurrió en el Servicio Secreto británico, cuyo presupuesto se restringió, en opinión de un pomposo funcionario de Whitehall[20], “gracias a que se logró imponer a los servicios secretos y de seguridad una lógica más apegada a la realidad”.

“Quieren cortarnos las garras, James”, había dicho M aquel día amargo, Y luego, con una de aquellas raras sonrisas que parecían iluminar el gris oscuro de sus ojos, masculló entre dientes que Whitehall se había equivocado al juzgarlo capaz de obedecer ciegamente sus dictados. “Mientras yo ocupe este puesto, 007, tú seguirás siendo el agente 007. Aceptaré la plena responsabilidad de tus actos y tú, por tu parte, sólo aceptarás las comisiones que yo te asigne. Hay ocasiones en que este país necesita de un desfacedor de entuertos... de un instrumento romo[21]... y, ¡por mi vida, que lo tendrá! Pueden dirigirme tantos oficios idiotas como quieran, y abolir la sección Doble-0... pero nosotros podemos limitarnos a cambiarle el nombre: en adelante, se llamará Sección Especial... y tú eres la “sección especial”, James. ¿Me has entendido, 007?”

“Desde luego, señor”, James recordaba haber sonreído. A pesar de la brusquedad que le era característica, y de su actitud casi siempre intransigente, James quería a M como si fuera su padre. Para el 007, M *era* el Servicio... y el Servicio era su vida. Después de todo, lo que M sugería era exactamente lo que habían hecho los soviéticos en el caso de Smersh (su viejo enemigo): *Smyert Shpionam* o “Muerte a los espías”[22]. La sección existía aún, oscura médula dentro de la entraña vital de la KGB: pues bien, después de una serie de metamorfosis, de transformarse en el OKR, en el Decimotercer Departamento de la Línea F y (actualmente) en el Departamento Viktor, su trabajo y su estructura básicos eran los mismos: los crímenes políticos, el secuestro, el sabotaje, los asesinatos, la rápida eliminación de los agentes enemigos, ya fuera después de interrogarlos o como acción de guerra, en el secreto campo de batalla.

En esa ocasión, Bond abandonó la oficina de M lleno de optimismo... pero en el curso de los años transcurridos desde entonces, sólo había realizado cuatro misiones en las que el prefijo Doble-0 había tenido importancia. Parte de su trabajo consistía en matar... no era que le gustara hacerlo, pero si en el cumplimiento del deber resultaba imperativo, sabía hacerlo bien. Desde luego, no se trataba de una afición patológica a ese tipo de

actividad, lo que Bond echaba de menos era la vida activa, la necesidad de resolver nuevos problemas sobre la marcha, la sensación de actuar con un propósito y de servir a su país. Veces había en que se preguntaba si no habría caído víctima de ese mal que parecía estar a punto de ahogar a Gran Bretaña: un letargo político y económico, combinado con una limitada visión de los problemas del mundo.

Las cuatro misiones más recientes habían consistido en acciones rápidas, breves, secas, clandestinas; y si bien sería erróneo afirmar que James Bond añoraba el peligro, había momentos en que se sentía al garete, sin objetivo alguno en la vida.

Se conservaba en óptimas condiciones: todas las mañanas se sometía a una rigurosa rutina: lagartijas[23], sentadillas[24], ejercicios con los brazos y ejercicios de respiración. Una vez al mes, en el recinto destinado por el Servicio al adiestramiento de sus hombres, Bond pasaba por una sesión de prácticas, para “refrescar” sus tácticas de combate y los métodos para matar sin ruido; semanalmente, acudía a las prácticas de tiro en el Polígono Maidstone, de la policía. Dos veces al año se ausentaba por quince días, que pasaba en el cuartel general del SAS[25], en Herefordshire[26].

Bond se las había ingeniado incluso para alterar su tren de vida, aunque muy ligeramente, y adaptarse a las cambiantes presiones de los años setentas y de los comienzos de los ochentas: había reducido de manera radical su consumo de alcohol... salvo excepciones, e hizo arreglos con Morlands[27], de la calle Grosvenor, para que le prepararan una nueva mezcla de tabacos cuyo contenido de alquitrán era ligeramente menor que el de cualquiera de las marcas que se vendían en el mercado. Precisamente llevaba en el bolsillo superior de su chaqueta la famosa cigarrera de acero pavonado, con veinte de aquellos cigarrillos que ostentaban los tres cercos dorados justamente donde terminaba el filtro.

Por lo demás, los últimos años habían sido para Bond iguales que para cualquiera de los funcionarios ejecutivos que trabajaban para M: preparar el trabajo de la oficina, interrogar, recibir información, ocuparse de organizar, idear malas pasadas y dirigir la intervención de teléfonos y locales. Los únicos goces que le había deparado ese monótono periodo, fueron la compra de su cabaña y de su nuevo automóvil.

Hacía tiempo que soñaba con una casa de campo, y al fin encontró lo que buscaba, a cinco millas[28] de Haslemere[29] y a una buena milla[30] de la aldea más cercana. El sitio colmaba todas sus aspiraciones, y a las veinticuatro horas de haber visto la finca, había cerrado el trato. Al cabo de un mes entraron en acción constructores y decoradores, provistos de las detalladas instrucciones que les dio el propietario.

El automóvil era harina de otro costal. Dada el alza de los precios del combustible... y considerando que seguirían aumentando, Bond no tuvo más remedio que resignarse a permitir que su amado Bentley y Continental Mark II[31] siguiera el camino de su predecesor, el Bentley de 4.5 litros[32].

Su decisión de comprar un auto extranjero en un momento en el que. todas las presiones convergían en el empeño de fomentar el consumo de productos nacionales, causó extrañeza y disgusto, pero Bond no prestó la menor atención... incluso hizo notar que había encomendado a una empresa británica el complicado trabajo de dejarlo a su entero gusto, gracias a la instalación de los más modernos y avanzados accesorios, como eran el tablero

digital, el sistema de control a velocidad de crucero y otros aditamentos que más parecían cosa de magia, todos ellos debidos al talento de los inventores británicos y de la poderosa microficha[33]. Desde luego, nada dijo acerca del mes que su nuevo auto había pasado en los talleres de la Communications Control Systerm (CCS)[34], empresa multinacional que se había encargado de instalar algunas de sus propias invenciones: accesorios de seguridad que habrían hecho agua la boca de los miembros de la Sección Q. Después de todo, se decía Bond, el auto era suyo; por tanto, tocaba a él, y no a la Sección Q —que, en todo caso, pasaba por graves estrecheces económicas—, decidir cómo convenía equiparlo. En distintas ocasiones sorprendió al mayor Boothroyd, encargado del arsenal, curioseando el Saab; y no había día en que no encontrara a miembros de la Sección Q (los mejores técnicos del servicio) examinando su auto de cerca. Jamás mencionaron las alteraciones que no podían menos de descubrir: el cristal a prueba de balas, las defensas de espolón hechas de acero reforzado y las llantas para trabajo pesado, capaces de sellar automáticamente cualquier perforación, incluso si fuera hecha por una bala. Sin embargo, el auto estaba equipado con otros detalles, imperceptibles para los sabelotodo de la Sección Q, salvo que se proveyeran de herramientas especiales.

La verdad era que Bond estaba encantado con su Saab: se ajustaba perfectamente a sus fines y, además, podía pasar fácilmente de la gasolina al gasohol, si el problema del combustible llegara a agravarse; además, en relación con la velocidad que podía alcanzar, su consumo era bajo, y la turbina le daba el impulso dinámico adicional necesario cuando la situación se ponía difícil.

Como eran contadísimas las personas enteradas de la existencia de la cabaña, no hubo ceños fruncidos ni comentarios jocosos acerca de su casa de campo.

Para cuando llegó a Roehampton[35], el pesado tráfico vespertino de los viernes casi se había aclarado por completo, gracias a lo cual Bond pudo dejar el Saab en el espacio que le correspondía en el estacionamiento que había en los sótanos del cuartel general; aún no eran las siete y media.

Bond habría apostado cualquier cosa a que M le destinaba algún trabajo inane y tedioso, e incluso aceptó su propia apuesta en el momento de entrar al elevador, que lo condujo rápida y silenciosamente al noveno piso, último del edificio: allí tenía sus oficinas M.

La señorita Moneypenny, secretaria privada de M, sonrió a Bond tímidamente al verlo entrar... y esa sonrisa fue el primer indicio de que quizá, después de todo, estuviera en juego algo importante.

— ¡Hola, Penny! —saludó Bond alegremente, sacudiéndose los restos del disgusto que le causara su fin de semana deshecho—. ¿No tiene cita con algún muchacho guapo?... ¡Son las siete y media de la tarde, y hoy es viernes!

La secretaria señaló con un movimiento de cabeza la puerta del privado de M, al tiempo que replicaba:

— ¡Cierto!... pero el malvado del jefe no se ha movido de su asiento, esperándote... y de paso me impidió marcharme —una simpática sonrisa iluminó su rostro—. Además, el único hombre capaz de inducirme a salir tiene ya otro compromiso, según creo...

— ¡Ay, Penny, si sólo...! —Bond sonrió de oreja a oreja. Llevaban años gastándose bromas, pero Bond jamás se había percatado de que la eficiente señorita Moneypenny estaba muerta por sus pedazos.

— ¡Diga usted al comandante Bond que pase inmediatamente! —la voz de M, cortante y metálica, surgió del aparato de intercomunicación que estaba sobre el escritorio de su secretaria.

Bond enarcó una ceja, con expresión de duda, y se dirigió a la puerta. Pero, en voz baja, comentó:

— ¿Alguna vez te han dicho que Olga[36] inició su negocio pensando en ti, Penny?

El rubor no desapareció de las mejillas de Moneypenny, ni siquiera cuando Bond desapareció en el privado de M. Encima del marco de la puerta se encendió una luz roja, señal de que habían echado llave. Por un instante, la chica se quedó mirando fijamente al vacío, llena su mente de la imagen del hombre que acababa de cruzar aquel umbral: su hermoso rostro bronceado, las cejas oscuras, más bien largas, que enmarcaban unos ojos azules muy abiertos; la gran cicatriz, que apenas si asomaba en la parte inferior de la mejilla derecha; la nariz, larga y afilada, perfectamente recta... los labios, delgados y crueles. En su oscura y abundante cabellera empezaban a brillar algunas hebras grises... pero seguía cayéndole encima del ojo izquierdo, formando una especie de coma, No se observaba indicio alguno de que se hubiera relajado la piel de su firme mentón: en fin, el rostro de un bucanero atractivo. Tal fue el veredicto de la señorita Moneypenny al arrancarse de su ensueño... y entonces se preguntó si no hubiera debido advertir a Bond que M no estaba solo.

Cuando el agente 007 abrió la puerta de la oficina de M, alguien más abría otra puerta, a unas quinientas millas[37] al norte de Londres.

El hombre que esa misma mañana abandonara Dublín, tan .hábilmente disfrazado, alzó los ojos, se puso de pie y extendió mano para saludar al recién llegado.

El cuarto donde había tenido que esperar ya le era familiar después de tantas visitas: paredes cubiertas de libros, un amplio escritorio militar, cómodos sillones de cuero, un impresionante gabinete que contenía armas antiguas, literalmente inapreciables: un par de pistolas de pedernal, tan buscadas por los coleccionistas, hechas de plata; un juego de pistolas procedentes de Kentucky, ricamente trabajadas, una llave francesa para fusil de pedernal con incrustaciones de madreperla e hilo de oro, un par de trabucos y un “pimentero” Allen[38], con seis cartuchos revolventes. El artista del disfraz conocía perfectamente aquellas piezas, y en cada visita se apoderaba de él el anhelo de poseerlas. Todo lo que le rodeaba respiraba esa atmósfera de solidez que suele haber en donde hay lo que se llama “riqueza de abolengo”.

La persona que entró era, precisamente, el dueño de todo aquello, quien ahora cumplía los deberes de anfitrión con el individuo de Dublín. Se estrecharon la mano con aire serio; el visitante guardó silencio, hasta que el recién llegado tomó asiento en el amplio sillón de recto respaldo que estaba tras el escritorio.

— Me alegra verlo de nuevo, Franco.

— El placer es recíproco... si bien debo reconocer que me gusta trabajar para usted... en eso radica la diferencia —el llamado Franco hizo una pausa, buscando las palabras más adecuadas para expresarse—. ¿Sabe? Al cabo de todos estos años, no sé cómo dirigirme a usted, ignoro su título, nobiliario o profesional... —hizo un ademán de incertidumbre.

Su interlocutor rió en voz baja, y su cara de perro dogo se plegó con infinidad de arrugas cuando respondió, sonriente:

— ¿Qué le parece... Warlock?

— Me parece sumamente apropiado —asintió Franco—. Decididamente, colaborar con usted en la “Operación Fusión” está resultando una experiencia educativa... creadora... Warlock.

El hombre sentado tras el escritorio apoyó ambas manos sobre la cubierta de cuero.

— Me alegra que piense así —al hablar, su cabeza se agitó con una serie de pequeños movimientos, como los de un pájaro—. ¿Tuvo algún tropiezo?

— Ni el más mínimo; todo marchó sobre ruedas... y ruedas perfectamente aceitadas; no dejé ni el más leve rastro. ¡A estas alturas, ya debería usted de saber que obro siempre con el máximo cuidado!

— ¡Celebro que así sea! —el mismo ademán pajaruno—. En tal caso, amigo mío, confío en que esta sea su última visita. Franco replicó, con sonrisa maligna:

— Quizá... pero no la última; está pendiente la cuestión del pago...

— ¡Desde luego... desde luego! Cuando dije “última visita”, me refería a la última que hará usted a este lugar hasta que llegue a feliz término la “Operación Fusión” —el hombre extendió ambas manos en ademán de excusa—. Naturalmente, tiene usted que recoger su parte del dinero... pero, antes que nada, la ubicación y los detalles; tenemos que hablar de ello... es una de las razones por las que deberá usted permanecer aquí más tiempo que el de costumbre, Franco.

— ¡Por supuesto! —la voz de Franco adquirió un tono metálico; silabeó su respuesta, dándole un tinte muy semejante a los pasos lentos, cautelosos, del hombre que tantea el puente de hielo tendido sobre una profunda grieta.

— Hay mucho de qué hablar... supongo que lo relativo a Europa está ya totalmente arreglado...

— Sí, señor; todos están avisados y dispuestos a actuar.

— ¿Y en los Estados Unidos...?

— Toda listo; sólo aguardan las instrucciones definitivas.

— ¿Los hombres...?

Franco se echó hacia adelante, en su asiento.

— Como ya le dije, esas personas llevan mucho tiempo en posición de alerta... aguardando. Puedo afirmar que son el menor de mis temores; sin excepción, están por la causa, dispuestos a dar la vida por ella. Pero las agrupaciones a que pertenecen y que en su mayoría han sido declaradas fuera de la ley por los gobiernos de Occidente (que las consideran agrupaciones terroristas).... esas sí están impacientes, y exigen garantías de que recibirán su parte del botín.

— Y yo espero, Franco, que usted les habrá dado plenas garantías —el dogo que se sentaba tras el escritorio había dejado de sonreír, benigno—. Nuestro compromiso fue sumamente explícito, creo yo... recuerdo que

discutimos todos esos puntos hace ya más de un año: yo les doy el plan... eso que hoy llaman “know-now”[39]... también organizo los medios; usted, por su parte, es el intermediario, el contacto. Y ahora, ocupémonos de cosas más interesantes.

[9] El Saab 900 Turbo es fruto de la experiencia de la casa sueca. La fabricación de aviones permitió la aplicación de la técnica aerodinámica en la consecución de una línea penetrante y estilizada. Se aplicó la técnica Turbo, experimentada por Saab-Scania en grandes motores y adaptada al motor 2 litros. La línea clásica de su carrocería está adornada con detalles aerodinámicos: Spoiler delantero, alerón trasero y las ventiladísimas llantas de aleación. El interior está lujosamente tapizado en armónicos colores. Los asientos traseros son un modelo de confort; mientras que los delanteros tienen una configuración combinando la comodidad con una buena sujeción y la posibilidad de regular el asiento del conductor, tanto en altura como en inclinación de la banqueta, aparte del respaldo y el reposacabezas. El resultado es una postura perfecta ante el volante. Toda la instrumentación queda así al alcance de la mano. En el tablero, de diseño envolvente están distribuidos los mandos en instrumentos en agrupaciones lógicas y en orden de preferencia según su importancia y utilidad. Al pie de la consola, entre los asientos, se encuentra la cerradura de la llave de contacto (que sólo se puede girar o sacar si está insertada la marcha atrás) con la palanca de cambios, el freno de mano y el interruptor de luz de cortesía. El techo practicable forma parte del equipamiento de serie y se incluyen los elevalunas eléctricos y el cierre centralizado de puertas por lo que la única opción posible es el equipo de aire acondicionado. El motor de 2 litros, alimentado por un pequeño turbo, ha sido tarado para una utilización más racional que puramente deportiva. Combinando un par de 24 kgm. a sólo 3.000 r.p.m. con la acción del Turbo, que proporciona 145 CV a 5.000 r.p.m., contamos con una gran elasticidad aun saliendo de regímenes muy bajos y un pequeñísimo desfase de respuesta, casi inapreciable. La aceleración es muy rápida y progresiva. Una vez que la turbina ha alcanzado su presión de carga el coche casi vuela sobre el asfalto. Un limitador de régimen tarado a 6.000 r.p.m. previene la pasada de vueltas. El control sobre el volante es sencillo. Con la dirección asistida, da poco más de tres vueltas y media de tope a tope. A pesar de contar con una barra de dirección partida, de seguridad, con doble junta cardánica, el firme se transmite suficientemente a las manos con buen agarre de los neumáticos. De serie el 900 Turbo equipa los Michelín TRX de medida 180- 65 HR 390. Van montados sobre unas enormes llantas de aleación que albergan unos grandes frenos de disco. La frenada es fuerte y progresiva y bastante sensible al pedal. El reparto de frenada, de un 80 por ciento al tren delantero garantiza una retención sin derivas traseras, ni en las condiciones más adversas.

Velocidad máxima: 195 km/h. Aceleración: 0-100 km/h, 9 seg. Elasticidad: 60-120 km/h en V, 16,1 seg. Consumo: a 90 km/h 6,9 1/100 km., a 120 km/h 8,7 1/100 km. Ciudad: 13,9 1/100 km.

Motor: Delantero longitudinal, de 4 cilindros en línea, inclinado 45° y formando un bloque compacto con el embrague, caja de cambios y diferencial. Refrigerado por agua. Culata de aleación ligera. Arbol de levas en cabeza. Cigüeñal y árbol de levas de 5 apoyos. Inyección mecánica del combustible con turbocompresor. Encendido electrónico, sin platinos. Cilindrada: 1.985 c.c. Diámetro x carrera: 90 x 78 mm. Relación de compresión: 7,2:1. Potencia máxima: 145 CV a 5.000 rpm. Par máximo: 24 kgm. a 3.000 rpm.

Transmisión: Tracción: delantera. Embrague monodisco en seco orientado hacia adelante, con mando hidráulico. Transmisión a la caja de cambios de cinco velocidades, situada bajo el bloque motor, mediante una triple cadena.

Velocidad desarrollada en V a 1.000 rpm. 36,4 km/h. Relaciones de cambio: I, 3,798; II, 2,147; III, 1,441; IV, 1,035; V, 0,839. Reducción del grupo: 3,67.

Bastidor: Suspensión delantera independiente, triángulos superpuestos, muelles helicoidales montados sobre pivotes, amortiguadores de doble acción. Eje rígido trasero guiado por cuatro brazos longitudinales, muelles helicoidales, amortiguadores telescópicos de doble acción y barra Panhard.

Dirección de cremallera, con columna telescópica, colapsable y con fuelles cilíndricos de metal. Diámetro de giro, 10,3 m.

Doble circuito de frenos en diagonal. Servofreno de 9". Delante y detrás frenos de disco. Freno de mano mecánico a las ruedas delanteras. Ruedas: Llantas de aleación 135 TR x 390 FH. Neumáticos Michelín TRX de 180/65 HR 390. Rueda de repuesto especial, más estrecha.

Monocasco autoportante. Habitáculo de seguridad, indeformable. Berlina de dos puertas más portón trasero.

Dimensiones: Largo/ancho/alto, 4.740/1.690/1.420 mm; batalla, 2.517 mm.; anchura de vías delantera/trasera, 1.430/1.440 mm.; peso en vacío, 1.225 kg.; capacidad del maletero, 602 dm 3; con la bandeja trasera desmontada, 770 dm 3; con el asiento trasero abatido, 1.600 dm 3.

Este vehículo apareció en tres novelas de Gardner: “Licence Renewed” (1981), “For Special Services” (1982) y “Icebreaker” (1983).

Con el lanzamiento de “Licence Renewed”, Saab aprovechó la oportunidad de lanzar una campaña promocional temática con Bond, con un coche equipado como en el libro.

[10] Surrey es un condado no metropolitano en el sudeste de Inglaterra, Reino Unido. Está dividido en los distritos de Elmbridge, Epsom and Ewell, Guildford, Mole Valley, Reigate and Banstead, Runnymede, Spelthorne, Surrey Heath, Tandridge, Waverley y Woking. El condado limita con Hampshire, Berkshire, Gran Londres, Kent, East Sussex y West Sussex. Surrey tiene una población aproximada de 1.000.000 de habitantes. La capital tradicional era Kingston upon Thames que ha dejado de formar parte del condado debido a la expansión de Londres. La actual capital es Guildford que, a pesar de tener una catedral, no tiene el rango de ciudad y en la que se encuentra la Universidad de Surrey. En la actualidad, el consejo todavía se encuentra localizado en Kingston aunque existen planes de trasladarlo a Woking.

[11] Guildford es una importante ciudad del sur de Inglaterra, capital del condado de Surrey, Inglaterra, así como la sede del distrito de Guildford y la sede principal administrativa de la región Sur Este de Inglaterra. La diputación provincial de Surrey, no obstante, tiene su propia base administrativa en Kingston upon Thames que, aunque anteriormente estaba en Surrey, es ahora parte de Greater London. La población total del distrito municipal de Guildford a partir del censo del año 2011 era 137.600 personas, de las cuales solamente 74.124 personas viven en Guildford (Capital).

[12] 112 kilómetros por hora.

[13] Unos nueve kilómetros y medio.

[14] Dom Pérignon es una marca de Champaña, producida por Moët & Chandon. Recibió el nombre de Dom Pérignon en honor a Pierre Pérignon, un monje benedictino quien supuestamente fuese el descubridor, de la forma de creación de los1 vinos espumosos. La primera cosecha de Dom Pérignon fue de 1921 y sólo fue puesta a la venta el 4 de agosto de 1936, después de la Gran Depresión. Dom Pérignon es una vendimia de champagne, lo que significa que sólo se efectúa en los mejores años, y todas las uvas utilizadas para la elaboración del vino fueron cosechadas en el mismo año. Muchos champanes, por el contrario, no son de época, lo que significa que la champaña se fabrica a partir de uvas cosechadas en varios años. Todos los vinos necesitan un mínimo de 12 meses para fomentar el envejecimiento del sedoso mousse de la firma Dom Pérignon. En la novela “Moonraker” Bond bebe Dom Perignon del cuarenta y seis.

[15] Guerlain es una casa de perfumes francesa, entre las más antiguas e importantes del mundo. Se dice que los perfumes de Guerlain están caracterizado spor un acorde olfatorio común conocido como “Guerlinade.” Un perfume del mismo nombre fue lanzado por Guerlain en 1921. Guerlain compuso la colonia clásica “Eau de Cologne Impériale” en 1853. con notas de flores de lima, como regalo para la Emperatriz Eugenia, esposa del emperador francés Napoléon III. Le gustó tanto que nombró a Guerlain proveedor oficial de colonias de la familia imperial. Casi 150 años después, la colonia todavía se sigue produciendo.

[16] El Rolex Oyster Perpetual Submariner es una linea de relojes diseñados para buceo manufacturados por Rolex, conocidos por su resistencia al agua y la corrosión. El primer Submariner se presentó en 1954. El Rolex Submariner es considerado un clásico entre los relojes de pulsera, y debido a su popularidad se ha convertido en objeto de contrabando masivo. El Rolex Submariner es parte de la linea de Rolex's Oyster Perpetual.

[17] King’s Road o Kings Road, es una importante calle entre Chelsea y Fulham, en West London. Su nombre deriva del hecho de haber sido la vía particular usada por el rey Carlos II para viajar a Kew y Hampton Court, en el siglo XVII. La calle permaneció a la realeza hasta 1830 y algunas de sus casas datan de principios del siglo XVIII. Durante los años 60 y 70 del siglo XX, fue centro de la contracultura británica, los movimentos hippies, punk, y de la moda de Londres, siendo todavía hoy una de las calles más frecuentadas para compras en Londres.

[18] El Regent's Park (oficialmente The Regent's Park) es uno de los parques reales de Londres. Está en la zona norte del centro de la ciudad, parte en la Ciudad de Westminster y parte en el municipio de Camden. Fue diseñado por el arquitecto británico John Nash. El parque tiene una ronda exterior llamada el Outer Circle (4,3 km) y una ronda interior llamada el Inner Circle, que rodea el área más cuidada del parque, Queen Mary's Gardens. Aparte de dos ramales de enlace entre entre éstas dos, el parque está reservado para peatones. Los lados sur, este y gran parte del oeste están rodeados de elegantes hileras de casas adosadas blancas diseñadas por John Nash. En el límite norte se encuentra el Regent's Canal que conecta el Grand Unicon Canal con los London Docks, el antiguo puerto de Londres. El parque, de 2 km², está compuesto principalmente por zonas verdes abiertas en las que se encuentra una amplia gama de instalaciones y servicios de tiempo libre incluyendo jardines, un lago con aves acuáticas y un área para botes, campos de deporte y zonas infantiles. El extremo nordeste del parque alberga el London Zoo, el parque zoológico más antiguo del mundo. Regent's Park dispone también de jardines florales y botánicos entre los que destacan los Queen Mary's Gardens, dentro del Inner Circle, donde también se encuentra el Open Air Theatre. Por otra parte, en el parque también se encuentran la London Central Mosque, conocida también como la mezquita de Regent's Park, y la Winfield House, residencia oficial del embajador de Estados Unidos en el Reino Unido y el Regent's College, que alberga distintas instituciones de educación superior.

[19] La “Masacre de Halloween” es el término asociado a la mayor reorganización realizada por el gabinete del presidente de los Estados Unidos Gerald R. Ford el 4 de noviembre de 1975. Varios prominentes republicanos moderados en la administration fueron reemplazados por figuras más conservadoras. Los cambios fueron: Henry Kissinger fue despedido de National Security Advisor (Kissinger mantuvo su puesto como Secretario de Estado), y reemplazado por el General Brent Scowcroft. William Colby fue despedico como Director de la CIA y reemplazado por el embajador (y futuro presidente) George H. W. Bush. A Colby se le ofreció el puesto de Representante Permanente de los Estados Unidos en la OTAN, pero declinó. James Schlesinger fue despedido como Secretario de Defensa y reemplazado por el Jefe de Estado Mayor Donald Rumsfeld. El ayudante y protegido de Rumsfeld, el futuro Vice-Presidente Dick Cheney, pasó a ser el Jefe de Estado Mayor. Bajo presión de los conservadores del Partido Republicano, el Vice-Presidente Nelson Rockefeller anunció que no participaría para la elección junto a Ford en 1976. Posteriormente, Rogers Morton fue reemplazado por Elliot Richardson como Secretario de Comercio.

[20] Whitehall es una calle de la ciudad de Westminster en Londres, capital del Reino Unido. Es la principal arteria que va hacia el norte desde la Plaza del Parlamento (Parliament square) hasta el extremo sur de Trafalgar Square. A lo largo de esta vía se pueden encontrar muchos edificios gubernamentales. Debido a esto, el nombre “Whitehall” es frecuentemente usado como un metónimo para gobierno administrativo. El nombre proviene del Palacio de Whitehall que ocupaba el área cercana pero que fue destruido en gran parte por el fuego en 1698. Whitehall y el área circundante es el centro administrativo del gobierno del Reino Unido. Es dominado por edificios gubernamentales, de tal manera que el término, por extensión, se refiere al Servicio Civil Británico o al gobierno mismo. La sección central de la calle está ocupada por edificios militares, incluyendo el Ministerio de Defensa y los antiguos cuarteles generales del Ejército Británico (“British Army”) y la Marina Real (“Royal Navy”), el Edificio de la Caballería Real Británica (“House Guards”) y el Almirantazgo respectivamente.

[21] M emplea la expresión “blunt instrument”, que debería traducirse más bien como “instrumento contundente”.

[22] SMERSH (es la abreviación de SMERt' SHpiónam (СМЕРть Шпионам), o “Muerte a los Espías”) fue el nombre de departamentos de contrainteligencia en la Unión Soviética formada durante la Gran Guerra Patriótica (Segunda Guerra Mundial), para proteger primeramente al Ejército Rojo y, secundariamente, para arrestar a los “traidores, desertores, espías y elementos criminales”. La organización fue creada el 19 de abril de 1943 por el Directorado de Departamentos Especiales de la NKVD. El nombre fue escogido por el propio Stalin y el nombre completo de la entidad principal era Главное управление контрразведки СМЕРШ Народного комиссариата обороны СССР, o Comisariado Popular del Directorado Principal de Contrainteligencia de la URSS “SMERSH”. Estaba encabezada por Víktor Abakúmov, quien respondía directamente ante Stalin. Fueron creados al mismo tiempo el directoriado SMERSH de la NKVD y el Comisariado Popular de la Armada Soviética. En marzo de 1946 el Directoriado Principal del SMERSH fue resubordinado al Comisariado Popular de las Fuerzas Armadas (Наркомат Вооруженных Сил, НКВС; que luego fue reorganizado y convertido en el Ministerio de Fuerzas Militares (MBC)), y descontinuado en mayo de 1946. SMERSH había funcionado como una organización para movilizar a los jóvenes en la defensa nacional y algunos de sus prometedores jóvenes miembros, tal como Yuri Modin, fueron reclutados por la KGB. El principal oponente del SMERSH en su actividad de contrainteligencia era el Abwehr, el departamento de contrainteligencia alemán, activo durante las 2 guerras mundiales. Las actividades del SMERSH también incluían el “filtrar” a los soldados recuperados de campos de prisioneros enemigos. El SMERSH también “filtró” a la población de los territorios conquistados en Europa del Este. También se dedicó a castigar a aquellos dentro de la NKVD, le estaba autorizado investigar dentro de la estructura misma de la NKVD. El SMERSH se encargaba también de encontrar y eliminar detectores y dobles agentes enemigos.

[23] También conocidas como flexión de codos, flexión de brazos, planchas o simplemente flexiones, es un ejercicio físico realizado estando en posición inclinada, recostado hacia abajo, levantando el cuerpo únicamente con los brazos y bajando de nuevo al suelo.

[24] La sentadilla o cuclilla es uno de los ejercicios básicos del entrenamiento de fuerza. Trabaja directamente los músculos de muslo, cadera y glúteos, y fortalece los huesos, ligamentos y tendones de piernas y caderas.

[25] El Special Air Service (Servicio Especial Aéreo en español), más conocido por sus siglas SAS, es un regimiento de fuerzas especiales del Ejército Británico (UKSF). Sus funciones en tiempo de guerra son las operaciones especiales, y en tiempo de paz, principalmente el contraterrorismo. Junto con el Special Boat Service (SBS), el Special Reconnaissance Regiment (SRR) y, a partir de 2006, del Special Forces Support Group (SFSG) integran las fuerzas especiales del Ejército Británico (UKSF). El regimiento ha servido como modelo para la creación de las fuerzas especiales de muchos países del mundo. Aunque el SAS tiene su origen en la Segunda Guerra Mundial, se dio a conocer fuera de la institución militar como una de las más respetadas unidades de élite del mundo tras la exitosa Operación Nimrod de 1980, cuando asaltaron la Embajada de Irán en Londres para rescatar a los rehenes.

[26] Herefordshire es una autoridad unitaria localizada en la región de las West Midlands, en Inglaterra, Reino Unido. Limita al norte con el condado de Shropshire, al este con Worcestershire, al sudeste con el de Gloucestershire, al oeste con los condados galeses de Gwent y Powys. El condado ocupa un área de 2180 km² y tiene un población de 174 871 (censo de 2001). La capital, localidad más grande y única ciudad es Hereford. Sus villas son Leominster, Ledbury, Ross on Wye, Kington y Bromyard. En 1974 se unió administrativamente con el condado vecino de Worcestershire para formar el condado de Hereford y Worcester que fue de corta duración. El territorio de Herefordshire estuvo dividido en los distritos de Soth Herefordshire, Hereford y parte de los distritos de Malvern Hills y Leominster. El 1 de abril de 1998 el condado se transformó de nuevo en una unidad administrativa, con las mismas fronteras que tenía antes de unirse al de Worcestershire. Herefordshire es un condado típicamente rural y es conocido por sus árboles frutales y por la sidra que se produce en la zona. Cuando Celia Fiennes lo visitó en 1696 descubrió un condado en el que los manzanos y los perales crecían en cada esquina, «incluso en los campos de maíz». La capital, localidad más grande y única ciudad en Herefordshire es Hereford, cerca del centro del condado. La villa de Leominster, la segunda localidad más grande, es el más grande en el norte de Herefordshire, mientras Ross on Wye es la más grande en el sur. Las poblaciones de Hereford y las cinco villas de Herefordshire fueron estimados por su consejo en 2009.

[27] En “Casino Royale”, Bond fuma una media diaria de 60 a 70 cigarros sin filtro, sus preferidos son una mezcla de tabaco turco y balcánico, preparada en exclusiva por Morland’s en el número 83 de Grosvenor Street, justo volviendo la esquina de la calle de Bond. Fleming los fumaba. La tienda era diminuta. La gerente, Miss Cohen, era una señora de mediana edad con gafas y brillante pelo recogido en un moño. Hasta que se hizo famoso, Fleming visitaba la tienda cada semana y recogía su ración. Los cigarrillos de Morland venían, no en paquetes de veinte, sino en robustas cajas de cincuenta o cien, azul oscuro con escritura dorada. Los cigarrilos eran de longitud normal, sin filtro. El nombre Morland nunca aparecía, sino tres anillos dorados en un extremo y junto al borde en diminutas mayúsculas, la palabra 'HANDMADE' (‘MANUFACTURADOS’). Cada caja contenía un papelito que decía: “Estos cigarrillos están hechos de los más elegidos y perfectamente mezclados tabacos, la latente fragrancia de los cuales se preserva en nuestro cuidadoso proceso de manufactura. Cada cigarrillo está hecho a mano, “uno por uno”, y el polvo de tabaco, tan dañino para la garganta es enteramente eliminado.” La tiendecita cerró pocos años después de la muerte de Fleming.

[28] Ocho kilómetros.

[29] Haslemere es una ciudad en el distrito de Waverley, Surrey; en el sur de Inglaterra. Está aproximadamente a 19 km al suroeste de Guildford. Está rodeada de colinas. Una gran parte de su entorno está arbolado o cubierto de landas.

[30] 1,61 kilómetros.

[31] Bentley Continental Mark II (Bentley Mark II Continental) aparece en la novela “Operación Trueno” y es el último Bentley de Bond. Bond mejora el motor de 4.5 litros hasta uno de 4.9 litros. El Mark II era gris, pero su interior era de cuero negro. Se lo ve por última vez en “Al Servicio Secreto de Su Majestad” donde Bond lo mejora otra vez con un sobrealimentador Arnott controlado por un dispositivo magnético. Bond apoda al coche “la locomotora”.

En “Desde Rusia con amor”, su coche había sido un Bentley Mark IV, totalmente ficticio porque ni Bentley ni Rolls-Royce, después de comprar a Bentley en 1931, fabricaron un modelo con esta denominación. Más bien, esta parece haber sido inventada por Ian Fleming para sus novelas solamente.

[32] En “Casino Royale”, Bond conduce un Bentley 4½ Litre de 1930, que queda muy dañado tras una persecución. En “Vive y deja morir” es mencionado un Bentley 4½ Litre de 1933, y en “Moonraker”, este vehículo es destrozado en otra persecución. Al final de esta novela, usa sus ganancias de juego para comprar un Bentley Mark VI de 1953. Tras “Moonraker” el Mark VI nunca vuelve a ser mencionado.

[33] Microchip.

[34] Communications Control Systerm, Ltd. (CCS). Actualmente Security Intelligence Technology Group, es una compañía real, que asesoró a John Gardner con ideas, gadgets plausibles para ser usados. Consecuentemente, Gardner les dio reconocimiento en el libro, antes que al Departamento Q.

[35] Roehampton es un distrito suburbano en el suroeste de Londres, formando el extremo occidental del distrito londinense de Wandsworth. Está a 10 km al suroeste de Charing Cross.

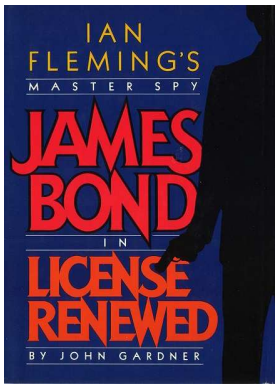
[36] “Janet Reger” en el orginal. Janet Reger (nacida Philips; 1935-2005) fue una diseñadora inglesa de lencería, famosa en los años sesenta y setenta por sus opulentos diseños. Al principio trabajó independientemente para Marks and Spencer, Rosy of Paris, y Slix, pero fundó su compañía en 1966 con su marido Peter Reger. Con sus atrevidos diseños colaboró en la revolución de la lencería en los años setenta. Actualmente su hija Aliza Reger dirige la compañía.

La traductora ha optado por cambiar este nombre por “Olga”, refieriéndose a la marca de lencería “Olga Warners”, quizá más conocida en México.

[37] Algo más de ochocientos kilómetros.

[38] El pimentero, también llamado revólver pimentero y pote de pimienta (debido a su parecido con un molinillo de pimienta), es un arma corta de cañón múltiple y de repetición, que tiene tres o más cañones alineados alrededor de un eje central. Frecuentemente aparece como una pistola de varios disparos. Los pimenteros existen en todos los sistemas de disparo. En España se le llamaba también avispero, y en el mundo anglosajón, pepper-box. Conocida como “el arma que conquistó el Este”, fue el arma de mano de repetición más común antes de la invención del cilindro de revolver. El principal productor de pimenteros con auto-amartillado y martillo en la parte superior fue Ethan Allen (1808–1871) armero de Massachusetts.

[39] Es una expresión anglosajona utilizada en el comercio internacional para denominar los conocimientos preexistentes no siempre académicos, que incluyen: técnicas, información secreta, teorías e incluso datos privados (como clientes o proveedores). Un uso muy difundido del término suele utilizarse en la venta de franquicias, ya que lo que se vende es el “saber como”. Las franquicias generalmente son vendidas por países o empresas “avanzadas” que “ya lo han hecho”, casi siempre en el campo de los negocios, el saber como hacerlo a personas que saben poco del tema se convierte en un patrimonio de muchos años de madurez y una ventaja comparativa muy valiosa frente a la competencia.



3.- La Oposición

EN EL MOMENTO de cruzar el umbral de M, Bond se puso en tensión. Estaba preparado para ver a su antiguo jefe sentado tras el enorme escritorio recubierto de vidrio, en actitud de concentrada meditación, pero en modo alguno esperaba encontrarlo en compañía de dos individuos.

— Adelante, Bond —un breve ademán subrayó la frase—. Señores —dijo, mirando hacia donde estaban sus visitantes—, permítanme presentarles al comandante James Bond. Creo que es el más idóneo.

Bond saludó con una leve inclinación... sabía perfectamente quiénes eran, pero se abstuvo de dejarlo traslucir.

M hizo una pausa muy calculada, como si quisiera poner a prueba la discreción de Bond antes de concluir la presentación:

— Comandante, este caballero es Sir Richard Duggan, Director General de MI5[40], y el señor es David Ross, Comisionado Adjunto, jefe de la Sección Especial de la Policía Metropolitana[41].

Bond se adelantó y estrechó por turno la mano que le tendían; observó que ambos lo saludaron con un apretón firme y seco. También se percató de que lo miraban directamente a los ojos. Se trataba de dos personajes a los que Bond había aprendido tiempo atrás a admirar... o a temer, dependiendo de qué lado estuviesen. Las circunstancias no dejaban de ser curiosas: el MI5 y su brazo ejecutor, la Sección Especial, constituían lo que se conocía oficialmente como el Servicio Británico de Seguridad, a cargo del contraespionaje y actividades antiterroristas en territorio bajo la soberanía británica.

En el servicio al que pertenecía Bond, se les conocía como la “Oposición”, y siempre había existido una decidida rivalidad entra ambos organismos... rivalidad que incluso había dado pie a serios malentendidos, e incluso a una franca hostilidad.

Por cierto que era cosa singular el que los jefes de la “Oposición” acudieran a M, quien de todos modos solía verlos con regularidad; una vez por semana, cuando menos, durante las juntas del Comité Conjunto de Inteligencia[42].

M indicó a Bond un sillón de cuero; luego, miró a sus visitantes... demasiado benignamente, se dijo Bond, y por último fijó en él su amable mirada.

— Nuestros amigos de MI5 tienen un pequeño problema, comandante —dijo, y Bond se percató de que se dirigía a él con un respeto casi militar—. La situación es interesante, y creo que usted podría serles útil... máxime que, según todas las apariencias, el asunto ha salido ya de la jurisdicción de MI5, y ahora queda dentro de nuestro campo —sacudió su pipa en el cenicero de cobre que tenía sobre su escritorio. Y sólo entonces se percató Bond de que su jefe tenía un expediente abierto, y de que estaba justo frente a él. Era voluminoso y ostentaba la marca roja de “Ultra secreto y confidencial”. Los circulitos de la esquina superior derecha de la cubierta blanca denotaban que el expediente se refería tanto a Europa como al Oriente Medio, y también tenía pegada una pequeña etiqueta, que Bond leyó sin dificultad, aunque estaba de

cabeza: “No es para la Hermandad”, lo que significaba que la información contenida no debería transmitirse a la CIA.

La mera vista del expediente bastó para que Bond pusiera alerta sus cinco sentidos. Sin duda, M había ordenado copias fotostáticas[43] ampliadas de los archivos en microfilme, especialmente para la ocasión; una vez que las personas indicadas se hubieran enterado de su contenido, las convertirían en papel picado.

— Creo que lo mejor sería que ustedes pusieran al comandante Bond al tanto del asunto —dijo M, dirigiéndose al Director General de MI5—. Después, podremos continuar.

Sir Richard Duggan asintió y, abriendo su portafolios, sacó de él un expediente y de éste una foto de diez por ocho pulgadas[44] que puso encima del escritorio, delante de Bond.

— ¿Conoce usted esa cara? -— Bond asintió.

— ¡Franco!... para la prensa, el público y casi todos nosotros. Clave “Foxfrot” para quienes están en el mismo campo; nosotros, GSG9, Gigene, Escuadrón R, Luz Azul, C11 y C13 —Bond se refería a los escuadrones antiterroristas de Alemania, Francia, Italia y los Estados Unidos, así como a los C11 y C13 de Scotland Yard, que frecuentemente colaboraban con la Sección Especial (C11, junto con C1, forma el escuadrón antiterrorista).

Sin embargo, el jefe de MI5 no tenía intención de soltar a Bond tan fácilmente. ¿Sabía el comandante algo más acerca del dicho Franco, clave “Foxtrot”? Bond asintió de nuevo:

— Por supuesto; se trata de un terrorista internacional, buscado por casi todos los países europeos y algunos del Oriente Medio. Se ha pedido a los Estados Unidos su detención, aun cuando, hasta donde sabemos, jamás ha operado desde allá... ni contra ese país. Su nombre completo es Franco Oliveiro Queso-criado; nació en Madrid en 1948, hijo de padre español y madre inglesa[45]... creo que ella se apellidaba algo así como Jones, Smith o Evans...

— El apellido era Leonard —intervino Ross, quedamente—. Mary Leonard.

— Gracias —dijo Bond, y sonrió al policía, que correspondió con otra sonrisa.

Tenía éste toda la traza de un policía moderno, se dijo 007; sin lugar a dudas, poseía algún título universitario; callado, vigilante la mirada... daba la sensación de un resorte presto a saltar, contenido por el doble seguro de la cautela y la serenidad. Bond comprendió que, una vez en acción, procedería con decisión y sin contemplaciones.

Volvió su atención a Sir Richard Duggan, y le preguntó si deseaba que continuara.

— Desde luego —Richard Duggan era de casta muy diferente, y Bond ya conocía sus antecedentes: después de todo, era parte de su trabajo estar enterado. Duggan se había formado en la vieja escuela, dentro de la Oficina del Interior[46]. Estudios en Eton y Oxford, seguidos de una breve carrera política, pues dicha Oficina se había apresurado a “requisarlo”. Era alto, esbelto, bien parecido, con espesa mata de pelo claro que, al decir de sus enemigos, se teñía. Duggan era la viva imagen del papel que representaba: joven y rico, con autoridad y oportunidad de ejercerla. Bond sabía también que eso de la juventud era mera ilusión... y la suerte de tener determinada estructura ósea.

Cuando el jefe de MI5 replicó, perezosamente, “desde luego”, la mirada de Bond se cruzó momentáneamente con la de M, y percibió allá, en el fondo de aquellos ojos, una chispita de socarronería, Sir Richard no le era simpático a M. Bond se encogió de hombros.

— La primera vez que Franco mereció nuestra atención —prosiguió— fue a raíz del secuestro de dos aviones británicos de pasajeros (dos retropropulsores de la BOAC[47]), a fines de los sesentas. No parece tener ninguna filiación política, pero se ha encargado de planear acciones terroristas, y ocasionalmente ha participado en ellas, al lado de grupos como la banda Baader-Meinhof[48]; al parecer, sigue conectado con la llamada Facción del Ejército Rojo. Tiene lazos con el PLO[49], el ERI[50] y toda una red de agrupaciones terroristas —Bond sacó su cigarrera de acero pavonado, y miró a M, pidiéndole permiso para fumar, que le fue concedido con una breve inclinación de cabeza.

— Supongo que se te puede definir como “anticapitalista” —Bond encendió el cigarrillo, y una ligera sonrisa se dibujó en sus labios—. Lo paradójico del caso es que, para un anticapitalista, él parece ser bastante rico. Consta que con su propio dinero ha comprado armas para varios actos terroristas. Sin lugar a dudas, ha cometido asesinatos, en conexión con dos secuestros políticos... y eso sin mencionar a las personas muertas al estallar bombas colocadas por órdenes suyas... un tipo peligrosísimo... y muy buscado, Sir Richard.

Duggan y Ross asintieron a una... y este último musitó algo así como que “Bond conocía a su hombre”. Duggan expresó su opinión en voz más audible, y dijo que quizá Bond conociera mejor al individuo en cuestión. Nuevamente hurgó en su portafolios, y sacó de él otras cinco fotos, que colocó en hilera sobre el escritorio de M, delante de Bond. Cada una de las fotos tenía adherida una etiqueta en el ángulo inferior derecho... y en cada etiqueta había anotada una fecha.

Bond examinó las etiquetas, incluso antes de estudiar las fotos. La más reciente tenía fecha de ese mismo día. Las otras cuatro llevaban fechas 4 y 23 de abril, y 12 y 25 de mayo. Obviamente, se trataba de ampliaciones de imágenes grabadas en videocinta, y las examinó atentamente, una tras otra. En cada una de las fotos, el individuo vestía de manera distinta... a decir verdad, tenía diferente aspecto: regordete, con pantalón de mezclilla[51] y chaqueta de dril[52], cabello largo y bigote; totalmente afeitado, pero con una cabellera blonda que le llegaba al hombro y lentes oscuros, suéter de cuello de tortuga y arrugado pantalón de pana; pelo gris, rostro emaciado, con un chillón traje a cuadros, con cámaras colgando por todas partes, y en la mano un pasaporte estadounidense, que aferraba como si temiera que alguien se lo arrebatara en cualquier momento.

Nuevamente con la cara perfectamente afeitada, pero esta vez con cabello oscuro arreglado con elegancia, ropa elegante: pantalón de pana y un costoso rompevientos[53] con cuello de piel.

La foto de ese día lo representaba con pelo cortado casi al rape, pulcra barba y lentes. Vestía como cualquier hombre de negocios.

Todos los disfraces eran soberbios... sin embargo de lo cual Bond no podía abrigar ni la menor duda acerca de la identidad del individuo: “¡Franco!”, dijo, y su voz sonó como una orden.

— ¡Por supuesto! —el tono de Duggan era ligeramente condescendiente; luego manifestó que todas las fotos se habían tomado en Heathrow.

— Cinco veces en los tres últimos meses... ¿y no lo arrestaron? —Bond frunció el ceño.

David Ross, Comisionado Adjunto, respiró profundamente y se lanzó a aclarar las circunstancias. Durante una junta celebrada a principios de año, se había hablado de la conveniencia de mantener estrechamente vigilados a algunos terroristas "de los más buscados", como Franco, por ejemplo, si llegaban solos (en apariencia, al menos) al país.

— Los peces chicos siguen al grande —comentó, como si ese proverbio lo explicara todo—. En abril, cuando los equipos de vigilancia lo descubrieron en Heathrow por vez primera, se dio una alarma general, como era natural.

— Naturalmente —Bond imitó a la perfección el perezoso tono condescendiente de Sir Richard Duggan. En ese momento, M estaba ocupado, llenando su pipa, y el acto de apretar el tabaco lo obligaba a mantener los ojos bajos.

Ross se ruborizó levemente.

— Mucho me temo que esa primera vez lo perdimos de vista... nos tomó desprevenidos, y se esfumó en Londres.

Algo se agitó en la memoria de Bond... a principios de abril se había producido una actividad policiaca desacostumbrada, y él mismo había recibido mensajes con instrucciones de estar más alerta que de ordinario: examinar paquetes y cartas, dar mayor protección a embajadas, en suma, todo lo que suele hacerse en el caso de una "alarma terrorista", término empleado por la policía y los servicios de seguridad.

— Comprobamos todos sus posibles contactos —prosiguió Ross— y aguardamos. Nadie lo vio salir del país.

— Pero salió —intervino Duggan.

— Como puede usted ver —dijo Ross, al tiempo que asentía a lo dicho por Duggan—, volvió, y nuevamente entró por Heathrow... el 23 de abril. En esa ocasión, pudimos comprobar que había salido de Londres inmediatamente y que, casi con certeza se había marchado hacia el norte.

— También en esa ocasión lo perdieron... —comentó Bond. Ross hizo un gesto afirmativo, pero dijo que habían tenido suerte en la siguiente visita, hecha en mayo.

— Lo seguimos hasta Glasgow[54]... luego se nos perdió. Pero durante el último viaje lo vigilamos durante todo el camino: llegó a una aldea llamada Murcaldy, en el interior de Escocia; saliendo en Applecross[55], al pie de las Highlands noroccidentales[56].

— Y sabemos a ciencia cierta a quién visita en ese lugar —intervino Duggan, sonriente—. Y tenemos la certeza de que el día de hoy se dirigió al mismo sitio; dos de mis oficiales lo siguen como sabuesos. Se marchó directamente a King's Cross[57] y tomó el primer tren para Edimburgo[58]... ya ustedes saben que le gusta cambiar de táctica... A estas horas debe haber llegado a su destino y esperamos noticias de un momento a otro.

Se produjo un silencio que envolvió a los cuatro hombres... roto sólo por la fricción del cerillo que encendió M para arrimarlo a su pipa. Bond fue el primero que habló.

— ¿Y fue a visitar...? —dejó la pregunta en el aire, flotar como el humo de la pipa de M.

Duggan carraspeó.

— Casi todas esas tierras, incluso la aldea de Murcaldy, pertenecen a una familia: los Murik. Desde hace trescientos años, quizá más, los señores de Murcaldy llevan el apellido Murik. Es algo de carácter casi feudal. El castillo de Murik, que data del siglo XVI, ha sido objeto de muchas reformas en el transcurso de los años... luego, están las propiedades, granjas, derechos de caza y pesca... el actual señor de Murcaldy, el doctor Anton Murik, goza de fama en otros campos: es director de varias empresas, así como físico nuclear, tan renombrado como excéntrico.

— No hace mucho renunció al puesto que ocupaba en la Misión Internacional de Estudios de la Energía Atómica... en circunstancias un tanto oscuras —agregó Ross—. Y, según veremos, hay serias dudas acerca de su derecho al Señorío de Murcaldy.

Bond rió entre dientes.

— Ciertamente, Anton no es un nombre muy escocés, que digamos... pero, ¿dónde encajo yo? —en realidad, ya tenía una idea bastante clara, pero no le interesaba ser él quien apretase el gatillo.

El rostro de Duggan no se alteró en lo más mínimo. Vistas de cerca, sus hermosas y pétreas facciones no carecían de imperfecciones. Cuando habló, su voz había perdido su acostumbrada suavidad.

— Estamos convencidos de que Franco ha hecho cuatro visitas al doctor Murik... cinco, con la de hoy. Un terrorista internacional y un físico nuclear de cierta fama... si sumamos ambos factores, el resultado es bastante alarmante. En cada ocasión. Franco ha salido del país, probablemente, y le advierto que es una mera suposición, desde algún puerto o aeropuerto escocés. Nuestra esperanza es que su asunto con Murik necesite de algún tiempo para llevarlo a cabo... pero tenemos las manos atadas en el momento en que sale de Gran Bretaña. Por eso estamos aquí: necesitamos su ayuda, a fin de seguirle la pista una vez que se encuentre fuera del país.

Esta vez fue Bond quien hizo un gesto de asentimiento.

— De modo que lo que ustedes quieren, es que me lance a Escocia, establezca contacto y lo siga cuando se marche...

Duggan dejó la palabra a M:

— Sólo si... lo consideramos conveniente. Sin embargo, me temo que en esta ocasión ya no disponemos de mucho tiempo, Anton Murik tiene una cuadra de caballos de carrera, y se los adiestran en Inglaterra; dos de ellos correrán en Ascot[59] la semana entrante... uno de ellos competirá por la Copa de Oro. Es su única pasión, aparte de la física nuclear. Mi opinión es que, para entonces, o bien Franco ya se habrá marchado, o se quedará en el castillo, aguardando el regreso de Murik.

Bond estiró sus largas piernas y se dijo que, sí realmente había alguna relación siniestra entre Franco y Murik, todo indicaba que esta no sería la última visita de aquél... pero, en realidad, nada se podía afirmar con certeza.

Duggan se puso de pie.

— Ya entregué a M toda la información —dijo, señalando el expediente que estaba sobre el escritorio, y que Bond creía procedente de los archivos de M. Duggan reunió las fotografías y las guardó en su portafolios—. También le indiqué cómo ponerse en contacto con los agentes encargados de seguir a

Franco... todo, en fin. Acudí a ustedes en busca de ayuda, por el bien del país; ya es tiempo de trabajar bajo el mismo yugo. Así, pues, dejo en sus manos la decisión.

M seguía fumando su pipa.

— Mi propósito es poner inmediatamente al corriente de este asunto al comandante Bond —su voz era agradable—. Más adelante me comunicaré con ustedes, Duggan, hoy mismo... haremos lo que se pueda, en interés de todos.

Los dos oficiales se despidieron cordialmente de M y de Bond y, en cuanto se cerró la puerta tras ellos, M preguntó:

— ¿Qué opinas tú, 007?

A James Bond le dio un vuelco el corazón, y sintió que la sangre corría por sus venas. Hacía mucho que M no lo llamaba 007, y eso quería decir que muy pronto estaría nuevamente en lo desconocido... casi podía oler las posibilidades que aquello ofrecía.

— Y bien, ¿qué opinas? —repitió M.

Bond encendió otro cigarrillo, y se quedó mirando pensativo al techo.

— Supongo que usted quiere que salga esta misma noche con rumbo a Escocia —mientras hablaba, Bond miraba a M, que permanecía impertérrito—. La combinación de elementos no es precisamente saludable: un terrorista internacional y un físico nuclear; ¿acaso no se trata de una mancuerna[60] que desde hace mucho es tema de nuestras pesadillas? El temor de que algún grupo obtenga no sólo los materiales, sino los medios para construir un artefacto nuclear realmente letal... sospechamos que algunos terroristas tienen los materiales; recuerde a Ahmed Yastaff, de quien usted me encargó; cuando menos, cuatro de los barcos que hizo desaparecer llevaban materiales.

M gruñó impaciente.

— ¡No digas tonterías, 007! Es facilísimo construir una bomba, aunque sea rudimentaria... En efecto, es casi seguro que cuentan con los materiales... y no me preguntes a quiénes me refiero. Hay que razonar con lógica; si cualquiera de las agrupaciones terroristas deseara emplear una bomba casera para chantajear a tal o cual gobierno, podría hacerlo. Pero el hecho de que un tipo como Franco esté en tratos con un diablo tan experimentado como el señor de Murcaldy... eso ya es diferente, y sólo puede significar una de dos cosas...

— ¿Qué cosas...? —Bond se inclinó hacia adelante, todo oídos.

— En primer lugar —M golpeó el índice de la mano derecha con el de la mano izquierda, mientras sus apretados labios sostenían la pipa—. En primer lugar, puede significar que Franco esté montando alguna operación sumamente complicada, y que ha acudido a Anton Murik para solicitar que le ayude con sus conocimientos y experiencia. En segundo lugar —los dedos repitieron el gesto—, puede que se trate de lo contrario: que el doctor Murik haya solicitado la ayuda de Franco para alguna aventura que piensa emprender... y en uno u otro caso, se necesitarán más de cinco entrevistas.

— ¿Es Anton Murik capaz de una u otra cosa? —Bond frunció el ceño; no podía sacar nada en claro del viejo e inexpresivo rostro de su superior, y eso siempre era señal de peligro. Era obvio que había de por medio algo mucho más profundo que los datos proporcionados por la “Oposición”.

— No sólo es perfectamente capaz, sino también un candidato muy idóneo —M abrió un cajón de su escritorio y sacó de él otro expediente que puso encima del que les proporcionara el MI5—. Hace ya tiempo que nos interesamos por el doctor Anton Murik, señor de Murcaldy —golpeó con la

yema de los dedos ambos expedientes—. Lo que Ross te dijo se queda muy atrás de la realidad... me refiero a que Murik renunció como miembro de la Comisión Internacional de Energía Atómica en “circunstancias un tanto oscuras”. *Ellos* no conocen toda la verdad... pero nosotros sí. La verdad, 007, es que Murik renunció en medio de una terrible tormenta; en realidad, lo echaron a puntapiés... y a él no le agradó en lo más mínimo. Se trata de un hombre, hasta cierto punto, brillante... y con grandes recursos.

M se quitó la pipa de la boca, y miró a Bond directamente a los ojos.

— Incluso su título de “Señor” de Murcaldy, es más que sospechoso, como Ross insinuó. No, no tengo intención de enviarte a Escocía con resortera[61], 007; mi obligación es proporcionarte toda la información pertinente y ver que cuentes con apoyo y protección. ¡Al diablo la Oposición y su jauría! Lo que yo quiero es que estés cerca de Murik... que lo vigiles desde adentro... y, para lograrlo, tienes mucho que aprender acerca del señor de Murcaldy.

[40] El Servicio de Seguridad (en inglés: Security Service), más conocido como MI5, es un servicio de inteligencia del Reino Unido que principalmente se dedica a la seguridad interna del país. Desde 1995 tiene su sede en Thames House, en Millbank, Londres. El MI5 es responsable de las actividades de espionaje en el interior, mientras el MI6 se encarga de la seguridad exterior. Fue fundado en octubre de 1909 como el Home Section of the Secret Service Bureau, siendo su primer director Sir Vernon Kell. Ampliamente conocido como "MI5", este nombre solo fue utilizado oficialmente de 1916 a 1929. En 1981 cesó como director Howard Smith, y ocupó este puesto John Jones.

[41] La Policía Metropolitana de Londres (en inglés Metropolitan Police Service (MPS) es el cuerpo de policía responsable de la seguridad del Gran Londres, con la única excepción de la 'square mile' en la ciudad de Londres, que es responsabilidad de City of London Police. La sede de la Policía Metropolitana está en New Scotland Yard, en Westminster, y es conocida como Scotland Yard. A la cabeza de la Policía está el Commissioner of Police of the Metropolis (Comisionado de la Policía Metropolitana). Su Sección Especial (Special Branch) se dedica a asuntos que incumben a la seguridad nacional.

[42] El Joint Intelligence Committee (JIC) es el responsable de la dirección nacional de las organizaciónes de inteligencia el Reino Unido, informando y asesorando al Gobierno en relación con la seguridad, defensa y asuntos extranjeros. Supervisa las prioridades de las agencias de inteligencia y seguridad.

[43] Un fotostato es un aparato que se empleaba para reproducir planos, dibujos, cuadros, documentos, etc. El fotostato actúa con rapidez y sin necesidad de emplear un cliché como se practica en las reproducciones fotográficas. Viene a ser una cámara fotográfica con su fuelle extensible y su objetivo pero que no exige negativo. El objetivo lleva delante un prisma para corregir la inversión de la imagen del texto o figura a reproducir. Por debajo de este prisma paralelamente al eje de este aparato hay un tablero donde se coloca el original. La distncia a que ha de colocarse según el tamaño que debe tener la reproducción se determina en un momento por medio de un mecanismo graduador. Por detrás, completan el aparato dos cubetas una para el revelador que está tapada y otra para el fijador. Dentro del aparato, hay un rollo de papel sensibilizado el cual va desarrollándose a medida que se van haciendo las reproducciones. Todo el funcionamiento de este aparato consiste en que al dar la vuelta al manubrio se destapa el objetivo. La imagen se produce sobre el papel sensibilizado, el rollo de papel da una vuelta, una guillotina corta el trozo impresionado dándole el tamaño que se desee y este trozo pasa a la cubeta de revelado y de allí al baño fijador.

[44] 25x20 cm.

[45] Parece que John Gardner ha confundido nombres y apellidos españoles con portugueses.

[46] El Home Office, también, y oficialmente, conocido como el Home Department, es el ministerio del interior del Reino Unido. Al ministerio le corresponde los asuntos de inmigración, seguridad ciudadana, seguridad nacional, incluyendo el Security Service (MI5). Hasta la creación del Ministerio de Justicia en 2007, el Home Office también se encargaba del sistema penitenciario británico. Su titular es el Secretario de Estado del Ministerio de Interior (en inglés, Secretary of State for the Home Department), más conocido como el Home Secretary.

[47] La British Overseas Airways Corporation (BOAC) fue la única compañía aérea estatal del Reino Unido entre 1939 y 1946 y la única de largo alcance desde 1946. La compañía nació de la fusión entre Imperial Airways y British Airways Ltd. En 1974 BOAC y British European Airways fueron fusionadas creándose así la actual British Airways, como consecuencia de una Ley del Parlamento Británico aprobada en 1971.

[48] La Fracción del Ejército Rojo, Facción del Ejército Rojo (en alemán, Rote Armee Fraktion, o RAF), también conocida como la banda Baader-Meinhof (por el apellido de sus dos componentes más significativos), fue una de las organizaciones terroristas revolucionarias de izquierda radical más activas de la República Federal de Alemania en la posguerra, que durante su actividad fue responsable de, al menos, 34 asesinatos. Por su forma de actuar foquista, puede considerarse una organización de esta índole desde una perspectiva marxista. La RAF pretendía ser un grupo de resistencia al estilo de la guerrilla urbana de Sudamérica, especialmente de los Tupamaros uruguayos; entendían la guerra de guerrillas y, por tanto, sus atentados terroristas, como una lucha contra el sistema, el capitalismo y el imperialismo de los Estados Unidos en una contienda internacional de liberación. Operó entre la década de los 70 y 1998, causando gran agitación en Alemania (especialmente en el otoño de 1977, lo que llevó a una crisis nacional) y la muerte de 34 personas y 20 miembros del grupo debido a diversos atentados.

[49] La Organización para la Liberación de Palestina (OLP) es una coalición de movimientos políticos y paramilitares considerada por la Liga Árabe, desde octubre de 1964, como la “única representante legítima del pueblo palestino”. La OLP fue creada por la Liga Árabe en 1964 y sus objetivo declarado era la destrucción del Estado de Israel mediante la “lucha armada” e inicialmente era controlada por el gobierno egipcio. La carta orgánica original de la OLP llamaba abiertamente a la aniquilación de Israel, así como el retorno

de los refugiados palestinos y la autodeterminación de los árabes palestinos, que en ese momento se encontraban bajo la ocupación jordana y egipcia de los territorios de Cisjordania y la Franja de Gaza respectivamente. En dicha carta la creación de un Estado palestino no era mencionada, aunque posteriormente la OLP adoptó la idea de fundar un Estado independiente para los palestinos desde el Río Jordán hasta el Mar Mediterráneo.2 Más recientemente, la OLP adoptó la solución de dos Estados, con Israel y un Estado palestino viviendo en paz, aunque muchos líderes palestinos de la agrupación, incluyendo a Yasir Arafat y Faisal Husseini, siguieran declarando que su objetivo continuara siendo la "liberación" de toda Palestina. En 1993 el líder de la OLP, Yasir Arafat, reconoció el Estado de Israel en una carta oficial enviada al Primer Ministro israelí Isaac Rabin. En respuesta a la carta de Arafat, Israel reconoció a la OLP como "legítimo representante del pueblo palestino", dando inicio a los Acuerdos de Oslo. Arafat fue el máximo dirigente del Comité Ejecutivo de la OLP desde 1969 hasta su muerte en el 2004, siendo sucedido por Mahmud Abbas en la conducción de la organización.

[50] Ejército Republicano Irlandés. La denominación de Ejército de la República Irlandesa (o IRA, del inglés Irish Republican Army, en irlandés Óglaigh na hÉireann - Voluntarios Irlandeses) apareció por primera vez durante la batalla de Ridgeway (2 de junio de 1866). Desde aquel momento los fenianos se organizaron en «regimientos del IRA». Existen diversos grupos paramilitares que utilizan o han utilizado el nombre y abogan por un estado soberano e independiente respecto al Reino Unido, conteniendo la isla entera de Irlanda, incluyendo Irlanda del Norte. Todos ellos dicen ser herederos del IRA original o «IRA antiguo», el "ejército" de la República de Irlanda, proclamada por el parlamento o Dáil Éireann en 1919:

El IRA Provisional (PIRA), fundado en 1969, coloquialmente conocidos como los provos, fue la más conocida y activa organización terrorista republicana armada interviniente en el conflicto de Irlanda del Norte, conocido por sus campañas paramilitares durante las décadas de los 70, 80 y 90. Tuvo su origen en 1969, tras la división del por entonces único IRA a finales de los años sesenta del s. XX, que alumbró el nacimiento tanto del IRA Provisional como del IRA Oficial. Al igual que otras ramas modernas del IRA, se autoproclamaba heredera legítima del antiguo IRA. Como tal, pretendía cumplir el rol de ejército de liberación nacional a través la historia moderna de la República y de Irlanda del Norte. Tras la firma de los Acuerdos de Viernes Santo para la finalización del conflicto, el 28 de julio de 2005 anunció el cese de la lucha armada. Se consideró desmantelado el 3 de septiembre de 2008, cuando su Consejo Armado ya no estaba operativo, según informó la Comisión Independiente de Control creada a tal efecto.

El IRA Oficial (OIRA), formado a partir de los restos de la organización tras la secesión del IRA Provisional en 1969, y militarmente inactivo en la actualidad.

El IRA Auténtico (RIRA), una escisión a partir del PIRA que se remonta a la década de los 90.

El IRA de la Continuidad (CIRA), otra escisión de los 80 a partir del PIRA.

El IRA Socialista (SIRA), escisión laica de los años 70.

El IRA 2012 (IRA 2012), formada por la unión en julio 2012 de Ejército Republicano Irlandés Auténtico (IRA Auténtico), una escisión del IRA Provisional (PIRA); la Acción Republicana Contra las Drogas (RAAD), formada por ex combatientes del PIRA que iniciaron una batalla contra el narcotráfico, sobre todo en la ciudad de Derry; y por las Facciones Republicanas Independientes, una amalgama de distintos grupos de combatientes católicos.

[51] La mezclilla o denim es un tejido empleado en la confección de ropa de trabajo. Aunque no hay unanimidad sobre el origen, diversos estudios señalan que surgió en Europa, en la Edad Media. Esta tela de lona comenzó a hacerse popular debido a su resistencia y durabilidad, ya que en sus comienzos era empleada para la realización de velas para barcos, tiendas de campaña, toldos y lonas.

[52] Dril es un Tejido de algodón sargado, usado en pantalones de vestir para hombres y mujeres.

[53] Anorak o parka. Tipo de chaqueta pesada con capucha, recubierto a menudo de piel, para una completa protección de bajas temperaturas y del viento. Esta clase de ropa, hecha originalmente de caribú, fue inventada por los Inuit (esquimales) de la región ártica, que necesitaban un abrigo que fuera capaz de protegerlos contra el frio y la lluvia durante la caza y el kayaking.

[54] Glasgow (Glaschu en gaélico escocés, o Glesca en escocés), oficialmente City of Glasgow, es una ciudad y un concejo en Escocia, Reino Unido. Es la mayor ciudad de Escocia y la tercera del Reino Unido después de Londres y Birmingham, y es el concejo más poblado y la segunda área metropolitana más poblada del Reino Unido en su conurbación Gran Glasgow, tras el Gran Londres. Está situada a las orillas del río Clyde en las Tierras Bajas de Escocia. La gente de Glasgow es conocida como Glaswegians. Asimismo, Glaswegian es el nombre con que se conoce al dialecto local escocés. Al ser un punto neurálgico de comercio, negocios, industria, medios de comunicación y transporte de Escocia, Glasgow es una gran ciudad cosmopolita y bulliciosa. Es el tercer destino

turístico más visitado del Reino Unido después de Londres y Edimburgo. Asimismo, es el centro económico más importante de comercio y de venta al por menor de Escocia. Glasgow es uno de los veinte centros financieros más importantes de Europa y es la sede de muchos de los negocios a la cabeza en Escocia, lo que la hace parte esencial de la economía británica.

[55] La península de Applecross (en gaélico escocés: A' Chomraich 'The Sanctuary') está situada en Wester Ross, Tierras Altas, en la costa noroeste de Escocia. El nombre tiene al menos 1.300 años de antigüedad y hoy se usa localmente para referirse al pueblo del siglo XIX, junto a la pequeña bahía de Applecross, frente al Inner Sound.

[56] Las Tierras Altas de Escocia (en inglés: Highlands o Scottish Highlands), es una región montañosa del norte de Escocia. Es un área con baja densidad de población y con un relieve muy variado. Tiene una superficie de 25.784 km², que en términos de extensión es similar a la de Cerdeña. El principal centro administrativo es Inverness. Su rasgo más distintivo es la influencia celta, incluyendo el mantenimiento del gaélico escocés como lengua materna de una parte de la población, y un mayor predominio de la actividad agrícola y ganadera comparado con el resto del país. Durante los siglos XVIII y XIX miles de personas fueron desalojadas y forzadas a emigrar al sur o a América y Australia. Esta época es conocida como las clearances y se produjo cuando el sistema feudal de clanes entró en crisis. Actualmente está dividida entre varios Consejos unitarios: el denominado Highland solamente ocupa un 40% (aproximadamente) de la región genéricamente denominada Highlands. El resto del territorio está repartido entre los consejos de Aberdeenshire, Angus, Argyll and Bute, Moray, Perth and Kinross, y Stirling.

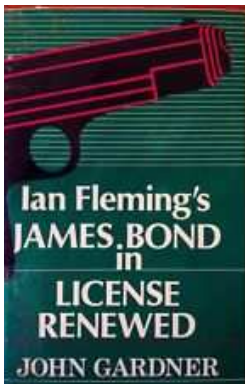
[57] La estación de Kings Cross, o de King's Cross, es una de las estaciones de ferrocarril de Londres. Inmediatamente al oeste de la estación se encuentra la estación de St Pancras. Ambas estaciones funcionan de forma completamente independiente, pero se encuentran tan cerca que pueden ser entendidas como un único complejo donde realizar transbordos. Comparten la estación de metro de King's Cross-St Pancras. Se encuentra ubicada en el distrito de Camden.

[58] Edimburgo (en inglés: Edinburgh; en gaélico escocés: Dùn Èideann) es la capital y un concejo de Escocia (Reino Unido). Es la segunda ciudad más grande de Escocia tras Glasgow. Ubicada en la costa este de Escocia, a orillas del fiordo del río Forth y en la autoridad unitaria local de la Ciudad de Edimburgo, es la capital de Escocia desde 1437 y sede del gobierno escocés. Fue uno de los centros más importantes de educación y cultura durante la Ilustración gracias a la Universidad de Edimburgo. Sus distritos The Old Town (ciudad antigua) y The New Town (ciudad nueva) fueron designados Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1995. Según el censo de 2009, tiene un población total de aproximadamente 477.660 habitantes. Edimburgo es famosa por su Festival Internacional, el festival de actuaciones en vivo más grande del mundo, y otros festivales desarrollados en verano de forma más o menos simultánea, la mayoría de los cuales se agrupan bajo la denominación Festival de Edimburgo. Durante el festival la población de la ciudad se duplica. Edimburgo es la segunda ciudad más visitada del Reino Unido, después de Londres, con aproximadamente 13 millones de turistas al año.

[59] El Hipódromo de Ascot es un circuito de carreras de caballos inglés, localizado en la pequeña ciudad de Ascot, Berkshire, usado para carreras de caballos purasangre. Es uno de los circuitos más importántes del Reino Unido. Es sede de nueve de las treinta y dos carreras anuales del Primer Grupo de carreras, el mismo número que Newmarket. La carrera está estrechamente ligada a la Familia Real Británica, por estar a seis millas del Castillo de Windsor, y ser propiedad de la Corona. Hoy en día Ascot es escenario de veinticinco carreras anuales, consta además de dieciséis Flat Racings (carreras sin obstáculos) comprendidas entre los meses de mayo y octubre. La Royal Meeting en junio, la Ascot Gold Cup, y la King George VI and Queen Elizabeth Stakes en junio.

[60] En México: pareja de aliados.

[61] En México: tirachinas.



4.- El expediente de un gran señor escocés

ERA OBVIO que le esperaba una larga noche, y Bond decidió que no convenía llegar de improviso, sin notificar oportunamente a May, su hábil y fiel ama de llaves, de que regresaría a su departamento de King's Road a altas horas de la noche.

Antes de que M entrara en detalles acerca de los expedientes que, llenos de secretos, tenían ante ellos, Bond pidió permiso para ausentarse unos momentos.

M le lanzó una de sus miradas de irritación, a las que tan acostumbrado lo tenía, pero, aunque a regañadientes, le permitió ir a su propia oficina para hacer una llamada telefónica.

Bond decidió, que era más fácil llamar a su casa desde la extensión de la señorita Moneypenny. May, que había renunciado tiempo atrás a tratar siquiera de adivinar el horario de su patrón, se limitó a preguntarle si quería algo especial para cenar. Bond declaró que no le disgustaría un par de rebanadas de salmón ahumado... si acaso las había. May, estricta conservadora en todo lo relacionado con los enseres de cocina, jamás hubiera consentido en la instalación de un congelador en sus dominios. Bond se mostró de acuerdo con ella, a pesar de que hay ocasiones en que resulta agradable tener a la mano algún sabroso manjar. Por tanto, llegaron a un acuerdo: con mucho tacto, Bond logró convencerla de que le permitiera comprar un refrigerador grande, con un espacioso compartimiento para alimentos congelados, al que May bautizó como “la hielera”. Así, pues, cuando escuchó el deseo de su amo, declaró que, según recordaba, quedaban dos rebanadas de salmón ahumando en “la hielera”... y añadió: “Haré lo que pueda, señor James... pero no llegue muy tarde”. May tenía el hábito de tratar a Bond, cuando estaba de humor, como si fuera un nene, y ella su nana.

Lo breve de su ausencia aplacó a M, quien, mientras tanto, había vuelto a llenar su pipa y estudiaba los expedientes. Con tono cáustico preguntó a Bond si había arreglado sus asuntos de modo que no se produjeran más interrupciones.

— Sí, señor —respondió sin inmutarse—. Estoy listo para liarme con el Señor de Murcaldy, Rob Roy[62]... y hasta con el mismísimo Carlos Estuardo[63], si usted me lo ordena.

— No es cosa de echarlo a broma, 007 —M parecía estar de mal humor—. La familia Murik es de rancia estirpe; hubo un Señor de Murcaldy en Dunbar[64], y otro en Culloden[65]. Sin embargo, es probable que la línea legítima haya desaparecido con el abuelo del actual señor. Es cuestión que está por demostrarse y que, por lo menos, vale la pena estudiar detalladamente. Sin embargo, el asunto resulta especialmente molesto para Lord Lyon, el Rey de Armas[66] —pasó algunas hojas del primer expediente—. El abuelo de Anton Murik fue un conocido aventurero... viajero. En 1890 desapareció durante más de tres meses en Europa central... se dijo que buscaba a un hermano, desheredado por alguna falta que cometió en otro tiempo. Los padres habían muerto ya, y en la aldea se decía que Angus Murik (ese era su nombre) estaba decidido a encontrar a la oveja negra y a traerla de nuevo al redil. Sin embargo,

cuando regresó, lo que traía consigo era una esposa extranjera, según dice aquí. Ella estaba encinta, y los documentos insinúan que el que regresó no era Angus, sino Hamish, el hijo pródigo. Se dice, además, que la criatura que andando el tiempo habría de procrear a Anton no era fruto de legítima unión, pues en ninguna parte consta que la pareja haya contraído matrimonio.

— Eso podría debilitar la línea... pero en modo alguno destruirla —gruñó Bond.

— En circunstancias ordinarias no, en efecto... pero el nacimiento de Anton también sale de lo corriente. Su padre fue un joven alocado, que a los dieciocho años se lanzó a viajar. Jamás regresó. Existe una carta en la que manifiesta haberse casado en Palermo[67], con una joven inglesa, de buena familia. Pero a poco de recibida la carta, se presentó en el castillo de Murik una joven en avanzado estado de gravidez, con la noticia de que su esposo, el heredero del señorío, había muerto a manos de los bandidos durante una expedición en Sicilia.

— ¿Cuándo fue eso? —a Bond, todo aquello le parecía de lo más confuso.

— En mil novecientos veinte —M asintió, como si adivinara lo que Bond estaba pensando—. Y, además, existen noticias, publicadas por periódicos, en el sentido de que un caballero inglés fue muerto en Sicilia. Sin embargo, los periódicos afirman que la esposa del caballero en cuestión también pereció en el lance, si bien la joven alegó que era su doncella la que había muerto. Así consta en las lápidas, en el cementerio de Caltanissetta[68]. Sin embargo, tanto los diarios como algunas personas que la recuerdan, dicen que la joven que se presentó como la viuda del presunto Señor de Murcaldy no tenía, ni con mucho, el aspecto de una “joven inglesa de buena familia”. Resulta difícil separar la realidad de la ficción... e incluso del fanatismo. Lo que sí es cierto, es que algunas de las personas más viejas del lugar juran que Anton no es el verdadero Señor de Murcaldy... aunque, sabedores de lo que les conviene, se limitan a murmurar en el seno de su hogar, y rehúsan terminantemente comprometerse con declaraciones oficiales ante las autoridades, o ante extraños.

— Sin embargo, al chico le impusieron el nombre de Anton... y asumió los derechos...

— Así es; lo bautizaron con los nombres de Anton Angus ... y llegado e! momento asumió el Señorío de Murcaldy... —los labios de M se plegaron en una mueca de desdén.

— Por tanto, para todos los fines, se trata de un auténtico señor escocés... ¿y también hemos de considerar como auténtica su condición de físico nuclear? ¿Debemos tomar en serio esa parte de su personalidad?

— ¡Ciertamente! La tomamos muy en serio... muy en serio —M se mostraba preocupado—. Es indudable que Anton Murik posee considerable talento. Toma, lee sus antecedentes —y uniendo la acción a la palabra, pasó el expediente a Bond, quien leyó rápidamente:

Anton Angus Murik. Nacido en el castillo de Murik, Murcaldy, Ross y Cromarty, Escocia, el 18 de diciembre de 1920. Se educó en Harrow[69] y St. John's College, Cambridge[70]. Cum Laude en Física; obtuvo una beca para hacer el doctorado. Se le apreciaba tanto, que se le puso a trabajar a las órdenes del profesor Lindemann[71] —quien posteriormente recibió el título de Lord Cherwell—, asesor científico de Winston Churchill; también trabajó en el

Proyecto Manhattan[72] (la fabricación y prueba de la primera bomba atómica); miembro del Comité para el Uso Pacífico de la Energía Atómica; de la Comisión Internacional de Energía Atómica[73]...

Murik había dejado de pertenecer a esta última institución hacía sólo dos años. Seguía una larga e impresionante lista de empresas con las que Murik tenía relación. Conforme leía la lista, el ángulo formado por las cejas de Bond se hacía más y más agudo: entre otras cosas, Anton Murik era presidente de Miera Modulators, Ltd., Eldon Electronics Ltd., Micro Sea Scale Ltd. Aldan Aerospace, Inc. Además, era miembro de un sinfín de consejos de administración, todos ellos de empresas relacionadas con la aplicación de la electrónica o de la energía nuclear. También se percató de que figuraban entre aquellas empresas algunas de contratistas especializados, poseedores de extensos conocimientos en el diseño y construcción de reactores nucleares.

— ¿Percibiste la nota falsa...? —la voz de M surgió de entre el humo que fluía de su pipa.

Bond repasó la lista; en efecto, escondida entre el sinfín de empresas y conglomerados dedicados a la electrónica, la energía nuclear y la tecnología aeroespacial, figuraba una anotación que desentonaba: Modas Rousillon. Bond leyó el párrafo de principio a fin.

— ¡Una casa de modas! —gruñó M.

James Bond sonrió para sus adentros.

— Sospecho que no se trata, simplemente, de una casa de modas; Rousillon es una de las más famosas del mundo, con salones en Londres, París, Roma, Nueva York... ¡en .todas las capitales de importancia! ¡Pregunte a cualquier mujer elegante! Yo diría que Rousillon figura entre las cinco casas de modas más conocidas del orbe.

— Y supongo que sus precios estarán en consonancia con su fama... Pues bien, Murik es el dueño principal de esa negociación.

— ¿Quizá le divierte vestir a las mujeres más ricas del mundo... o algo por el estilo? —Bond sonreía de oreja a oreja.

— ¡Déjate de bromas, 007! Hay que ver el ángulo económico.

— Obviamente, el hombre es multimillonario —Bond hablaba como para convencerse a sí mismo. Rara vez se sentía impresionado por tales cosas, pero bastaba la lista que tenía delante para comprender que el doctor Anton Murik era hombre poderosísimo—. ¿Cómo se las ingenió un individuo de esa categoría para que lo echaran de la Comisión Internacional de Energía Atómica?... Claro que, en general, los hombres de negocios carecen de sensibilidad, pero... —M lo interrumpió con un ademán.

— La cosa no es tan simple —dijo—. Murik es algo fanático, y, se inclina hacia el lado de quienes andan por ahí, protestando contra la energía nuclear y los peligros que implican los residuos atómicos. Emprendió una decidida campaña en contra del uso de los grandes reactores actuales o que se piensan poner en servicio... Una campaña mundial, ¡entiéndelo! El hombre debe haber inventado lo último en materia de reactores: un reactor que no sólo produce energía, sino que elimina sus propios desechos, sin peligro para nadie... y que no puede fallar. Lo llama Reactor Murik Ultraseguro.

— Y... ¿a sus colegas no les gustó la idea?

— Decir que no les gustó es una manera muy suave de expresarse; afirman que el proyecto del Ultraseguro tiene muchos puntos débiles, e incluso hay quienes opinan que es cien veces más peligroso, en potencia, que los

reactores actualmente en uso: los reproductores, los BWR[74], PWR[75], los que trabajan con gas[76] y grafitos[77] y los reproductores que operan a base de metal líquido[78]. Murik quería que la Comisión le asignara fondos para demostrarle que está equivocada y construir su propio reactor...

— Y no le dieron ni un centavo...

M replicó que precisamente eso había sucedido. Bond rió de buena gana, y luego comentó que a un multimillonario no podía importarle un poco de dinero.

— Después de todo, Murik podría construir su reactor en el traspatio de su casa... imagino que es lo bastante grande...

M dejó escapar un suspiro.

— Se trata de varios miles de millones de dólares... miles de millones de libras esterlinas, James. Anton Murik presentó argumentos, refutó cargos... parece que se suscitaron disputas acaloradísimas, e incluso se llegó a insinuar que el hombre no estaba en pleno uso de sus facultades mentales... por eso me espanta la noticia de que se ha puesto en contacto con un individuo como Franco. Y también es esa la razón por la que no pienso lanzarte al ruedo sin la debida preparación. Quizá me equivoque... pero pienso que una semana de más o de menos, no significa mayor diferencia... sobre todo si logramos colocarte dentro del círculo que rodea a Anton Murik. Y para ello —M rebuscaba en su expediente—, creo que lo más importante, por el momento, es que conozcas perfectamente al señor de Murcaldy y a sus servidores — finalmente sacó del expediente varias fotografías.

— Entonces, ¿piensa usted denegar oficialmente la solicitud de Duggan? —Bond había concentrado toda su atención en el asunto que tenía entre manos; su prolongada inactividad no había menguado en lo más mínimo sus facultades. Para él, su trabajo era algo así como nadar o conducir un automóvil; una vez que se han dominado los rudimentos, su profesionalismo predominaba, instantáneamente, en cuanto se presentaba algo importante. Independientemente del carácter de la maquinación (ya fuera idea de Franco o del doctor Murik), en adelante, Bond no descansaría hasta haber atado todos los cabos... y no le importaba qué tan peligrosa, difícil o aburrida resultara la tarea.

Para variar, M gruñó su respuesta:

— Duggan tiene a dos buenos elementos trabajando en el caso. Ya han hecho cuatro intentos para seguir a Franco, o sea que práctica no les falta; con el tiempo, alcanzarán la perfección. Estoy casi seguro de que esta vez sí descubrirán el punto de donde sale. Nosotros pondremos a alguien tras de su pista, llegado el momento. Pero tu trabajo es demasiado importante... —quizá observó la expresión un tanto irónica con que Bond lo miraba—... ¡y no me vengas con que te estoy enviando a invadir el territorio de MI5!; ya lo sé... y tú también. Pero el instinto me dice que no será por mucho tiempo. Escocia dejará de ser el teatro de la acción en cuanto lo que se está cocinando empiece a hervir... Y, ahora, ¡a estudiar las fotos!

Procedió, en primer lugar, a comentar lo que era obvio; como dueño del enorme castillo y de las extensas tierras que lo rodeaban, el Señor de Murcaldy contaba en todo momento con la mano de obra que pudiera necesitar.

— Tiene guardabosques, vigilantes y toda clase de servidores; desde choferes hasta guardaespaldas. En lo que a su seguridad personal se refiere,

hasta el momento no ha tenido problemas. Sin embargo, existe un núcleo familiar... pero, ante todo, ¡el propio doctor!

La foto correspondía a un rostro belicoso, parecido al difunto Lord Beaverbrook[79], aunque sin las líneas que daban a sus labios una expresión de buen humor. El tipo tenía en verdad la cara de un fiero perro dogo; sus fríos ojos se fijaban en alguien o en algo (pero no en la cámara, decididamente) que tenía colocado a su derecha.

La línea de sus labios denotaba un carácter duro, que no cedía ante nada; las orejas, pegadas al cráneo, le daban una rara simetría. Las fotos pueden ser engañosas, Bond lo sabía de sobra; pero este hombre, captado de improviso gracias a la rápida acción del obturador de una cámara, podría haber sido un inquisidor; había en su aire ese no sé qué de puritanismo... sin duda, se trataba de un fanático de la disciplina; era el tipo de hombre que sabe lo que quiere, y se sale con la suya, a pesar de los obstáculos. Bond sintió una vaga inquietud. De ninguna manera estaba dispuesto a admitir que una simple fotografía le inspiraba temor... pero aquella imagen decía muy claramente que el Señor de Murcaldy era una fuerza... un auténtico poder.

La siguiente fotografía correspondía a una mujer, quizá de cuarenta a cuarenta y dos años, bastante bonita, de facciones clásicas, cabello oscuro recogido y grandes ojos cuya expresión —se dijo Bond— no era de inocencia. Incluso en esa imagen fija, parecían encerrar un gran acervo de mundana sabiduría; la boca era generosa, pero no desproporcionada; las comisuras de los labios se curvaban ligeramente hacía arriba, lo que suavizaba algo las facciones.

— La señorita Mary Jane Mashkin —comentó M, como si eso lo dijera todo.

Bond dedicó a su jefe una mirada interrogante, y la coma formada por su mechón de pelo se unió a la ceja derecha, formando un signo de interrogación.

— Hay quienes dicen que es su *éminence grise*[80] —M dio algunas chupadas a su pipa, como sí no se atreviera a continuar—. Según todas las apariencias, es la amante de Murik. Durante diez años fue su secretaria; su brazo derecho y principal consejera. También estudió física, en Cambridge, al igual que él, aunque, al parecer, no lo iguala en talento. Ella hace los honores del castillo, donde vive. Viaja con él, come con él... y... todo lo demás.

Bond se dijo que quizá se había equivocado en lo del puritanismo... pero luego recapacitó que quizá Anton Murik tuviese los más estrictos principios para juzgar la moral ajena, lo que tal vez no impidiera que él mismo se dispensara de obedecer las reglas; eso se veía siempre, en todas partes: gente que hacía campaña contra determinados programas de televisión y contra ciertas películas, pero que se consideraba inmune a todo riesgo moral.

— Yo diría que acepta sus consejos acerca de muchas cosas, pero dudo que en asuntos de verdadera importancia se deje influir por ella —M seguía el hilo de su discurso; al mismo tiempo, pasó a Bond la tercera foto.

Se trataba de otra mujer, mucho más joven y, si la foto era fiel, bellísima: rubios cabellos que caían a los lados de su cara como una cauda de suave brillo, en tanto que la cara misma hacía pensar en Lauren Bacall[81], cuando estaba en la flor de su juventud, la chica de la foto tenía los mismos pómulos salientes, ojos oscuros que hablaban de pasiones ocultas, y una boca notable por la sensualidad del labio inferior. En cuanto a las cejas, formaban

naturalmente sendos acentos circunflejos, aunque alargados. Bond lanzó un largo silbido, casi inaudible, lo que alivió su tensión.

M interrumpió aquella acción refleja:

— La señorita Lavender Peacock, de la que Anton Murik es tutor. Se desconoce qué relación hay entre ellos. La chica quedó bajo su tutela en 1970, todo dentro de la más estricta legalidad. Según el informe del tribunal, es hija de un primo segundo del de Murcaldy. Ambos progenitores perecieron en un accidente de aviación. Hay algún dinero (varios miles de libras) que la señorita Peacock deberá recibir cuando cumpla los veintisiete, es decir, el año entrante.

Bond comentó que Lavender Peacock era una joven extraordinaria, y que incluso tenía la impresión de haberla visto ya... y ello no se debía únicamente a su gran parecido con Lauren Bacall.

— Es posible, 007... aunque le tienen muy corta la rienda. En ciertas cuestiones, Murik es muy anticuado. A Lavender Peacock la tratan como si fuera de frágil cristal. En su infancia, estudió siempre con profesores particulares; cuando viaja al extranjero, es siempre en compañía de Murik y rodeada de perros guardianes. La Mashkin la paseó un poco, y probablemente viste su foto en relación con la casa de modas, pues en una que otra ocasión su tutor le permite actuar como modelo... pero sólo en ocasiones muy especiales, y siempre protegida por sus perros guardianes.

— ¡¿Perros guardianes?! —Bond aprovechó la oportunidad para intervenir.

M se levantó de su asiento y se dirigió a la ventana; tendió la vista más allá del parque, que se iba borrando a medida que el sol descendía y empezaban a brillar las luces de la ciudad.

— ¿Perros guardianes? —preguntó M a su vez—. ¡Sí, sí...! Sobre todo las mujeres que rodean a la Mashkin y trabajan en casa de modas —sin volverse a mirar a Bond, prosiguió—. Murik se hace acompañar siempre por un grupo de rudos jóvenes escoceses: una especie de guardia de corps... ya tú sabes cómo es esa gente, y no me refiero únicamente a la guardia, sino a toda la familia. Hay uno en particular, una especie de jefe de matones; no tengo su foto, pero sí una descripción que sin duda concuerda con su nombre; se llama Caber (así se denomina al tronco de pino que se lanza en las justas deportivas escocesas) [82].

Se produjo un prolongado silencio, interrumpido por un hondo suspiro que se le escapó a James Bond, dedicado a estudias las tres fotos que tenía delante.

— De modo que usted desea que me congracie con estas simpáticas personas, me entere de la causa, motivo o razón de las frecuentes visitas de Franco al señor de Murcaldy y, en general, me haga indispensable...

— A mi juicio, es la mejor manera de proceder —M se volvió en redondo—. Tenemos que seguir su juego el mayor tiempo posible, 007... el mayor tiempo posible. El hombre sería capaz de matar sin el menor remordimiento, sí ello contribuyera al éxito de algún plan que lo tuviese obsesionado... y todos sabemos que en este momento tiene una obsesión: su famoso Reactor Nuclear Ultraseguro. Quizá esté desarrollando algún plan absurdo para invertir en alguna de las empresas de Franco y obtener mucho dinero... rápidamente; dinero suficiente para demostrarle a la Comisión de Energía Atómica que está equivocada. ¿Cómo saberlo? Tu trabajo consistirá en descubrirlo, James... tu trabajo y mi responsabilidad.

— Agradeceré cualquier indicación acerca de la manera de lograrlo... — empezó a decir Bond, pero cuando M se disponía a replicar, el teléfono rojo que había en su escritorio empezó a ronronear.

Bond guardó silencio algunos minutos, por lo que escuchó lo que M decía a su interlocutor, que era nada menos que Sir Richard Duggan. Concluida la conversación, M se arrellanó en su sillón, con una gran sonrisa.

— Creo que ya está todo arreglado; dije a MI5 que tú estás dispuesto a actuar y a seguir cualquier pista que ellos nos proporcionen. Duggan me dio detalles acerca de sus sabuesos —y al decir esto, M golpeó el expediente con un dedo—. Está lleno de ese romanticismo de capa y espada que tanto parece gustarles.

— ¿Qué hay de Franco?

— Es innegable que está en el castillo; ya lo confirmaron. No te preocupes, James; se marchará en cualquier momento, pero yo me ocuparé de que alguien lo siga, para que el MI5 no se entere de tus actividades.

— Y hablando de mis actividades...

— A eso voy; quieres saber cómo te las vas a arreglar para ingresar al círculo de íntimos, ¿no? Pues bien, creo que lo mejor sería que usaras tu propio nombre, aunque con antecedentes algo diferentes. Aquí podemos encargarnos de todo. Ya oíste lo que dijo Ross acerca de la segunda pasión de Murik: los caballos de carreras. Y te enteraste de que inscribió a dos de sus caballos para las pruebas que se celebran la semana entrante en Ascot. En realidad, el potro que va a competir por la Copa de Oro sólo una vez ha quedado entre los tres primeros; se llama China Blue. Nuestro amigo, el señor de Murcaldy, parece conformarse con verlos correr... por lo visto, lo que le gusta es el mundillo de las pistas y los entrenadores.

— Por la emoción que le produce —comentó Bond, y M se le quedó mirando un momento, con cierta curiosidad.

— Supongo que así es —contestó al fin—. Pero la visita de Murik a Ascot, la semana entrante, nos da la oportunidad que necesitamos. Salvo que cambie sus planes repentinamente, creo que podrías establecer contacto con él el día de la Copa de Oro. Eso nos dará el tiempo que necesitas para empaparte del asunto y equiparte perfectamente.

[62] Robert Roy MacGregor (7 de marzo de 1671, 28 de diciembre de 1734) fue un famoso héroe del folclore escocés. Algunos se han aventurado a reconocerlo como el Robin Hood de los escoceses. Participó en la Batalla de Glenshiel, con las tropas españolas, contra los ingleses.

[63] Carlos Eduardo Estuardo (Charles Edward Louis John Casimir Silvester Maria Stuart) (1720–1788) fue un aristócrata escocés perteneciente a la dinastía de los Estuardo y pretendiente jacobita al trono de Gran Bretaña como "Carlos III de Inglaterra y Escocia". A Carlos se le conoció popularmente en las Islas Británicas como el "joven pretendiente" y el "Gentil Príncipe Carlos", también se le conoció como ¨Bonnie Prince Charlie¨ (Bonnie es "bello" en dialecto escocés).

[64] Dunbar (gaélico: Dùn Barra) es una villa y antiguo burgo real escocés que se encuentra situada en la costa sureste de Escocia, aproximadamente a 30 kilómetros de la capital Edimburgo. Está en el concejo de East Lothian.

[65] Culloden, (en gaélico escocés Cùl lodain, “trasera del pequeño estanque”); gaélico moderno: Cùil Lodair) es el nombre de una villa escocesa a tres millas al este de Inverness. A tres millas al sur está el Páramo Drummossie, lugar de la batalla de Culloden.

La Batalla de Culloden (16 de abril de 1746) fue el choque final entre Jacobitas y partidarios de la Casa de Hanóver durante el levantamiento jacobita de 1745. Fue la última batalla librada en suelo británico hasta la fecha, y supuso para la causa jacobita, que defendía la restauración de la Casa de Estuardo en el trono británico, la derrota definitiva de la que nunca se recuperó. Los Jacobitas, en su mayoría escoceses de las Highlands, apoyaban las pretensiones al trono de Carlos Eduardo Estuardo (conocido como Bonnie Prince Charlie o El joven pretendiente), hijo de Jacobo III. Se les oponía el ejército británico, liderado por el Principe Guillermo Augusto, duque de Cumberland, Duque de Cumberland, hijo menor de Jorge II, miembro de la Casa de Hanóver. Tras la batalla, la crueldad británica le valió a su general el apodo de “Cumberland el Carnicero”. Carlos Estuardo huyó de Gran Bretaña y vivió en el exilio hasta que acabó sus días en Roma, completamente alcoholizado, y sin volver a intentar nunca hacerse con el trono. Las represalias civiles fueron también severas. Se promulgaron leyes para erradicar el sistema feudal de clanes en Escocia, e incluso las gaitas y la vestimenta tradicional de la zona fueron declaradas ilegales. Actualmente el campo de batalla ha sido inventariado y protegido por Historic Scotland de acuerdo a la Scottish Historical Environment Policy (2009).

[66] Con el nombre de Rey de Armas se distingue al funcionario público a quien estaba encomendado el registro de los blasones, la formación de los nuevos que se fuesen concediendo y la observancia de las leyes heráldicas. El rey de armas era un título de dignidad y honor que daban los reyes a los caballeros más esforzados, a cuyo cargo estaba advertir las hazañas de los demás militares testificando de ellas para su remuneración y premio, decidir en causas dudosas de hechos de armas, denunciar las guerras, asentar paces, asistir a los consejos de guerra e interpretar las letras escritas en letra peregrina a los reyes. Sus insignias eran las armas y blasón del emperador o rey, sin ninguna ofensiva, pues no peleaban. Este cargo tuvo muchas prerrogativas y gran importancia en los últimos siglos de la Edad Media, especialmente en la organización de los torneos y en la formación de sus leyes. A ellos se deben los primeros libros de Heráldica, entre los cuales fueron célebres el libro del Heraldo Berry, primer heraldo de Carlos VII de Francia, y el del Heraldo Sicilia que lo fue de Alfonso V de Aragón, ambos de la primera mitad del siglo XV.

[67] Palermo (en siciliano: Palermu) es una ciudad capital de la región autónoma de Sicilia y de la provincia de Palermo. En ella habitan 658.112 habitantes (2009) y en su aglomeración urbana cuenta con cerca de 860.000, cifra que aumenta hasta 1.030.135 habitantes en toda su área metropolitana (la quinta más poblada de Italia, detrás de Roma, Milán, Nápoles y Turín).

[68] Caltanissetta (Nissa en siciliano) es una ciudad italiana, en la provincia de su mismo nombre, localizada en el interior de la isla de Sicilia. En sus orígenes fue un asentamiento sarraceno, capturado por los Normandos en 1086. Se le otorgó estatutos de conformidad con el plan de urbanización del conde Roger, plan cuyo trazado aún existe. Hoy en día, es el nudo del transporte público de la zona.

[69] Harrow es un municipio del Gran Londres localizado en el noroeste del mismo, en el área conocida como Londres exterior. Limita al norte con el condado de Hertfordshire, al este con el municipio de Ealing, al sur con Hillingdon, al suroeste con Brent y al noroeste con Barnet. Fue creado por el Acta del Gobierno de Londres de 1963, que entró en vigor el 1 de abril de 1965.

[70] La Universidad de Cambridge es la segunda universidad de habla inglesa más antigua, después de Oxford. Según la historia, la Universidad de Cambridge, en Inglaterra, fue fundada en 1209 por académicos que huyeron de Oxford, tras una reyerta con agentes de dicha ciudad. El rey Enrique III de Inglaterra les concedió el monopolio de la enseñanza en aquel lugar en 1231. Junto a la Universidad de Oxford, la Universidad de Cambridge

forma a una gran cantidad de los más destacados científicos, escritores y políticos de Gran Bretaña. Ambas instituciones son conocidas conjuntamente con el nombre de Oxbridge y son integrantes del Russell Group. Son federaciones de facultades o “colleges” autónomos. Tienen un funcionamiento similar a los antiguos colegios mayores. Proveen alojamiento, comida, bibliotecas, actividades deportivas y sociales, también nombran tutores encargados de seguir el desempeño de los estudiantes. Por otra parte, la universidad provee las clases, realiza los exámenes y otorga los títulos. Los “colleges” son entidades totalmente independientes, propietarias de sus inmuebles, con personal propio y su propio presupuesto. En algunos casos los colleges pueden tener mejores condiciones financieras que las universidades a las que están asociadas. El Saint John's College es uno de los 31 “colleges” de la Universidad de Cambridge en el Reino Unido. Está situada en St John's Street (Cambridge, Inglaterra). El “college” fue fundado en 1511 por Margarita Beaufort, madre de Enrique VII. Con 135 profesores associados ("fellows"), 530 estudiantes y 300 doctorandos, es la tercera mayor unidad universitaria de la Universidad de Cambridge, después del Trinity College y el Homerton College. Ocho Premios Nobel fueron concedidos a miembros de esta institución.

[71] Frederick Alexander Lindemann, primer Vizconde Cherwell (1886–1957) fue un físico inglés e influyente científico asesor del gobierno británico entre los primeros años cuarenta y cincuenta, particularmente de Winston Churchill. Defendió el bombardeo estratégico de ciudades alemanas durante la Segunda Guerra Mundial, dudó de la sofisticación de la tecnología de radar alemana y de la exitencia del programa de armas "V".

[72] El Proyecto Manhattan fue el nombre en clave de un proyecto científico llevado a cabo durante la Segunda Guerra Mundial por los Estados Unidos con ayuda parcial del Reino Unido y Canadá. El objetivo final del proyecto era el desarrollo de la primera bomba atómica antes de que la Alemania nazi la consiguiera. La investigación científica fue dirigida por el físico Julius Robert Oppenheimer mientras que la seguridad y las operaciones militares corrían a cargo del general Leslie Richard Groves. El proyecto se llevó a cabo en numerosos centros de investigación siendo el más importante de ellos el Distrito de Ingeniería Manhattan situado en el lugar conocido actualmente como Laboratorio Nacional Los Álamos. El proyecto agrupó a una gran cantidad de eminencias científicas como Robert Oppenheimer, Niels Böhr, Enrico Fermi, Ernest Lawrence, etc. Dado que, tras los experimentos en Alemania previos a la guerra, se sabía que la fisión del átomo era posible y que los nazis estaban ya trabajando en su propio programa nuclear, se reunieron varias mentes brillantes. Exiliados judíos muchos de ellos, hicieron causa común de la lucha contra el fascismo aportando su grano de arena a la causa: conseguir la bomba antes que los alemanes. El primer ensayo atómico exitoso ocurrió en el desierto de Alamogordo, en Nuevo México el 16 de julio de 1945. El test se llamó Trinity y el dispositivo detonado se denominó con nombre en clave Gadget. Se trataba de una bomba-A de plutonio del tipo Fat Man, el mismo tipo de bomba que sería lanzada sobre Nagasaki días después, el 9 de agosto de 1945. En la actualidad este lugar está marcado por un monolito cónico negro de silicio resultado de la fusión de la arena bajo el efecto del calor provocado por la explosión. En la carrera por la bomba nuclear, los alemanes tenían el Proyecto Uranio y los soviéticos la Operación Borodino.

[73] El Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) pertenece a las organizaciones internacionales conexas al sistema de las Naciones Unidas. Este organismo empezó a funcionar en Viena el 29 de julio de 1957 y en noviembre del mismo año la Asamblea General aprobó un acuerdo sobre la relación del OIEA con la ONU, a fin de tratar de acelerar y aumentar la contribución de la energía atómica para fines de paz, la salud y la prosperidad en todo el mundo. Teniendo como objetivo el asegurar que la asistencia prestada no se utilice con fines militares, el OIEA establece normas de seguridad nuclear y protección ambiental, ayuda a los países miembros mediante actividades de cooperación técnica y alienta el intercambio de información científica y técnica sobre la energía nuclear. Cuenta con asesores, equipo y capacitación para suministrar asistencia a los gobiernos en desarrollo y promueve la transmisión de conocimientos teóricos y prácticos para que los países receptores puedan ejecutar eficaz y seguramente sus programas de energía atómica. Formula también normas básicas de seguridad para la protección contra radiaciones y publica reglamentos y códigos de prácticas sobre determinados tipos de operaciones, incluido el transporte de material radiactivo. El OIEA, tiene su sede en Viena (Austria), con sedes regionales en Ginebra, Nueva York, Toronto y Tokio, y cuenta con 159 estados miembros.

[74] Un reactor de agua en ebullición (BWR) (ing: Boiling Water Reactor), es un tipo de reactor nuclear de agua ligera (LWR en inglés), diseñado por General Electric a mediados de la década de los cincuenta, y en el que el agua común se utiliza como refrigerante y moderador. Ésta alcanza la ebullición en el núcleo, formando vapor que se utiliza para impulsar la turbina que mueve el generador eléctrico.

[75] Un reactor de agua a presión (por sus siglas en inglés PWR: Pressurized Water Reactor), es un tipo de reactor nuclear que usa agua como refrigerante y moderador de neutrones. En un PWR, el circuito primario de refrigeración está presurizado con el fin de evitar que el agua alcance su punto de ebullición, de aquí el nombre de este tipo de reactores. El PWR es uno de los tipos de reactores más utilizados a nivel mundial. Hay más de 230 reactores tipo PWR en uso para la generación de energía eléctrica (los PWR

producen típicamente entre 900 y 1500 MWe), y varios cientos más que se usan para propulsión naval. El PWR fue diseñado originalmente por el Bettis Atomic Power Laboratory para ser utilizado como planta de energía en un submarino nuclear. También, algunos PWR pequeños han sido utilizados para calefacción en regiones polares.

[76] Un reactor refrigerado por gas avanzado (o AGR, acrónimo de Advanced Gas cooled Reactor en inglés), es un reactor que utiliza generalmente uranio enriquecido como combustible, un moderador sólido (como por ejemplo los átomos de carbono contenidos en el grafito), y como refrigerante un gas, por ejemplo CO2 o helio.).

[77] El grafito se emplea en reactores nucleares, como moderador y reflector.

[78] El reactor reproductor rápido (FBR) (del inglés fast breeder reactor) es un reactor de neutrones rápidos diseñado para producir combustible generando más material fisible del que consume. A fecha de 2006, todas las plantas FBR a gran escala han sido de metal líquido (LMFBR). Los reactores rápidos habitualmente utilizan metal líquido como refrigerante primario, para refrigerar el núcleo y calentar el agua utilizada para generar electricidad mediante turbinas. El sodio es el refrigerante normal para grandes centrales, pero tanto el plomo como el NaK también se han utilizado con éxito en instalaciones más pequeñas. Algunos de los primeros FBRs utilizaban el mercurio. Una ventaja del mercurio y del NaK es que ambos son líquidos a temperatura ambiente, lo que es conveniente para instalaciones experimentales, pero menos importante para plantas piloto o a gran escala. El sodio líquido que escapa del núcleo contiene sodio-24 radiactivo. Este es un isótopo de corta vida, pero su presencia requiere mantener todo el circuito de refrigeración primario dentro del escudo biológico. El agua no puede utilizarse como refrigerador del primario ya que actuaría como regulador, no obstante un reactor “breeder” térmico regulado por agua pesada que utilice torio para producir uranio-233 es teóricamente posible.

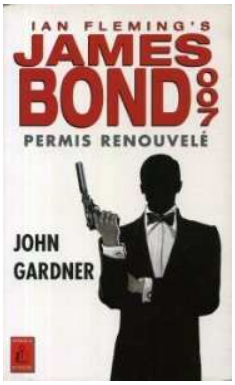
[79] William Maxwell Aitken, primer Barón Beaverbrook y Cherkley conocido también como Lord Beaverbrook (1879-1964) fue un político y escritor anglo-canadiense. Después de hacer una gran fortuna en Montreal como banquero, se trasladó a Inglaterra y tomó parte activa en la política del bando conservador. A principios de 1916, tomó el mando de varios periódicos y fundó otros, entre los que se pueden nombrar al Daily Express, el Sunday Express y el Evening Standard. Se volvió un "magnate de la prensa" y defensor de la empresa privada, así como también de los intereses británicos imperiales. Ocupó varios cargos gubernamentales de alto nivel, como algunos puestos en el gabinete británico durante ambas guerras mundiales, pero jamás alcanzó el poder político que aspiraba tener. En su diario Dayly Express se publicaron las tiras de prensa adaptando las novelas de James Bond y distribuidas mediante sindicación a periódicos de todo el mundo. Sin embargo, canceló bruscamente la adaptación de “Operación Trueno”, por orden de Lord Beaverbrook, en 1962, cuando se produjo una disputa entre Beaverboork y Fleming acerca de los derechos del relato breve "Alta Tensión". Fleming había vendido los derechos al Sunday Times, un diario rival, lo que hizo que Beaverbrook pusiera fin a su relación comercial con el creador de James Bond. A los realizadores de la tira se les avisó con sólo unos días de antelación y se vieron obligados a concluir la historia en sólo dos tiras. Durante el breve período que duró la disputa entre Ian Fleming y Lord Beaverbrook, el creador de James Bond llegó a pensar en satirizar a Beaverbrook escribiendo una historia corta sobre el editor de un diario llamado Caffery Bone que se titularía "The Shameful Dream" ("El sueño vergonzoso"). Fleming no terminó la historia, que fue posteriormente destruida, en vida del autor. Beaverbrook y Fleming resolvieron sus diferencias más tarde, y la tira de James Bond volvió a aparecer en el Daily Express a partir de junio de 1964.

[80] “Eminencia gris”, en francés; es decir, el cerebro.

[81] Lauren Bacall (1924-) es el seudónimo de Betty Joan Weinstein Perske, actriz y ex modelo estadounidense. Inició su carrera en el teatro y posteriormente debutó en cine. Ha filmado aproximadamente 40 películas, entre las cuales se destacan

“Tener y no tener” (1944), “El Suelo Eterno” (1946), “Pasaje Tenebroso” (1946), How to Marry a Millionaire (1953), Designing Woman (1957) y The Mirror Has Two Faces (1996). Sus interpretaciones la han hecho acreedora de múltiples premios, entre ellos un premio del Sindicato de Actores, un Globo de Oro y dos Tony. Por su trayectoria profesional recibió el Óscar honorífico.

[82] La frase entre paréntesis es una aclaración de la traductora.



5.- Camino de Ascot

FUERA DE LOS grandes torneos de golf, a Bond le tenían sin cuidado, en general, esos acontecimientos que siguen siendo el tema predilecto de los columnistas de sociedad que, junto con los holgazanes que les pasan los rumores, se refieren a ellos como “la Temporada”. Para él carecían de interés Wimbledon[83], la regata de Henley[84] o, para el caso, las carreras de caballos en el hipódromo de Ascot. Y la circunstancia de ser un monárquico convencido no alivió en lo más mínimo la inquietud que lo embargaba cuando, al volante del Saab, emprendió el camino de Ascot el día en que se disputaba la Copa de Oro.

La vida se había mostrado pródiga en acontecimientos desde la noche de aquel viernes, cuando M decidió introducir a Bond en el seno de la existencia de Murcaldy.

En el edificio de Regent's Park, nadie hacía preguntas, cuando un miembro del personal se esfumaba, ni tampoco se daba el caso de que una repentina fiebre de actividad alterase la diaria rutina. Y si bien es cierto que ocasionalmente se veía a Bond salir de alguna junta presuroso, o llegar corriendo a otra, jamás se acercó a su oficina.

En realidad, durante el período de preparación, Bond trabajó sus buenas diecisiete horas diarias. Para empezar, celebraba largas sesiones con M, en su enorme oficina, recientemente redecorada y en la que ahora sobresalía el cuadro de Cooper[85] que representaba la derrota de los españoles por la flota del Almirante Jervis[86] frente al Cabo San Vicente[87], en 1797; el cuadro había sido prestado al Servicio por el Museo Marítimo Nacional.

En el curso de las semanas que siguieron, Bond habría de recordar a cada instante la escena de la batalla naval, con el encapotado cielo que servía de fondo y el navío inglés que, arrastrando gallardetes y grímpolas[88], surcaba el agitado mar, teñido por el brillo de las llamas y el negro humo de los barcos que ardían.

Fue precisamente bajo, este cuadro épico que M, con la mayor serenidad, estudió con Bond todas las posibilidades que, lógicamente, podían presentarse; lo puso al tanto del alcance de las inversiones hechas recientemente por Anton Murik en negocios relacionados, de un modo u otro, con la energía nuclear... y también le reveló sus más graves temores acerca de los nefastos proyectos que al parecer abrigaba el Señor de Murcaldy.

— Lo peor del caso, James, es que este tal Murik tiene intereses en una docena de mercados... en Europa, en el Oriente Medio... e incluso en los Estados Unidos —hasta el momento, no había informado a la CIA, pero sabía (y se había resignado a ello) que estaría obligado a hacerlo si Bond se veía forzado (debido al carácter del trabajo que esperaba le sería encomendado por Anton Murik) a actuar dentro de las esferas de influencia estadounidense, tan celosamente guardadas.

La idea principal era la de colocar a Bond en el círculo de servidores de Murik, como escucha ambulante. Por tanto, nada tenía de extraño que pasara largas horas en la Sección Q, con los “genios” de la técnica. En tiempos idos, muchas veces le había aburrido aquel enjambre de jóvenes que habitaban en los talleres y zonas de pruebas de la Sección Q... pero las cosas cambiaban. El

año anterior, el cuartel general en pleno se había mostrado encantado y alentado por la aparición de una cara nueva entre los principales funcionarios de la Sección Q: una joven alta, elegante de larga cabellera rubia, recogida en un inmaculado y severo moño bajo. Esto, aunado a los grandes lentes que llevaba, le daban cierto aire de mando y una personalidad contradictoria, una combinación de cálida nubilidad y fría eficiencia.

Al cabo de una semana, la Sección Q había impuesto a su nueva funcionaría el apodo de Q'ieta[89], pues en tan breve lapso se había convertido en el blanco de los intentos de seducción de numerosos funcionarios solteros de todas las edades. Bond ya se había fijado en ella y había escuchado los comentarios. Se decía que el aspecto más frío de la personalidad de Q'ieta salía a relucir en sus horas libres. Ahora, Bond se encontraba trabajando con ella, pues a ella se le encomendó la tarea de arreglar el equipo que debería llevar consigo, así como informarle de todo lo relacionado con su funcionamiento.

Durante todo este periodo, james Bond conservó una actitud estrictamente profesional. Q'ieta era una chica bastante atrayente pero, como tantas de las mujeres que trabajaban en los servicios de seguridad, si bien se comportaba de manera amistosa, hacía hasta lo indecible para dejar bien sentado que era su propia dueña y, por tanto, su igual. Más tarde se enteró Bond de que había trabajado durante un año en actividades de campo antes de seguir el curso de dos años gracias al que consiguió el ascenso a funcionaría de la Sección Q.

A las cuarenta y ocho horas de recibido el aviso, el equipo de Q'ieta había reunido un juego de lo que ella calificó de “equipaje gemelo caracterizado”, y que consistía en una maleta de cuero y un maletín de igual tipo, con alma de acero. Ambas piezas constaban de compartimientos secretos, casi totalmente imposibles de encontrar, ingeniosamente colocados, en los que se había instalado lo más avanzado en equipo electrónico para captación de sonido, material para sabotaje y algunos elementos útiles para sobrevivir. Podríamos citar un novedosísimo aditamento que servía para intervenir y escuchar; un receptor VL 22H[90] para contravigilancia; una pluma que era, en realidad, una alarma conectada a una modificación de largo alcance del Sistema de Alarma SAS 900. Una vez activada, la pluma pondría a Bond en comunicación instantánea (por medio de una señal) con el cuartel general, en Regent's Park, donde sabrían que pedía auxilio. Además, la pluma contenía microelementos que le permitían actuar como indicador de dirección, de manera que, una vez activada, el cuartel general sabría cómo localizar a su hombre: todo un sistema de alarma instalado en el bolsillo.

Como complemento, había un transmisor ultrasónico pequeñísimo, y entre el material para sabotaje Bond debería llevar una copia exacta de su encendedor Dunhill[91]... si bien el facsímil tenía ciertas propiedades. Contaba también con una linterna de bolsillo del tipo llamado de “cobertura”, pues genera un rayo de luz tan intenso, que puede desorientar a quien quede cogido por él; finalmente, y casi como si se le hubiese ocurrido a última hora, Q'ieta le hizo firmar recibo por un par de anteojos Nitefinder TH70[92]. Bond optó por no aclarar que estos ligeros anteojos eran parte del equipo estándar que Communications Control Systems, Inc., había proporcionado para el Saab. De hecho, ya los había probado (una noche negrísima, en un aeropuerto abandonado); condujo su Saab con las luces apagadas y los lentes Nitefinder

cubriéndole los ojos. A través de los pequeños lentes, la campiña que lo rodeaba y la agrietada pista de aterrizaje por la que circulaba se veían con tanta claridad como si fuera una tarde de junio antes del ocaso.

Además de las horas pasadas con M y Q'ieta, Bond tuvo que pasar otras tantas con el mayor Boothroyd, el Armero del Servicio, hablando de armas. Por instrucciones de M, Bond debería ir armado, cosa que en esos días no se tomaba a la ligera.

En el curso de los años que sirvieron para dar a Bond la especial reputación de que gozaba en la Sección Doble 00, había empleado muchas armas de mano que iban de una Beretta .25, despectivamente calificada por el armero como “pistola para señoritas”[93], hasta la Colt .38 reglamentaria de la Policía; la Colt .48 automática[94]; la Smith & Wesson Centennial Airweight .38[95]... y su favorita, la Walther PPK 7.65 mm[96], que llevaba en la famosa pistolera Berns-Martin[97].

Sin embargo, la PPK había quedado fuera de uso, debido a su pésima costumbre de atascarse en los momentos álgidos. El arma se comportó especialmente mal la noche del 20 de marzo da 1974, cuando un secuestrador fallido, que había pasado por las clínicas para enfermos mentales, intentó raptar a la princesa Anna y a su esposo, el capitán Mark Phillips. El guardia de corps de la pareja, el inspector James Beaton, resultó herido y, cuando trató de contestar el ataque, su Walther se atascó. Y ese fue el fin de esta singular pistola, por lo que toca a la policía y los servicios de seguridad británicos[98].

Desde entonces, Bond había hecho sus prácticas de tiro con la Colt .45[99] —demasiado pesada y difícil de usar en actividades secretas— o con la vieja Cobra .38[100], el revólver corto, favorito de la Colt para operaciones secretas. Como es natural, Bond no informó a nadie que en un compartimiento secreto del Saab llevara una Ruger Super Blackhawk .44 Magnum[101].

Ahora era necesario que todos estuvieran en situación de pensar con claridad y decidir lo relativo a las armas que Bond debería llevar consigo; así que se entabló una larga batalla entre Bond y el armero acerca de los méritos relativos de las distintas armas... batalla que consumía tiempo y que en ocasiones casi degeneraba en disputa.

Ya antes, en un sinfín de ocasiones, habían repasado los argumentos básicos: que un revólver es más de fiar que una pistola automática, por la sencilla razón de que es más difícil equivocarse. Sin embargo, el revólver tiene dos desventajas: es más difícil volver a cargarlo, puesto que generalmente lleva sólo seis cargas de munición en el cilindro. Además, y salvo que se opte por un arma más grande y voluminosa, la velocidad de la boca del revólver es menor y, por tanto, tiene menor impacto.

Por otra parte, la pistola automática en más fácil de cargar (basta sacar el cargador vacío y meter uno nuevo en la recámara), lo que significa un mayor número de disparos por cargador y, en general, su impacto es mucho mayor. Sin embargo, en lo que se refiere a su mecanismo, hay más probabilidades de tener problemas.

Al final, Bond se salió con la suya, aunque no sin tener que soportar los refunfuños del mayor Boothroyd, y se quedó con una antigua amiga, de cuya fidelidad tenía pruebas fehacientes: la vieja Browning de 9 mm[102], que en un principio produjo la Fabrique Nationale de Guerre, en Bélgica, con patentes de Browning. A pesar de su edad, esa Browning tiene un impacto bastante adecuado. Para Bond, sus mayores ventajas eran su buen funcionamiento y su

tamaño: ocho pulgadas en total, y con un cañón de cinco pulgadas de longitud. Se trataba de un arma plana, letal; en realidad, la Browning primitiva tiene un diseño muy parecido al de la Colt .32 y pesa unas treinta y dos onzas, con capacidad para un cargador de siete balas Browning Long de 9 mm, con la ventaja adicional que se puede llevar otro cargador en la recámara.

Bond estaba encantado con el arma y, conociendo como conocía sus limitaciones, no vaciló ni un instante en rechazar toda sugerencia de que aceptara pistolas más exóticas, de reciente fabricación.

En las colecciones del armero, un verdadero tesoro, había armas nuevas de todas las marcas, tipos y tamaños, y la Browning que le mostró estaba en su estuche original, recubierta de grasa y envuelta en papel encerado, ya amarillo. No era menguada hazaña, ya que esa pistola se dejó de fabricar hace muchísimo tiempo.

El armero conocía demasiado bien a Bond para permitir que miembro alguno de su personal tocara aquella pistola; por tanto, pidió a Bond que lo acompañase al taller del técnico, a fin de que, una vez perfectamente limpia, desarmada y revisada, fuera probada por quien iba a usarla. Si hubiera sido necesario que Bond saltara en paracaídas, tanto el armero como la Sección Q hubieran tomado las providencias necesarias para que él mismo plegara y doblara su paracaídas... y desde luego eso era lo que 007 hubiera exigido; y lo mismo se aplicaba a las armas.

Cierto día, ya avanzada la tarde, Bond se encontró solo, en el taller del armero, dueño absoluto del sitio, así como de la sala de tiro que había en el sótano, dedicado a la exigente tarea de la que podía depender su vida.

Cuál no sería su sorpresa cuando, en el momento en que se disponía a limpiar la Browning, se abrió la puerta y en el umbral apareció Q'ieta, con un traje de terciopelo café que le sentaba muy bien y realzaba su encanto. Informó a Bond que el mayor Boothroyd le había sugerido la conveniencia de bajar y supervisar la limpieza y preparación del arma.

— ¿Qué puede haberlo impulsado a hacer semejante cosa? —Bond apenas si levantó la vista de su trabajo, pues por vez primera se percató de que la frialdad de la joven era un desafío directo. Había trabajado durante muchos días, y ahora sintió que por las profundidades de su mente se agitaba la serpiente de la sensualidad. Por cierto que sería muy agradable tener la compañía de Q'ieta.

La joven se sentó garbosamente en el banco, después de buscar un sitio donde la madera se viera limpia.

— En mis horas libres, el armero me da un curso sobre armas —dijo, y por vez primera percibió Bond que su voz tenía algo de gutural—. No manejo muy bien las pistolas, y el mayor Boothroyd dice que usted es excelente. Comentó que la pistola es muy anticuada... y pensó que, si a usted no le molestaba, sería una ocasión para ampliar mis conocimientos.

Las manos de Bond, fuertes y firmes, se movían con pericia... casi se diría que amorosamente, mientras repetía mentalmente el procedimiento de desarmarla y armarla.

— ¿Y bien? —preguntó Q'ieta.

— ¿Y bien qué?

— ¿Le molesta que lo observe trabajar?

— Ni en lo más mínimo —fijó su mirada en la joven, cuya linda carita, detrás de los enormes lentes, permanecía impasible—. Recuerde que las

armas hay que manejarlas siempre con cuidado y delicadeza —y sonrió, pues los movimientos de sus manos alrededor del mecanismo adquirían un carácter más y más erótico.

— Con cuidado, por supuesto —la voz de la joven adquirió un dejo de sarcasmo. Y luego, como quien repite una lección aprendida de memoria, recitó un párrafo del manual de adiestramiento que proporcionaba el Servicio a su personal—: "Toda arma, del tipo que sea, deberá ser tratada con gran cuidado y respeto"... ¿No le parece que lleva usted esa recomendación demasiado lejos, comandante Bond?

¡Demonios!, pensó Bond, la chica no era tonta. E incluso hizo más lento el movimiento de sus manos, a fin de que el procedimiento de desarmar el arma resultara todavía más obvio, mientras repetía en silencio las instrucciones: *Asir firmemente la cabeza de la guía del muelle de retroceso; empujarla hacia la boca del cañón a fin de zafar la cabeza de la guía del cañón. Sacar el cañón del extremo de la recámara. Quitar las cajas para llegar al cerrojo. Desmontar la corredora empezando por el percutor, y proseguir como es usual...*

— ¡Vamos, comandante Bond! Sé algo en cuestión de armas... y, en todo caso, ya nadie cree eso de que las pistolas son símbolos fálicos —irguió la cabeza y rió brevemente—. Deje de jugar a que su pistola es una mujer a la que está desnudando... si es que lo hace usted a mi salud. Francamente, no me interesan esos libros baratos con fotos de chicas sentadas sobre grandes pistolas, e incluso montadas en ellas[103].

— ¿Qué le interesa entonces, Q'ietecita? —y Bond soltó la carcajada.

— Me llamo Ann Reilly, y encuentro estúpido el mote que me han adjudicado aquí —y se le quedó mirando fijamente a los ojos, sus buenos veinte segundos—. En cuanto a lo que me gusta o me disgusta... o me interesa, quizá algún día lo averigüe usted mismo —no sonreía—. Lo que más me interesa en este momento es el funcionamiento de la automática, las razones que tuvo para escogerla y el origen de esa marca blanca tan clara, que tiene en la mano.

Bond levantó la mirada y sus ojos no expresaban burla; antes bien, adquirieron un brillo acerado que casi asustó a Q'ieta.

— Hace mucho tiempo hubo alguien que se quiso pasar de listo —replicó, mascando las sílabas. Y allá, en su interior, recordó con todo detalle las circunstancias que lo obligaron a someterse a la cirugía plástica, cuya sola huella era esa marca, a raíz de que Smersh tatuó en el dorso de su mano la letra cirílica Щ (SH), en un intento para marcarlo como espía. Todo había ocurrido hacía largos años, y en un sitio remoto, pero el recuerdo era tan vivido como si se tratara de algo que había sucedido la víspera. No se le pasó por alto que había logrado quebrantar la guardia de Q'ieta con su reacción de crueldad. Hacía tanto tiempo, pensó, del asunto con Le Chiffre en Royale-les Eux, y una mujer llamada Vesper, más o menos de la edad de la joven sentada en el banco, que mostraba sus bien torneadas rodillas y sus esbeltas piernas... muerta a causa de una sobredosis, su cuerpo cubierto por la sábana como una efigie de piedra tallada en una tumba[104].

Del rostro de Bond desapareció el velo de frialdad. Sonrió a Q'ieta una vez más y, mirándose la mano, comentó:

— Un ligero accidente... un descuido... que hizo necesaria una pequeña operación... eso es todo —y luego siguió limpiando la Browning para quitarle la

grasa del empaque. Habíase esfumado por completo toda idea de flirtear con la funcionaria Ann Reilly de la Sección Q. Se trataba de una persona bastante joven, que apenas empezaba a conocer los usos y costumbres del mundo secreto, a pesar de sus conocimientos de electrónica; tal fue su veredicto.

Como si quisiera despejar el ambiente, la joven preguntó, con una vocecita apenas audible:

— ¿Qué se siente matar a alguien? Dicen que en el tiempo que lleva usted en el Servicio ha tenido que matar a mucha gente.

— Pues, en ese caso, más les valdría callarse la boca —esta vez fue Bond quien replicó, molesto. Estaba armada la pistola—. En el Servicio funciona un sistema de confidencialidad. Usted debería saber, mejor que nadie, que ciertas cosas no deben preguntarse.

— Pero... ¡necesito saberlo! —hablaba con calma, pero dejaba entrever cierta terquedad que ya antes había percibido Bond en su mirada—. Después de todo, tengo que manejar algunos de los asuntos más importantes de nuestra sección, y usted sabe seguramente lo que eso abarca: muertes secretas, por causas imposibles de descubrir. En nuestro negocio, la gente muere... y yo debería saber que ciertas cosas no deben preguntarse.

Bond terminó de armar su pistola, hizo funcionar el mecanismo dos veces, y luego tomó uno de los cargadores con siete cartuchos Browning Long de 9 mm, capaces de destrozar una tabla de pino de cinco pulgadas de espesor a veinte pies de distancia.

Se quedó mirando el esbelto cargador y pensó en sus letales propósitos y en lo que cada uno de esos pedacitos de plomo, envueltos en metal, podían hacer al hombre... o a la mujer que los recibiera. Y pensó que, en efecto, Q'ieta... Ann Reilly, tenía derecho de saber.

— Ayúdeme usted —dijo, haciendo un movimiento de cabeza hacia la caja que había en el banco—. Traiga un par de cargadores de repuesto. Hay que probar este juguetito en el polígono; con eso, termina el trabajo de la noche.

Ella se deslizó del banco, tomó los dos cargadores y repitió la pregunta:

— ¿Qué se siente matar a alguien?

— En el momento, no se piensa mayormente en ello —respondió Bond con voz inexpresiva—. Es una acción refleja. Uno lo hace, y lo hace sin vacilar... y si se es inteligente y se quiere seguir viviendo, tampoco se piensa en ello después. Sé de algunos que por pensarlo sufrieron graves colapsos y tuvieron que retirarse prematuramente, con media paga. No hay nada que decir, mi estimada Q'i... mi estimada Ann. Personalmente, procuro no recordarlo; en esa forma me mantengo ajeno de la realidad.

— ¿Y es por eso que limpia usted la pistola delante de alguien como yo... y la desarma como si se tratara de una mujer?

Él no respondió, y ella lo siguió, sin decir nada, por el corredor que llevaba al polígono.

Bond necesitó cerca de una hora y otros seis cargadores para quedar perfectamente satisfecho de la Browning. Una vez concluida la práctica de tiro, regresó a la armería, seguido por Q'ieta; allí, procedió una vez más a desarmar la pistola, para limpiarla nuevamente. Una vez terminada su tarea, se volvió hacia la joven.

— Bien, ya vio usted todo lo que hay que ver; se terminó la función y puede marcharse a casita.

— ¿Ya no necesita usted de mis servicios?

Y, cosa que Bond no esperaba, le sonrió al hablar.

— Pues... —no parecía muy seguro de la respuesta que recibiría— si aceptara usted una invitación a cenar...

— ¡Claro que acepto, encantada! —su sonrisa era franca y alegre.

Bond la llevó al Saab. Se dirigieron a Kensington, al Trattoo[105], en Abingdon Road, donde Carlo recibió con sincera alegría a su antiguo cliente. Hacía mucho tiempo que Bond no los honraba con su presencia, y lo recibieron con muestras del mayor respeto. Una vez que tomaron asiento, ordenó para ambos... una cena sencilla: *la zuppa di verdura*[106] seguida por *Fegato Bacchus*[107]*,* todo ello rociado con un Bardolino[108] ligero y tierno (cosecha 79, pues el Bardolino debe beberse siempre tierno y fresco, aunque se trata de un vino rojo, más o menos como beben los franceses los rosados, según explicó Bond). Como postre, Carlo les preparó unas crepas simples, con limón y azúcar, y pasaron al bar a beber el café, pues allí había un pequeño piano en el que tocaba Alan Clare[109].

Ann Reilly estaba encantada, y dijo que podría pasarse las horas escuchando las puras interpretaciones de Clare. Sin embargo, muy pronto el restaurante empezó a llenarse. Hicieron su aparición dos actores, un conocido director de cine de rizados cabellos grises y un famoso cómico. A petición de Ann, Clare tocó una última pieza: “As Time Goes By”, el popular tema de aquella película que hiciera época: *Casablanca*[110]*.*

Bond enfiló el Saab de regreso a Chelsea[111], a petición de Ann Reilly. Mientras le iba dando las indicaciones para encontrar el sitio, la joven reía a más y mejor, y no se cansaba de repetir que se había divertido como nunca. Por último, se detuvieron frente a una residencia del estilo llamado georgiano, con terrazas, cuyo segundo piso ocupaba Q'ieta.

— ¿Quiere entrar a ver mis artilugios? —en la oscuridad, Bond, no podía ver la sonrisa, pero sabía que sonreía.

— Pero la cosa es distinta —comentó riendo—; yo prefiero los grabados.

— Le aseguro que tengo cosas muy curiosas; recuerde que soy funcionaría de primera en la Sección Q… y me gusta traer el trabajo a casa —y así diciendo, abrió la portezuela y descendió del auto.

Bond le echó llave, y siguió a la chica escaleras arriba y luego al interior del pequeño elevador, instalado durante lo que el agente de bienes raíces calificaba, muy satisfecho, de “amplia modernización”.

Ann Reilly sonrió.

— ¡No todo es lo que parece! —y soltó una risita algo estridente que, de momento, hizo pensar a Bond que quizá no estaba acostumbrada a beber... que tal vez el vino se le había ido a la cabeza. Luego vio que su mano derecha se dirigía hacia un pequeño tablero lleno de botones, sus dedos empezaron a oprimir botones y... durante los segundos que siguieron, Bond no pudo pensar sino en las escenas de transformismo que de niño presenciara en las pantomimas.

Las luces perdieron intensidad y la habitación quedó bañada por una suave luminosidad rojiza, que emanaba de los zócalos de las paredes. La gran mesa circular, cubierta con un cristal ahumado, que era el punto focal en el centro de la estancia, pareció hundirse en la alfombra, y del sitio que ocupara surgió el ruido que hace el agua al salpicar; ahora, en el centro de la estancia había un pequeño estanque, con una fuente juguetona. El Hockney[112], el

Bratby[113] y los dos grandes espejos parecieron nublarse, luego se aclararon y en su lugar quedaron expuestas pinturas de tan clara intención, que casi quitaban la respiración.

De pronto percibió un aroma como de almizcle, al tiempo que aumentaba el volumen de una suave melodía: un blues lento, sensual, tan cercano y natural, que Bond miró a su alrededor, seguro de que Q'ieta estaba sentada al piano. El aroma y la música empezaron a hacer presa en sus sentidos. Luego, dio un paso atrás, los ojos fijos en la pared de la derecha; el muro se abrió y de sus reconditeces surgió una cama de agua que se deslizó silenciosamente en la habitación, arriba, un dosel de espejos pendía de gruesos cordones de seda roja.

Ann Reilly había desaparecido. Por un instante, Bond se sintió desorientado; de espaldas a la pared, su cabeza y sus ojos seguían aquel extraordinario espectáculo... y entonces la vio; detrás de la fuente surgía una luz muy tenue, pero que alcanzaba a iluminar su silueta, desnuda, salvo por el camisón translúcido que la cubría; llevaba el cabello suelto, que le caía hasta el talle... y tanto el cabello como el delgadísimo material del camisón ondeaban, como si los agitara un silencioso céfiro.

Luego, tan rápidamente como había ocurrido, la habitación empezó *a* cambiar de nuevo. La iluminación adquirió su intensidad y color normales, la mesa subió de la fuente, el Hockney, el Bratby y los espejos recuperaron su sitio en los muros y, lentamente, la imagen de Q'ieta se esfumó. Lo único que permaneció en su sitio fue la cama.

A sus espaldas, Bond escuchó una risa ahogada y, cuando se volvió, encontró detrás de él a Q'ieta, con su traje de terciopelo café y el pelo modestamente recogido, recargada en la pared, reía alegremente.

— Y... ¿le gustó el espectáculo? —preguntó.

— ¡Pero...! —Bond tenía el ceño fruncido.

— ¡Vamos, James!, la transformación es facilísima: micrófono y electrónica, *luz y sonido.* Yo misma lo hice todo...

— P... pero tú...

— ¡Claro! —ahora ella frunció el ceño—. Esa fue la parte más costosa, pero también yo me encargué de montar la mayor parte; y, por supuesto, se trata de mí... holograma... ¿verdad que parece real?: tres dimensiones. Ven, te mostraré el truco...

Se disponía a alejarse, cuando Bond la tomó del brazo, la atrajo hacia él y la besó con pasión. Ella deslizó las manos hasta sus hombros, y lo apartó con suavidad.

— Veamos... —levantó una ceja y se le quedó mirando—. Pensé que habías captado la idea. Cuando entraste, comentaste la particularidad de la decoración; todo corresponde al estilo de los sesentas. Todo lo que he hecho (y debo decir que he gozado enormemente ajustando hasta el más mínimo detalle) es añadir una fantasía también propia de esa época: música, luces, la cama de agua, el aroma y una ninfa al alcance de la mano, Tenía la seguridad de que tú, especialmente, James Bond, entenderías el mensaje; las fantasías deberían cambiar con los tiempos. Con toda seguridad, hoy somos más realistas... sobre todo en lo que a relaciones se refiere. Me parece que el término adecuado es “madurez”.

Definitivamente, se dijo Bond, Q'ieta era el apodo justo para Ann Reilly, quien recorrió la estancia para mostrarle la instalación electrónica que controlaba su espectáculo de luz y sonido.

— Quizá fuera una ilusión —comentó él—, pero el efecto es letal...

Ella se volvió.

— James, la cama no ha desaparecido; está en su sitio de costumbre, ¿qué te parece si tomamos un café y nos conocemos mejor?

Ya en su propio departamento, la mañana siguiente, Bond despertó a las seis y media. El trago amargo, pensó con una sonrisa burlona. Si alguien había logrado tomarle el pelo, ese alguien era la ingeniosa Q'ieta. Estaba de buen humor, y sin perderlo hizo sus ejercicios, tomó un baño caliente seguido por unos minutos bajo la regadera fría; se afeitó, se vistió, y estaba en el comedor cuando la fiel May le presentó *The London Times*[114] y su acostumbrado desayuno... que era su comida favorita: dos grandes tazas de cate negro De Bry[115], sin azúcar; un huevo de cascarón café "hervido al punto perfecto" (Bond se empeñaba en seguir afirmando que sólo le gustaban los huevos de cascarón, café, y mantenía su opinión de que para quedar "a punto", un huevo tenía que hervir tres minutos y un tercio); luego, dos rebanadas de pan de trigo, entero, tostadas y untadas con mantequilla de Jersey[116] y jalea de fresa "Little Scarlet" [117], de Tiptree[118], mermelada Cooper's Vintage[119] o miel noruega de brezo.

Los gobiernos podían llegar y caer; podrían ocurrir crisis, la inflación podía crecer y crecer... Cuando estaba en Londres Bond rara vez alteraba la rutina establecida para el desayuno. A este respecto, era lo peor que puede ser quien tiene una profesión como la suya; era hombre de hábitos, que gustaba de empezar el día de cierta manera. Le gustaba que le sirvieran el huevo en la huevera de color azul oscuro, con un cerco de oro en el borde, igual que el resto de su vajilla de porcelana Minton[120], y le hacía feliz ver sobre la mesa la cafetera de plata, de la época de la Reina Ana[121], con todos sus accesorios. Jamás se le hubiera ocurrido a James Bond considerarse un *snob,* eso se quedaba para los demás. Después de todo, el hombre tiene derecho a ciertas gratas idiosincrasias... sobre todo sí debe ordenar su mente y su estómago para sobrellevar lo que el día le depara.

Pasado el incidente con Q'ieta, Bond apenas si se tomó descanso durante la preparación necesaria para lo que veía ya como su próximo encuentro con Anton Murik, el día de la Copa de Oro, en Ascot.

Últimamente, regresaba directamente a su piso para dedicarse al estudio de un libro que guardaba entre sus ejemplares de *Guía Scarne de los Juegos de Azar*[122] y una edición de 1895 de ese clásico del género: *Vivos y bobos: La más completa revelación de los secretos de quienes hacen trampa en los juegos de azar y habilidad,* escrito por John Nevil Maskelyne[123]. El libro que tan ávidamente leía, había sido publicado, en edición privada, a principios de siglo. Bond lo descubrió casualmente en París, hacía muchos años, y lo hizo encuadernar en cartoné y cuero por un impresor al que solían emplear con frecuencia en el Servicio. Su autor había usado el seudónimo de Cutpurse[124], y el libro se titulaba *Las habilidades, artes y secretos del entremetido.* En realidad, era un amplísimo tratado del antiquísimo arte del carterista y del

ladrón de dedos ligeros, capaz de robarnos los calcetines sin quitarnos los zapatos.

Valiéndose de muebles, chaquetas viejas... incluso una lámpara de pie, Bond practicó varios lances en los que ya era experto. De sus pláticas con M acerca de la mejor manera de entablar amistad con el Señor de Murcaldy y sus acompañantes, había surgido un plan que exigía emplear con el máximo talento algunos de los trucos descritos por Cutpurse. Bond sabía que para emplear algunos de esos regates era necesario mantenerse siempre en forma; como el tahúr o incluso el inocente malabarista. De modo que, una vez más, se puso a aprender las distintas maneras: el tropezón, el hábil uso de dos dedos para sacar la cartera[125], la introducción de toda la mano, con la palma hacia abajo, que suele emplearse para sacar lo que se trae en el bolsillo superior de la americana, el truco del empujoncito, que sirve de pretexto para extraer la cartera del bolsillo trasero del pantalón... en fin, los métodos predilectos de los más hábiles carteristas.

Claro que estos individuos rara vez trabajan solos; generalmente, pululan en grupos de tres a diez[126], circunstancia que dificultaba más todavía el plan que se había trazado Bond. Para empezar, tenía que hacerlo todo él mismo; luego, no se trataba de robar carteras simplemente, su práctica tenía por objeto aumentar su habilidad hasta ser capaz de practicar el truco más difícil de los descritos en el libro: cómo “esfumar” un collar. Por cierto que el método databa de principios del siglo XIX, cuando se practicaba para hurtar relojes de bolsillo. Hacia el final de su periodo de preparación, Bond dedicaba varias horas cada noche a perfeccionar los movimientos necesarios, y sólo deseaba que la información de que disponía M —y que le había comunicado durante las largas horas pasadas bajo el cuadro de Cooper sobre la victoria del almirante Jervis— fuera exacta.

Ahora, surgió en la carretera un aviso que decía: “Ascot, 4 millas”[127]; Bond se sumó a la hilera de Bentleys, Rolls-Royces, Daimlers, etcétera, que se dirigían al hipódromo. Permanecía tranquilo al volante de su Saab, la Browning, con su pistolera, guardada en la guantera; en el compartimiento de equipaje iba el que especialmente le había sido preparado por Q'ieta, en tanto que Bond iba en mangas de camisa, su elegante chaqué claro cuidadosamente doblado y colocado en el asiento posterior, junto al sombrero de copa. Antes de partir, se le ocurrió que quizá Q'ieta hubiera debido ocultar algún artilugio dentro del sombrero de copa; se había despedido de él con la mayor afabilidad y le había prometido ayudarle en todo lo que estuviera a su alcance: “Si necesitas algo, 007, avísame, y yo misma te lo llevaré”... y al hablar, había guiñado un ojo, casi imperceptiblemente.

Bond se dignó dedicarle un ligerísimo movimiento de ceja.

Ahora, su aspecto era el de un dandy más, camino del Recinto Real. Pero, a decir verdad, toda su atención se concentraba en una única idea: el doctor Anton Murik, señor de Murcaldy, y sus sospechosas relaciones con el terrorista Franco.

Ya habían terminado los preparativos necesarios para su misión (no por apresurados menos cuidadosos), y James Bond quedaba librado a sí mismo... pediría ayuda sólo si la situación lo exigía.

Al acercarse at hipódromo, Bond sintió cierta exaltación, si bien una ligera contracción del estómago le indicó que en el aire se percibía el peligro... quizá el desastre.

[83] El Campeonato de Wimbledon es un torneo de tenis organizado por el All England Lawn Tennis and Croquet Club, que se lleva a cabo en junio/julio en Wimbledon, Londres, Inglaterra, Reino Unido desde el año 1877. Es el certamen de tenis más antiguo y prestigioso del mundo, y es el tercer torneo de Grand Slam que se juega en el año, precedido por el Abierto de Australia y Roland Garros, y seguido por el Abierto de Estados Unidos. El torneo se disputa en césped como superficie, siendo el único de su categoría en hacerlo.

[84] Henley-on-Thames es una localidad británica perteneciente al Condado de Oxfordshire, en el margen occidental del Río Támesis, a 9 km del noroeste de Reading. Es conocida principalmente por ser el lugar habitual de celebración de la regata en el mes de julio.

[85] Abraham Cooper (1787-1868), pintor de animales y batallas inglés, hijo de un tabaquero. Con 22 años compró un manual sobre pintura e hizo su primer óleo. El pintor de animales Benjamin Marshall lo tomó bajo su protección. En 1814 exhibió su Tam o'shater, y en 1816 ganó un premio por su Battle of Ligny. En 1817 exhibió su Battle of Marston Moor y se convirtió en asociado de la Academia, y en 1820 fue elegido como Académico. Cooper aunque con poca educación, fue lo suficientemente inteligente y consciente como artista; su uso de los colores fue un poco plano y sin vida, pero fue un maestro en los retratos equinos y en su anatomía, teniendo además conocimientos de anticuario. Tenía un especial interés en retratos de caballeros y de Parlamentaristas.

[86] John Jervis (1735-1823) fue un marino y militar británico, I Conde de Saint Vincent, almirante de la Marina Real Británica y Primer lord del Almirantazgo. En 1755 tomó parte en la conquista de Quebec. Sirvió como capitán durante la Guerra de Independencia de los Estados Unidos y luchó en la Primera Batalla de Ushant, en 1778. En 1787 obtuvo el flag rank (almirantazgo), y en 1788 se casó con su prima Martha Parker. En 1795 fue promocionado al rango de almirante. Fue comandante en jefe de la flota inglesa del Mediterráneo desde 1796 hasta 1799. Derrotó a la flota española en la Batalla del Cabo de San Vicente. Se convirtió en Primer Lord del Almirantazgo en 1801.

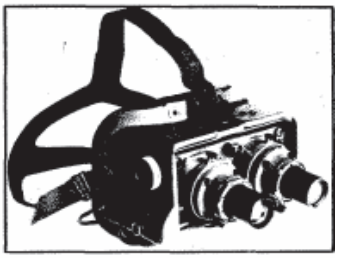
[87] El cabo de San Vicente (en portugués Cabo de São Vicente) es un accidente geográfico situado en el extremo sudoeste de Portugal, que marca el límite occidental del golfo de Cádiz. Se encuentra cerca de Sagres, concejo de Vila do Bispo. Se le conocía en tiempos romanos como Promontorium Sacrum, lugar dedicado al dios Saturno. En el cabo hay una antigua fortaleza visitable y un faro. En Lagos, a 25 km del cabo hacia el este, el Infante Enrique el Navegante estableció su escuela de navegación en el siglo XV, impulsora de los grandes descubrimientos portugueses. Desde el cabo es posible apreciar el paso de barcos que transitan entre el Mediterráneo y el norte de Europa. Frente a este cabo se produjo la conocida como batalla del Cabo de San Vicente el 14 de febrero de 1797, aunque otras batallas anteriores también recibieron el mismo nombre. La Batalla del Cabo de San Vicente fue un combate naval que tuvo lugar el 14 de febrero de 1797 frente al Cabo de San Vicente, en el extremo occidental de la costa portuguesa del Algarve. España se encontraba en aquel momento aliada a la Francia revolucionaria merced al Tratado de San Ildefonso, que la comprometía a enfrentarse a Inglaterra en el marco de las Guerras Revolucionarias Francesas. La escuadra española, formada por 27 navíos de línea, 11 fragatas y un bergantín, con un total de 2.638 cañones, partió de Cartagena en febrero de 1797 al mando del teniente general José de Córdoba. Entre los buques de la flota española se encontraba el Santísima Trinidad, entonces el mayor buque de guerra del mundo con 136 cañones y el único con cuatro cubiertas de artillería. Poco antes de su llegada a Cádiz fueron sorprendidos por un fuerte temporal, al tiempo que la flota inglesa, con 15 navíos de línea, 4 fragatas, 2 balandros y 1 cúter, con un total de 1430 cañones y al mando de John Jervis, interceptaba a la escuadra española.

[88] Un gallardete es una bandera que es más ancha al asta que al batiente. Grímpola es la denominación específica que recibe la bandera representativa de un club náutico.

[89] En inglés el apodo es “Q’ute”, es decir, “G’uapa”.

[90] El VL 22H es un pequeño dispositivo que puede ser usado en un teléfono y permite que sólo el receptor legítimo pueda oír claramente al emisor.

[91] Alfred Dunhill, Ltd. Es una marca británica de productos de lujo, especializada en ropa para hombre, artículos de piel, y accesorios. Tiene su sede en Londres. Actualmente pertenece a Richemont. A mediados de los cincuenta, Dunhill produjo uno de los primeros encendedores de gas butano. Ocasionalmente ha provisto de accesorios al Bond cinematográfico, comenzando en 1962 cuando los productores solicitaron un encendedor de metal para la presentación de Sean Connery en “Dr. No”.

[92]  El Nitefinder TH70 opera por rayos infrarojos, intensificando la luz. Este sistema capta luz infrarroja o parte de ella, generalmente del NIR (Near InfraRed) 0,75-2 micrómetros. Gran cantidad de cámaras de visión nocturna se apoyan en este sistema y lo complementan con iluminación extra.

[93] La Beretta M418 es una pistola italiana fácilmente ocultable de 6.35 mm (.25 ACP). Se fabricó entre 1919 y mediados de los años 50. De acción semiautomática. James Bond es obligado a abanonarla en “Dr. No”, cuando el Mayor Boothroyd insiste en que 007 cargue una pistola con más potencia. En realidad Ian Fleming recibió en 1957 la carta de Geoffrey Boothroyd, entusiasta Bond y experto en armas, criticando la elección del arma de Bond llamándola "a lady's gun" (“el arma de una dama”) y sugiriendo varias alternativas, entre ellas la Walther PPK.

[94] El Colt Police Positive es unr evolver de pequeño tamaño de doble acción. En el año 1905 la Colt lanza al mercado una versión en calibre 38 corto de seis tiros como los anteriores 32; y en 1908 lanza la versión Police Positive Special disparando el cartucho de mayor potencia y prestaciones 38 S&W Special, cuyo armazón y tambor son más largos para darle lugar al cartucho 38 special. Este revólver, mucho más coherente y razonable para uso policial y defensivo, se transformó en un clásico que siguió en producción con ligeras variantes hasta hace muy poco. La construcción integral de estos revólveres es en acero, tambor volcable sobre el costado izquierdo mirando de donde se empuña el arma y extracción múltiple de vainas por medio de la baqueta eje del cilindro o tambor que a su vez tiene maquinadas seis recamaras; la estrella de giro del tambor esta maquinada sobre la parte móvil que a su vez empuja las vainas para su extracción, el cierre del tambor se formaliza por medio un pestillo que se introduce en una cavidad del centro de la estrella de giro, la apertura del cilindro para su carga y descarga se efectúa llevando hacia atrás su traba que integra por el lado izquierdo de arma el escudo trasero del tambor, su cañón es de tipo liviano con seis estrías o rayas, el guión o punto de mira consta de una media luna clásica de la época para estas armas y un alza rudimentaria fija que no es mas que el canal frezado sobre el marco o puente del armazón sin ninguna posibilidad de regulación, las cachas podían ser de madera como de materiales plásticos con el medallón y logotipo de Colt, su caballito rampante. A mediados de los 70, se llevaban fabricados 750.000 piezas.

[95] El revólver tipo Centennial, fabricado por la casa Smith&Wesson, fue concebido para ofrecer un arma sin filos ni salientes y a prueba de enganches a la hora del desenfunde, es por sus características el revólver de respaldo (aquella que tiene, como características principales, un tamaño compacto y un peso ligero) para agentes de policía. No se busca tanto una alta capacidad de fuego como una fiabilidad absoluta. Pertenece este modelo, a un tipo de armas,en este caso revólveres, conocidos como "Chatos". Dispone de tambores para cinco o seis cartuchos, lo que unido al hecho de que no pueden producirse fallos por encasquillameintos, hacen de él una elección ideal, sobre todo para aquellos usuarios inexpertos en el manejo y conocimientos del arma o con poco tiempo para recibir un adecuado entrenamiento. El revólver Centennial dispone, entre otros, de un modelo en calibre .357 Mg, en acero inoxidable como el 640, además de otros dos, el 442 (pavón) y 642 (inox), de armazón ligero y que disparan igualmente el .38 S&W Spcl +P,ambos de armazón cerrado. Estan fabricados en aleación de alumino,acero e incluso titanio, se ofrece en diferentes modelos con disparador oculto o visible.

[96] La pistola Walther PPK es un arma de fuego, pequeña y elegante, de fabricación alemana. Esta dotada de martillo externo, y la alimentación se hace tirando de la corredera hacia atrás, soltándola e introduciendo así la primera bala en la recámara del cañón. PPK viene del alemán Polizeipistole Kriminal, por ser el arma reglamentaria de esta policia, siendo Polizeipistole Kurz (corto) falso. Sin embargo, este concepto esta tan difundido que hasta el mismo fabricante también usa en parte este nombre. La pistola Walther PP fue introducida en 1929 en Alemania para la policía secreta. En 1931 apareció una versión aun más corta (Kurz), la PPK. Luego de la Segunda Guerra Mundial fue la favorita de los servicios secretos de Occidente. Tambien es conocida por ser el arma empleada por Adolf Hitler para suicidarse. Su tamaño discreto y cómodo, el poco retroceso del disparo y la seguridad de su mecanismo la han popularizado a lo largo del siglo XX entre usuarios civiles. La Walther PP y su "hermana pequeña" la PPK fueron las primeras pistolas semiautomáticas que podían llevarse con una bala en la recámara sin peligro de disparo acidental por golpes o caídas. La innovación de la Walther consistía en que, al bajar el seguro, caía el martillo externo, por supuesto sin percutir el proyectil; el mecanismo del disparador permitía que el primer disparo se hiciera tipo revólver: al accionar el recorrido del disparador, el martillo retrocedía y efectuaba el disparo. Los disparos siguientes dejaban el martillo arriba y el arma en simple acción.

A esta función, que permitía portar pistolas alimentadas sin ningún peligro y realizar el primer disparo solo oprimiendo el disparador se la denominó de “doble acción” Las pistolas Walther PP y PPK se fabricaron en calibres pequeños: .380, 7,65, 6,35 y .22. A lo largo de sus existencia ha sido copiada y clonada cantidad de veces por dierentes países. A pesar de sus 80 años de existencia, se sigue fabricando exitosamente por la Walther, en Alemania y en USA.

[97] Berns-Martin es el nombre de una marca de fundas para revolver. Se desarrolló en los años treinta por J.E. Berns, de la Armada, quien inventó la pistolera para llevar un revolver de cañón largo en su cadera. El trabajo delcuero fue dejado a su compañero Martin, y de ahí el nombre "Berns-Martin" para la compañía. Fue patentada en 1935.

[98] El hecho es auténtico. En 1974, La princesa Ana y su entonces marido el Capitán Mark Phillips volvían al Palacio de Buckingham tras un compromiso. El coche real fue detenido en el Mall y un hombre, Ian Ball, quién más tarde fue encontrado mentalmente enfermo, saltó e intentó arrastrar a la princesa fuera del coche. Disparó al chofer real, Alex Callender, a un periodista que intentó ayudar, y al Inspector James Beaton, quien resultó herido en la pelvis mientras intentaba desarmar a Ball. Por su valor, Beaton fue recompensado con la Cruz de San Jorge; los otros dos hombres fueron recompensados con la Medalla de la Bravura de la Reina.

[99] La M1911 es una pistola semi-automática de acción simple, alimentada por cargador, operada por retroceso directo de calibre .45 ACP. Fue la estándar del Ejército estadounidense desde 1911 y hasta 1985. Tuvo uso extendido en la Primera Guerra Mundial, Segunda Guerra Mundial, en la Guerra de Corea y en la Guerra de Vietnam. La M1911 aun es portada por algunas fuerzas Norteamericanas. En 1924 se modificó discretamente su forma para facilitar su empuñamiento. En esa configuración permaneció en uso hasta 1985 y aún hoy en día se sigue usando debido a su gran poder de detención, aún habiendo otros modelos más avanzados como la Glock 21, la SIG P220, H&K MK 23 y la H&K USP. La compañia manufacturadora de armas Colt produce una versión comercial de la M1911 conocida como la Colt Government. Hasta el año de 1940 la M1911 fue oficialmente designada Pistola Semi-Automática Calibre .45, M1911. A partir de 1924 las pistolas modernizadas se designaron Pistola Automática Calibre .45, M1911A1. Durante la Guerra de Vietnam su designación cambio a Pistola Calibre .45 Automática M1911A1. En total, los Estados Unidos de Norteamérica adquirieron alrededor de 2.7 millones de pistolas M1911 y M1911A1 a través de contratos militares durante su vida de servicio. La M1911 fue reemplazada como arma de cargo oficial de los Estados Unidos por la pistola Beretta M9 durante la década de los 90's. No obstante, la M1911 y variantes siguen en producción dada su popularidad. Algunas variantes modernizadas de la M1911 aun se encuentran en uso por algunas unidades de las Fuerzas Especiales, Navales y Cuerpo de Marina Norteamericanas. La pistola M1911 fue diseñada por John Moses Browning y representa el diseño mejor conocido de su principio de armas operadas por retroceso corto. La pistola fue copiada extensamente y su sistema operativo se convirtió rápidamente en el más empleado en armas durante el siglo XX y el más empleado en pistolas de fuego central modernas. La M1911 es popular entre tiradores civiles que participan en eventos competitivos como la USPSA, ISPC , IDPA y otras variantes de Tiro Práctico. Las versiones compactas son populares como armas de portación oculta entre los ciudadanos de los pocos países que permiten su posessión por personal no-militar, esto debido a su diseño ergonómico, delgado, de bajo perfil y la potencia de detención del cartucho .45 ACP.

[100] El revólver Colt Cobra es una versión aligerada del Colt Detective Special. Construido con un armazón de aleación, fue producido desde 1951 hasta 1986. Es empleado por la Prefectura de Policía de París y fue el arma utilizada por Jack Ruby para asesinar a Lee Harvey Oswald. Es el arma favorita de los héroes de Auguste Le Breton. Este popular revólver es de Doble Acción. Tiene un armazón del mismo tipo de aleación de aluminio utilizado por la industria aeronáutica. Su cañón es de tipo ligero y después fue cambiado por uno pesado, medía 51 mm (a veces 76 mm). Su tambor se abre hacia la izquierda y tiene una capacidad de 6 cartuchos .38 Special. La varilla del eyector no estaba protegida en los revólveres producidos antes de 1977, siendo después protegida por una cubierta. El punto de mira es pequeño y tiene forma de casa con techo a dos aguas irregular.

[101] El Ruger Blackhawk es un revolver de acción simple de seis disparos, de fuerte diseño, manufacturado por Sturm, Ruger. Ruger introdujo el Blackhawk en 1955. en 1956, como Smith & Wesson introdujo el nuevo .44 Magnum, Ruger rápidamente desarrolló una variante del Blackhawk para el nuevo cartucho.

[102] La Browning GP-35 es una pistola semiautomática de 9 mm y acción simple. Está basada en un diseño iniciado por el inventor de armas de fuego estadounidense John Browning, y completado por Dieudonne Saive de la Fabrique Nationale (FN) de Herstal, Bélgica. La Hi-Power es una de la pistolas militares más ampliamente utilizadas de todos los tiempos, habiendo sido usada por las fuerzas armadas de más de 50 países. El nombre GP-35 viene de “Grande Puissance” (“Gran Potencia”), y alude a la capacidad del cargador para 13 cartuchos. La pistola también suele ser llamada HP (de “Hi-Power” o “High-Power”) o también P-35, que es la designación que recibió la Hi-Power cuando entró en servicio en 1935. También es conocida como BAP (Browning Automatic Pistol), especialmente en Irlanda. No obstante el nombre más común es “Hi-Power”, incluso en Bélgica. FN de

Bélgica y Portugal, así como la compañía argentina Fabricaciones Militares bajo licencia, todavía siguen produciendo la vieja versión original. La GP-35 fue empleada en la Segunda Guerra Mundial en ambos bandos. Las fuerzas especiales británicas SAS las usaron durante la Guerra Fría. Todavía la siguen utilizando varios ejércitos del mundo, como por ejemplo algunas ramas del ejército británico que usan la versión Browning L9A1.

[103] Una broma a costa de ciertas ediciones de las propias novelas de Bond, concretamente la de Panther de 1977, que muestra exactamente ese modelo de portada: http://www.thebookbond.com/2011/10/girls-on-guns-ian-fleming-in-1970s.html.

[104] Véase “Casino Royale”, la primera novela de Ian Fleming.

[105] “Al Trattoo”, un restaurante italiano situado en High Street Kensington, en el nº 2 de Abingdon Road, Kensington, London, W8 6AF.

[106] Sopa de verduras.

[107] “Fegato” es “hígado” en italiano, y “Bacchus” es la forma latina de “Baco”, dios del vino, así que el plato contendrá ambos ingredientes.

[108] Bardolino es un vino tinto italiano producido en la provincia de Verona al este del lago Garda. Toma su nombre de la localidad de Bardolino, ubicada en la ribera oriental del lago Garda, a unos 30 km de la capital provincial. Es “Denominazione di origine controllata” (DOC). La mezca de uvas para producir el vino incluye Corvina, Rondinella y Molinara. Un 15% de la mezcla puede incluir Rossignola, Barbera, Sangiovese y/o Garganega.

[109] Alan Clare (pseudónimo de Alan Jaycock) (1921–1993), pianista autodidacta, se convirtió en músico profesional a los 15 años y se convirtió en una figura familiar del jazz londinense. Tocó con carlo Krahmer, Sid Phillips y otros antes de la Segunda Guerra Mundial. Tocó en la banda de Sid Milward y se asoció esporádicamente con Stephane Grappelli. Formó un trío con Lennie Bush al bajo y Tony Kinsey en la percusión, apareciendo regularmente en el Star Club, donde incluso acudía la realeza. Su estilo usaba un toque sutil y ligero, subtle touch and he had a vast knowledge of tunes and chord progressions. Allied to a gift for accompaniment and the ability to play with unflagging swing, he became highly respected in the UK Jazz scene and was often referred to as "The Musician's Musician" or "Pianist's Pianist".

[110] “As Time Goes By” es una canción compuesta por Herman Hupfeld para el musical de Broadway de 1931 “Everybody's Welcome”. La canción fue cantada en el show original por Frances Williams, y fue grabada por varios artistas en 1931 incluyendo a Rudy Vallee. La canción fue llevada más tarde, en 1942, a la película “Casablanca” en la que un fragmento es interpretado por Dooley Wilson en una de las escenas más recordadas de la historia del cine. La melodía de esta canción sirve además como base para la banda sonora de la película. “Casablanca” es una película estadounidense de 1942 dirigida por Michael Curtiz. Narra un drama romántico en la ciudad marroquí de Casablanca bajo el control del gobierno de Vichy. La película, basada en la obra teatral “Everybody comes to Rick’s” (“Todos vienen al café de Rick”) de Murray Burnett y Joan Alison, está protagonizada por Humphrey Bogart en el papel de Rick Blaine e Ingrid Bergman como Ilsa Lund. El desarrollo de la película se centra en el conflicto de Rick entre el amor y el deber: Rick deberá escoger entre su amada Ilsa o hacer lo correcto. Su dilema es ayudarla o no a escapar de Casablanca junto a su esposo, uno de los líderes de la resistencia, para que este pueda continuar su lucha contra los nazis. Es una de las películas mejor valoradas de la cinematografía estadounidense, ganadora de varios premios Óscar, incluyendo el de mejor película en 1943. Desde entonces ha aparecido siempre entre los primeros lugares de las listas de mejores películas. Uno de sus actores, Peter Lorre, interpretó a LeChiffre en la versión televisiva de “Casino Royale” en 1954. Roger Moore hace una alusión a “Casablanca” en la película “Moonraker”.

[111] Kensington y Chelsea (en inglés, Royal Borough of Kensington and Chelsea) es un municipio (borough) del Gran Londres situada al oeste de la Ciudad de Westminster, al sur de Hyde Park y Mayfair y al norte del río Támesis. Este municipio es el resultado de la fusión, en 1965, de los antiguos municipios de Kensington y Chelsea. Tan solo Kensington tenía la categoría de municipio real (en inglés, royal borough), y por lo tanto Chelsea heredó la condición de su municipio hermanado. En el momento de su unión, Kensington era una de las zonas más caras de Londres para vivir. Chelsea, por el contrario, era una zona bohemia y artística (cuna del movimiento Swing londinense de los años 60). Hoy en día, esta diferencia se ha hecho inapreciable, y ambas zonas son la residencia de muchos de los habitantes más ricos y distinguidos de la capital británica. El municipio de Kensington y Chelsea se configura como un área eminentemente urbana. Según el censo de 2001, este municipio era la autoridad local más densamente poblada de todo el Reino Unido, 13.244 habitantes por kilómetro cuadrado, con una población de 158.919 habitantes en un área aproximada de 12 kilómetros cuadrados. A pesar de esta densidad, la zona tiene multitud de parques y arboledas, y la altura de las casas no suele ser elevada, por lo que la sensación de bullicio es limitada. El municipio es la sede de multitud de instituciones, entre ellas museos y universidades. El municipio acoge la mayor parte de las embajadas extranjeras que hay en la ciudad.

[112] David Hockney (1937-) es un artista inglés, que vive en Los Ángeles, California. Importante contribuyente del Pop art inglés de los años 1960. Pintor, ilustrador, dibujante y escenógrafo es considerado uno de los artistas más influyentes del siglo XX.

[113] John Randall Bratby (1928–1992) fue un pintor inglés fundador del estilo realista kitchen sink, muy influyente a finales de los años 50. Adaptó el realismo impresionista de Walter Sickert y el grupo Camden Town hacia un expresionismo más agresivo influenciado por Van Gogh y los expresionistas abstractos.

[114] The Times es un periódico nacional publicado diariamente en el Reino Unido. Aunque se estuvo imprimiendo en formato broadsheet durante 200 años, hoy en día es de tamaño compacto tabloide (tabloid). Ha llegado a ser popular, puesto que en la actualidad es el único periódico del Reino Unido cuyas cifras de lectores van en aumento. The Times es publicado por News International, una subsidiaria del grupo News Corporation, encabezado por Rupert Murdoch. Durante la mayor parte de su historia, ha sido considerado un periódico sin rival, el periódico por excelencia en el Reino Unido. Ha jugado un papel fundamental tanto en política como en la opinión pública en temas internacionales. Algunos afirman que, recientemente, refleja las ideas conservadoras de Rupert Murdoch, a pesar de mostrar su apoyo al Partido Laborista en 2001 y 2005. Es el creador del tipo de letra Times New Roman.

[115] De Bry era (ya no existe) una confitería cuyos establecimientos estaban situados en New Oxford Street y en 45 Southampton Row, cuyo lema era “Vendre bon pour vendre beaucoup” (“Vender bien para vender mucho”). En la novela “Desde Rusia con amor”, descubrimos que cuando está en Londres, James Bond siempre desayunda café comprado en De Bry hecho en una cafetera manual Chemex.

[116] El Bailiazgo de Jersey (Jèrriais: Jèrri) es una Dependencia de la Corona Británica ubicado en el canal de la Mancha, específicamente al oeste de las costas de Normandía, Francia. El territorio comprende la isla de Jersey (que constituye la mayor parte) y por una serie de archipiélagos deshabitados como Les Minquiers, Les Écréhous, Les Pierres de Lecq entre otros. Jersey forma parte del archipiélago de las Islas del Canal, del cual también forma parte el bailiazgo de Guernsey.

[117] “Little Scarlet” se hace con fresas Fragaria virginiana, manufacturada por Wilkin & Sons Limited, de Triptree, Essex. Su origen es americano, pero crece sólo en Inglaterra. Esta diminuta fresa tiene aproximadamente una quinta parte del tamaño de una normal. La conserva “Little Scarlet” se vende en cincuenta países.

[118] Tiptree es una villa del condado de Essex, situado a 16 km al suroeste de Colchester y a unos 80 km al noreste de Londres.

[119] Frank Cooper's es una marca inglesa de mermeladas y jaleas propiedad de Premier Foods.

[120] Minton's Ltd, es una importante compañía que manufactura cerámica, originada con Thomas Minton (1765–1836) fundador de "Thomas Minton e Hijos" en Stoke-upon-Trent, Staffordshire, en 1793. Se fusionó en Minton&Poulson, c.1796, con Joseph Poulson quien fabricaba porcelana.

[121] Ana de Gran Bretaña o Ana Estuardo (1665–1714) fue reina de Inglaterra desde el 8 de marzo de 1702 y de Gran Bretaña e Irlanda desde el 1 de mayo de 1707, (fecha en la cual Inglaterra y Escocia se unen en un sólo reino) hasta su muerte. Es por esto que Ana se convirtió en la primera soberana de la Gran Bretaña. Fue la última soberana británica de la casa de los Estuardo. Le sucedió en el trono su primo segundo, Jorge I, de la Casa de Hannover.

[122] John Scarne (1903–1985) fue un mago americano especializado en manipulación de cartas. Escribió libros sobre juego y temas similares. De muy joven aprendió a hacer trampas en el juego y engaños como el “trile”, pero su madre católica le disuadió del juego y las trampas, dirigiéndole hacia la práctica del ilusionismo, convirtiéndose en uno de los más grandes expertos en cartas de todos los tiempos. Fue asesor técnico en la película “El golpe” (1973), doblando las manos de Paul Newman en la manipulación de cartas.

[123] John Nevil Maskelyne (1839-1917) fue un ilusionista e inventor británico. En 1865 asistió a una función de unos espiritistas y descubrió el truco. Más tarde con la ayuda de su socio George Cooke lo repitió en espectáculo que originó una gira por todo Inglaterra. En 1873 organizaron una temporada en Londres y debido al éxito se debieron alquilar el teatro Egyptian Hall por una temporada entera con el seudónimo de “Hogar del Misterio”. Maskelyne fue reconocido y admirado por reyes y aficionados a la Magia de todos lados. Su Magia era teatral, presentaba un drama o comedia y durante la obra iban ocurriendo actos de Magia. Realizó levitaciones, creó autómatas, entre ellos uno famoso que se llamaba “Psico” y diversos accesorios de Magia que patentó. Entre ellos quizás una de las mas grandes ilusiones que sobrevive hasta el día de hoy, la Metamorfosis. En 1905 se asoció con el mejor mago inglés de la época: David Devant.

Innovó las máquinas de escribir mediante un espaciado proporcional al tamaño del carácter, característica que sólo fue reintroducida por IBM en 1941. También se dedicó a

refutar los poderes paranormales. En 1914, fundó el “Occult Committee” para “investigar afirmaciones de poderes supernaturales y exponer el fraude”. En sus escritos ofreció explicaciones racionales de las prácticas ocultistas y espiritistas y los fenómenos paranormales.

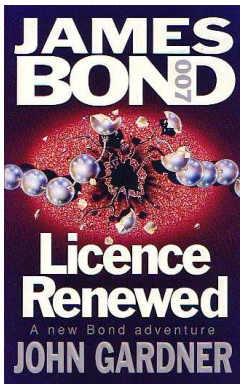
Fue abuelo del ilusionista Jasper Maskelyne (1902-1973), conocido como «war magician» («mago de la guerra») por su intervención en la II Guerra Mundial. Incorporado a la A Force, dedicada al contraespionaje, se le atribuye haber protegido el puerto de Alejandría de los bombardeos aéreos por el método de construir toda una ciudad falsa en Bahia Maryut para engañar a los pilotos alemanes el 22 de junio de 1941. Encargado de proteger el Canal de Suez, utilizó las propias luces reflectoras del Canal, reforzadas por espejos estreboscópicos giratorios, para confundir a los pilotos alemanes y evitar el bombardeo. En el preludio de la batalla del Alamein, creó la ilusión de un ejército falso que atacaría a los nazis desde el sur, confundiéndoles sobre la verdadera estrategia aliada. Se construyeron carros de combate, barracones, depósitos de agua, incluso una vía de tren y un oleoducto falsos; se emitían señales de radio falsas para confundir a los alemanes, que efectivamente desplazaron buena parte de sus tropas para evitar el supuesto ataque, facilitando así la victoria aliada. Dado que la mayoría de la información acerca de estas hazañas proviene de su autobiografía “Magic: Top Secret” (1949), ha sido puesta en duda por supuestamente exagerar los méritos del mago. Los informes oficiales sobre su intervención en la guerra siguen estando clasificados como secretos y no verán la luz hasta 2046.

[124] “Cutpurse”: una clase de carterista.

[125] La forma de llamar en argot a un carterista es “tomador del dos”, por la técnica de robar una cartera sólo usando dos dedos, como una pinza.

[126] Cuando hay tres, uno distrae a la víctima para que no perciba nada, un segundo le roba la cartera, e inmediatamente este se la pasa a un tercero para que no se le pueda incriminar.

[127] 6,44 kilómetros.



6.- Perlas para los cerdos

EN TODOS LOS HIPÓDROMOS, sólo había una parte que James Bond disfrutaba verdaderamente: el área libre, donde estaba el común de la gente. A todo lo largo de la pista pululaba una multitud llena de colorido: y aquellas personas tenían un aspecto mucho más real, más lleno de vida; las parejas que aprovechaban la ocasión para pasar un día de paseo; los “informadores”, con su manera tan especial de hablar y los corredores de apuestas, cada uno ayudado por un individuo que vigilaba al socio, para mover las apuestas en el curso de la carrera; el lenguaje mudo, a base de señas hechas por encima de las cabezas de los apostadores, para indicar los cambios sufridos por las probabilidades... se escuchaban risas, se sentía el gozo, la alegría de aquella gente.

En el curso de las dos primeras carreras del día, Bond —inmaculado con su chaqué mañanero y su sombrero de copa— se paseó entre la multitud que llenaba aquella sección “pública”, como si no tuviera muchos deseos de ocupar el sitio que por derecho le correspondía en el Recinto Real, para el que tenía un pase (que le había proporcionado M) sujeto con un alfiler a la solapa de su chaqué.

Incluso permaneció fuera, cerca de las barreras, para presenciar la llegada de Su Majestad, la Reina, el Príncipe Felipe y la Reina Madre... y, como siempre, sintió emoción ante el espectáculo de la familia real que, fiel a la tradición, recorrió la pista en sus carrozas abiertas: el colorido de las libreas de los cocheros y postillones hacían que la gente se sintiera transportada a otra época.

Lo primero que hizo al llegar, fue precisar la posición del palco de Anton Murik en la tribuna principal (o Tattersalls), dato que habían proporcionado los expertos informadores de M. El palco en cuestión era el tercero de la segunda fila, partiendo de la izquierda.

Recargado (con aire indolente) en las barreras, Bond examinó los palcos con unos binoculares que le proporcionó la Sección Q, equipados con lentes Zeiss[128] de gran poder, fabricados especialmente para el servicio por la firma Bausch & Lomb[129]. El palco de Murik estaba vacío, pero todo parecía indicar que muy pronto se llenaría de gente. Bond tendría que vigilar el picadero antes de que se corriera la Copa de Oro, pero antes de que llegara el momento, decidió cruzar una apuesta por el caballo de su enemigo. Ciertamente, no tenía muchas esperanzas; así lo demostraban las apuestas.

El favorito para la Copa de Oro era el caballo de la Reina con Lester Riggott arriba y las apuestas apenas a cuatro contra cinco. Los restantes contendientes eran cuatroañeros ya muy fogueados, en su mayoría con impresionantes antecedentes. Las apuestas favorecían especialmente a Francis' Folly, Desmond's Delight y Soft Centre. Los otros diez corredores, al parecer, sólo servían para hacer bulto; y China Blue (hijo de Blue Light y Geisha Girl), inscrito por el señor de Murcaldy, no parecía tener mayores probabilidades de acercarse siquiera a los favoritos. La tarjeta de apuestas de Bond señalaba que en las últimas tres intervenciones, el caballo sólo había logrado colocarse una vez: la tarjeta decía 0-3-0.

El hecho se apreciaba claramente en las apuestas, que estaban veinte a uno. Bond sonrió, sardónico, pues sabía que M se pondría furioso cuando incluyera el monto de la apuesta en sui gastos. Si he de botar el dinero de la empresa, se dijo, es mejor hacerlo con cierta elegancia... y con esta idea en mente, Bond se acercó a un corredor de apuestas: “El honrado Tone Snare”, según constaba en su muestra, y colocó una apuesta de ciento diez libras “al ganador”, en favor de China Blue. Quizá ciento diez libras no sean un capital, más para los contadores del Servicio, hasta cinco libras eran dignas de una discusión.

— ¿Le gusta tirar el dinero, caballero? —y el honrado Tone Snare sonrió con toda la dentadura.

— Ciento diez al ganador —repitió Bond, sin inmutarse.

— A usted le gusta tirar el dinero... o bien sabe algo que todos ignoramos —el honrado Tone Snare aceptó el dinero a cambio de un cartoncito que, si por un azar del destino, China Blue llegase a ganar, significaría para Bond algo así como dos mil quinientas libras... tomando en consideración el impuesto del ocho por ciento: tal era la razón de haber añadido diez libras a la apuesta.

Una vez en el recinto real, Bond sintió que su antipatía hacia ese sector de la concurrencia descendía sobre él como una nube de depresión. A pesar del encanto que sobre él ejercía la figura femenina, le inspiraba repulsión la idea de tantas mujeres, jóvenes y viejas, que iban exclusivamente a lucir la última moda envestidos y sombreros. En su opinión, ese no era el propósito de las carreras de caballos.

No negaba que algunas de las presentes habían ido por el mero placer de gozar de aquel día, que se presentaba tibio y límpido. Sin embargo, en su mayor parte acudían única y exclusivamente a ver y a ser vistas, deseosas de llamar la atención de los cronistas de sociales y de ostentar un sombrero más exótico que el de todas las demás. Quizá esa aversión fuera signo de madurez... idea por demás deprimente. Y para librarse de ella, Bond enderezó sus pasos hacia el bar principal, donde consumió dos raciones de emparedados de salmón ahumado y media botella de Dom Perignon.

Siguiendo las instrucciones de M, Bond iba desarmado: la Browning continuaba guardada en la guantera del auto. Para el caso de alguna dificultad, no contaba sino con la pluma que tenía el pequeño sistema de alarma, y la réplica del encendedor Dunhill... cuyas posibilidades difícilmente hubieran merecido la aprobación de los señores Dunhill.

Paseó, distraído, por el recinto, y acabó por detenerse a la sombra de los árboles que rodeaban el picadero. En el bolsillo, a buen recaudo, llevaba otro documento que le proporcionara el previsor M: un pase, muy bien falsificado, que lo identificaba como propietario de caballos y que le permitía entrar al picadero para estar cerca de su hombre. No tuvo que esperar mucho, pues los caballos empezaban a llegar al recinto, procedentes del extremo más alejado de las tribunas. Bond se puso alerta y al cabo de unos minutos, identificó a China Blue.

Desde cualquier punto de vista, el caballo resultaba de lo menos prometedor: el pelaje estaba opaco, y el animal tenía una mirada extraña, falta de brillo: tal parecía que no era un jockey lo que se necesitaba para hacerlo trotar aquella tibia tarde, sino una carga de dinamita. Bond examinó detenidamente al animal, y decidió que era un caballo del montón... lo cual no

quería decir que no fuera capaz de una actuación extraordinaria: cosas más extrañas habían ocurrido. Mientras observaba al penco, al que paseaba un mozo de cuadra, Bond tuvo uno de esos repentinos presentimientos que, en su profesión, a veces salvan vida, algo le dijo que iba a ganar buen dinero; en China Blue había algo más de lo que a simple vista se podía apreciar.

¿Cómo? No tenía ni la menor idea; actualmente, en Inglaterra no son muy comunes los fraudes con caballos de carrera... y cabía suponer que Anton Murik no correría riesgos tan obvios como los que implicaba el uso de drogas o la sustitución del caballo, sobre todo considerando la categoría de los animales que correrían por la Copa de Oro. Pero, a pesar de todo, en ese momento Bond tuvo casi la certeza de que China Blue iba a ser el ganador.

Y de pronto se le erizaron los cabellos de la nuca, y un escalofrío de emoción recorrió su cuerpo: un hombre y dos mujeres caminaban hacia China Blue, el entrenador se había vuelto hacia ellos, sombrero en mano, y en su rostro había una deferente sonrisa de bienvenida. Por fin, Bond podía ver personalmente al doctor Anton Murik.

Así que se puso en movimiento y se acercó más a la entrada del picadero.

En efecto, era Anton Murik: tenía el rostro del individuo que había visto en la fotografía. Lo único que ésta no había captado era la alborotada cabellera blanca que, echada hacia atrás, dejaba libre el rostro de perro dogo... y entonces recordó Bond que la foto había sido cortada justo donde terminaba la frente. Otra cosa que ninguna foto fija podía captar era el porte y la manera de andar. El señor de Murcaldy apenas si medía cinco pies, y lejos de caminar con los largos pasos típicos del caudillo escocés, caminaba a pasos cortos y rápidos. Todos sus movimientos (de manos, cabeza, dedos y cuello) tenían esa misma rápida precisión. Para decirlo de una vez, el doctor Anton Murik, señor de Murcaldy, se movía como un pájaro que no pudiera volar.

Sin embargo, sus facciones, y el modo tan autoritario en que pareció hablar al entrenador, compensaban cualquier deficiencia física. Incluso de lejos podía apreciarse que el hombre poseía una fuerza que superaba sus peculiaridades o excentricidades físicas. Bond se dijo que el hombre había nacido para mandar: los hombres de ese tipo pueden ser los mejores... o los peores, porque los líderes natos suelen percatarse de su poder a edad muy temprana, cuando eligen entre alcanzar el éxito guiados por su ángel bueno o por su ángel malo.

En cuanto a las dos mujeres que acompañaban a Murik, no era difícil identificarlas y a Bond le extrañó que llevaran vestidos idénticos, salvo por el color. Vestían clásicos trajes tejidos, con escote de V y falda a media pierna. Encima del vestido, ambas usaban cortos chalecos sin mangas.

La mayor de ellas (obviamente, Mary Jane Mashkin) vestía de azul marino, con adornos en blanco, y se cubría la cabeza con un sombrero blanco, discreto, de ala corta.

La pupila, Lavender Peacock, era más alta, más esbelta, y tan hermosa como en la foto. Ella vestía de blanco con adornos y sombrero azul marino. Bond se preguntó si sus atuendos habían sido diseñados y confeccionados por Rousillon, la casa de modas de Murik.

La joven reía, vuelta hacia Murik, y el viento, al volar su chaleco, revelaba su busto, firme y alto, espléndidamente proporcionado con el resto de su cuerpo. De verdad que lo dejaba a uno sin respiración, y Bond comprendió

por qué el señor de Murcaldy la tenía, según dijera M, “con la rienda muy corta”. Lavender Peacock tenía toda la apariencia de una chica alegre, sana y ágil. Y para ojos expertos como los de Bond, era también perceptible la tensión nerviosa de una mujer joven que resiente la soledad y estira la rienda, con ánimos de romperla. Dejada a su arbitrio, es probable que Lavender Peacock se deleitara dejando tras sí una estela de corazones rotos (e incluso de matrimonios deshechos) en el seno de las sociedades escocesa e inglesa... y eso, en unos cuantos meses.

Bond entrecerró los ojos, que ni por un instante apartó de la joven. Ella conversaba animadamente, mirando constantemente a Murik. Bond creyó observar una expresión de preocupación en su rostro cada vez que miraba a su tutor, pero se limitó a tomar nota del hecho, como cosa secundaria. Buscaba otra cosa, algo que era esencial para sus planes, a fin de introducirse en el círculo íntimo de Anton Murik... algo que M le había revelado, con todo detalle, en el curso de las largas horas dedicadas a estudiar sus planes.

Sin duda, estaba allí: una sarta de gruesas perlas, todas iguales, que daba tres vueltas al cuello de Lavender. A esa distancia, y bajo la sombra de los árboles del picadero, resultaba imposible afirmar que se trataba de las auténticas, pero ni dudar cabía que se las tendría en ese aprecio. El collar existía: eso era incontestable: 500,000 libras esterlinas de perlas mohar[130], ensartadas de mayor a menor en tres hilos cortos, sujetas por un broche ornamental y una cadena de seguridad que se cerraba detrás del cuello de la joven Peacock.

Dichas perlas se habían guardado celosamente hasta la mayoría de edad de Lavender, pues se trataba de un regalo de bodas hecho por su padre a su madre, durante cuya vida se guardaron casi siempre en la bóveda de un banco.

Según le informara M, Lavender había quebrantado ese hábito, a pesar de los consejos de Murik, y las usaba siempre que se presentaba la ocasión. En la intimidad de la oficina de M, Bond se había permitido dudar, en voz alta, de que el señor de Murcaldy permitiera en verdad el uso de las perlas: para un hombre de sus recursos, no resultaba difícil sustituirlas. Pero M replicó que ese no era el punto, se sabía que la actual propietaria usaba sus perlas en sitios públicos y, ciertamente, en la presente ocasión rodeaban la garganta de Lavender.

Bond se dijo que no había cuello más digno de llevarlas; si la foto de la joven lo había impresionado, la imagen de carne y hueso lo tenía fascinado. Murik se había vuelto y conversaba con las dos mujeres, en tanto que el entrenador, inclinándose hacia el jockey, le hacia las últimas indicaciones. China Blue asistía a la escena con la misma docilidad mostrada desde que hiciera su aparición: tenía tanto espíritu como un caballo de madera.

Había llegado para Bond el momento de entrar en acción. Había gran movimiento en el portal del picadero, pues entraba y salía gente, y ya se había percatado de que los encargados apenas si echaban una ojeada a los pases que presentaban los propietarios de caballos. En cuestión de minutos, Anton Murik y sus acompañantes pasarían por la entrada —que hacía las veces de salida principal— para pasar al recinto real y dirigirse, como era de suponerse, a su palco en las tribunas Tattersalls. El futuro de la operación dependía por completo de que actuara en el momento oportuno... y de su habilidad. Llevando el estuche de los binoculares suspendido del hombro derecho y el programa de

las carreras firmemente sujeto con la mano izquierda, Bond se abrió paso hacia el picadero, y mostró rápidamente el pase de propietario al cruzar junto al vigilante que parecía estar más preocupado.

Los jockeys estaban ya montando, y dos de ellos incluso se dirigían hacia la salida que les permitiría llegar a la pista. Bond rodeó a China Blue y al grupo formado ante él, y se fue quedando atrás, la mirada fija, al parecer en un caballo cercano.

Por último, al tiempo que escuchaba las voces de los circunstantes, que le deseaban buena suerte, el jockey se izó sobre la silla. Murik, la Mashkin, el entrenador y Lavender se echaron para atrás, y se detuvieron cosa de un segundo, mientras el caballo se alejaba, espoleado por el jockey que, según pudo comprobar Bond, se mostraba tranquilo y confiado.

El grupo de Murik se dirigió lentamente hacia la salida, por la que Bond acababa de entrar, y en la que empezaban a aglomerarse los propietarios, sus familiares y algunos amigos, que abandonaban el picadero a fin de dirigirse a las tribunas para presenciar la carrera. Cautelosamente, Bond se acercó al grupo de Murik. Éste hablaba con el entrenador, en tanto que Mary Jane Mashkin caminaba a su lado. Lavender Peacock los seguía. Bond se colocó entre ella y el resto de su grupo, y se mantuvo allí el tiempo suficiente para dar pie a que otras personas lo rodearan, y así un grupo numeroso se interpuso entre Lavender y su tutor y acompañantes, lo que permitía esperar que estarían a distancia razonable cuando la joven llegara a la salida.

Bond se hizo de nuevo a un lado, dejando que otras personas pasaran antes que él, hasta que logró colarse justamente detrás de Lavender Peacock. Estaban a cinco o seis pasos de la salida, atestada de gente deseosa de salir cuanto antes, aunque sin faltar a los buenos modales. Bond estaba ya detrás de la joven, los ojos fijos en el broche de seguridad y en la cadena de oro, que descansaban en el cuello de su propietaria. Podía verlos claramente y, cuando se acercó más a ella, empujado por la multitud, Bond percibió su perfume: Mille de Patou[131]... la “edición” limitada... la esencia más cara que había en el mercado, tan exclusiva, que junto con el frasco se recibía un certificado.

Ahora estaban rodeados por buen número de gente, y Bond se sentía a cubierto. Dejó que la marea de gente lo sacudiera ligeramente y, para mayor protección, echó los hombros hacia adelante y cayó de lleno contra la espalda de Lavender Peacock que no sintió nada.

Los complicados movimientos que siguieron necesitaron apenas una fracción de segundo, tal y como lo había practicado y previsto durante su periodo de entrenamiento. Manteniendo pegado a su costado el brazo izquierdo y la mano, con la que sostenía firmemente el programa, la mano derecha de Bond se movió hacia arriba, hacia la nuca de la joven. Con la yema de los dos primeros dedos tomó el broche que aseguraba las perlas, levantándolo a fin de que la propietaria no sintiera ni la menor presión. Al mismo tiempo, pasó el pulgar por la cadena de seguridad, que rompió con un hábil movimiento. Esto dejó el broche en posición, firmemente sostenido entre el pulgar y el índice. Hizo presión, inclinándose ligeramente, y el broche se abrió.

Se trataba de uno de los llamados “broches de caja” que, como su nombre lo indica, constan de dos cajas de metal (en el presente caso, cuajadas de minúsculas perlas), una de las cuales encaja dentro de la otra. Cuando se hace presión en determinado punto, se sueltan... pero tienen un seguro más; la

caja interior tiene un ganchito que se ensarta en una barra de la caja exterior. Usando el pulgar y el índice para sujetar ambas cajas. Bond logró soltar el ganchito de la barra. Luego, retiró la mano y mirando al suelo dejó caer su programa. Silenciosamente, las perlas cayeron al pasto: actuó con perfecta sincronización, pues su programa cayó después de las perlas y las cubrió completamente. Lavender Peacock no se percató de nada, a pesar de que Bond produjo un ligero embotellamiento en la salida cuando se inclinó para recoger su programa y, con él, las perlas, que mantuvo a buen recaudo dentro del mismo.

Ya tranquilo, y manteniendo programa y perlas ocultas tras los faldones de su chaqué, Bond se dirigió lentamente hacia la tribunas, tras el grupo de Anton Murik, al que seguía a discreta distancia, y que, como había esperado, caminó hacia las tribunas del Tattersalls. Lavender ya los había alcanzado, y Bond rogaba en su fuero interno que no echara de menos las perlas antes de llegar al palco.

Bond se rezagó decididamente, para dejar la máxima distancia entre su persona y el grupo de Murik. No se le escapaba la posibilidad, por remota que fuese, de que algún policía secreto lo hubiera observado, y en cualquier momento podía suceder que un grito de Lavender anunciara la desaparición de las perlas o que él sintiera en su hombro la firme presión de una mano, que, en la jerga del bajo mundo, significaría que “tenía la soga al cuello”. Si ocurriera esto último, de nada valdría pedir que comunicaran con M, pues habría perdido un tiempo precioso. Para entonces, Murik y su grupo habían desaparecido por la entrada a las tribunas... nada sucedió, y Bond entró por puerta lateral y marchó, escaleras arriba, hasta la segunda hilera de palcos, a la que llegó escasos dos minutos después que Murcaldy y sus acompañantes entraran a su palco. Cuando llegó al pasillo que corría detrás de los palcos, Bond se pasó las perlas a la mano derecha y avanzó hacia el que ocupaban Murik y los suyos.

Todos daban la espalda a la puerta cuando llamó con los nudillos y entró. Nadie se enteró, pues toda su atención estaba concentrada en los caballos que, al trote, se dirigían hacia el arrancadero. Bond tosió: “Perdón...”, dijo, todos se volvieron a mirarlo.

Anton Murik quedó algo desconcertado, pero las dos damas se mostraban interesadas.

Bond sonrió y mostró las perlas.

— Me temo que alguien le arrojó perlas a este “cerdo” —dijo muy sereno—. Las hallé tiradas, afuera de este palco... ¿quizá pertenecen a...?

Lanzando un gritito, Lavender se llevó las manos a la garganta...” ¡Dios mío!”, susurró, y su voz, incluso en aquel momento de angustia, era grave y melodiosa.

— ¡Y razón tienes en invocar a Dios! —la voz de Murik resultaba extrañamente profunda para un hombre de su estatura, y hablaba con un acento escocés apenas perceptible—. ¡Muchísimas gracias! Le he dicho a mi pupila que no debería de usar esas preciosas burbujas en sitios públicos... y tal vez ahora atienda mi consejo...

Lavender, blanca como un papel, extendió torpemente la mano hacia Bond y las perlas.

— En verdad, no sé cómo expresarle... Murik la interrumpió:

— Creo, caballero, que lo menos que podemos hacer es pedirle que tome asiento y vea la carrera desde aquí —Bond miraba unos ojos de oscuro

color pizarra, el color de la lava cuando se enfría... y tan animados como ese material. Bond se dijo que esa mirada era capaz de aterrorizar a algunos... incluso a él mismo, en ciertas circunstancias—. Permítame usted que me presente. Me llamo Anton Murik; mi pupila, la señorita Lavender Peacock, y una antigua amiga, Mary Jane Mashkin.

Bond estrecho manos, por turno, y luego se presentó:

— Mi nombre es Bond —dijo—, James Bond.

Sólo hubo algo que, para Bond, fue una verdadera sorpresa; cuando habló, Mary Jane Mashkin traicionó su origen: sin lugar a dudas, era norteamericana... circunstancia que no figuraba en ninguno de los expedientes que estudiara en la oficina de M. A Bond le pareció que se trataba de una oriunda del sur, aunque en su habla predominaba el sonido nasal de los habitantes de la costa este.

— ¿Se quedará usted a ver la carrera? —preguntó Murik, hablando rápidamente.

— ¡Quédese, por favor! —Lavender parecía haber recuperado su aplomo.

Mary Jane Mashkin sonrió; se trataba de una hermosa mujer, y su sonrisa era mucho más cálida que la contenida malevolencia de Anton Murik:

— Tiene usted que acompañarnos —terció—. En la carrera participa un caballo de Anton.

— Muchas gracias —Bond se acercó más a ellos, tratando de situarse entre Murik y su pupila—. ¿Cuál es su caballo?

Murik se había llevado los binoculares a los ojos, y recorría la pista, para, finalmente, detenerse en el arrancadero.

— China Blue... ya está en su sitio —se quitó tos binoculares de los ojos, en los que brilló un chispazo de animación—; y le aseguro, señor Bond, que va a ganar.

— De todo corazón, espero que así sea: ¡qué coincidencia! —Bond rió alegremente, al tiempo que sacaba sus binoculares del estuche—. Aposté una pequeña cantidad a su caballo... pero francamente no me fijé en el nombre del propietario.

— ¡Qué me dice! —y en el tono de su voz se percibió un dejo de complacencia. Luego, sonrió, aunque débilmente—. Su dinero está seguro, señor Bond: así, lo recompensaré, siquiera en parte, por haber rescatado las perlas de Lavender... ¡Qué lo indujo a apostar por China Blue?

— Me gustó su nombre —Bond trató de parecer candoroso—. Una tía mía tuvo un gato que se llamaba así: un siamés con pedigree.

— ¡Están a punto de salir! —Lavender hablaba ahogadamente embargada por la emoción. Todos apuntaron sus binoculares hacia aquel sitio distante, para no perderse el comienzo de la carrera por la Copa de Oro de Ascot; dos y media millas[132].

Allá abajo, la multitud prorrumpió en un alarido. Bond tuvo el tiempo justo para enfocar sus binoculares pues los caballos habían salido ya.

Al cabo de media milla[133], los caballos parecían haber ocupado el sitio que les correspondía: el caballo de la Reina corría medio de los restantes favoritos: Francis' Folly y Desmond's Light, en tanto que Soft Centre se pegaba al grupo, muy adelante de otros tres caballos que iban diez cuerpos atrás; el resto de los participantes se habían quedado rezagados.

Bond mantenía los binoculares fijos en los tres caballos que trataban de alcanzar a los cuatro delanteros, entre los que, según todas las apariencias, estaba el ganador. En ese trío destacaban los colores de la cuadra de Murik: amarillo y negro.

En el palco reinaban una extraña tensión y el más absoluto silencio, lo que contrastaba con los gritos de excitación que lanzaba la multitud a todo lo largo de la pista. Aunque mantenían el paso, los cuatro caballos de la vanguardia no parecían sacudirse a los tres que los seguían a cierta distancia. El caballo de la Reina iba adelante, pero casi a la mitad del camino Desmond's Delight empezó a desafiarla, hasta tomar la delantera, de tal manera que ambos caballos empezaron a ganar terreno, en tanto que Francis' Folly y Soft Centre estaban apenas a medio cuerpo, y corrían como si fueran un mismo animal.

Cuando los contendientes pasaron la marca que señalaba la mitad de la distancia, Bond volvió sus binoculares: dos de los componentes del trío que seguía parecían irse quedando atrás, pero bastó un segundo para que Bond comprendiera que se trataba sólo de una ilusión de óptica. Se dio cuenta de que Anton Murik mascullaba algo entre dientes. En ese momento, el jockey presionaba a China Blue, que empezaba a acortar la distancia lo separaba de los corredores que ocupaban el tercero y cuarto lugares.

— ¡Vamos Blue, vamos! —llamaba Lavender, en voz baja. Cuando Bond dirigió su mirada a lo largo de la barandilla del palco, vio a Mary Jane Mashkin, de pie, tensa, con los puños apretados. La multitud tenía la atención puesta en los cuatro caballos que luchaban por colocarse en la delantera; ya habían pasado la marca que indicaba las tres cuartas partes de la distancia, cuando la gente se percató de que China Blue, que entraba desde fuera, significaba una seria amenaza.

El China Blue que corría podía haber sido otro caballo, muy diferente del que viera en el picadero. Se movía con precisión mecánica, con un galope tendido y constante; y en ese momento alcanzó una velocidad que superaba la de cualquiera de los que que llevaban la delantera. Para cuando llegaron a la recta final, de tres *furlongs*[134] de longitud, allí estaba China Blue que, dejando atrás a Francis's Folly y a Soft Centre, alcanzó y se adelantó a Desmond's Delight, que ya había quedado nuevamente tras el caballo de la soberana,

En todo el hipódromo se escuchó una gigantesca exclamación, salida de miles de gargantas; impulsado por una tremenda aceleración de su carrera, China Blue dio un salto repentino y se adelantó tanto a Desmond's Delight como al caballo de la Reina; llegó a la meta con un cuerpo de ventaja sobre la pareja que había destacado desde el principio de la carrera.

Lavender saltaba excitadísima; y aplaudía, “¡Lo hizo, tío Anton! ¡Lo hizo!”

Mary Jane Mashkin rompió a reír —una risa profunda, algo, ronca—, pero el doctor Anton Murik se limitó a sonreír: “¡Claro que lo hizo!” Bond pudo comprobar que aquella sonrisa no había iluminado sus ajos.

— Y bien, señor Bond, me complace que mi caballo le haya dado a ganar...

— ¡Puedo asegurarle que yo estoy mucho más complacido! —replicó Bond, y hablaba atropelladamente, como si hubiera dicho algo que hubiera sido preferible guardar para sí... lo suficiente para interesar a Murik: una insinuación de que estala apurado de dinero.

— ¡Ah! —el señor de Murcaldy asintió—. Bien, quizá nos volvamos a ver —rebuscó en el bolsillo de su chaleco, del que sacó una tarjeta de visita—: Si alguna vez va a Escocia, vaya a verme: me encantaría brindarle mi hospitalidad.

Bond examinó la tarjeta que llevaba el nombre y la dirección de Anton Murik, y de nuevo se fingió extrañado:

— ¡Vaya... otra coincidencia!

— ¡No me diga! —Murik se disponía a marcharse: después de todo, acababa de ganar la Copa de Oro de Ascot, y deseaba gozar de su triunfo—. ¿Por qué otra coincidencia?

— Salgo para Escocia esta noche... dentro de dos o tres días estaré por su región.

Los ojos de pizarra cobraron una expresión aún más fría.

— ¿Viaje de negocios o viaje de placer?

— De placer, mayormente... pero siempre estoy dispuesto a hacer negocios —procuró que en su voz se percibiera su desesperación.

— ¿Cuál es su negocio, señor Bond?

Bond vaciló ligeramente, midiendo la pausa:

— Contratista...

— ¿Y qué es lo que contrata usted?

Bond lo miró directamente a los ojos:

— Por regla general, mi propia persona: soy soldado... mercenario profesional, al servicio del mejor postor. Bien, creo que esto es el final de nuestras breves relaciones: pertenezco a un género que está condenado a desaparecer —soltó una breve carcajada, como si riera su amargo chiste—. En estos tiempos, la gente no ve con buenos ojos a los mercenarios.

Anton Murik tomó firmemente del brazo a Bond y lo jaló hacia un extremo del palco, lejos de las dos mujeres;

— Señor Bond, yo no comparto ese desprecio por su profesión. Puede decirse que, en cierta forma, yo mismo he empleado mercenarios: guardabosques, gente que trabaja en mis propiedades: ¿Quién sabe? Tal vez tenga yo el puesto indicado para un hombre como usted; a juzgar por su aspecto, es usted bastante duro. Vaya al castillo Murik, el lunes próximo celebramos una fiesta anual: poseo casi todas las tierras de los alrededores, y la aldea cercana (Murcaldy), y cada año celebramos nuestra propia versión de los Juegos Escoceses... usted sabe: el tronco, el martillo, lanzamiento de bala, bailes, luchas. Pasará usted un buen rato —estas últimas palabras podían interpretarse como una orden.

Bond hizo un movimiento de asentimiento, al tiempo que Murik se volvía hacia las dos mujeres:

— Es hora de bajar: hemos de felicitar a China Blue y tenemos que recibir nuestra justa recompensa. Mary Jane, Lavender, pronto verán de nuevo al señor Bond: tuvo la gentileza de aceptar mi invitación para presenciar los juegos.

Cuando abandonaron el palco, Bond observó en los ojos de Mary jane una expresión ligeramente sardónica.

— Otra vez miles de gracias, señor Bond... por las perlas —fue Lavender la que habló—. Espero tener muy pronto el placer de verle.

Bond percibió algo extraño en la manera que tuvo ella de expresar su despedida... era como si dijera lo que sentía pero, al mismo tiempo, como si

tratara de prevenirlo. Y se dijo que de ese primer encuentro se desprendía que Lavender ocultaba algún recóndito temor bajo aquel porte sereno, lleno de encanto.

El señor de Murcaldy ni siquiera le dirigió otra mirada a James Bond: salió del palco con ese su andar rápido, pajaruno, sin decir una palabra más ni mirar hacia atrás.

Bond se quedó de pie, mirándolos alejarse... y preguntándose cómo sería la versión Murik de los Juegos Escoceses y cuál sería su parte en elfos. Luego, también él bajó y pasó a cobrar sus ganancias, que le fueron pagadas por el apabullado y honesto Tone Snare; una vez cumplido ese grato trámite, sostuvo una breve conferencia con Bill Tanner, al que habló con frases de doble sentido; también llamó al Central Hotel[135], en Glasgow, a fin de apartar un cuarto para la mañana siguiente; hizo hincapié en que deseaba ocuparlo inmediatamente a su llegada que, según creía, sería en la madrugada.

Con toda seguridad, el señor de Murcaldy y su grupo regresarían en avión a Escocia, y Bond no quería rezagarse demasiado... pero tampoco tenía intención de presentarse en el castillo Murik sin haber descansado y sin haber tenido tiempo para reflexionar.

James Bond se colgó del hombro el estuche de los binoculares, y con el aire más indiferente posible se dirigió al estacionamiento.

[128] Carl Zeiss (1816–1888) fue un óptico alemán muy reconocido mundialmente por la compañía de lentes e instrumentos ópticos de gran calidad que fundó y que lleva su apellido: Zeiss (actualmente Carl Zeiss AG).

[129] Bausch & Lomb, compañía americana con sede en Rochester, Nuenva York, es uno de los proveedores más grandes del mundo en productos de salud ocular, incluyendo lentes de contacto, productos para el cuidado de lentes, medicinas e implantes para enfermedades oculares. Fue fundada en 1853 por dos alemanes, John Jacob Bausch y Henry Lomb. Su marca de gafas de sol Ray-Ban fue vendia en 1999 al grupo italiano Luxottica. En 2013 fue adquirida por Valeant.

[130] Las más finas perlas orientales son producidas por el mohar, una variedad de los “pinctada martensii”, moluscos de agua salada, los cuales se encuentran el el golfo Pérsico.

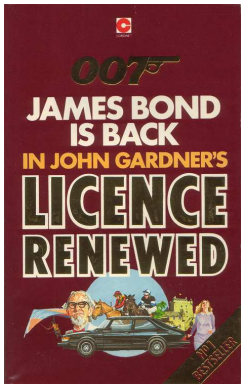
[131] Jean Patou (1887-1936) modisto y fabricante de perfumes francés, creador de la casa de alta costura y perfumes que lleva su nombre.

[132] Cuatro kilómetros.

[133] Ochocientos metros.

[134] El furlong (estadio) es una unidad de longitud de medida del sistema anglosajón. El nombre completo de la unidad es surveyor furlong, y equivale a 201,168 metros.

[135] El Grand Central Hotel de Glasgow es un prestigioso hotel de cuatro estrellas en el centro de Glasgow. El hotel forma la fachada de la estación de tren Central de Glasgow, conlindante a la explanada de la estación. Ha tenido alojados a Frank Sinatra y Winston Churchill. Fue diseñado por Robert Rowand Anderson, en estilo Reina Ana, y también amuebló los salones. Fue completado en 1883. El hotel fue renovado por James Miller y abrió en 1907. Las primeras imágenes televisivas a larga distancia en el mundo fueron transmitidas al Central Hotel desde la station el 24 de mayo de 1927 por John Logie Baird. Tras un periodo de decadencia en el que incluso cerró, el hotel reabrió en 2010.



7.- El rey en su castillo

MIENTRAS CONDUCÍA FURIOSAMENTE hacia el norte, Bond tuvo tiempo para quebrarse la cabeza tratando de desentrañar el misterio del triunfo de Murik con China Blue. Los caballos están hechos para correr, se dijo... pero ese caballo no parecía digno de ninguna pista... ¿cómo se las había arreglado para ganar en la de Ascot? La única posible explicación era el viejo truco de instruir al jockey para que en las carreras anteriores lo llevara la rienda corta, a fin de mantener su verdadera capacidad oculta hasta el momento estratégico. Pero bien pudiera ser que la verdadera respuesta a ése... y a otros misterios que intentaba resolver, se encontrara entre los muros del castillo Murik.

El viaje a Glasgow transcurrió sin incidentes. Bond se había lanzado en los tramos de alta velocidad, y se las había arreglado para evitar las trampas que arma la policía para sorprender a los automovilistas que no respetan los límites; en dos ocasiones se detuvo para cargar gasolina.

A las nueve de la mañana, ya había estacionado su auto, se había instalado en su habitación en el Central Hotel, y saboreaba un copioso desayuno compuesto de avena, huevos revueltos, pan tostado y café. Una vez saciada el hambre, colgó fuera de la puerta el letrero de “No molestar” y se durmió profundamente, de un tirón, hasta las siete de la tarde.

Después de estudiar detenidamente los mapas de la región, a fin de trazarse la ruta que debería seguir, Bond bajó al restaurante del hotel, Malmaison[136] —llamado así en recuerdo de la casa en que vivieran Napoleón y Josefina—, uno de los mejores restaurantes franceses que hay en Escocia. Sin embargo, esa noche no le apetecían alimentos demasiado complicados, por lo que se limitó a comer salmón ahumado y un buen filete acompañado de ensalada de lechuga. Sólo bebió agua mineral Perrier[137], pues estaba decidido a recorrer de noche la mayor parte del camino... como quien atraviesa el desierto en secreto.

A las diez treinta ya había pagado su cuenta y se había puesto en camino, rumbo al norte, por la carretera A82, que lo llevó a costear el Loch Lomond[138]. En las primeras horas del nuevo día, Bond se detuvo a descansar en una aldea muy cercana al Loch Garry[139], habiendo cambiado su curso para tomar la carretera A87, que lo llevaría a los lagos de la costa y a aquellos estrechos caminos que bordean el litoral occidental, y en los que tanto abundan los pasos.

A la mañana siguiente, muy temprano, llegó a una zona boscosa, justo al este del Loch Carron[140] y, después de estacionar el Saab entre los árboles, a salvo de miradas indiscretas, dedicó al descanso todo un día bajo el pálido azul del cielo, entre el aroma de los pinos y los helechos. Sabía que, tan pronto como se pusiera el sol, llegar a la aldea de Murcaldy, y de allí al castillo Murik, sería cuestión de setenta u ochenta minutos. Se había provisto de algunos pasteles de carne y un poco de fruta, así como de Perrier, pues en la presente etapa de su acción, no deseaba ingerir nada fuerte.

Habiendo concentrado toda su atención en realizar el viaje con buen tiempo y sobre seguro, hasta ese momento no había tenido oportunidad de saborear los paisajes ni de deleitarse con las bellezas de Escocia. A decir

verdad, viajar de noche no era la manera más propicia, de modo que ahora se recostó en el asiento del auto, que ajustó para estar cómodo, y pasó el día dormitando y comiendo, mientras el sol recorría su órbita y empezaba a ocultarse entre los pinos y las colinas.

Aprovechando los últimos rayos del sol, Bond empezó con sus preparativos para caso de urgencia; abrió el portaequipaje y metió en su bolsillo una cajetilla de los cigarrillos preparada por la Sección Q. Solamente seis de esos cigarrillos se podían fumar; los restantes habían sido recortados a manera de ocultar un compartimiento de fácil acceso en el que descansaban cuatro minúsculos micrófonos electrónicos, previamente ajustados. Puesto que Bond tenía que desempeñar la función de unidad ambulante de vigilancia dentro de la residencia de Murik, tendría necesidad de ayuda, y el pequeño receptor para esos micrófonos —provisto de cinta magnetofónica y audífonos— permanecería oculto en uno de los ingeniosos escondrijos añadidos por Q'ieta al equipaje del 007.

También se aseguró de que el falso encendedor Dunhill —peligrosísimo, pues podía paralizar a un adulto durante casi una hora— quedara a prudente distancia de su auténtico encendedor. El resto de su armamento siguió oculto en los compartimientos de seguridad del automóvil. Por lo demás, tenía a mano las únicas herramientas que necesitaba por el momento: los binoculares Bausch & Lomb y los anteojos Nitefinder.

Una vez que desapareció hasta la última traza de luz diurna y empezaron a aparecer las estrellas en la amplia bóveda del cielo, Bond puso en marcha el Saab, y lo enfiló hacia Applecross, siguiendo la ribera del Loch Carron, sabedor de que el sitio al que se dirigía no estaba muy lejos, por lo que convenía estar alerta. Marchó a buena velocidad, pues al cabo de setenta minutos el Saab cruzaba el puentecito de Murcaldy, que llevaba directamente a la única calle de la aldea con sus pintorescas hileras de casitas, las dos tiendas, la posada y la iglesia.

Murcaldy se levantaba a orillas de un riachuelo, en un extremo de una amplia cañada en cuyas laderas, según observó Bond a la brillante luz de la luna, no había árboles. Ante él, al final de la cañada, dominando la aldea desde una altura, se alzaba el castillo como un crestón rocoso.

La aldea parecía desierta, salvo algunas lucecitas que brillaban de vez en cuando en las casitas, y Bond calculó que le había tomado menos de cuarenta y cinco segundos recorrer el villorrio de punta a cabo. Casi al terminar la calle, cerca de la iglesia, el estrecho camino se dividía. Un poste indicador lo señalaba, con sus brazos en V. El castillo Murik quedaba precisamente ante él, arriba de la cañada; el otro poste indicador señalaba una senda también muy angosta, que llevaba de regreso al camino de Shieldaig[141], si bien cabía suponer, se dijo Bond, que la senda desembocara en otra senda, con sus inevitables pasos, antes de llegar a la carretera A896, que llevaba al pueblecito de Shieldaig. No obstante, era probable que la senda en cuestión siguiera el contorno de la cañada hacia el este, hacia algún punto desde el que pudiera ver claramente el castillo.

Haciendo una breve pausa, Bond se colocó los anteojos infrarrojos Nitefinder, de manera que los pequeños lentes descansaran cómodamente en su nariz; de inmediato, la noche de luna se transformó en un claro día, lo que le permitió seguir sin dificultad aquella senda. Apagó las luces del Saab y avanzó a velocidad constante. La senda descendía tras la ladera oriental de la cañada,

pero desde allí podían verse, dibujados contra el cielo, los pisos superiores el castillo.

Tanto éste como la aldea se construyeron teniendo en cuenta lo estratégico de su posición, y Bond estaba convencido de que su paso por Murcaldy ya había sido observado... se preguntaba si el castellano ya habría sido informado.

Por fin llegó a un punto que, según sus cálculos, era paralelo al castillo. Detuvo el auto, tomó los binoculares y, sin despojarse de los Nitefinders, se apeó y examinó los alrededores; a su derecha, se perfilaban con toda claridad unos montículos de escasa altura, pegados casi al camino, y que terminaban a unas cien yardas: tal parecía que se habían hecho excavaciones recientemente.

Por un momento, pensó en la conveniencia de investigar qué era aquello, pero luego decidió que el castillo era lo que más le interesaba. Bond se alejó de la senda, caminando hacia la izquierda, para trepar por la suave ladera este de la cañada.

El aire limpio estaba endulzado por los aromas nocturnos. Bond avanzaba tan silenciosamente como era posible, sumergido casi hasta la rodilla en brezos, aulagas y helechos. En la lejanía ladró un perro, y muy cerca escuchó el grito de algún ave nocturna que se lanzaba a su diaria cacería.

Cuando alcanzó el final del altozano, Bond se estiró y miró a su alrededor. Podía ver claramente la aldea, hacia el otro extremo de la cañada, pero decididamente no había manera ganar una posición ventajosa desde la que se dominara el castillo, que se levantaba como a una milla de distancia, en línea recta, construido sobre una extensa meseta. En la lejanía, detrás del castillo, se dibujaba apenas el pico saliente de Beinn Bhan[142] que alcanzaba una altura de casi mil metros sobre el nivel del mar.

Bond tomó los binoculares, los acomodó contra los Nitefinders y procedió a enfocarlos sobre el castillo Murik; descubrió que a la mitad de la cañada, la senda que salía de la aldea se convertía en un camino pavimentado que terminaba ante una gran doble puerta de hierro forjado. Al parecer, era el único acceso al castillo, rodeado de altos muros de granito, parte de los cuales parecían ser originales, en tanto que el resto había sido levantado en épocas posteriores. Por cierto que el castillo daba la impresión de haber sido objeto de una vasta obra de reconstrucción. Allá, al fondo, se alcanzaba a ver lo que Bond supuso había sido la barbacana[143] original, pero el resto era de exagerado estilo gótico tan apreciado en la era victoriana: profusión de ventanas con gabletes, y de torrecillas.

Había tres automóviles estacionados delante de lo que era, sin lugar a dudas, la entrada principal: un gran pórtico con columnas. Al parecer, el castillo estaba situado en el centro de extensos y bien cuidados jardines, y su aspecto tenia, en general, un carácter que fluctuaba entre lo siniestro y lo disneylandiano. Estirando mucho el cuello, Bond alcanzó a entrever, hacia la derecha, la orilla de un gran prado. Le parecía haber visto la esquina de una enorme tienda de campaña, levantada, probablemente, para los juegos deportivos que habrían de celebrarse al día siguiente... El doctor Anton Murik poseía un auténtico castillo, y en sus dominios era rey absoluto.

Bond se disponía a ponerse de pie para volver a su automóvil, a fin de ir al castillo y presentarse ante la corte del rey Murik, cuando se percató, muy tarde, de que no estaba solo.

Se habían acercado a él con la astucia y habilidad de los cazadores profesionales, para surgir repentinamente, como espíritus nocturnales. Sin embargo, no se trataba de entes espirituales, ni mucho menos... sobre todo el jefe.

— ¿Con qué espiando el castillo, eh? —dijo aquel hombre en tono acusador, y con marcadísimo acento escocés.

— ¡Un momento, un momento...! —interrumpió Bond, al tiempo que se llevaba la mano a la cabeza, para quitarse los Nitefinders. Pero, apenas iniciado el movimiento, dos manazas como jamones lo tomaron de las solapas y lo levantaron del suelo.

— ¡Usted se viene con nosotros, sin rechistar! —ordenó el gigantón.

Pero Bond no estaba de humor para seguir a nadie sin rechistar; inclinó la cabeza con fuerza, y golpeó al hambrón en el puente de la nariz. El hombre emitió un gruñido de dolor y soltó a Bond, quien pudo comprobar que el golpe había estado bien dado: un hilillo de sangre escurría por las ventanas de la nariz de aquel Goliat.

— ¡Yo te mato...! ¡Ésta me la pagas...! —y entonces se escuchó otra voz:

— ¿Caber? ¿Hamish? ¿Malcolm?... ¿Qué sucede?

Bond reconoció al instante el sonido nasal de Mary Jane Mashkin.

— ¡Soy Bond, señorita, Mashkin! ¿Se acuerda de mí? Nos conocimos en Ascot. ¡James Bond!

Al igual que los otros, surgió de pronto ante él, como salida del suelo.

— ¡Válganos Dios, señor Bond! ¿Qué hace usted aquí? —se volvió a mirar al gigante—: ¿Qué te ocurrió, Caber?

— Ese tipo me dio un cabezazo en la nariz —masculló, lleno de amargura.

Mary jane Mashkin rió con ganas.

— ¡Muy valiente debe de ser, para haberse atrevido a golpear a Caber...!

— Temo que su servidor me tomó por un cazador furtivo... Me... me alzó del suelo y se mostró más bien agresivo. Créame que lamento lo ocurrido: ¿acaso estoy en terreno vedado?

Caber masculló no sé qué tantas maldiciones, mientras Mary Jane Mashkin respondía:

— Ni mucho menos: esta senda es servidumbre de paso por las tierras del señor Murik. Nosotros salimos a cazar y a ver la excavación —y señaló con la cabeza el otro lado de la senda, donde Bond viera, al pasar, los montecillos de tierra—. Acabamos de empezar los trabajos para instalar un nuevo sistema de drenaje; fue una suerte que no caminara hacía allá, pues podría haber caído en un pozo bastante profundo, tiene buenos cinco metros de hondo, y más de cuatro de ancho —hizo una pausa y se le acercó tanto, que se le metió por la nariz el aroma de Madame Rochas[144]—. No me ha dicho usted la razón de su presencia aquí, señor Bond.

— Me perdí —Bond levantó ambas manos en un gesto de inocencia. Ya se había despojado de los Nitefinders, como si llevarlos fuera la cosa más natural— y me eché a buscar el castillo.

— Y supongo que lo encontró...

— ¡Claro! Lo encontré y lo estaba observando... — Mary Jane Mashkin lo tomó del brazo:

— Creo que, en ese caso, es preferible que lo vea de cerca, ¿no le parece? Supongo que viene usted a visitarnos...

— Ciertamente —asintió Bond, En la obscuridad, los hombres movían los pies, inquietos, y Mary Jane Mashkin les dio algunas órdenes; al parecer, un poco más adelante, en la misma senda había un Land Rover[145]—. Yo le indicaré el camino al señor Bond, ustedes pueden seguirnos —dijo a Caber, quien con toda calma había despojado a Bond de sus Nitefinders.

— Tenía usted que haber tomado la senda recta que sale la aldea — comentó ella, una vez que se hubieron acomodado en el Saab, que ya estaba en movimiento.

— Ya me di cuenta de eso.

Cuando se detuvieron ante los portones, el Land Rover casi “les pisaba los talones”. Apareció una figura, que les franqueó el paso, y Mary Jane Mashkin informó a Bond que durante la noche mantenían cerradas las puertas, aseguradas mediante cerraduras especiales.

— Nunca se sabe... incluso en un lugar como éste, tan alejado y en el que conocemos a todos, podría algún extraño...

— ¿Podría llegar un extraño y atacarla? —preguntó Bond sonriendo de oreja a oreja.

— ¡Podría resultar divertido! —también ella rió—. En todo caso, es agradable tenerlo de huésped, señor Bond... ¿o puedo tutearte, James?

— Supongo que aquí sobran los formulismos —respondió Bond y se encontró ante la gran puerta principal con su porche de columnas.

Detrás de ellos, Caber y los llamados Hamish y Malcolm descendían del Land Rover. Mary Jane Mashkin ordenó a Hamish que avisara al señor de Murcaldy, y luego se volvió a Bond:

— Si le das tus llaves a Caber, él se encargará de meter tu equipaje, James.

Bond, sin embargo, había tenido el cuidado de cerrar su auto con llave.

— Creo que el equipaje puede esperar —e hizo un cortés ademán para señalar la puerta del castillo—. Si ya me tomaron por espía o cazador furtivo... bien puede suceder que el señor Murik se niegue a recibirme... —se interrumpió, pues en ese momento salía del castillo el doctor Anton Murik, con su pajaruno andar. Miró un momento al grupo formado ante sus puertas, y entonces se iluminó su rostro.

— ¡Pero si es el señor Bond! ¡Veo que cumplió su promesa...! ¡Santo cielo, Caber...! ¿qué le ocurrió a tu nariz?

El gigantón se limpió con el pañuelo la sangre que seguía escurriendo.

— Temo que soy el causante —intervino Bond—, lo lamento, Caber, pero te pasaste de listo...

— Yo creí que ese tipo andaba espiando, o que andaba cazando, señor... ¿cómo podía saber que era visitante? ¡Y actuaba de manera extraña!

— ¡Qué le ayude con el equipaje, señor Bond! —y Murik sonrió al hablar, pero Bond repitió que eso podía esperar. No le hacía ninguna gracia que el tal Caber empezara a hurgonear su Saab.

— ¡Cómo guste! —y Murik no había perdido su benigna sonrisa—. Por supuesto, aquí no hace falta echar las llaves... más tarde recogerán sus maletas. Entre, y vamos a tomar una copita de licor —y dando a Caber y a su secuaz la orden perentoria de cuidar el Saab, Murik hizo cruzar a Bond el sombrío porche.

Mary Jane Mashkin se había adelantado; al cruzar el umbral Murik soltó algo entre risita y cacareo.

— Me temo, Bond, que se ha ganado usted un enemigo; a Caber no le gusta que le ganen... y luego, le sangró la nariz... lo que tampoco le habrá hecho gracia... ¡ándese con cuidado!

[136] El Castillo de Malmaison (Château de Malmaison, en francés) es un edificio francés en la ciudad de Rueil-Malmaison, los Yvelines, a unos 12 km de París. Josefina de Beauharnais, esposa de Napoleón Bonaparte, lo compró en abril de 1799 para ella y su marido, el futuro Napoleón I de Francia, por entonces luchando en las Guerras Napoleónicas. Malmaison era una finca destartalada, a ocho millas al oeste del centro de París. A su regreso, Napoleón expresó su furia porque Josefina hubiera comprado una casa tan cara con el dinero que ella esperaba que él trajera de su campaña egipcia. La casa, para la que ella había gastado más de 300.000 francos, necesitaba una gran restauración, y ella gastó su fortuna en hacerlo, mediante el uso de formas clásicas, colores intensos y contrastados, revestimientos realzados con aplicaciones doradas en bronce y decoraciones pictóricas murales inspiradas en Pompeya y Herculano. El mobiliario, de inspiración clásica, fue diseñado por Charles Percier y Pierre François Leonard Fontaine. Malmaison traería gran felicidad a los Bonaparte. Después de divorciarse de Napoleón, Josefina recibió Malmaison en propiedad, junto con una pensión de 5 millones de francos al año, y allí permaneció hasta su muerte en 1814. Napoleon regresó y vivió allí tras su derrota en la batalla de Waterloo (1815), antes de su exilio en la isla de Santa Helena. Hoy, el público puede visitar la casa principal como un Musée national napoleónico, estando disponibles visitas guiadas. En coche, el museo queda en la vía RN 13 (route national 13) desde París. Si se viaja en transporte público, ha de tomarse la línea de ferrocarril RER A a la estación de Arco de la Defensa (Grande Arche) y luego coger el autobús número 258 hasta la parada Le Château.

[137] Perrier® es una marca francesa de agua mineral carbonatada embotellada procedente del manantial des Bouillens, conocido desde 1903 como manantial Perrier, en Vergèze, Gard. Se trata de un agua mineral natural que contiene elementos minerales (460 mg/l) y gas (7 g/l) en su propio manantial. Hay “product placemente” de Perrier en las películas “GoldenEye” y “El mañana nunca muere”.

[138] El lago Lomond (en escocés loch Lomond; en gaélico escocés loch Laomainn) es un lago (o loch en gaélico) de Escocia, que se encuentra situado al oeste de la región, al sur de las Tierras Altas. Forma parte simultáneamente de las regiones de Stirling, de Argyll y Bute y de West Dunbartonshire, situándose en definitiva a 23 km al norte de la ciudad de Glasgow. Sus dimensiones son aproximadamente de 37 km de longitud para 8 km de anchura. Su profundidad media es de 37 metros, con una profundidad máxima de 190 metros. Posee una superficie de 71 km^2, con un volumen de 2,6 km^3. Por su superficie, se trata del mayor de los lagos de la isla de Gran Bretaña, y del segundo, tras el lago Ness, por su volumen.

[139] El Loch Garry, (en gaélico escocés: Loch Garraidh), a 25 km al norte de Fort William, tiene 11 km de largo y 50 m de profundidad. Se alimenta de aguas del Loch Quoich, y vierte al Loch Oich.

[140] El lago Carron (en escocés Loch Carron; en gaélico escocés “Loch Carrann”) es un lago marino en la costa oeste de Ross y Cromarty en las Tierras Altas escocesas. Es el punto donde el río Carron entra en el océano Atlántico norte. Su profundidad varía desde menos de 20 metros a más de 100.

[141] Shieldaig (en gaélico escocés: Sìldeag) es un pueblo en Wester Ross en el noroeste de las Tierras Altas en Escocia. Fue fundada en 1800 con vistas enetrenar marinos para la guerra contra Napoleon. Después la comunidad se dedicó a la pesca. El nombre es una palabra vikinga que significa “lago de los arenques”.

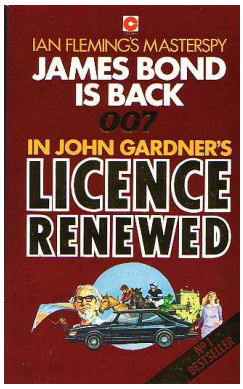
[142] Beinn Bhàn es una montaña en las Tierras Altas de Escocia, en la península de Applecross, en el lado norte del lago Kishorn. The most striking features of Beinn Bhàn are the rocky corries on the eastern side, which are seen well from the A896 road. The best known of the corries is probably Coire na Poite, which forms a bowl shape, almost entirely ringed by crags offering climbing and winter ice climbing routes. The summit of Beinn Bhàn lies directly above the corries floor, which has two small lochans. The ridges between the corries offer several routes to the summit for scramblers. An alternative route for those without a head for heights involves ascending the grassy southwest ridge of the peak, starting from near the point where the Bealach na Bà leaves the A896, a distance of some 4 kilometres. A slightly longer route to the summit, involving far less ascent, may be had from the top of the Bealach na Bà (over 600 m above sea level), skirting below the northern top of Sgurr a'Chaorachain to reach the bealach separating the aforementioned peak from Beinn Bhàn. An ascent of Beinn Bhàn is often combined with the climbing of Sgurr a'Chaorachain.

[143] Una barbacana es una estructura defensiva medieval que servía como soporte al muro de contorno o cualquier torre o fortificación, adelantada y aislada, situada sobre una puerta, poterna o puente que fuera utilizada con propósitos defensivos. Las barbacanas estaban por lo general situadas fuera de la línea principal de defensa y conectadas a los muros de la ciudad por un camino fortificado. Tal fortificación era a menudo sólo un terraplén adosado al muro junto a la zona más vulnerable de un castillo o de una plaza

fuerte. Este sistema defensivo se difundió ya en el alto medievo prácticamente en toda Europa también por su relativa simplicidad de construcción.

[144] Rochas es una marca francesa de perfume y moda fundada en 1925 por Marcel Rochas. Tras su muerte, su tercera esposa, Hélène, dirige los Perfumes Rochas, con los éxitos internacionales de “Madame Rochas” (1960), “Eau de Rochas” (1970, “Audace” (1972) o “Lumière” (1984). Pertenece actualmente a la compañía americana Procter & Gamble.

[145] Land Rover es una marca especializada en vehículos con tracción a las cuatro ruedas. En 1947 los hermanos Wilks, directivos de la fábrica inglesa de Rover, tuvieron la idea de producir un vehículo todo terreno para el público civil. Land Rover pertenece actualmente al grupo industrial y automovilístico indio Tata Motors.



8.- Virgen en las rocas

MAS TARDE, BOND SE dijo que, sin duda, esperaba que la lobreguez del porche estilo gótico victoriano se reflejaría en el Interior del castillo Murik: perros de Terranova y cornamentas de ciervo. Por eso, el espectáculo deslumbrante que se ofreció a sus ojos lo dejó boquiabierto.

En cosa de un instante, había pasado del tenebroso exterior a un mundo radicalmente distinto; el vestíbulo, con su amplia escalera circular y la galería que lo rodeaba, estaba decorado en luminoso color blanco, punteado por el negro de las puertas... y la blanca alfombra le produjo la sensación de hundirse en un prado suave, bien cuidado.

La sección inferior de los muros estaba decorada, con elegante discreción, a base de alabardas, ronchas, *corseques*[146] de ala de murciélago, horcones de guerra y otras armas punzantes de los siglos XV y XVI, todas perfectamente pulidas, que despedían reflejos, iluminadas por la luz de un complicado candelabro de acero de enormes proporciones y moderno diseño. No había allí amontonamiento ni exageración.

Murik mostró sus armas con un amplio ademán del brazo.

— La materia prima de toda guerra —comentó—. Casi puedo considerarme coleccionista, si bien las mejores piezas están en otras partes de la casa... salvo ésta, quizá —y señaló una mesa consola sobredorada, sobre la que descansaba una caja de vidrio que protegía un estuche abierto que contenía un par de pistolas, de las que se usaban para batirse en duelo: tenían sus típicos cañones octogonales, y el estuche estaba completo, con todos los accesorios, medidor de polvo de latón, etcétera.

— Estas pistolas se usaron en el último duelo que se celebró en Inglaterra, hasta donde se tiene noticia —explicó Murik lleno de orgullo—: Monro y Fawcett, 1843 —y señaló el arma más cercana—. Ésta es la que usó Monro para matar a su contrincante.

Bond retrocedió, a fin de examinar más detenidamente el vestíbulo. Había otras luces, colocadas en puntos estratégicos, encima de las pinturas modernas que colgaban en lo alto de los muros.

Reconoció por lo menos dos Picassos del “periodo azul”[147], y lo que parecía ser el original del “Desnudo en rosa”, de Matisse[148].

Bond observó la sonrisa que se dibujaba en el rostro de Murik.

— Por lo visto, también tiene usted otras colecciones... me parece que se trata de...

— ¿Originales? ¡En efecto! — el castellano hizo un expresivo ademán.

— Pero... tenía entendido que...

— ¿Qué todo esto estaba en el Museo de Arte de Baltimore? —Murik inclinó la cabeza, asintiendo—. Ya usted sabe lo que es el mundo del arte... Después de todo, la “Virgen de las rocas” de Da Vinci se exhibe en el Louvre y en el Museo de Londres[149], y lo mismo sucede con el “Richelieu” de Champaigne[150]. Pero vamos a tomar nuestra copa, señor Bond —y, levantando la voz, llamo a Mary Jane Mashkin, quien, como si estuviera aguardando su vez para salir a escena, apareció al final de la escalera.

— Subí un momento, a mudarme de ropa —y sonriente, descendió con aires de reina y extendiendo una mano que, materialmente, escurría

diamantes—. ¡Encantada de verlo, señor Bond! Allá afuera estaba demasiado oscuro —levantó la voz—: ¡Lavender...! ¿Dónde estás? Tenemos un huésped: ¡el señor Bond está aquí: el amable caballero que encontró tus perlas! —y al tiempo que decía todo aquello, cruzó el vestíbulo, hacia la derecha de donde se encontraba Bond, y abrió de par en par una doble puerta.

— Le ruego me perdone —Murik le dedicó su pajaruna inclinación de cabeza—. Las señoras se encargarán de atenderlo, pues yo tengo que hablar con Caber. Espero que no haya sido demasiado brusco con usted... aunque, si he de ser franco, creo que encontró la horma de su zapato.

— ¡Venga! —y Mary Jane Mashkin condujo a Bond hacia la sala de estar, en cuya puerta se encontraba ya Lavender Peacock.

— ¡Señor Bond! ¡Qué gusto! —más que nunca, acusaba Lavender su gran semejanza con Lauren Bacall en su juventud... y por alguna causa pareció sentir alivio al ver a Bond; sus ojos brillaban con genuina alegría.

Ambas mujeres vestían traje de noche: Mary Jane había mudado sus ropas de caza por un severo traje negro, probablemente modelo de Givenchy[151]. Lavender refulgía con los ondulantes pliegues de su blanco vestido que el ojo experto de Bond clasificó como un Saint Laurent[152]. Le indicaron, con sendos ademanes, que pasara a la sala.

— Después de ustedes, señoras mías —en el momento de volverse, Bond escuchó un ruido apenas perceptible que provenía de la galería superior. Instintivamente miró hacia arriba, y alcanzó a ver una figura que desaparecía por una puerta que se abría en el descanso de la escalera. Fue apenas una imagen fugaz, pero a Bond no le quedó ni la menor duda en cuanto a la identidad del individuo. Había estudiado con gran detenimiento muchísimas fotos y siluetas durante las últimas semanas, y por ello se convenció de que Franco continuaba en el castillo Murik.

La habitación a la que Bond se dejó conducir era de amplias dimensiones, de techo alto y ornamentado, decorada en el mismo estilo audaz del vestíbulo. Los muros eran de un delicado color rosa, como el de las conchas, el mobiliario diseñado para dar comodidad, y hecho casi todo de cuero y vidrio. La pared frontera a la puerta había sido convertida en un gigantesco ventanal panorámico. Incluso a la luz artificial, Bond reconoció el tinte del vidrio, semejante al de la Oficina Ovalada de la Casa Blanca[153], si bien en tono rosado, en vez del verde elegido para aquel elegante centro de poder. Desde dentro, podía admirarse el paisaje, pero desde el exterior el ojo apenas si alcanzaba a percibir la luz, sin detalle alguno. Obviamente, se trataba de material a prueba de balas.

— Y ahora, una copa, señor Bond —Mary Jane estaba de pie, ante un gabinete de vidrio—. ¿Qué desea tomar, para reponerse de sus esfuerzos? —había cierta coquetería en su voz.

Bond sintió el imperioso deseo de pedir un “Virgen en las rocas”, pero eligió un whisky Talisker[154].

— “Cuando a Escocia vinieres...”[155] —explicó—. Poco, por favor. No soy un gran bebedor... de vez en cuando bebo un poco champaña, o un martini con vodka, bien preparado... pero aquí...

Mary Jane Mashkin sonrió con aires de entendida y, abriendo el gabinete, sacó la botella de un fino whisky.

— ¡Aquí tiene! —y le tendió el vaso con aquel líquido ambarino, que brillaba como una gema.

Lavender se había dejado caer en un mullido sofá de cuero.

— Le aseguro, señor Bond, que resulta muy agradable tener una persona más aquí, sobre todo para los juegos —y al hablar lo miraba directamente a los ojos, como si intentara transmitirle algún mensaje. Y, sin embargo, cuando él la miró con ojos interrogantes, los de ella se alteraron, parpadeó y su mirada se dirigió por encima del hombro derecho de Bond.

— ¡Veo que está usted bien atendido, señor Bond! —Murik había entrado silenciosamente, y Bond se volvió hacia él—. Le di un buen rapapolvo a Caber: no tiene ningún derecho a maltratar a nadie... aun cuando piense que se trata de cazadores furtivos o de espías —en el fondo de aquellos ojos se agazapaba la peligrosa lava gris, y Bond se percató de que tenía en la mano el equipo Nitefinder—. ¡Interesante juguete, señor Bond!

— Los de mi profesión usamos ese tipo de juguetes —Bond sonrió y levantó las manos en ademán pacificador—. No niego que hice un breve reconocimiento del castillo. Usted me invitó, pero cierta deformación profesional...

Murik sonrió brevemente.

— Lo comprendo, señor Bond... quizá mucho más de lo que usted se imagina, y debo admitir que me gusta su manera de hacer las cosas.

Lavender preguntó para qué servían aquellos lentes que parecían audífonos, y Bond le explicó que servían para ver en la oscuridad.

— Son muy útiles cuando se maneja de noche —añadió.

— Señor Bond —intervino Murik—, si me permite las llaves de su automóvil, haré que alguno de mis servidores baje su equipaje y lo lleve a su cuarto.

A Bond no le hacía ninguna gracia entregar sus llaves, sabía que la única manera de ganarse la confianza de Anton Murik era mostrarse perfectamente sereno. Después de todo, necesitarían mucho tiempo y equipo muy especial para descubrir los secretos que encerraban tanto el auto como el equipaje. Rebuscó en sus bolsillos, y entregó las llaves a Murik. Casi en el mismo instante entró en el salón un hombre corpulento cuyo frac y el servilismo de su actitud lo identificaban como el mayordomo. Anton Murik se dirigió a él como Donal, y le dijo que buscara “a alguno de los muchachos y le indicara que llevara el equipaje del señor Bond al cuarto de huéspedes en el ala este y que estacionara su automóvil”.

Donal se dio por enterado, sin decir palabra, y se marchó llevándose las llaves del Saab.

— Bien, señor Bond —y Anton Murik señaló una de las cómodas sillas de cuero—. Tome asiento y descanse. Como puede ver, somos lo bastante anticuados para ser etiqueteros. Siempre nos vestimos para la cena. Sin embargo, como usted acaba de llegar, y no estaba preparado, lo perdonamos.

— Si a las señoras no les molesta —y Bond se volvió hacia sus anfitrionas, a las que dedicó una sonrisa. La Mashkin se la devolvió y, en cuanto a Lavender, su rostro se iluminó con una alegre mueca que le daba cierto aire de conspiradora.

— En lo absoluto, señor Bond —dijo Mary Jane, respondiendo a sus palabras, y Lavender intervino rápidamente—: pero sólo por esta vez, señor Bond.

James Bond hizo una inclinación y se sentó. Hacía ya tiempo que había dejado de importarle eso de ser el que desentonaba en las reuniones

formales... salvo que se tratara de alguna función importante de la que ya estuviera sobre aviso.

Allá, en el fondo, se sentía inquieto por Lavender Peacock. Era hermosa, no se podía dudar de que era inteligente, y era obvio que cuando el doctor Anton Murik no estaba presente, ella se sentía muy a gusto, más en presencia de su tutor, Lavender dejaba entrever una especie de cautela que no lograba definir,

Pero se dijo que no tenía nada de extraño: Anton Murik en su castillo, rodeado de gente como Caber y el mayordomo, bastaba y sobraba para poner nervioso a cualquiera. Había un no sé qué de misterioso en aquella enorme estructura gótica con su interior que destilaba riqueza, buen gusto y artilugios, todo ello en la más recóndita lejanía, en el centro de un bello lugar que podría considerarse como inexistente.

Murik se sirvió una copa, y conversaron agradablemente, sobre todo acerca del viaje de Bond, tema que parecía ser del mayor interés para Murik, hasta que Donal, el mayordomo, reapareció para confirmar que el equipaje del señor Bond estaba ya en la habitación que le había sido destinada, y que su automóvil había quedado junto al Rolls del castellano; luego, como si acabara de recordarlo, y después de mirar a Bond con clara desaprobación, anunció que la cena estaba servida.

Bond se vio conducido a través del vestíbulo —y automáticamente levantó los ojos hacia la puerta por la que viera desaparecer a Franco—, y entró al comedor, cuyo decorado era algo más tradicional, si bien retenía los claros colores y el mismo sello, la misma elegancia del vestíbulo y el salón. Ni en éste ni en el comedor se veían ejemplares de la colección de armas de Murik. Tomaron asiento ante una bella mesa de caoba, rectangular perfectamente pulida y conservada, y comieron con cubiertos de plata de estilo georgiano[156] los manjares servidos en una exquisita vajilla, cuyas piezas, sin excepción, tenían orla de oro, Saltába a la vista que los señores de Murcaldy vivían en el lujo desde hacía mucho tiempo. La plata y la vajilla que componían la mesa podían significar una pequeña fortuna en cualquiera de las casas que en Londres se dedican a rematar antigüedades.

Y la comida servida por Murik estaba en perfecto acuerdo con los accesorios: un excelente coctel de langosta, preparada al lado de cada comensal, con crustáceos recién cocinados y enfriados; un ligero consomé de pollo, seguido por una costilla de res que casi se deshacía en la lengua y, antes de pasar la bandeja con los quesos, sirvieron uno de los budines escoceses preferido por Bond: el delicioso “cream-crowdie”[157], que consiste en avena tostada y mezclada con espesa crema batida.

— No hay nada como los platos sencillos —comentó Anton Murik—. En los hoteles de Glasgow y Edimburgo piden un dineral por esto que, después de todo, no es sino un postre que siempre se ha comido en las granjas.

Bond meditó acerca de algo que había observado con mucha frecuencia en sus viajes; que los ricos de hoy siempre tienen como cosa dada sus placeres “sencillos”.

No le causó la menor sorpresa ver llegar el Oporto[158], que fue la señal para que las damas se retiraran, dejando a los dos hombres librados a sus propios recursos. Al parecer, en el castillo Murik regían los viejos usos de épocas más refinadas. Los sirvientes —dos recios mocetones que habían servido la mesa bajo la vigilancia de Donal— se retiraron, seguidos por el

mayordomo, quien se marchó después de poner al alcance de su amo cigarros puros, cortador y fósforos, Bond rechazó el ofrecimiento de un puro, y solicitó permiso para fumar uno de los cigarrillos que siempre traía.

Cuando se sacó del bolsillo su vieja y fiel cigarrera de acero pavonado, James Bond acarició con el pulgar la aspereza se sentía hacia el centro, donde se había hecho la hábil reparación. Y por su mente cruzó como un relámpago el recuerdo de que esa misma cigarrera había salvado su vida al detener una bala asesina de Smersh[159]. La única huella era la aspereza (imperceptible a la vista) que podía sentirse a ambos lados de la cigarrera. Y de pronto se preguntó si en el curso del presente encuentro con el señor de Murcaldy tendría necesidad de algún salvavidas.

— De modo, señor Bond, que decidió aceptar mi ofrecimiento... —los ojos asumieron ese color gris de la amenazadora corriente de lava, al fijar Anton Murik su mirada en su interlocutor, sentado en el otro lado de la mesa.

— ¿De visitarlo? ¡Claro que sí! —Bond observó a su anfitrión, quien en ese momento arrojaba una bocanada del humo de su puro.

— ¡Vamos, no me refiero únicamente a su visita! —y rió entre dientes—. Señor Bond, conozco a los hombres... puedo olerlos: usted es un hombre fuerte que vive para el peligro. Me percaté de ello en el instante mismo en que le puse la vista encima... y sospecho que también posee usted un talento semejante... el de ventear posibles peligros... ¿o me equivoco?

Bond se limitó a encogerse de hombros, pues no creía llegado el momento de comprometerse a nada.

— Debe usted ser un buen elemento —prosiguió Murik—. Sólo los buenos mercenarios sobreviven... y procedió usted en la forma indicada: me refiero a que empezó por reconocer el terreno. Es posible que tenga trabajo para usted... quédese uno o dos días... y ya veremos.

Hubo una pausa brevísima, y luego Bond preguntó:

— ¿Cómo lo hizo?

Murik enarcó las cejas, con expresión de sorpresa:

— ¿Cómo hice qué...?

— Ganar la Copa de Oro con China Blue —Bond no sonrió al hablar así a su anfitrión.

Murik hizo con las manos un ademán de inocencia:

— Pues con un buen entrenador... ¿de qué otra manera podría obtenerse un galardón tan codiciado?... eso, y el caballo indicado.

— ¿Cómo lo logró? —insistió Bond—. Con su aspecto, China Blue podía considerarse fuera de la carrera... ¡antes de empezar, ya parecía derrotado!... Ahora sé que se puede hacer... pero hizo usted la “chica” de la temporada, y a nadie le extrañó... ¿acaso en otras carreras ordenó que lo frenaran?

El de Murcaldy denegó con lento movimiento de cabeza.

— No era necesario. China Blue ganó, y lo hizo con todas las de la ley —y entonces, como si acabara de decidirse, se levantó de su asiento—. Venga, le voy a mostrar algo —y se adelantó hacia una puerta que Bond no había visto, pues estaba en un rincón, en el otro extremo del comedor. Tomó un manojo de llaves ensartadas en una delgada cadena de oro, eligió una de las llaves y abrió la puerta.

Se internaron por un pasillo frío, bien alumbrado, que terminaba en otra puerta, que Murik abrió con otra llave. En el momento siguiente, se encontraban en una espaciosa sala, cuyos muros estaban totalmente cubiertos

con libros. El mobiliario consistía en tres sillones de cuero colocados frente a una gran mesa escritorio, de las usadas por el ejército, y un gabinete en cuyo interior podían admirarse algunos exquisitos ejemplares da armas antiguas. En el muro, detrás de la mesa, colgaba el único cuadro de aquel recinto: una gran tela, obra, sin duda, del maestro Turner[160].

— ¿Genuino? —preguntó Bond.

— ¡Naturalmente! —Murik se sentó tras su escritorio e indicó a Bond con un ademán que ocupara uno de los sillones—. Este es mi sancta sanctórum —comentó—. Le aseguró que, al traerle aquí, le hago un gran honor: este es el lugar donde trabajo y hago planes.

Delicadamente, Bond acercó el sillón a la mesa. Murik abrió uno de los cajones, del que tomó una pequeña carpeta de cuero de la cual sacó dos fotografías que paso a Bond.

— Dígame que le parecen estas fotos, señor Bond.

Este dijo que eran fotos de China Blue.

— Casi atinó —y en los labios de Murik se dibujó una sonrisa que tenía algo de furtivo—. Son hermanos... no lo voy a aburrir con los documentos, pero el hecho es que, hace cuatro años, una de mis yeguas estaba preñada... ocurrió en una ocasión en que pasaba yo aquí una temporada, así que puede decirse que estuve presente en el alumbramiento. Por suerte, cuento con un veterinario que sabe callarse la boca, ocurrió algo que sucede muy rara vez, Bond, la yegua parió dos gemelos idénticos... absolutamente idénticos. Ni el mejor conocedor hubiera sido capaz de decir cuál era cual; si bien el veterinario y yo mismo supimos, desde el primer instante, que el segundo sería siempre el más débil, lo que suele ocurrir en casos como éste.

Hizo una pausa, para producir efecto, y prosiguió:

— Sólo registré a uno de ellos; son de buena cepa de corredores. Hay un China Blue —el que usted vio en Ascot— dotado de enorme resistencia y con aptitud natural para correr. ¿El otro?... también corre, pero no tiene velocidad y le falta energía. Sin embargo, incluso hoy que son cuatroañeros sería difícil reconocer diferencias en su estampa. Comprenderá que si he compartido este secreto con usted, es porque deseo crear lazos de confianza entre nosotros... pero le aseguro que si alguna vez se le escapa... será hombre muerto.

— ¡Nadie sabrá de esto por mí! —y, al tiempo que hablaba, Bond acercó todavía más el sillón y sacó a relucir la cigarrera de acero pavonado y la cajetilla de cigarrillos que le había proporcionado Q'ieta. El señor de Murcaldy acababa de contestar la pregunta premiada. El hombre era un sinvergüenza sin escrúpulos, Franco estaba en el castillo y, para Bond, aquello era más que suficiente; M había obrado cuerdamente al enviarlo en aquella misión, que no era ni dictada por el pánico ni empresa descabellada.

Con seguro y rápido movimiento, sacó un par de cigarrillos de la cajetilla y los metió en su cigarrera. Y al hacerlo, Bond oprimió un lado de la cajetilla, para expeler uno de los pequeñísimos micrófonos, que cayó en su mano. Murik seguía riendo entre dientes cuando tomó las fotos y, cuando se inclinó para guardarlas en el cajón, Bond deslizó la mano por debajo de la gran mesa escritorio y, oprimiendo con fuerza, adhirió el artefacto a la madera. Con esto, el sancta sanctórum del señor de Murcaldy quedó unido a un sistema de sonido.

Murik cerró el cajón, le echó llave y se puso de pie.

— Y ahora, señor Bond, creo que lo indicado es que se despida de las señoras y se retire a descansar. Encontrará su equipaje en su habitación: mañana deberemos participar todos en los juegos. Quizá después de esa experiencia decida usted quedarse, y tal vez yo decida proponerle algo... ello depende de varías cosas.

En la sala, Mary Jane Mashkin y Lavender escuchaban la música de Mozart[161] que salía de bocinas ocultas. A Bond le pareció percibir la expresión de amistosa, connivencia en la expresión de Lavender, cuando entraron en la habitación. Y de nuevo experimentó la sensación de que, al estrechar su mano para despedirse, ella trataba de prevenirlo.

El silencioso Donal, llamado de manera subrepticia por Murik, hizo su aparición y recibió instrucciones de conducir al señor Bond al cuarto de huéspedes en el ala este.

Al salir, Bond sorprendió los ojos de Lavender fijos en él con una expresión cálida, amistosa, pero que en el fondo ocultaba un mensaje solitario. De una cosa sí estaba cierto: la joven era la versión viviente de la virgen de las rocas... si bien hubo de reconocer que podía estar equivocado en lo que se refería a la primera parte de su aseveración.

Siguió a Donal, escaleras arriba, deseoso de sacar de su portafolios el receptor y sintonizarlo, a fin de registrar debidamente toda nueva transacción que se llevara a cabo en el sancta sanctorum de Murik, para escuchar luego la grabación con toda tranquilidad.

Donal abrió la puerta, a! tiempo que decía:

— El cuarto este, señor —y Bond penetró en la Cueva de Aladino destinada a los visitantes que iban de paso.

[146] La corcesca es un arma de asta, una variante de la partesana de moharra fuerte cuyas “orejetas”, cuchillas (o ganchos) a los lados en forma de tridente forman un ángulo y son de mayor marca. La voz proviene del francés corcesque. En francés e inglés se diferencian de las partesanas por las cuchillas largas a lo tridente, que si son ganchos se denominan ranseur, y si son lanzas de moharra tridentina entran en la familia de las partesanas. La corcesca es un arma denominada de “oficiales” o “parada”; es decir, no fue empleada ni desarrollada para la guerra. En sus orígenes esta arma trató de representar la “flor de lis” francesa por ser un arma de tropas y guardias de la aristocracia. Su empleo se centró durante el siglo XVI. i en lugar de tridente tiene una forma de moharra con garfios o ganchos curvados hacia el suelo, se le llama roncona..

[147] Pablo Ruiz y Picasso (1881—1973), conocido como Pablo Picasso, fue un pintor y escultor español, creador, junto con Georges Braque y Juan Gris, del movimiento cubista. Considerado uno de los mayores artistas del siglo XX, participó desde la génesis en muchos movimientos artísticos que se propagaron por el mundo y ejercieron una gran influencia en otros grandes artistas de su tiempo. Pintó más de dos mil obras, presentes en museos y colecciones de toda Europa y del mundo. Además, abordó otros géneros como el dibujo, el grabado, la ilustración de libros, la escultura, la cerámica y el diseño de escenografía y vestuario para montajes teatrales. Se conoce como período azul de Picasso al que discurre aproximadamente entre 1901 hasta 1904: este nombre proviene del color que domina la gama cromática de las pinturas, y tiene su origen en el suicidio de su amigo Carlos Casagemas en 1901, que lo dejó lleno de dolor y tristeza.

[148] Henri Émile Benoît Matisse (1869-1954) fue un pintor francés conocido por su uso del color y por su uso original y fluido del dibujo. Como dibujante, grabador, escultor, pero principalmente como pintor, Matisse es reconocido ampliamente, junto a Pablo Picasso como uno de los grandes artistas del siglo XX. Al inicio de su carrera se le identificó con el fauvismo y para los años 20 ya se había destacado por su maestría en el lenguaje expresivo del color y del dibujo, la cual desplegó en una inmensa producción que se extendió por más de medio siglo, y que consagró su reputación como una de las figuras centrales del arte moderno. Durante su trayectoria supo conjugar en sus obras la influencia de artistas como Van Gogh o Gauguin, con la de las cerámicas persas, el arte africano o las telas moriscas. El óleo “Nu rose” (Desnudo rosa, 1935) se encuentra en el Museo de Arte de Baltimore.

[149] La Virgen de las Rocas es un nombre usado para denominar dos cuadros de Leonardo da Vinci pintados con idéntica técnica pictórica de óleo sobre tabla. La versión del Museo del Louvre fue transferida a lienzo desde el panel original de madera, pero la que se conserva en la National Gallery aún permanece sobre tabla. En el 2005 fue descubierta una tercera versión atribuida a Leonardo, siendo expuesta en la muestra “Leonardo: Genio e visione in terra marchigiana”. Se considera que la versión del Louvre es la original, datada sobre 1483-1486, mientras que la de la National Gallery es posterior, pintada entre 1492 y 1508.

[150] Philippe de Champaigne (1602-1674) fue un pintor francés clasicista de origen brabanzón. Realizó pinturas decorativas y retratos, pero se le conoce sobre todo por los austeros cuadros que pintó para la Iglesia. Retrató al Cardenal Richelieu en once pinturas.

[151] Givenchy es una firma francesa de ropa, complementos, perfumes y cosméticos —estos dos últimos bajo la marca Parfums Givenchy—. Fue fundada en 1952 por el diseñador francés Hubert de Givenchy, quien se retiró de la industria en 1995. Los diseños de la marca fueron muy utilizados por Audrey Hepburn, tanto en películas como “Desayuno con Diamantes” o “Charada” como fuera de la gran pantalla.

[152] YVES SAINT LAURENT o YSL es una casa de moda fundada por Yves Saint Laurent (1936-2008) y su compañero Pierre Bergé en 1962. Actualmente su jefe de diseño es Stefano Pilati. Fue el primero, en 1966, en popularizar la ropa lista-para-usar Prêt-à-Porter en un intento de democratizar la moda. Aunque la casa ya no existe, la marca sigue vigente y es mantenida por el Grupo Gucci.

[153] El Despacho Oval (The Oval Office, en inglés) es la oficina oficial del Presidente de los Estados Unidos de América. Situada en el Ala Oeste de la Casa Blanca, la oficina fue diseñada con forma ovalada, con tres ventanas altas orientadas al sur detrás del Escritorio Resolute y hay una chimenea en el lado norte. El Despacho Oval tiene cuatro puertas: la puerta del lado Este da al Jardín de las Rosas; la puerta Oeste da paso a un cuarto de estudio privado con otra puerta a la oficina del Jefe de Gabinete de la Casa Blanca; la puerta noroeste permite la entrada al corredor principal del Ala Oeste; y la puerta noreste entra a la Oficina del secretario del Presidente.

[154] La destilería Talisker de whisky escocés de malta situada en Carbost, Escocia; la única en la Isla de Skye. La destilería está operada por United Distillers y Vintners para Diageo, y su whisky forma parte de su serie Classic Malts. La marca se vende como whisky premium.

[155] En el refrán “When in Rome do as the romans do” (“Cuando estes en Roma haz como los romanos” equivalente a “Donde quiera que fueres, haz lo que vieres”), Bond cambia “Roma” por “Escocia”.

[156] El estilo georgiano corresponde a la época entre 1720 y 1840, llamado así por los cuatro reyes británicos llamados Jorge (George) que reinaron en Inglaterra desde 1714 hasta 1830.

[157] El cranachan (gaélico escocés: Crannachan) es un postre tradicional escocés. En tiempos modernos por lo general es una mezcla de crema batida, whisky, miel, y frambuesas frescas, con avena tostada remojada por la noche en un poco de whisky. Las recetas antiguas utilizaban queso crowdie en vez o junto con crema, y a veces se lo llamaba cream-crowdie. Otras recetas antiguas son más austeras, omitiendo el whisky y con la fruta considerada un extra opcional. Una forma tradicional de servir el cranachan es traer a la mesa platos con los diversos ingredientes, de forma que cada persona pueda armar su postre de acuerdo a sus preferencias. Es común se sirva en vasos altos de postre. Originalmente era un plato del verano, siendo consumido por lo general hacia la época de la cosecha, pero en la actualidad se lo sirve a lo largo de todo el año y en ocasiones especiales. Una variante del plato se denominaba ale-crowdie, con cerveza tipo ale, treacle (almíbar) y whisky con la avena - cuando se servía en un casamiento en la mezcla se escondía un anillo: aquel que tuviera el anillo en su porción seria el próximo en contraer matrimonio.

[158] El vino de Oporto (portugués vinho do Porto), también conocido simplemente como oporto o Port, pertenece al género de vinos conocido como vinos fortificados. Estos vinos nacieron en los siglos XVI y XVII, como producto de la adición de brandy al vino cuando está en proceso de fermentación. De este modo se consigue la estabilización del vino, logrando un vino que resistía las variantes temperaturas y humedades del largo trayecto marítimo que el comercio de la época imponía. El vino de Oporto se produce en los viñedos de la Región vitícola del Alto Duero, en Portugal. Los Oportos se caracterizan por su gran intensidad aromática, la presencia del alcohol, su dulzura y la tanicidad en algunas de sus categorías. El oporto tinto se hace a partir de uvas Tinta Roriz, Tinta Barroca, Touriga y Tinta Cão. El oporto blanco se obtiene de las uvas Malvasía Dourada, Malvasía Fina, Gouveio y Rabigato.

[159] Véase la novela de Ian Fleming “Desde Rusia con amor”.

[160] Joseph Mallord William Turner (1775-1851), pintor inglés especializado en paisajes. Fue considerado una figura controvertida en su tiempo, pero hoy en día es visto como el artista que elevó el arte de paisajes a la altura de la pintura de historia. Aunque es renombrado por sus pinturas al óleo, Turner también es uno de los grandes maestros de la pintura paisajista británica en acuarela. Es considerado comúnmente como “el pintor de la luz” y su trabajo es considerado como un prefacio romántico al impresionismo.

[161] Wolfgang Amadeus Mozart, cuyo nombre completo era Johannes Chrysostomus Wolfgangus Theophilus Mozart, (1756-1791), fue un compositor y pianista austriaco, maestro del Clasicismo, considerado como uno de los músicos más influyentes y destacados de la historia. La obra mozartiana abarca todos los géneros musicales de su época y alcanza más de seiscientas creaciones, en su mayoría reconocidas como obras maestras de la música sinfónica, concertante, de cámara, para piano, operística y coral, logrando una popularidad y difusión universales.

9.- Lo último de lo último

EN LA DECORACIÓN DEL cuarto predominaba el negro, y la suave iluminación salía de unas altas cornisas, colocada donde, en otro tiempo, hubo, sin duda, molduras ornamentales de las que pendían cuadros. Bond necesitó un segundo para percatarse de que se trataba de dos habitaciones, y no de una; y es que la mitad de cada una de las paredes de la alcoba era de espejo, así como una buena parte del techo.... lo que no era fácil de distinguir, debido al fúnebre color del decorado. Con esto se daba la ilusión de espacio... y también la desagradable sensación de estar desorientado. Donal habló, precisamente cuando Bond confirmó que un arco llevaba de la alcoba al cuarto de baño.

— No dejó usted las llaves de su equipaje, señor; de no ser por eso, hubiéramos podido desempacar sus cosas y planchar sus trajes... ¿quizá mañana?

— ¡Desde luego! —Bond le volvió la espalda, y habló con altanería—. ¡Buenas noches, Donal!

— ¡Buenas noches, señor!

El mayordomo se retiró, y Bond escuchó un sonoro ¡clic!, de la puerta al cerrarse. Fue y movió el pomo de la cerradura... comprobó que había identificado correctamente aquel sonido: la puerta tenía una cerradura que se manejaba por control remoto, por lo que, virtualmente, se encontraba prisionero. Se dijo que, por lo menos, no permitiría que se le espiara en secreto, y procedió a acomodar su amplio portafolios en la mesita de noche.

Con dos vueltas de llave, abrió el portafolios, y luego presionó fuertemente las lengüetas que, girando sobre minúsculas bisagras, dejaron a la vista los cierres que se ocultaban debajo: tres rodillos con números, a cada lado. Bond hizo girar las ruedecillas, y el portafolios se abrió. En este caso, no se habían esforzado mayomente para ocultar el equipo en su interior, puesto que la parte superior consistía sólo en una bandeja en la que estaban los artículos de tocador. Bond sacó la bandeja, y puso al descubierto los artefactos que había debajo.

El mayor de ellos era, precisamente, el que necesitaba en ese momento: el receptor estándar VL 22H para contravigilancia. Era una especie de “walkie-talkie”, pero más tosco y, además estaba equipado con un par de audífonos y una sonda de mano.

Bond enchufó en el aparato los audífonos y la sonda, se colgó del cuello la correa que sostenía el instrumento, hizo todos los ajustes y lo puso a funcionar. Dedicó los siguientes diez minutos a recorrer la habitación con la sonda, sin pasar por alto rincones y accesorios. El verificador de que estaba provisto el aparato, era capaz de identificar cualquier tipo de micrófono; de diferenciar entre varias señales, e incluso de indicarle la cámara o cámaras de televisión que pudieran ocultarse tras aquellos grandes espejos; o bien denunciar lentes de fibras ópticas, cuya abertura no fuera mayor que el agujerito hecho por la punta de un lápiz en los muros. Realizó la auscultación de acuerdo con un patrón muy bien aprendido, y procedió con el mayor cuidado. Ni la menor señal: la nota que emitían los audífonos permaneció constante y la aguja del marcador no registró ni la más leve alteración.

Después de ocultar la unidad de contravigilancia en su escondrijo, jaló hacia él la maleta grande. Examinó las cerraduras, y de nuevo usó las llaves para abrirla, hecho lo cual sacó sus trajes, que arrojó sin miramientos, lo que le hubiera valido una mirada de desaprobación del exigente Donal. Una vez vacía la maleta, Bond se dedicó de nuevo a las cerraduras: en cada caso hizo girar otras tres veces las respectivas llaves; cuando sonó el último “clic” de la cerradura del lado derecho, en la esquina superior izquierda del fondo de la maleta retrocedió un minúsculo panel, que reveló la existencia de un disco numerado, también pequeñísimo.

Bond hizo girar el disco, a fin de marcar los números de la clave elegida días atrás por Q'ieta y por él mismo. Se oyó otro “clic”, y ya pudo deslizar hacia un lado una porción mayor fondo de su maleta, lo que dejó al descubierto uno de los aparatos especialmente preparados por la Sección Q, cuidadosamente colocado sobre bandejas forradas de terciopelo. Bond tomó el minúsculo aparato receptor y grabador, basado en el STR 440[162], de sólo ochenta y cuatro por cincuenta y cinco milímetros, pero completo con un cassette de cinta magnetofónica especial, así como con unos audífonos también minúsculos, acojinados con hule espuma, lo puso a trabajar y puso en “1” la perilla de control: se encendió una lucecita roja, del tamaño de una cabeza de alfiler. En el aparato había ya un cassette, y el micrófono plantado en el despacho de Murik había sido activado; en adelante, toda conversación que se tuviera en el sancta sanctórum, quedaría registrada en la grabadora miniatura. Miró a su alrededor y decidió que, por el momento, no corría peligro aunque dejara el receptor en la enorme cómoda que ocupaba casi todo el muro. Por tanto, dejó el aparato delicadamente en la superficie del mueble, y empezó a desempacar, no sin antes haber cerrado el compartimiento secreto de su maleta y asegurado las cerraduras.

Una larga experiencia había enseñado a Bond a hacer y deshacer el equipaje con rapidez y eficiencia: en menos de cinco minutos, había guardado ordenadamente en los cajones que había en los extremos de la cómoda, camisas, ropa interior, calcetines y otros artículos necesarios, y sus trajes colgaban en los armarios de pared construidos a ambos lados del arco que llevaba al cuarto de baño. Una o dos cosas de uso especial, quedaron en las dos piezas que formaban su equipaje, las que cerró con llave y guardó en el fondo de uno de los armarios. Sólo entonces se permitió Bond examinar la habitación, que tenía todos los rasgos del set destinado a un filme de los caros.

El mueble más importante del cuarto principal era una enorme cama, cubierta con sábanas y fundas de seda blanca. Las orillas visibles del lecho despedían luz, y el todo quedaba parcialmente cubierto por dos altos paneles semicirculares, acojinados. Bond se metió en la cama y decidió que aquello era algo así como una alcoba dentro de otra alcoba. El interior de los paneles estaba iluminado por una luz suave; a su izquierda, el espacio estaba ocupado por una enorme consola; y en uno de los paneles que formaban el semicírculo, colocado a los pies de la cama, había una pantalla de televisión.

Varios experimentos con las teclas y botones de la consola permitieron a Bond comprobar que cada una de las secciones de ambos semicírculos se movían a control remoto; que la cama rotaba lentamente, e incluso subía y bajaba, a voluntad del ocupante. Además, la consola tenía todo el equipo necesario para sonido cuadrafónico, grabación en videocassette, el sistema Ceefax[163], un teléfono y aparatos de intercomunicación. A sus espaldas, en un

anaquel sumido en el negro acolchado del panel, había una variada colección de videocassettes, así como de audiocassettes, con temas y música para todos los gustos, amén de un par de costosos audífonos Koss[164]. Bond echó un vistazo a los cassettes, y pudo comprobar que Anton Murik procuraba satisfacer las aficiones de sus invitados, cualesquiera que fueren: de Bach[165] a Bartok[166], los Beatles[167] y las más modernas bandas, intérpretes de rock de vanguardia; en cuanto a los videocassettes, correspondían a películas estrenadas recientemente en los cinemas.

Bond supuso, con razón, que la cama era la famosa y exclusiva Slumberland 2002 Sleepcentre[168], es decir, “centro de reposo”, con algunas modificaciones que, sin duda, fueron hechas siguiendo las indicaciones de Murik. Descubrió que la consola emitía luz y sonido, según programas marcados: “Serenidad”, “Despertar”, “Dormir” y “Amor”... y con sardónico regocijo pensó que todo aquello hubiera divertido grandemente a Q'ieta.

Bond tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad para salir de aquel “centro de reposo” y examinar el cuarto de baño, dotado de varios curiosos artilugios, entre los que figuraban una alberca para masaje hidráulico y un baño de asiento, en el que el agua fluía a la temperatura del cuerpo: “Lo último de lo último”, comentó en voz alta.

Riendo entre dientes, volvió a la alcoba: se proponía probar los sistemas de comunicación y se quejaría de que, al parecer, su puerta se había atascado. Cuando se dirigía a la cama, miró de pasada el receptor que había dejado sobre la cómoda, y vio que la cinta giraba: cosa de un segundo, y luego se detuvo. Aquello significaba que el micrófono instalado en el estudio de Murik estaba captando sonidos. Bond tomó su receptor y los audífonos, y materialmente se echó un clavado en el “centro de reposo”.

Había alguien en el estudio de Murik. Escuchó claramente una tos, y la voz de Murik.

— Entre, la puerta está abierta... eche la llave, no quiero que nos interrumpan.

Los sonidos llegaban claramente por sus audífonos: el ruido de la puerta al cerrarse, y luego el producido por alguien al sentarse.

— Siento mucho lo de la cena —dijo Anton Murik—. Pero no había más remedio, y no creí prudente que se mostrara usted a mi visitante... aun cuando lo más probable es que no tenga la menor idea de quién es usted, en realidad.

— Comprendí perfectamente su mensaje. ¿De quién se trata? —aquella persona, Franco, sin duda, tenía un marcado acento.

— De un tipo inofensivo, pero que podría sernos útil. Nunca está de más contar con alguien que, además de músculos, sepa usar el cerebro. Caber es buen elemento, pero rara vez piensa antes de actuar. Hay que darle órdenes, como a un perro.

— ¿Y el individuo...?

— Un mercenario sin trabajo. No creo que tenga muchos escrúpulos. Lo conocí en Ascot, por accidente...

— ¿Comprobó usted sus antecedentes?

— ¿Acaso me cree imbécil? Dice que su nombre es Bond, y tengo la matrícula y los detalles de su automóvil... muy elegante, por cierto. Con esto

averiguarnos su dirección, y para mañana en la noche sabré todo lo que haya que saber acerca del señor James Bond.

Bond sonrió, pues sabía que M lo tenía muy bien cubierto. Toda indagación basada en el número de su pasaporte, de su licencia de automovilista, la matrícula de su auto... u otro dato cualquiera, sería discretamente bloqueada. Todo lo que Murik podía averiguar estaba en el expediente falso: datos acerca de los años de servicio de un mayor James Bond, oficial de guardias[169], quien probablemente sirvió con el SAS durante la guerra y que, desde su salida de las fuerzas armadas, seis años atrás, ha desempeñado trabajos dudosos, de los que no se tiene una idea muy clara. Murik seguía hablando:

— ...Pero puedo jurar que está necesitado de dinero. Los mercenarios ganan buen dinero... si logran sobrevivir... pero, sin excepción, botan el dinero como si no hubiera un mañana... o bien se dedican al crimen...

— Hay que vigilar estrechamente a todos los extraños, hasta que demuestren que son dignos de fiar.

— ¡Ah, pero lo estoy estudiando!... y mañana nos vamos a divertir con él —soltó una desagradable carcajada—. Cuando menos, veremos de qué está hecho. Pero, mi estimado Franco, usted se marcha en breves días, y me gustaría dejar todo terminado.

— Todo está ya en mi cabeza... tan claro como el día: usted me conoce bien, Warlock: los equipos están ya en Inglaterra, Francia y Alemania. No hay problema: están listos para actuar en cualquier momento. Sólo faltan los Estados Unidos, y mi gente sólo espera mi llegada.

— ¿Llegará usted allá mañana por la noche?

— Por la tarde —se produjo una larga pausa, en la que sólo se escuchó el roce de algún papel. Por último, Murik habló de nuevo:

— ¿Confía usted plenamente en su grupo norteamericano?

— Tanto como en todos los demás.

— ¿Están dispuestos a sacrificarse por la causa?

— Absolutamente: tienen la seguridad de que van a morir. Yo les advertí que no tienen muchas probabilidades de sobrevivir: buena sicología, ¿no le parece?

— Sin duda... aunque, si se apegan estrictamente a las instrucciones, no correrán ningún riesgo. En esto radica la belleza del plan. En primer lugar, sólo necesitamos colocar a cuatro personas en cada estación (deben atrincherarse en las salas de control), y no deberán obedecer más órdenes que las mías. En segundo lugar, deberán negarse a todo contacto con el exterior, nada de tomar rehenes, nada que los distraiga. En tercer lugar, seré yo quien notifique a los gobiernos, con la mayor claridad, que sólo disponen de veinticuatro horas, contadas a partir del momento en que se dé el golpe. Transcurridas las veinticuatro horas... ¡el caos! Inglaterra, Francia, Alemania y los Estados Unidos tienen ya problemas que los agobiarán durante varios años... problemas que, si los científicos están en lo cierto, no habrán de limitarse a los cuatro países indicados: casi la mitad del mundo se vería afectada, morirían centenares de miles y los daños serian incalculables... Esta vez, esos gobiernos no tendrán más salida que acceder a nuestras demandas y pagar.

— Salvo que no tomen en serio sus amenazas.

— ¡Pero las tomarán... las tomarán, dadas las circunstancias! Por eso es fundamental que su gente actúe al unísono. ¿Cuánto tiempo necesitará para instruir a los norteamericanos?

Se produjo otra pausa, como si Franco meditara la respuesta que debía dar:

— Veinticuatro horas. Un día, a lo sumo.

— ¿Para ambos grupos? ¿Para la Unidad Tres de Indian Point y la Unidad Uno de San Onofre?

— Exacto, no habrá problemas.

— San Onofre es lo que les va a poner los pelos de punta.

— Sí... estudié algunos documentos... En actividad, aunque las autoridades saben que está muy cerca de una falla... una falla sísmica[170]... ¿a eso se refiere usted?

— ¡Sí! Los norteamericanos presionarán a los europeos; sencillamente, no pueden darse el lujo de correr el riesgo. Sí sus colaboradores yanquis saben exactamente lo que se espera de ellos y hacen únicamente lo que se les indique... tiene usted que insistir —tal y como lo hizo en Europa— en que si obedecen las órdenes, nadie podrá llegar hasta ellos en un mínimo de veinticuatro horas. Y para entonces, la operación Fusión habrá concluido. Por consiguiente, no veo ninguna razón por la cual Fusión no pueda llevarse a cabo a las doce antes meridiano, según nuestro horario de verano, del jueves, según lo planeado.

— Hay algo que...

— ¿Qué? — el tono de Murik era penetrante.

— ¿Cómo dará usted las señales... cómo se las arreglará para transmitir las instrucciones sin que lo descubran?

Se escuchó una risita, ahogada... desprovista totalmente de humorismo.

— Su gente tiene receptores... usted mismo tiene un receptor, Franco. Limítense a usarlos, y dejen que yo me ocupe del resto.

— ...¡Pero...! ¡Señales de radio de esa potencia, capaces de cubrir Europa y los Estados Unidos...! Podrán localizarlos en menos tiempo del que usted necesita para resolver el crucigrama del *Times*[171]*,* que es muy poco.

— Se lo repito, Franco; déjeme a mí las preocupaciones. Todo está previsto, y yo estaré perfectamente a salvo. Nadie logrará averiguar de dónde provienen las señales. De modo, Franco, que realizaremos nuestro plan el jueves, según lo previsto: ¡ideal! Por lo demás, si está seguro de concluir todos los arreglos con los norteamericanos en veinticuatro horas, podrá ocuparse de mi otro encargo la noche del miércoles. ¿Cree usted poder hacerlo?

— Hay tiempo de sobra... y es mejor que sea yo quien se encargue de hacerlo...

Aunque tenía puestos los audífonos, Bond escuchó un ruidito apenas perceptible que lo distrajo: el “clic” de la cerradura: como un relámpago, se volvió hacia la puerta, y vio girar el pomo una fracción. De un tirón se arrancó los audífonos que, junto con el receptor, escondió debajo de la almohada y, sin perder un instante, se arrojó del “centro de reposo” y se abalanzó a la puerta.

Alargó el brazo y, tomando el pomo, jaló la puerta hacia adentro.

— No se alarme, soy yo —susurró Mary Jane Mashkin, Y se deslizó en la habitación; la puerta giró pesadamente sobre sus goznes, y Bond escuchó el golpecito de las cerraduras. Se le fue el corazón a las rodillas: Mary Jane Mashkin era una mujer hermosa, pero no del tipo que a él le gustaba... y hétela

aquí, vestida con un camisón y una bata de gruesa seda, los cabellos oscuros sueltos, encendidas las mejillas.

— Pensé que era mi deber comprobar si estaba usted bien instalado —murmuró con coquetería—. ¿Tiene todo lo necesario?

Bond indicó la puerta con un gesto. Cuando Donal la cerró, Bond se percató de que había algún sistema automático que la cerraba con llave, y el ruido que se produjo después de la entrada de Mary Jane confirmó sus temores.

— ¿Cómo se las arregló para entrar? Hay un sistema electrónico, ¿verdad? —le preguntó.

Ella se le acercó, sonriendo con expresión soñadora.

— Algunas habitaciones, como ésta, por ejemplo, tienen cerraduras electrónicas, para mayor seguridad. Pero las puertas siempre pueden abrirse desde afuera y todo lo que usted tiene que hacer es marcar “uno” en el teléfono: le contestarán del conmutador, y abrirán la puerta... si Anton accede, claro está.

Bond retrocedió unos pasos.

— ¿Y es eso lo que piensa usted hacer...? Para salir de aquí, digo...

— ¡Ah, James...! ¿Acaso quieres que me marche?

— Yo...

Ella le echó los brazos al cuello.

— Pensé que necesitabas compañía... que tal vez le sentías solo y abandonado...

La mente de Bond buscaba a ciegas las reacciones y las palabras adecuadas... pues presentía que en todo aquello había algo equívoco. Un plan de seducción cuidadosamente preparado por esta norteamericana... una intelectual, amante de Anton Murik y, casi con certeza, su cómplice en la villanía que en estos precisos momentos tramaban el doctor y Franco.

— ¡James...! —hablaba en un suspiro, sus labios tan cerca que podía sentir su aliento— ¿...no te gustaría que me quedara contigo siquiera un rato?

Vestida, peinada y maquillada, Mary Jane Mashkin resultaba hermosa y atractiva... pero tal como estaba en ese momento, sin faja o corsé que sujetara sus carnes, la cara limpia de todo afeite, era una persona totalmente distinta.

— Sinceramente, Mary Jane, te agradezco tu interés... pero —se liberó de su abrazo—: ¿qué va a decir el doctor Murik?

— ¿Qué tiene que ver en esto? Yo vine a verte a ti.

— Pero... ¿no crees que es arriesgado? Después de todo, tú eres... su confidente.

— ¡Y yo que creí que eras el tipo de hombre que estaba acostumbrado a correr riesgos! Desde el momento en que te vi... ¡James, no me humilles!

¡Una magnífica actriz! Eso era indudable. El episodio tenía el cariz de un acto deliberado, o bien era una acción de tanteo. ¿Acaso no acababa de oír a Anton Murik decir que lo estaba estudiando? Las mujeres enredadas con hombres como Murik no se ofrecían a otro cualquiera sin motivos muy concretos. ¡Qué situación tan delicada! Un paso en falso echaría por tierra el excelente trabajo que le había permitido introducirse en el castillo Murik. Así, pues, tomó a Mary Jane por los hombros y, mirándola directamente a los ojos, le dijo:

— ¡Mary Jane... ni por un momento pienses que no me gustas, pero es que...!

La mujer apretó fuertemente los labios, en un gesto petulante que cambió por completo su expresión: ya no era soñadora, sino acida, desagradablemente dura. Uno de sus labios se plegó con gesto amargo.

— ¡Qué manera de hacer el ridículo! Antes, los hombres me asediaban...

— ¡Qué tontería...! —replicó Bond.

— ¿Te parece? Conozco bastante el mundo. James Bond... ¿Crees acaso que no conozco los síntomas?

— ¡Yo estoy aquí como invitado de Anton Murik!... Ningún hombre cabal puede abusar así de la hospitalidad que...

Ella rió... una carcajada burlona.

— ¿Y desde cuándo se anda con tantas ceremonias un tipo de tu calaña? —se puso de pie—. No: sucede, simplemente, que malinterpreté las señales. A tu edad, James, deberías saber que una mujer siempre se da cuenta cuando un hombre la encuentra... poco atrayente.

— Te repito que no se trata de eso...

— ¡Yo sé muy bien que de eso se trata!

Estaba ya junto a la puerta y, al parecer, furiosa.

— Yo hubiera podido ahorrarte muchísimos disgustos, James. Conmigo de tu lado, te habrías evitado un sinfín de molestias... pero también puedo hacer que lamentes lo que acabas de hacer... ¡Ya lo verás, mi buen amigo!

El discursito resultaba de lo más melodramático, y Bond se afirmaba más y más en el convencimiento de que la presencia de Mary Jane en su habitación... su intento de seducción, en apariencia espontáneo, era un acto premeditado que perseguía algún otro propósito. Ella extendió la mano hacia la puerta.

— ¿No debería llamar al conmutador? —preguntó, y procuró hacerlo con acento de humildad.

— No hace falta. Tienen luces de advertencia que se encienden y se apagan cuando se abren las cerraduras, pero me he arreglado con ellos. Además, nosotros tenemos la manera de abrir las puertas —de entre los pliegues de su bata sacó una laminita oblonga, del tamaño de una tarjeta de crédito, y la introdujo en una rendija que a Bond le había pasado desapercibida, a la derecha de la cerradura. Los pernos retrocedieron y Mary Jane Mashkin abrió la puerta—. Lamento muchísimo haberte molestado —dijo, y salió en medio del frufrú de la negra seda de su bata.

Bond se sentó en la cama, y se quedó mirando la puerta: ¿posible amiga o enemiga eterna?, se preguntó. El episodio resultaba tan absurdo, que le resultaba difícil tomarlo en serio... y entonces recordó la conversación entre Murik y Franco.

Cuando sacó el aparato de debajo de la almohada, la cinta no estaba girando. Se puso los audífonos y reembobinó la cinta. Al parecer, la conversación había terminado hacía sólo unos minutos. Dejó correr la cinta hasta el punto en que se viera interrumpido, y escuchó: las voces de ambos hombres se oían con tanta claridad como si estuvieran con él en su habitación.

— Me sentiría muchísimo más tranquilo sabiendo que usted se ocuparía del asunto.

— Lo que significa que deberé estar en el sitio convenido...

— A la hora convenida. Lo que necesito saber, para mi propia tranquilidad, es cómo piensa hacerlo... ¿La hará sufrir? ¿Qué reacción debo esperar?

— No hay dolor, Warlock... se lo garantizo. Ella no sentirá nada, y los presentes creerán que se trata de un desmayo. Usaré un arma de gran potencia, un rifle de aire comprimido[172], y el proyectil tiene cubierta de gelatina. Lo que ella sentirá es como un piquetito de alfiler, sólo eso. Pienso utilizar...

En los audífonos se escuchó un ligero golpecito, y la conversación se convirtió en una serie de sonidos borrosos. Bond necesitó algunos segundos para comprender lo sucedido: o bien el adhesivo del micrófono se había despegado del escritorio de Murik, o quizá alguno de los hombres lo había soltado accidentalmente con la rodilla. Reembobinó la cinta cuidadosamente, pero la conversación resultaba punto menos que ininteligible, como si el micrófono estuviera amordazado. Ni siquiera le era posible diferenciar las voces "...rapidísimo... pasadizo... debajo... cuello... descubierto... Warlock... pasos... palacio... Mallorca... coma... muerta... dos horas... ataque cardiaco... tiempo..." y así por el estilo. Aquello no tenía mayor significado, salvo el de que alguien, una mujer, iba a ser asesinada, quizá antes de la operación a la que Murik denominaba "Fusión".

Todo aquello era en verdad infernal, y Bond comprendió que M había estado en lo justo al abrigar tan serios temores. No se trataba de un proyecto local, sino de una peligrosísima conspiración, de alcance mundial. En cuanto al asesinato contratado, no alcanzaba siquiera a imaginar qué relación podía tener con sus nefastos proyectos. Usarían un rifle de aire comprimido que dispararía una cápsula llena, sin duda, de algún veneno activísimo. En cuanto al lugar y la presunta víctima, ¡cualquiera sabía! Habían hablado de un palacio, y la víctima era una mujer: Bond pensó en la realeza... incluso en la Reina... pero también habían mencionado Mallorca... ¿quizá un punto de reunión? Tenía que informar de todo eso a M lo antes posible. Mientras guardaba cuidadosamente el receptor en su escondrijo, pensó incluso en la conveniencia de activar la alarma de su pluma en ese mismo instante, dentro de la casa... pero recapacitó que hacerlo podría resultar un peligro, más que una ayuda. Murik lo tenía a buen recaudo, y el castillo era una auténtica fortaleza. Decidió que, por el momento, era preferible esperar.

Se disponía a guardar de nuevo en el armario su equipo receptor, debidamente oculto en la maleta, cuando escuchó de nuevo el clic de los pernos de la cerradura. Se le revolvió el estómago... ¡no podía creer que Mary Jane tuviera el descaro de hacerle una segunda visita... ni siquiera instigada por Murik! Vio girar el pomo y, por segunda vez en lo que iba de la noche, Bond se llegó rápidamente a la puerta, y la abrió de un tirón.

[162] Válvulas MESA 6L6 GC STR 440. Son unas válvulas emparejadas que dan graves impactantes, un gran sonido y detallada gama alta, al tiempo que proporciona un carácter rico del sonido.

[163] Ceefax (homónimo de "See Facts", “Ver Hechos”) fue el primer servicio de información mediante teletexto del mundo. Fue iniciado por la BBC en 1974 y duró hasta el 23 de octubre de 2012.

[164] “Koss Corporation” es una empresa norteamericana que diseña y fabrica auriculares. Fundada en 1953 como compañía para alquiler de televisores en hospitales, después Koss fue en busca de nuevas ideas, desarrollando unos auriculares estéreo. John Koss trabajó con Martin Lange para desarrollar los auriculares que pusieron en marcha la empresa, casi por accidente, ya que llegaron a la idea de auriculares como resultado de un intento de comercialización de un fonógrafo portátil. Con sede en Milwaukee, Wisconsin, Estados Unidos, en 1991, “Koss Audio y Video Electronics” empezó a producir y vender productos de electrónica de consumo como una empresa independiente en Hazelwood, Missouri, EE.UU. La familia Koss es propietaria de más del 75% de la empresa.

[165] Johann Sebastian Bach (1685-1750) fue un compositor, organista, clavecinista, violinista, violista, maestro de capilla y cantor alemán de música del Barroco, el miembro más importante de una de las familias de músicos más destacadas de la historia, con más de 35 compositores famosos y muchos intérpretes destacados. Su fecunda obra es considerada como la cumbre de la música barroca; destaca en ella su profundidad intelectual, su perfección técnica y su belleza artística.

[166] Béla Viktor János Bartók, conocido como Béla Bartók (en húngaro: Bartók Béla), (1881-1945) fue un músico húngaro que destacó como compositor, pianista e investigador de música folclórica de la Europa oriental. Bartók fue uno de los fundadores de la etnomusicología, basada en las relaciones que unen la etnología y la musicología.

[167] The Beatles fue una banda de rock inglesa activa durante la década de 1960, y reconocida como la más exitosa comercialmente y críticamente aclamada en la historia de la música popular. Formada en Liverpool, estuvo constituida desde 1962 por John Lennon (guitarra rítmica, vocalista), Paul McCartney (bajo, vocalista), George Harrison (guitarra solista, vocalista) y Ringo Starr (batería, vocalista). Se separaron en 1970.

[168] Slumberland Furniture, Inc. Es una empresa de muebles fundada en 1967. Hoy Slumberland tiene 127 tiendas en 12 estados. Su sede está en Little Canada, Minnesota.

[169] La Guards Division es una unidad administrativa del ejército británico responsable de la administración de los regimientos de Infantería y el regimiento de Londres.

[170] En geología, una falla es una discontinuidad que se forma por fractura en las rocas de la corteza terrestre, a lo largo de la cual hubo movimiento de uno de los lados respecto del otro. Las fallas se forman por esfuerzos tectónicos o gravitatorios actuantes en la corteza. La zona de ruptura tiene una superficie generalmente bien definida denominada plano de falla, aunque puede hablarse de banda de falla cuando la fractura y la deformación asociada tienen una cierta anchura. El fallamiento (o formación de fallas) es uno de los procesos geológicos importantes durante la formación de montañas. Asimismo, los bordes de las placas tectónicas están formados por fallas de hasta miles de kilómetros de longitud.

[171] El crucigrama de The Times es un crucigrama críptico, que utiliza una frase que esconde instrucciones para construir o descubrir la solución de entre las palabras de la frase.

[172] Es un arma que utiliza la fuerza del aire comprimido, en contraposición a las armas de fuego, que se basan en reacciones químicas que producen una gran cantidad de gases al quemarse la pólvora. Poseen una cámara de potencia en la que un muelle es sometido a compresión y mantenido así por el mecanismo del gatillo. Al accionar el gatillo, el muelle es liberado y acciona un pistón que comprime aire que pasa al cañón, donde reposa el balín. Bajo la fuerza del aire comprimido por el pistón, el balín se ve obligado a atravesar el cañón a alta velocidad e iniciar su trayectoria libre hasta el blanco. Los modelos más económicos y populares suelen ser de tiro único, debiendo amartillar el arma y poner manualmente un balín nuevo en cada disparo. Esto se hace al bascular el cañón hacia abajo, que, por medio de unas bielas, comprime el muelle y deja a la vista la recámara del cañón, donde se coloca el balín. En otros modelos se usa una cantidad de aire comprimido previamente al disparo, bien por una bomba integrada en el arma y que hay que accionar para cada disparo, o bien por una bomba manual, un compresor eléctrico o un depósito integrado en el arma donde se acumula aire para varios disparos. También hay modelos que usan cartuchos desechables de CO2. Todos estos modelos de aire o gas precomprimidos, por lo general, tienen una precisión mayor a los modelos de muelle y pistón, debido al violento retroceso y vibraciones que producen estas, siendo estos efectos nulos o casi nulos en las armas de aire o gas precomprimidos.

10.- Dilly-Dilly

SE OYÓ UN GRITITO, apenas perceptible, pues Lavender Peacock casi rodó dentro de la habitación, y cayó en brazos de James Bond. La joven se repuso rápidamente, y se abalanzó hacía la puerta, pero no pudo impedir que se cerrara, con su amenazador “clic” electrónico.

— ¡Dichosa puerta! —exclamó en voz alta, al tiempo que sacudía la rubia cascada de sus cabellos—. ¡Ahora también yo me quedé encerrada con usted!

— ¡Podrían sucederme cosas mucho peores! —y Bond sonreía al hablar, pues también Lavender llevaba negligée, pero decididamente resultaba una imagen mucho más apetecible que Mary Jane Mashkin—. En todo caso —prosiguió—, supongo que tiene usted una de esas plaquitas de metal que permiten abrir las puertas desde el interior...

La joven se apoyó contra la pared y, envolviéndose con la bata, se echó hacia atrás el cabello.

— ¿Cómo sabe usted que tenemos esas plaquitas...? —dió un respingo—, ¡Dios de bondad...! ¿Vino Mary Jane?, ¡claro, si hasta puedo oler su perfume...!

— La señorita Mashkin representó una escena de ardiente pasión... pero me temo que no se marchó nada satisfecha.

Lavender denegó con la cabeza.

— Ni creo que lo esperara. Pensé que me sería posible venir a verlo antes de que empezaran con sus jugarretas. Anton tiene un humorismo muy especial. Me consta que la ha obligado a ofrecerse, en otras ocasiones, con el solo propósito de ver cómo reacciona la gente. ¿Tiene un cigarrillo?

Bond abrió la cigarrera y encendió dos: uno para ella y otro para él. Su mente había empezado a trabajar en una especie de paso elevado. De pronto había reconocido dos de las cosas que escuchara durante la conversación de Murik y Franco: dos nombres que le eran familiares: Unidad Indian Point y Unidad San Onofre Uno... ahora empezaba a sacar ciertas conclusiones.

Lavender inhaló profundamente el humo del cigarrillo.

— Yo no tengo el privilegio de las llaves electrónicas. En este sitio, al igual que usted, soy una prisionera —sonrió débilmente—. No se engañe usted, señor Bond, es usted su prisionero.

— James...

— James, entonces.

Bond indicó el lecho:

— Pues bien, Lavender, ya que está usted aquí, póngase cómoda... y quizá deba decirme, de paso, por qué está aquí.

Ella dejó el apoyo de la pared y se dirigió a uno de los sillones.

— Creo que estaré mejor aquí... la cama es demasiado. Y por favor, llámeme Dilly, ¿quiere? No me diga Lavender.

— ¿Dilly?

— Es parte de una cancioncilla: “Lavanda azul, dilly-dilly”[173]... pero lo prefiero a Lavender. Por cierto, sepa usted que le he concedido un gran honor: sólo mis verdaderos amigos me llama Dilly: aquí, a nadie se lo permitiría, ¡ni en sueños!

Bond se sentó en el “centro de reposo”, desde donde podía admirar a su nueva visitante.

— Aún no me has dicho la razón de tu visita, Dilly.

La joven volvió a inhalar el humo del cigarrillo y, al cabo de una pausa, habló:

— En realidad, no debería estar aquí... creo que me estoy arriesgando, ni siquiera sé si debo confiar en ti, James... pero surgiste tan inesperadamente... y yo necesito hablar con alguien...

— ¡Desahógate!

— Siento en el ambiente que algo extraño ocurre aquí... es cosa nueva, te lo aseguro. Mi tutor no es como toda la gente, pero tú ya sabes eso. Quizá debería preguntarte qué sabes de él.

Bond respondió que sabía que se trataba de un hombre muy rico, que era físico nuclear de cierto renombre, y que había insinuado que podía darle trabajo.

— Yo que tú, actuaría con mucha cautela en lo referente al trabajo —y en su carita se dibujó una sonrisa casi astuta—. Anton Murik contrata gente para que haga la parte sucia de su trabajo. Comprendo que es horrible decir algo así, pero cuando los despacha... lo hace en el sentido más literal de la palabra —y levantando la mano, alzó el pulgar, como hacen los niños cuando juegan a que disparan una pistola—: ¡Pum!

Bond la miró directamente a los ojos. Era el tipo de mujer que lo atraía de manera instantánea.

— ¿No crees que te sentirías más cómoda aquí?

Y en los ojos de la joven vio una expresión retadora... a Bond le pareció sentir entre ambos la fuerte corriente estática.

— Tal vez, demasiado cómoda. No, James, vine a prevenirte. Acabo de decir que están ocurriendo cosas extrañas... pero en realidad es mucho más que eso... podría incluso tratarse de algo terrible, desastroso.

— ¿Qué es ese algo?

— No me lo preguntes, porque no lo sé. Todo lo que puedo colegir, es que se relaciona con los planes de mi tutor de construir un nuevo reactor. Renunció a la Comisión de Estudios Nucleares, porque ésta se negó a patrocinar su proyecto. Lo llama el Reactor Ultra Seguro, y para fabricarlo se necesitan montañas de dinero... yo temo que tiene intención de usarte... de alguna manera. Pero, aparte del peligro que represente el trabajar para él, mañana te las verás negras... oí lo que hablaban él y Mary Jane.

— ¿Mañana?... Pero, ¡mañana son sus juegos!

La joven apagó la colilla del cigarrillo en uno de los ceniceros de cristal.

— Desde luego, y lo más probable es que sus planes tengan algo que ver con los juegos... no lo sé, a ciencia cierta.

— O sea, que quizá salga lastimado... ¡no sería la primera vez!

— Quizá no, pero... ¿otro cigarrillo?

— Fumar es perjudicial para la salud, Dilly: te lo dicen claramente en la cajetilla.

— En este sitio, el fumar no es lo único perjudicial para la salud, james. ¡Anda, dame otro!

Bond se acercó a ella, le encendió el cigarrillo e, inclinándose, besó suavemente en la frente. Ella se echó ligeramente hacia atrás, al tiempo que apoyaba una mano en su hombro.

— No vine a eso, James.

— ¿No?

Ella denegó firmemente con la cabeza,

— No. Varias personas se han visto en problemas por mi causa. En realidad, vine como una especie de Casandra[174], a hacer advertencias.

— ¿Advertencias? Me permito dudarlo, Dilly. Acabas de decir que corrías un riesgo al confiar en mí; que estás virtualmente presa, al igual que yo... quizá te atreviste a venir aquí en la esperanza de que ya te sacara; tal vez pensaste que yo saldría corriendo, llevándote en ancas de mi brioso corcel.

— Me temo que eso sea imposible... pero creo que deberías marcharte, y estoy dispuesta a ayudarte...

— ¿Para qué regrese al frente del Quinto Regimiento de Caballería y te rescate?

— Quizá para mí ya no haya salvación posible.

Bond le apretó el hombro, cariñoso, y se regresó a la cama. Permanecieron en silencio un momento... y Bond se preguntaba si la joven tenía idea de lo que se estaba tramando. Para entonces, su cerebro había trabajado febrilmente para localizar la Unidad Tres de Indian Point y la Unidad Uno de San Onofre: ahora sabía exactamente de qué se trataba, y la posibilidad de que Murik los incluyera en sus planes era una auténtica pesadilla.

— ¿Por qué no habrías de poder salvarte? —preguntó Bond, finalmente.

— Por ser quien soy: la pupila de Anton Murik, una pariente lejana atrapada entre las anticuadas tradiciones de este lugar... y las intrigas de mi tutor.

— ¿Y, a pesar de todo, estás dispuesta a ayudarme a escapar?

— Creo que deberías hacerlo... no se trata sólo de ti, James. Aconsejaría lo mismo a cualquier extraño que viniera aquí y despertara la curiosidad de mi tío.

— No puedo marcharme aún; Dilly; lo que acabas de decir ha despertado mi propia curiosidad acerca de lo que ocurre aquí. Si descubro que se trata de algo realmente peligroso, quizá criminal, te tomaré la palabra, te pediré ayuda... Si las cosas llegaran a ese punto, ¿estarías dispuesta a escapar conmigo para pedir ayuda?

Otro gesto negativo:

— Aquí me crié... es el único sitio que conozco. Prisionera o no, tengo ciertas responsabilidades...

Bond se mostró sorprendido:

— ¿Te criaste aquí? Yo creía que era tu tutor desde... —se interrumpió, pues comprendió que ya había hablado más del cuenta.

— Legalmente, no hace mucho que es mi tutor. Pero yo he vivido aquí... ¡toda mi vida!

— Pero no te gusta... y, sin embargo, no quieres marcharte de aquí.

Ella replicó que si huyera en ese momento, y las cosas salieran mal, ella quedaría en malísima situación.

— Pero tú sí puedes marcharte ahora que todavía estás a tiempo —dijo.

Bond le aseguró que eso era lo último que le gustaría hacer. En su fuero interno, sabía que quizá fuera lo único que pudiera hacer. Suponiendo que activara la pluma de alarma desde el techo del castillo —una vez que lograra descubrir en toda su amplitud los planes de Murik—, quizá pudiera, en sentido

figurado, romper uno de los engranajes de la maquinaria del señor de Murcaldy... pero los engranajes se pueden reparar. Así que dijo a Lavender que, si descubriera que se estaba tramando alguna acción criminal, escaparía para buscar ayuda, y añadió que se sentiría más tranquilo si ella se marchara también, pero la joven denegó tercamente, sacudiendo la cabeza. A Bond le parecía extraño que una joven tan animosa y decidida consintiera en aceptar una situación como aquella. Definitivamente, era una virgen en las rocas... o una extraordinaria actriz.

— Pues, por tu propio bien, confío en que descubras algo lo antes posible —Lavender se levantó, y se dirigió a la puerta, solo para recordar que no podía salir, así que volvió a su sillón—. La situación hará crisis esta semana... estoy positivamente segura. Tenemos que marcharnos para presentar un desfile de modas, y si mi tutor está tramando algo, esa sería una coartada perfecta.

Bond procuró demostrar sorpresa cuando ella mencionó el desfile de modas, y Lavender le explicó lo que él ya sabía: que Anton Murik era el dueño principal de una de las casas de modas importantes del mundo.

— Rousillon... y a mí me prestan para los grandes desfiles: puede decirse que soy una “yegua de modas”... pero, te aseguro, james, que esos desfiles son para mí las mejores temporadas del año.

Y un ligerísimo rubor tiño sus mejillas. Bond se levantó de la cama, se sentó en el brazo del sillón y, pasando un brazo por hombros de la joven, la atrajo hacia sí. Ella levantó los ojos hacia él, pero su mirada era fría.

— ¡No, James, por favor! Sólo causo problemas

— ¿De qué tipo?

— Del tipo que no me gustaría causarte a ti —vaciló, indecisa, pero luego prosiguió—. Te lo diré; la primera vez fue hace ya años. Un chico que trabajaba en la finca. Yo tenía dieciséis o diecisiete años. Mary Jane Mashkin nos sorprendió, y envió por Anton. El chico... David... desapareció, y a su familia la echaron de aquí. Estoy convencida de que Anton lo mandó matar.

— Y suponiendo que yo te tocara... ¿qué me sucedería en ese caso?

— Tendrías el mismo fin. David fue el primero. Cuando empecé a trabajar como modelo para Rousillon, conocí a un tipo, en París. Yo no sabía que nos habían descubierto... lo hallaron muerto en un callejón... degollado. Sí... creo te mataría, James. En cierta ocasión, tuvo que pagarle al tipo para que se fuera... pero eso fue en Roma, también a raíz de uno de los desfiles de modas. Él era miembro de una familias más adineradas de Italia... todo iba de maravilla... y de pronto recibí una carta en la que me decía que no nos volveríamos a ver. Un año después, oí a mi tutor comentar con Mary Jane que le había costado casi un cuarto de millón de dólares separarnos, pero que la inversión valía la pena.

Bond se inclinó y la besó en los labios.

— Estoy dispuesto a arriesgarme, Dilly. ¡Eres...

Ella se zafó de su abrazo.

— Hablo muy en serio, James —luego, sonriendo, le acarició la mejilla—. No es que yo... ¡Tal vez me mueva el egoísmo! Si, en efecto, se está tramando algo siniestro, tú eres mi esperanza... si es que no te ultiman mañana, durante los juegos, te ayudaré a escapar; volverás al frente de las tropas de asalto para rescatar a la doncella, prisionera del ogro.

— ¡Y qué doncella! —Bond rió—. ¿Cómo te las arreglarás para salir de aquí? ¿O tenemos que pasar la noche juntos, cada quien en su rincón?

Lavender respondió que, por el momento, no tenía salida... debería esperar hasta que amaneciera: en cuanto despuntara la aurora, Bond podría llamar a la central para pedir que abrieran su puerta:

— Puedes decirles que quieres hacer un poco de ejercicio... cualquier cosa... te dejarán salir, porque así te pueden vigilar mejor —rió, divertida—. ¡Podríamos acostarnos vestidos!

— ¡Ciertamente que podríamos hacerlo! —y Bond rió al recordar la vieja costumbre de compartir el lecho durante el cortejo, si bien los novios se acostaban completamente vestidos, y con un travesaño entre ambos.

— ¡Sea! Estoy terriblemente cansada —Lavender se puso de pie—. Confiemos en que haya alguna almohada de más en ese lecho rodante que te cedió Murik.

A falta de travesaño, pusieron una barrera de almohadas... que Bond contempló con profundo sentimiento de frustración: ¡tener a la chica tan cerca... y tan lejos! Una vez que se acomodaron para pasar la noche, ella le preguntó si en verdad pensaba ir en busca de ayuda, en caso de descubrir algo.

— Me sentiría muchísimo mejor si tú te marcharas conmigo, pero entiendo que prefieres quedarte... y quizá sea mejor así, para tu propia seguridad. Pero, desde luego, si ocurre algo que exija acción inmediata, me largaré de aquí lo antes posible —con tu amable cooperación— y volveré para obligar a tu ilustre tutor a rendir cuentas —luego, como si se le hubiera ocurrido de pronto, preguntó si él era la única persona extraña que se albergaba en el castillo. Ella respondió sin vacilar:

— Hay un individuo... pero en realidad se ha convertido en visitante regular. Anton lo llama Franco, y nos ha dado instrucciones estrictísimas de no mencionarlo. Cuando tú te presentaste, le ordenaron mantenerse oculto... pero creo que se marcha mañana temprano.

— ¿Crees que tenga parte en lo que se está tramando aquí?

— Tengo la certeza de que así es, siempre que viene, se pasa las horas encerrado con Anton.

— ¿Y cómo se las arregla para ir y venir?

— Usa el helicóptero: mi tutor tiene una pista especial oculta detrás del castillo, en la parte vieja.

— Gracias mil, Dilly. Tú mantente firme... ya verás que salimos del paso... y gracias por avisarme —y estirando el brazo por encima de las almohadas, le estrechó la mano.

— Si salimos de aquí, James...

— ¿Sí?

— ¡Bah, nada...! Tal vez no haya necesidad de marcharse. ¡Buenas noches!

Durante algún tiempo, Bond se sintió hervir de indignación, y el centro de su ira no era otro que Anton Murik: tramposo, embustero; un tipo que no se paraba en chiquitas para eliminar a los enamorados de su pupila. El hombre era una especie de ogro victoriano... Sin embargo, poco a poco, Bond controló la cólera que lo embargaba, no le convenía dejarse dominar por las emociones. Para poder enfrentarse a Murik, necesitaba de toda su serenidad, y le urgía afirmar su posición, a fin de ganarse la confianza del individuo y poder, así, llenar los huecos del proyecto “Fusión”. Luego, tendría que ver la manera de

informar a M, sin demora... y ya vería él cómo se las arreglaba explicar a la Sección Especial de MI5 su fuente de información.

Pensando en todo esto, Bond puso en marcha su despertador mental, que raras veces fallaba, y se durmió profundamente; abrió los ojos exactamente a las cinco, justo antes de la aurora.

Despertó a Lavender, y le pidió datos acerca de las cerraduras electrónicas. Según le explicó ella, las cerraduras de las habitaciones del castillo constaban de tres pestillos cilíndricos, activados por un electromagneto. Cuando funcionaba la cerradura, los pestillos entraban en orificios perfectamente justos, En el fondo de cada orificio, el pestillo cerraba un circuito eléctrico y activaba una luz en la central telefónica del castillo.

¿Se despertarían sospechas si la luz parpadeara? Lavender no lo creía probable, pues ya se habían presentado casos de interrupciones momentáneas; todas las luces se apagaban, para tornar a encenderse en cuestión de segundos. La noche anterior, por ejemplo, su intención había sido permanecer apenas un minuto, para ponerlo sobre aviso.

— ¿Y no habría manera de hacerse con una de las llaves interiores... las plaquitas oblongas?

Ella replicó que era del todo imposible. Las rejas del castillo eran otra cosa, pero las llaves electrónicas sólo obraban en manos de unos cuantos, y no había ni esperanza de que uno de esos privilegiados las prestaran. Bond asintió. Tenía que poner todo su empeño en ganarse la confianza de Murik.

Fue al baño, donde se vistió cómoda ropa deportiva; luego marcó cero con el disco del teléfono, para soltar el rollo de que se había atascado su puerta, y no podía abrirla. Una voz indiferente preguntó por qué deseaba salir de su habitación, y él respondió que tenía la costumbre de hacer ejercicio todas las mañanas. La voz le dijo que esperara un momento.

Al cabo de un minuto, oyeron el ruido de los pestillos al correrse. Bond hizo la prueba, y la puerta se abrió sin dificultad. Dio un beso a Lavender en la mejilla y, con gran sorpresa de su parte, ella se enderezó y le dio un beso breve, pero firme, en la boca. Y se marchó de inmediato.

Dedicó unos minutos a revisar la habitación, para asegurarse de que no dejaba a la vista nada que pudiera incriminarlo y, con una última mirada, salió.

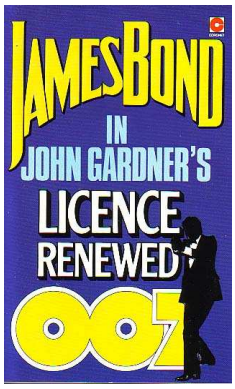
Mientras caminaba por el pasillo, Bond pudo comprobar que las primeras luces del amanecer daban sobre las paredes de la cañada; descendió las escaleras y salió a los terrenos del castillo. En ese preciso instante, le llegó del oeste el zumbido de un helicóptero. Aguardó hasta que el aparato —un pequeño Jet Ranger de Bell[175]— sobrevoló la cañada, se cernió un instante sobre ella al volverse, y lentamente descendió, hasta desaparecer detrás de lo que en tiempos idos fuera la barbacana del castillo.

Bond agachó los hombros y empezó a trotar por el terreno que rodeaba la casa, en dirección a los extensos prados en los que la noche anterior le pareciera vislumbrar una carpa, montada seguramente para los juegos que iban a celebrarse. Deseaba dar a su cuerpo el mejor tratamiento posible, pues sabía que en el curso del día tendría que echar mano de todas sus reservas de energía.

[173] “Lavender” es la palabra inglesa para “Lavanda”. “Lavender Blue,” también llamada “Lavender's Blue,” es una canción popular inglesa del siglo XVII. Su primer verso dice: “Lavender's blue, dilly dilly, lavender's Green”, y el “dilly dilly” se repite en medio de todos los demás versos.

[174] En la mitología griega, Casandra (en griego antiguo, Κασσάνδρα: "la que enreda a los hombres" o "hermana de los hombres") era hija de Hécuba y Príamo, reyes de Troya. Casandra fue sacerdotisa de Apolo, con quien pactó, a cambio de un encuentro carnal, la concesión del don de la profecía. Sin embargo, cuando accedió a los arcanos de la adivinación, Casandra rechazó el amor del dios; éste, viéndose traicionado, la maldijo escupiéndole en la boca: seguiría teniendo su don, pero nadie creería jamás en sus pronósticos. Tiempo después, ante su anuncio repetido de la inminente caída de Troya, ningún ciudadano dio crédito a sus vaticinios.

[175] Bell 206 es una familia de helicópteros con dos palas en el rotor principal, de uno o dos motores, producida por Bell Helicopter en su fábrica de Mirabel, Quebec. Originalmente desarrollado para el programa Helicóptero de Observación Ligero (LOH por sus siglas en inglés, de Light Observation Helicopter) del Ejército de los Estados Unidos, el 206 no fue seleccionado (fue elegido el OH-6 Cayuse). Bell rediseñó la estructura del 206 y lo comercializó con mucho éxito como helicóptero de cinco plazas bajo el nombre Bell 206A JetRanger. El nuevo diseño si fue seleccionado por el Ejército, y se convirtió en el OH-58 Kiowa. Bell también desarrolló una versión de siete plazas llamada LongRanger, la que más tarde fue ofertada con la opción de dos motores y llamada TwinRanger, al mismo tiempo Tridair Helicopters ofreció una conversión del LongRanger llamada Gemini ST.



11.- El síndrome de la honda

MÁS ADELANTE, BOND HABRÍA de enterarse de que los cuatro acres de bien cuidado pasto que se extendían en el extremo más alejado del castillo Murik —bordeados por arbustos, senderos de grava y muestras acabadísimas de jardinería ornamental— se conocían desde hacía dos siglos, cuando menos, como el Prado Grande.

Incluso a tan temprana hora, los peones de la finca estaban ya atareados, dando los últimos toques a las dos grandes carpas y a varias más pequeñas, así como a una arena oblonga del tamaño de una pequeña pista de aterrizaje.

Mientras trotaba por el terreno, Bond se dijo que probablemente era en esa arena donde tendría que pasar la prueba que le preparaba Anton Murik. Aprovechó el ejercicio que practicaba en ese momento para observar la conformación del terreno y, también, para tranquilizarse y concentrarse mental y físicamente en los muchos problemas que exigían solución.

Era indudable, por lo que la noche antes había podido escuchar de la conversación entre Murik y Franco, que planeaban lanzar cinco ataques terroristas, cuando menos, tanto en Europa como en los Estados Unidos. En el caso de este último país, los nombres mencionados le habían servido para deducir que los ataques tenían relación con la energía nuclear, y era lógico suponer que los blancos elegidos en Europa también eran instalaciones nucleares. Sabía también que el nombre clave era Fusión... y si lo que sospechaba resultaba ser cierto, Fusión sólo podía tener un significado, francamente aterrador. Pero lo que más intrigaba a Bond, era el nombre que Murik había adoptado: Warlock.

Mientras rodeaba el castillo a carrera lenta, Bond tomó una decisión: a pesar de lo que había dicho a Lavender, sabía que tenía dos posibles alternativas: marcharse en ese mismo momento y pasar a M la información que ya tenía, o quedarse, hacer frente a la prueba y enterarse del complot en todos sus detalles. Si lograba salir airoso, cabía en lo posible que Murik le otorgara mayor confianza... incluso, que le revelara todo su plan. No se le escapaba que optar por lo segundo era peligroso, pero decidió que era lo que convenía hacer.

Nuevamente pensó en la conversación de Murik y Franco: el señor de Murcaldy había dicho que la operación Fusión se iniciaría a las doce del día, hora de verano en Inglaterra. Eso significaba que en Inglaterra la acción ocurriría a mediodía, a la una de la tarde en Francia y Alemania, a la siete de la mañana en el sitio denominado Indian Point Unidad Tres, y a las cuatro de la madrugada en San Onofre Unidad Uno. La operación debería durar estrictamente veinticuatro horas, e implicaba un chantaje a los gobiernos de esos países. Por el momento, dejó por completo de lado el otro problema: el compromiso contraído por Franco de matar a cierta persona. En su oportunidad, todas las piezas encajarían y darían el cuadro completo.

Después de correr once veces alrededor del castillo, Bond regresó a su habitación, y en el camino pudo darse cuenta de que ya había movimiento en el edificio: todos los ruidos mañaneros de una casa que despierta.

Bond percibía el sudor de su cuerpo, provocado por el rudo ejercicio pero, al abrir la puerta de su cuarto, le llegó a la nariz otro humor: sin duda, alguien había aprovechado su ausencia para entrar.

Examinó rápidamente su equipaje; era obvio que lo habían movido, pero las cerraduras no mostraban señales de haber sido forzadas. Por lo visto, Murik había decidido comprobar todo lo que a él se refería, tanto en el sitio como valiéndose de sus propios medios para obtener información de otras fuentes. Bond decidió echarle un vistazo a su Saab en la primera oportunidad... aunque no era fácil que pudieran descubrir los secretos que encerraba. Desde luego, el auto, estacionado entre el fulgurante Rolls de Murik y un perverso BMW M1[176], negro como la noche (muy probablemente el auto de carreras de Mary Jane Mashkin), no presentaba nada anormal.

Decidido a ponerse en forma, Bond procedió a su diaria rutina de lagartijas, sentadillas y levantamiento de piernas. Luego, retiró muebles para dejar espacio libre e inició esa mágica serie de elegantes movimientos como de danza, pero mortales, que forman los primeros kata (o ejercicios regulares) del karate[177] practicado por Uechi[178]: el Sanchin[179] que en parques y jardines practican hombres y mujeres en las primeras horas de la mañana, o ya tarde, por la noche, Bond se movía siguiendo un patrón perfectamente ordenado, previsto, y repitió toda la rutina dos veces. Cuando dio por concluidos sus ejercicios físicos y mentales, Bond estaba literalmente bañado en sudor. Se desnudó y se fue al cuarto de baño, donde se metió, primero, bajo la regadera hirviente y luego, para terminar, permaneció un rato bajo el agua helada.

Después de friccionarse vigorosamente y de afeitarse con todo cuidado, se vistió unos pantalones ligeros y cómodos, una camisa beige, que hacia juego, y un anorak de pana. Le hubiera gustado calzarse unos cómodos y suaves mocasines, pero como era inminente un enfrentamiento, optó por unos zapatos para atletismo, con los que no correría el riesgo de resbalar.

Llenó su cigarrera pavonada —aunque resuelto a no fumar un cigarrillo antes de la prueba, cualquiera que fuese— y la guardó en el bolsillo de su chaqueta, junto con el encendedor Dunhill. La pluma para señales de alarma estaba segura en el bolsillo interior, en tanto que la versión del Dunhill arreglada por Q'ieta quedó en el bolsillo derecho del pantalón.

Salió de su cuarto, sin hacer ruido. En el vestíbulo, escuchó voces que procedían del comedor. Sin duda, estaban sirviendo el desayuno, pero decidió examinar antes que nada su automóvil.

El Saab estaba cerrado con llave. Probablemente no lo habían sometido a una revisión completa; desde luego, una vez dentro del vehículo, nada le indicó que lo hubieran manipulado. Bond metió la llave en el interruptor de encendido y puso el motor en marcha; el efecto fue inmediato, y lo dejó funcionando unos segundos. Cuando lo apagó, se percató de que Donal estaba de pie, a un lado del auto, en tanto que junto a la otra portezuela se encontraba el individuo al que la noche anterior oyera llamar Hamish.

Retiró la llave, aseguró el volante y activó un interruptor que estaba bajo el tablero de instrumentos; luego, se apeó, al tiempo que, dirigiéndose a Donal, emitía un cortante "¿qué se ofrece?"

— El desayuno ya está servido, señor Bond —la cara del mayordomo era una máscara impenetrable, y Bond supuso que el hombre era tan sensible como un bloque de piedra. Replicó que se disponía a entrar; luego, sin mirar a ninguno de los dos, echó llave a su auto y se dirigió al interior de la casa.

Cuando entró en el comedor, tanto Mary Jane como Lavender estaban sentadas a la mesa; vio un aparador que materialmente se sumía bajo el peso de numerosos platillos, muestra del rumboso tren de vida del señor de Murcaldy en su castillo. Bond se desentendió de los huevos —fritos y revueltos—, tocino, arenques ahumados y un sinfín de manjares a cual más deliciosos, y se sirvió dos rebanadas de pan tostado y una taza de café negro. El desayuno era su comida favorita, pero sabía que en una ocasión como la presente no le convenía tener el estómago lleno.

Mary Jane y Lavender lo recibieron con las mayores muestra de agrado, y Bond acababa de sentarse cuando hizo su aparición Murik, vestido como convenía a un señor escocés: kilt, chaqueta de “tweed”, su cara de dogo toda sonrisas. También él se mostró encantado de ver a Bond, y la conversación se desarrolló sin tropiezos; Lavender, por supuesto, no dejó escapar ni la menor señal de lo que había ocurrido entre ellos. Los tres parecían excitadísimos con los Juegos de Murcaldy, y Murik estaba de magnífico humor:

— Ningún día del año me gusta tanto como éste, señor Bond. Al grado de que, esté donde esté, procuro regresar a tiempo para presenciar los juegos. Creo que los terratenientes y las personas como yo estamos obligados a mantener las tradiciones... ¿aprecia usted los valores tradicionales, señor Bond?

— ¡Grandemente! —Bond miró de frente aquellos ojos de lava—. He servido a mi país, y respeto sus tradiciones.

— ¿Aunque se muestre ingrato, señor Bond... o quizá debiera llamarlo mayor Bond? —Murik dejó escapar una risita.

De modo que el de Murcaldy había mordido el anzuelo, había seguido el único indicio disponible —la matricula del Saab— y obtenido los datos preparados por M. Bond se fingió intrigado.

— Más tarde hablaremos, james Bond —y soltó otra risita—. Si es que está en condiciones de hablar, pues me temo que durante los juegos se va a quedar sin aire. ¡Qué magnífico espectáculo son estos juegos!

— ¡Magnífico! — intervino Mary Jane, sonriente, haciéndose eco de Murik. Apenas si había abierto la boca durante el desayuno, pero casi no había apartado los ojos de Bond... cosa que le había resultado a él bastante incómoda, pues había en esa mirada una mezcla de femenino interés y de la curiosidad con que una emperatriz romana debe de haber examinado a los gladiadores. Pero ni asomo de la malicia que mostrara la noche antes, al salir de su cuarto.

Bond comentó que allá afuera las cosas se estaban animando, y con eso despertó la locuacidad de Murik, quien hizo una completa descripción de las pruebas que componían el programa del día.

— Casi desde la salida del sol, hasta su ocaso... y temo que he de marcharme: después de todo, soy el anfitrión. Confío en que sabrá usted perdonarme, señor Bond —y al llegar a la puerta, se volvió—. Por cierto, me gustaría especialmente verlo en las luchas. Caber, mi empleado, es campeón de Glen Murcaldy, lo que aquí equivale a ser el campeón del señor de Murcaldy: un grandísimo honor... y lanzara su reto a las doce en punto. ¡No falte!

Bond no tuvo ocasión de responder, porque el otro se marchó de un salto. Pero comprendió la intención: la prueba consistiría en cambiar golpes con el gigantón. Bond se volvió a las damas, tratando de mostrarse galante, y

les preguntó si podía acompañarlas. Lavender respondió que sí, desde luego, pero Mary Jane le dedicó su enigmática sonrisa y manifestó que ella tenía que acompañar al señor Murik. Y añadió que tendría que "conformarse" con Lavender. Bond sospechó que el comentario tenía cierta connotación despectiva, pero Lavender no pareció darse cuenta de ello, pues se puso de pie, presurosa, y preguntó a Bond si podría esperarla unos minutos.

— La pequeña lleva una existencia bastante solitaria —y Mary Jane deslizó su brazo por el de Bond, de la manera más amistosa—. No hay por aquí hombres de su clase, y ella es muy impresionable.

— Tal parece que fuera una jovencita ingenua —comentó Bond, sin inmutarse.

— En cierto modo, así es. Yo he tratado de cambiarla un poco por consideración a Anton, pero mucho me temo que si no llega por aquí un hombre bueno, comprensivo, tendrá que marcharse a Londres o a París. Definitivamente, necesita un buen curso de mundología —Mary Jane soltó una risita falsa—. Quizá si dejas satisfecho al señor de Murcaldy, te premie con la mano de la doncella.

Bond la miró fríamente, con expresión que demostraba que aquello no le hacía ni pizca de gracia.

— ¡Vamos, hombre! ¡Si sólo estaba bromeando! —y de nuevo soltó la carcajada.

— ¿Tienen biblioteca? —preguntó Bond, deseoso de cambiar de tema—. Anoche descubrí que no traje nada que leer.

— ¡Claro está que tenemos biblioteca! Vamos, te la mostraré antes de que te reúnas con Anton... pero, la verdad, James, ¡qué pena que no dediques tus noches a cosas más divertidas! Por cierto, ¡te aseguro que no te guardo rencor por lo que pasó anoche!

— ¡Ni yo tampoco! —contestó Bond, haciéndose cruces ante tanta amabilidad.

— ¡Qué pena! —otra risita falsa. Luego, la expresión cambió; y Bond percibió el rostro tras la máscara—. Debo confesar que abrigo muchos otros sentimientos. Te advertí que podría evitarte muchas dificultades, pero no me prestaste atención, James... y te va a pesar. Me permití sugerir una pequeña prueba en el curso de los juegos, y Anton accedió, encantado; está convencido de que se va a divertir en grande. Deberás enfrentarte a Caber en la lucha... y está furioso: si de él dependiera, te mataría —nueva carcajada—. Y sólo porque le golpeaste la nariz: ¡qué vanidosos son los hombres! Pero, ¡basta de charla! Te mostraré la biblioteca: tal vez la necesites... y mucho descanso, una vez que Caber te dé una repasada.

La biblioteca estaba junto a la sala de estar, y en su decoración abundaban los colores claros. Tres de los altos muros estaban cubiertos de estanterías llenas de libros, y había una escalerilla con ruedas para cada uno de los lienzos. El cuarto muro tenía tres grandes ventanales salientes, cuya base estaba formada por cómodos asientos acojinados.

A Bond le bastaron unos segundos para orientarse y descubrir el orden en que estaban colocados tos libros, por lo que, arrastrando la escalerilla respectiva a lo largo de cada estantería, buscó lo que le interesaba: primero, una novela, para justificarse, tomó una de sus favoritas: *La máscara de Demetrio,* de Eric Ambler[180], hecho lo cual se fue sobre lo que realmente le

interesaba: un grueso volumen, bellamente encuadernado, del *Diccionario de Webster*[181] que acomodó en un atril.

Hecho esto, lo abrió en la W y con el dedo fue recorriendo las líneas, hasta que llegó a la palabra “Warlock”, y rápidamente leyó sus significados: “1: persona que practica la magia negra: BRUJO, MAGO. 2: NIGROMANTE”. Luego, recorrió con la mirada los derivados, y el corazón le dio un vuelco: “Del inglés antiguo, *Waerloga,* el que engaña, pillo, el Diablo”.

¿El que engaña? Bond se preguntaba si esa era la connotación: ¿Acaso había elegido el nombre de Warlock, porque su mente torcida encontraba gracioso dirigir con ese alias una acción terrorista? ¿O bien se proponía engañar a los terroristas «internacionales que había contratado por intermedio de Franco? Un hombre obsesionado por su propio talento como físico nuclear, que se consideraba humillado y privado del triunfo que consideraba suyo por derecho, bien pudiera verse obligado a tales extremos.

Precisamente estaba acomodando el pesado diccionario en su sitio, cuando un ruido lo hizo volverse en redondo, y su mano se movió instintivamente a la cadera, allí donde solía llevar la pistola cuando estaba en acción; pasó una fracción de segundo hasta que recordó que no llevaba pistola.

Lavender estaba en la biblioteca, junto a la puerta; vestía un modelo en color rosa pálido, que le daba un aire de frescura y serenidad. En la mano llevaba un enorme sombrero, también rosa. Al acercarse a ella, Bond se dio cuenta de que, a pesar del maquillaje, estaba palidísima.

La joven se llevó un dedo a los labios:

— ¡Oh, James!, piensa obligarte a luchar con Caber.

Bond le dedicó una amplia sonrisa:

— ¡Lo sé, Dilly! Mashkin tuvo el placer de comunicármelo.

— ¡No es cosa de risa! el tío Anton me pidió que te lleve, como si no supiera nada; quiere que nos mezclemos con la concurrencia. Caber ya está enterado, y te la tiene guardada, por lo de anoche, ¿sabes? Al parecer, los amigos le han estado tomando el pelo, ¿Es verdad que casi le rompiste la nariz?

— Le di un cabezazo en donde convenía, y le hice sangrar.

— ¡Te va a dar una paliza terrible, James! Ya lo he visto en acción; es un luchador bastante bruto... y sabe un sinfín de trucos. Además, tiene peso y una gran fuerza. Y el que lo hayas puesto en ridículo basta y sobra para enloquecerlo de rabia.

— Mi pequeña Dilly, deja de preocuparte por lo de Caber —Bond le tomó la mano y se la oprimió, cariñoso—. Si no recibes ningún mensaje mío, ¿podrías ir esta noche a mi cuarto?

— Puedo intentarlo.

— ¿Provista de la manera de ayudarme a salir del castillo?

— ¿Estás decidido a huir?

— Sólo si estoy enterado de todo, y creo que es imposible actuar por mi cuenta. ¡Haré cuanto esté a mi alcance para reunir suficientes cargos para que caiga sobre tu tutor y su cuadrilla todo el peso de la ley... o peor! En caso negativo, nos limitaremos a pasar otra agradable noche en la misma cama.

— Tendrás suerte si no tienes que quedarte en cama una buena temporada.

— Te lo repito, Dilly: tú ocúpate de arreglar las cosas para que yo pueda pasar por los portones, y déjame el asunto Caber. Si no puedo marcharme esta noche, tendrá que ser la de mañana, ¿entendido?

Ella respondió con una inclinación, pero incapaz de disimular su preocupación; Bond podía sentir el temblor que estremeció su cuerpo cuando salieron del vestíbulo a la luz del sol.

La banda de un famoso regimiento escocés tocaba en el Gran Prado, y los juegos estaban en todo su apogeo. Bond supuso que en ese momento, la aldea de Murcaldy debía parecer un cementerio, y ciertamente se veía a muchas personas que, según todas las apariencias, procedían de sitios más alejados. Murik no se había mostrado tacaño, deseoso de que los juegos de Murcaldy conservaran su prestigio, y había comida, bebida y diversión en abundancia. Bond era lo bastante cínico para preguntarse lo que su propia gente tendría que pagar en servicios... y en silencio... por este día de regocijo tan feudal.

Grupos de hombres y mujeres, vestidos a la usanza de la tierra, se disponían a bailar, en tanto que en el extremo más alejado de la arena los recios mocetones se divertían lanzando enormes troncos y también el martillo.

Muchas personas se quitaban la boina o se inclinaban al paso de Lavender, en señal de respeto. También observó Bond que a él lo miraban con suspicacia. Obedeciendo a un hábito, y como medida de precaución, procuró identificar a los miembros más peligrosos del ejército privado de Murik: una colección de hombres jóvenes, fuertes, de mirada vigilante, callados, alerta, como leales mafiosos. De una cosa podía estar cierto: eran muy numerosos. Pasó unas dos horas en compañía de Lavender, siguiendo con interés los deportes y los bailes tradicionales.

Luego, la gente empezó a reunirse alrededor de la arena, en el extremo cercano al castillo, y Bond se dejó conducir por la joven, quien en un cuchicheo le dijo que allí era donde su tutor quería que lo llevara.

Habían tendido en el suelo algunas esteras, y Bond alcanzó a ver la pequeña figura de Murik, que conversaba con un grupo de hombres: tenía la melena alborotada y una sonrisa contraía su cara de perro dogo. Cuando vio a Bond, agitó alegremente la mano, antes de abrirse paso para acercarse a ellos.

— ¡Vaya, señor Bond! ¡Mi campeón está casi listo para enfrentarse a sus retadores...!, ¿se siente con ánimos para intentarlo?

Bond sonrió, como si creyera que Murik bromeaba.

— Lo digo en serio, Bond —en los ojos brillaba el río de negra lava—. Quiero saber de qué está hecho usted. Si sale airoso de la prueba, será clara demostración de que es usted hombre de valer. ¿Puedo anunciarlo como el primer retador?

Bond soltó la carcajada:

— Francamente, señor Murik, no creo dar el peso: su campeón me vencerá de un dedazo.

La cara de Murik había cobrado la fijeza de una lápida:

— No se trata de ganar, Bond; simplemente me interesa saber qué clase de hombre es usted... si es capaz de enfrentarse a alguien tan peligroso como Caber. No pretendo que usted lo venza, sino simplemente que se le plante delante, incluso, puede sacar el bulto. ¡Valor, señor Bond, es lo que yo busco! ¡Valor!

Bond sonrió.

— ¡Si sólo se trata de eso! —habló como si lo hubiera creído—. Así, ya es distinto: con mucho gusto me mediré con su campeón.

Escuchó la respiración agitada de Lavender, y vio la cruel sonrisa de Murik:

— ¡Excelente, excelente! —dijo, y desapareció, caminando sobre las esteras, en dirección al otro extremo de la arena.

Al cabo de unos momentos, se le vio de nuevo, esta vez en el centro de la superficie cubierta con las famosas esteras; levantó los brazos, para reclamar silencio. La multitud obedeció. Allá, lejos, los tambores y las gaitas seguían sonando, pero, dada su corta estatura, el señor de Murcaldy demostró tener una voz muy potente:

— ¡Amigos! — gritó—, como todos saben, ha llegado el momento de que el invicto campeón de Murcaldy —el Campeón del Señor de Murcaldy— acepte el reto de quien quiera medirse él y disputarle su derecho. ¡Un aplauso para mi Campeón, Caber!

Caber salió de entre la multitud que hasta entonces lo había ocultado, pues había permanecido sentado.

La noche antes, Bond apenas si había entrevisto al individuo pero, ahora, a la luz del día, le pareció mucho más grande, ¡formidable!, su estatura pasaba con mucho la normal, su pecho tenía el tamaño de un barril ordinario y sus prominentes bíceps parecían sendos balones de rugby. Y con todo, cosa común en hombres cuya condición física es perfecta, el escocés se movía con seguridad, casi podría decirse que con gracia silenciosa, al tiempo que con una inclinación de su hermosa cabeza correspondía a los aplausos de la multitud.

El de Murcaldy volvió a reclamar silencio:

— ¡Amigos míos, tenemos aquí un retador! —Una pausa para hacer su anuncio más emocionante—: ¡Alguien llegado del otro lado de la frontera!

Se escuchó un murmullo general. Aun cuando todavía no lo descubrían, Bond percibió la hostilidad. Disimuladamente, se oprimió el bolsillo derecho del pantalón, para asegurarse de que tenía allí lo que necesitaba. Luego, se despojó rápidamente del anorak, que entregó a lavender.

— ¡Te lo encargo, Dilly! —y sonrió alegremente.

— ¡Cuídate, James! ¡Cómo quisiera que anoche...! —su voz apenas era audible. La frase quedó sin concluir, pues Murik gritó su nombre:

— ¡...del otro lado de la frontera: un señor James Bond!

Bond saltó a las esteras, las manos en alto, para acallar los furiosos murmullos de la multitud:

— ¡No del todo, señores! Quizá mi madre no haya nacido aquí; pero tampoco era una “Sassenach” (nombre despectivo que los .escoceses dan a los ingleses), y mi padre tenía buena sangre escocesa en sus venas: ¡Te reto, Caber!

— ¡Bien hecho! —Murik adelantó la cabeza con su pajaruno estilo—. ¡Bien hecho, James Bond! —luego, en voz baja, dirigiéndose a él—: No sabía que tuviera sangre escocesa; ¡espléndido!

Bond, a pesar de su alta estatura y robusta complexión, se sentía como un pigmeo junto a Caber, quien se limitó a sonreír, como el que sabe que es invencible. Bond sabía que sólo había una manera de actuar: mantenerse fuera del alcance de aquellas manazas tanto tiempo como fuera posible, evitar que Caber lo estrechara en mortal abrazo... y luego, en el momento preciso, actuar.

Los dos hombres se colocaron uno frente a otro, y luego el señor de Murcaldy les preguntó si estaban dispuestos: Bond inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y Caber dijo: “¡Sí, amo... y acabaré pronto!”

— ¡Pues, entonces, adelante! — gritó Murik, quitándose de en medio.

Caber se echó sobre Bond, quien se hizo a un lado, tratando de meter una zancadilla a su contrincante, pero el enorme Caber era muy rápido. Antes de que Bond se diera cuenta de lo que sucedía, sintió las manos del hombrón que oprimían sus antebrazos, lo levantaban del suelo y, sin ceremonia, lo lanzaban contra las esteras: el costalazo fue tan terrible, que se quedó sin aire.

Caber se le vino encima de clavado, pero esta vez Bond lo eludió por una fracción, en el momento preciso rodó hacia un lado, y Caber tuvo que empujarse con las manos para lograr ponerse de pie. Se volvió nuevamente, y se arrojó contra Bond, quien hizo una finta... pero sin resultado; Caber hizo un rápido movimiento, y nuevamente tendió a su retador.

Esta vez no hubo manera de eludirlo, porque Caber lo tenía firmemente cogido del hombro derecho. Al mismo tiempo, levantó el brazo derecho. Bond se percató del movimiento, y comprendió que el escocés se proponía acabar con él: tenía la mano echa puño, lista para descargarla sobre el rostro de su contrincante. Había llegado el momento de recurrir a la ciencia, en todas sus formas.

Bond tenía libre el brazo izquierdo, y se las arregló para hacer a un lado la cabeza en el momento en que Caber descargaba el puñetazo: aquel mazo le rozó la oreja, y con un golpe seco y doloroso se estrelló en la estera, junto a su cabeza.

Caber perdió ligeramente el equilibrio, pero sin soltar el hombro derecho de Bond. Había que usar el brazo izquierdo, y usarlo para herir en el punto más débil de todos los hombres, aunque sean tan fuertes como Caber. Uno de sus instructores había hecho hincapié en la conveniencia de golpear, y golpear fuerte, en “el blanco perfecto”, para lograr resultados. La voz del moreno instructor sonaba en sus oídos en el momento en que alzó la mano izquierda, los dedos extendidos de manera de hincarlos con fuerza en la ingle de Caber. Cuando oyó el quejido que emitió, Bond se acordó de que a ese movimiento se le daba el nombre de “llave inglesa en la ingle”, y de que el resultado era mejor si se aplicaba una segunda vez, con más fuerza.

Caber lanzó otro quejido, y Bond sintió que su hombro quedaba libre al caer el escocés hacía adelante y rodarse hacia un lado. Bond se alejó de él, arrastrándose sobre la espalda. Caber ya se había repuesto, y se ponía de pie, en sus ojos se adivinaba el dolor que esos dos golpes le habían producido, ahora, más que nunca, tendría que estar alerta: había lastimado a Caber y, estaba furioso. Bond sabía que si antes estaba decidido a romperle los huesos, ahora su único deseo era matarlo.

Bond dejó caer la mano derecha junto al bolsillo del pantalón y, cuando Caber se lanzó al ataque, se echó hacia adelante, moviendo las piernas de manera de disimular la acción de su mano derecha, que entró y salió del bolsillo.

El movimiento, que había consistido en atacar con ambas piernas para golpear las de su contrario, hizo tanto efecto como si hubiera golpeado un muro: el gigantón apenas si vaciló, pero ahora Bond tenía firmemente asido el Dunhill especialmente arreglado por Q’ieta. Hizo un tornillo, en vano intento de

echar por tierra a su contrario, que se limitó a reír y a patear con fuerza, de modo que nuevamente echó a su enemigo a un lado, y se lanzó contra él.

Esta vez, Bond levantó la mano derecha, como para defenderse del Goliat aquel: la mano derecha se movió de un lado a otro del rostro de su contendiente, al tiempo que los potentes brazos de Caber lo aprisionaban por los hombros, lo que decidió a Bond a usar el encendedor.

La versión del Dunhill preparada por la Sección Q era astuta y eficiente. No tenía ni piedra ni mecanismo electrónico alguno para producir la llama, ni tampoco estaba lleno de un líquido inflamable, si bien su contenido podía expelerse, en cuatro raciones exactamente calculadas, oprimiendo la cubierta.

El Dunhill había sido cargado, a presión, de un líquido que contenía una importante base de Halothane[182] anestésico. Bastaba un chorrito de Halothane cerca de la nariz o la boca, para producir el efecto deseado, pues la droga —que empezó a producirse en los primeros años de los cincuentas— es de rápida acción, muy potente y, a pesar de todo, no provoca nauseas ni irrita las membranas de las mucosas. Como dijera Q'ieta cuando se lo dio: "No sabrán qué les ocurrió ni antes, ni después, ni nunca".

La mano de Bond estaba en la posición justa para lanzar el chorro inicial, puesto que la nariz y la boca de Caber estaban a menos de cinco centímetros del Dunhill, en el momento en que oprimió la cubierta. En el momento de mover los dedos, Bond se preparó para rodar a un lado: había presenciado una demostración de la droga, y no sentía el menor deseo de aspirarla también.

Caber seguía acercándose, como el avión que aterriza con fuerza, sin asegurar el tren de aterrizaje. Bond apenas si tuvo tiempo de percibir la mirada de sorpresa y la película que cubrió los ojos del escocés al derrumbarse... dando apenas tiempo a su contrincante de evitar que lo aplastara. Al rodar, Bond tomó el inerte brazo de Caber. Para la gente, todo aquello parecería un golpe, quizá afortunado, asestado en la cara del gigantón, y era necesario dejar alguna marca. Por eso, torciendo el brazo de Caber, si bien el esfuerzo equivalía a mover una tonelada de plomo, una vez que lo tuvo de espaldas, Bond se le echó encima y le asestó un buen par de golpes en la quijada, con el canto de la mano. Caber no se movió: incluso su cabeza se mantuvo rígida.

En el momento de saltar hacia atrás para separarse del enemigo caído, Bond se guardó en el bolsillo el útil juguete; quedaban todavía tres cargas, en caso de apuro.

La multitud guardaba un silencio sepulcral. Luego, Murik, bastante afectado, se acercó a él, y dos hombres se inclinaron para examinar al postrado Caber. Uno de ellos —el llamado Malcolm— se volvió a mirar al señor de Murcaldy: "Está fuera de combate, amo: creo que ni respira".

Murik "tragó gordo", y se quedó mirando a Bond, con expresión incierta. Él en cambio, sonrió con agrado:

— ¿No debería usted anunciar, o proclamar, o lo que sea, que tiene un nuevo campeón?

Se produjo una pausa de pocos segundos. Luego, el señor de Murcaldy sonrió con desgano, respiró profundamente y anunció:

— ¡Damas y caballeros! Amigos. Habitantes de Murcaldy. Todos hemos visto el resultado de la lucha: tenemos un nuevo campeón... yo tengo un nuevo campeón... y todos deberán tratarlo con el respeto y consideración de que siempre se ha hecho objeto a los campeones de Murcaldy. Les presentó al

nuevo Campeón de Murcaldy, al Campeón del Señor de Murcaldy: ¡el señor James Bond!

Se produjo un silencio incierto, y entonces empezaron a escucharse las aclamaciones; Bond fue alzado en hombros y así lo pasearon por todo el perímetro del Gran Prado, mientras batían los tambores y las gaitas gemían las notas de “Highland Laddie”, o “Muchacho montañés”[183].

David y Goliat redivivos, pensó Bond, convencido de que lo mejor que podía hacer era no cruzarse en el camino de Caber, una vez que el ex campeón recuperase el conocimiento. Sí, decididamente, había desempeñado bien su papel de David frente Caber... y Q'ieta le había proporcionado lo último en hondas.

Entre la multitud distinguió a Lavender Peacock, que lo miraba con franca admiración. Y el nuevo campeón se dijo que si actuaba con rapidez, quizá lograse obtener toda la información que necesitaba incluso antes de que amaneciera el siguiente día. Luego, una vez que hubiese puesto a M sobre aviso, tendría incluso tiempo para conocer bien a Dilly Peacock.

[176] El BMW M1 es un automóvil deportivo producido por fabricante de automóviles alemán BMW entre 1978 y 1981. A finales de la década de 1970 Lamborghini firmó un acuerdo con BMW para construir un coche de carreras en cantidad suficiente como para la homologación. El resultado fue vendido al público, desde 1978 a 1981, como el BMW M1, siendo el primer y único BMW de producción en disponer de motor central trasero. Se empleó un motor M88/1 de seis cilindros en línea con doble árbol de levas a la cabeza que desplazaba 3,5 litros, equipado con inyección de gasolina Kugelfischer. Una versión del mismo sería más tarde utilizada en la versión sudafricana del BMW 745i, así como en los BMW M6/M635CSi y BMW M5 . El motor tenía seis mariposas de admisión, cuatro válvulas por cilindro y una potencia de 204 kW (273 CV) en la versión de calle, alcanzando una velocidad máxima de 260 km/h. El M1 fue construido a mano entre 1978 y 1981 por la división Motorsport de BMW como una homologación especial para las carreras de coches. La carrocería fue diseñada por Giorgetto Giugiaro, inspirándose en el prototipo BMW Turbo de 1972. Originalmente, BMW dejó a Lamborghini encargado de elaborar los detalles del chasis del coche, montaje de prototipos y fabricación de los vehículos, pero la crítica posición financiera de Lamborghini significó que BMW retomara el control sobre el proyecto en abril de 1978, después de que siete prototipos fueran construidos. Sólo 456 M1 de producción fueron construidos, por lo que es uno de los modelos más raros de BMW. El espíritu del M1 vivió en la primera generación del M5, ya que ambos modelos comparten el mismo motor (aunque ligeramente modificado). El M1 es recordado como un refinado y civilizado superdeportivo en la verdadera tradición de BMW. En 2004, Sports Car International lo nombró el coche número diez en la lista de "Mejores automóviles deportivos de la década de 1970".

[177] El karate-do (空手道, karatedō?, "el camino de la mano vacía") es un arte marcial tradicional de las Islas Ryūkyū de Japón, lo que actualmente es conocido como Isla de Okinawa. Tiene su origen en las artes marciales indígenas de las Islas Ryukyu, llamadas Te (手, literalmente, "mano"; Tii en Okinawense) y en el kenpo chino. Estos estilos de artes marciales surgieron de la necesidad de los guerreros nobles de la isla o Pechin de proteger al último rey de Okinawa, Sho Tai; y a ellos mismos de los guerreros con armadura japoneses o samurái. Poco a poco el Karate fue desarrollado en el reino de Ryukyu y posteriormente se expandió, siendo enseñado sistemáticamente en Japón después de la era Taisho como consecuencia de los intercambios culturales entre los japoneses y los habitantes de las islas Ryukyu. El Karate-do se caracteriza por el empleo de golpes de puño y patadas, aunque no restringe su repertorio sólo a ellos. El "Karate-do" es un arte marcial en el que se coordina la fuerza, la respiración, el equilibrio y la postura, el correcto giro de cadera y la conexión conjunta de músculos y extremidades, trasladando gran parte del peso corporal y del centro de gravedad al impacto. Generalmente se busca derrotar al adversario mediante un solo impacto contundente en semejanza a la estocada o corte de una katana o sable japonés. A la persona que practica este arte marcial se la llama karateka o karateca.

[178] Uechi-Ryu es uno de los tres principales estilos tradicionales del Karate de Okinawa. Su particularidad proviene de la forma en que se transmitió desde China a la isla de Okinawa en el Japón de la mano del maestro Kanbun Uechi (1877–1948), y su familia. El maestro fue quien aprendió los estilos chinos ancestrales del dragón, el tigre y la grulla de Chuan-fa/ kung fu/ wu shu con los monjes chinos, conservando fielmente toda su filosofía y la forma china en las figuras o kata del estilo. Generalmente cuando un estilo crece y se expande, empieza el proceso de degeneración de los conceptos principales para su comprensión, perdiendo la esencia transmitida por el fundador. El Karate Uechi-ryu tampoco se ha librado de este fenómeno después de un siglo de existencia. Aunque sus raíces chinas están mejor preservadas que en otros estilos de karate y de kempo.

[179] El Kata Sanchin tiene su origen en China, concretamente en el sur, es considerado uno de los más importantes de varios Estilos de Karate como el Goju Ryu, Uechi Ryu, Kyokushinkai, entre otros; así como en Estilos de Kung Fu chino como el de la Grulla Blanca, Estilo del Tigre y Grulla, etc. En mandarín es denominado Sanzhán, en japonés Sanchin y su traducción literal es Tres Batallas debido a la postura empleada en la ejecución del Kata. También se le atribuye este nombre debido a su entrenamiento y desarrollo de tres aspectos: cuerpo, mente y espíritu.

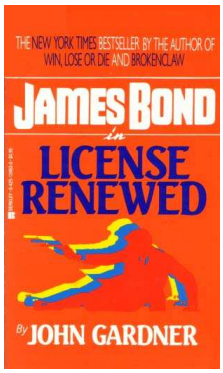
[180] Eric Ambler (1909-1998) fue un escritor británico de novela negra. También fue guionista y productor cinematográfico. “La máscara de Dimitrios” (en inglés “The Mask of Dimitrios”) es una novela de espionaje escrita y publicada en 1939. Eric Ambler marcó un hito con esta obra dentro de lo que es la novela de espías, eliminando de ella los personajes heroicos e introduciendo esos personajes mixtos en los que se mezclan caracteres encomiables junto a miserias. De un marcado cinismo, Ambler añade el exotismo de unos escenarios orientales que conocía perfectamente. El escritor británico Charles Latimer se encuentra en Estambul, donde conoce a un miembro de la policía secreta turca, por quien descubre que un peligroso criminal internacional conocido, entre otros nombres, por Dimitrios, ha sido hallado muerto. Intrigado por este personaje, traficante de armas, conspirador, espía internacional, Latimer se desplazará por los Balcanes tras una sombra. Recorrerá los vericuetos del recientemente fraccionado Imperio otomano

(Turquía, Bulgaria, Grecia, Serbia...) y de allí se trasladará a París y Suiza para hablar con espías y ex espías internacionales. A lo largo de toda esta investigación se va imponiendo la figura de Dimitrios, símbolo de la decadencia de una época. Fue llevada al cine en "La máscara de Dimitrios", dirigida en 1944 por Jean Negulesco. Bond lee esta obra en “Desde Rusia con amor”, y un personaje de la película “Casino Royale” (2006) recibe su nombre por esta obra.

[181] “An American Dictionary of the English Language” fue un diccionario publicado en 1828 por el lexicógrafo estadounidense Noah Webster. Webster, tras haber conseguido mucho éxito con publicaciones anteriores, incluyendo el “A Compendious Dictionary of the English Language” (1806) en el cual había ya incluido la nueva ortografía que ampliaría en su siguiente obra, comenzó a recopilar el “American Dictionary”, en 1807, terminándolo en 1824–25. Fue publicado en dos volúmenes y contenía 12.000 palabras, con unas 30-40.000 definiciones nuevas. Webster basó la obra en la palabra hablada, y amplió aun más su nueva ortografía del inglés americano distanciándolo del inglés británico. Asimismo introdujo términos técnicos de las artes y las ciencias. En 1840, se publicó una segunda edición, y tras la muerte de Webster, la editorial G. & C. Merriam Co., adquirió los derechos del diccionario, publicando ediciones en 1847 y 1864.

[182] El Halotano es un vapor para inhalación usado en la anestesia general. Su nombre sistemático es 2-Bromo-2-cloro-1,1,1-trifluoroetano. No tiene color y posee un aroma agradable pero es inestable bajo la luz. Se envasa en botellas de color oscuro con timol al 0.01% como agente estabilizante. Mezclas de halotano con el aire o con el oxígeno no son ni inflamables ni explosivas. Se introdujo como anestésico en los años 1950s y fue reemplazado en los 1980s por el enfluorano y el isofluorano.

[183] “Highland Laddie”, también conocida como “Hielan' Laddie”, es el nombre de la antigua tonada popular escocesa “If thou'lt play me fair play”, pero como tantas viejas melodías, varias letras pueden ser cantadas con ella, y el poema de Robert Burns 'Highland Laddie, Highland Lassie' ha sido la más memorable. Como resultado de las reformas de Cardwell en 1881 y hasta 2006, todos los regimientos de las Highlands en los ejércitos británicos usaron 'Highland Laddie' como marcha de reglamento.



12.- Un contrato, señor Bond

AUNQUE ANTON MURIK HABÍA hecho entrega de los principales trofeos ganados durante los Juegos de Murcaldy, la gente no parecía deseosa de marcharse. En el Gran Prado, la juventud seguía bailando las típicas danzas escocesas, y los deportistas que no habían podido participar en las pruebas más importantes aprovechaban el equipo y el espacio para practicar o emular a los mejores exponentes de aquellas artes.

Las carpas estaban atestadas; por la mañana, en los alrededores abundarían los dolores de cabeza y los estómagos revueltos. Ya pasaban de las seis de la tarde, y Murik, después de un entusiasta discurso, pronunciado entre aplausos y vivas, se retiró en dirección del castillo, e hizo señas a Bond de que lo siguiera,

Lavender quedó al cuidado de Mary Jane Mashkin; ésta, según observó el nuevo campeón, estaba constantemente rodeada de hombres jóvenes y bien plantados... circunstancia que no parecía incomodar al señor de Murcaldy. La ocurrencia de la noche anterior seguía intrigando a Bond, quien hacía rato empezara a preguntarse qué tan auténticas eran aquellas dos mujeres. Quizá se hubieran distribuido los papeles de la mundana y la ingenua. Sin embargo, puesto a elegir, prefería tener de su parte a Lavender.

Murik condujo a Bond por el vestíbulo hacia el corredor que estaba pasando la escalera principal, y después de pasar una serie de dos puertas que abría de un empujón, y que llevaban a otro corredor, bloqueado en un extremo por la gran línea divisoria que, a la antigua usanza, separaba a los criados de sus amos: la puerta tapizada de paño verde.

El de Murcaldy se detuvo a medio camino, y sacó las inseparables llaves, esta vez, de su “sporran”, el morral de cuero que llevan los escoceses, a fin de abrir una sólida puerta de encino, reforzada con rejas de acero. Bond lo siguió cuando Murik descendió un tramo de escalones de piedra. Brillaban algunas lucecitas indicadoras, que llenaban aquel corredor de vagas sombras, A mitad del camino, el de Murcaldy se volvió hacia él: con su blanca melena y el rostro invisible en la oscuridad, daba la impresión de un negativo. Cuando habló, la voz del señor de Murcaldy produjo ecos fantasmagóricos:

— Ya conoce usted mi sancta sanctórum. Ahora vamos a visitar la parte más interesante del castillo, la más vieja reliquia de mi heredad. Puesto que ahora es usted mi campeón, señor Bond, tiene que conocerla.

Olía a humedad rancia, y aquellos escalones de piedra parecían no tener fin, pues descendían más y más bajo tierra, hasta que llegaron a un espacio embaldosado. Murik buscó un interruptor oculto en el muro, y el sitio quedó bañado en luz. Gigantescas arcadas sostenían la bóveda del techo, y Bond se dijo que aquella construcción era, sin duda, tan vieja como el castillo original. Había otras dos puertas, una a cada lado de la escalera, en tanto que, ante ellos, se abría un estrecho pasillo. Murik señaló ese pasillo con un movimiento de cabeza: “lleva a las viejas mazmorras”, y su mentón y sus labios se agitaron en una especie de sonrisa. “A veces resultan útiles. A la derecha está un cuarto que no me gusta usar: la vieja cámara de tortura”. Empujó la puerta, y Bond lo siguió.

En un extremo de aquel antro, Bond descubrió un potro, argollas y tornillos empotrados en las paredes, brasero y toda la gama de instrumentos de siniestro aspecto: flagelos, hierros para marcar, pinzas y gubias. Murik llamó su atención hacia otros artefactos:

— Como puede usted ver, señor Bond, están presentes todos los viejos instrumentos de diversión de los escoceses: empulgueras, cepos y, desde luego, las botas[184]. ¡Muy desagradables las botas! El que le trituren a uno los pies, poco a poco, con las cuñas, no es la mejor manera de corregir el arco caído...

— Ni de tratarse los callos —Bond se estremeció a pesar del tono ligero de su respuesta. En el curso de sus aventuras, había sufrido torturas, y los instrumentos empleados para inflingirlas no le eran desconocidos, no obstante lo cual, el espectáculo que se le presentaba en el extremo de aquella sala le helaba la sangre. Las paredes estaban recubiertas con blancos mosaicos, y en el centro había una mesa de operaciones. Los gabinetes que cubrían la pared frontera eran de moderno diseño, y Bond supuso que guardaban instrumentos más terribles aún que los brutales medios empleados antiguamente para causar dolor... jeringas, agujas hipodérmicas y drogas destinadas a obligar a la mente a llegar hasta los umbrales de la locura y, tal vez, incluso los medios necesarios para provocar dolores insoportables por medio de electrodos adheridos a las partes más sensibles del cuerpo. Un hombre debidamente adiestrado soportaría el dolor exquisito que podía causarse con los rudos implementos de tortura, pero pocos serían capaces de callar la verdad o guardar secretos por largo tiempo en la sección moderna de esta cámara de horrores del castillo de Murik.

— Este cuarto ha llegado a utilizarse, señor Bond: ándese con cuidado. A todos aquellos que me sirven se les hace recorrer esta parte del castillo, y el resultado suele ser excelente, pues les sirve de saludable advertencia. Usted derrotó al buen Caber, por lo que, automáticamente, entra usted a mi servicio. ¡Qué la visita a este sitio le sirva de advertencia, pues exijo absoluta fidelidad!

Se dirigió al espacio embaldosado, y abrió otra puerta.

— Aquí realizo mis actividades —dijo, invitando a Bond a entrar.

El contraste era abrumador; se encontraban en una larga cámara de techo bajo, abovedado, Sus muros grises estaban cubiertos de armas que, partiendo del extremo más cercano a la puerta, consistían en piezas artísticas y de indudable valor: chafarotes, estoques, dagas y cuchillos; ballestas maravillosamente grabadas e incrustadas con piedras preciosas; fusiles de pedernal, trabucos naranjeros y pistolas de chispa, mosquetes; por último, en la pared del otro extremo, se veían modernos rifles, carabinas, pistolas y armas automáticas.

— ¿La parte más valiosa de su colección? —Bond recordó en se momento que ya Murik le había dicho que las piezas más valiosas se encontraban en otra parte del castillo.

Murik sonrió, y Bond no pudo contener el impulso de gastarle una broma:

— ¿No faltan artefactos termonucleares, para que esté realmente al día?

El rostro del hombre se ensombreció, pero luego lo iluminó una sonrisa seráfica:

— No los necesitamos, el mundo los provee, nos rodean por todas partes, listos para provocar la hecatombe en el momento oportuno.

Murik levantó el brazo, para tocar un enorme chafarote;

— Un *claidheamh mor*[185] —explicó—. Una espada a dos manos que perteneció a uno de mis antepasados.

Bond asintió; ciertamente, se sentía impresionado, pero su mirada se había deslizado por aquella singular colección de armas, para fijarse en el extremo más lejano del recinto; ciertamente, tenía toda la hechura de una sala de mando, con su larga mesa consola, los monitores de computadora, equipo de radio y un gran mapa mundi transparente, marcado con un lápiz especial.

Murik le hizo seña de que se acercara a la mesa consola y le indicó uno de los cómodos sillones giratorios, tapizados de cuero, que había detrás de ella. Él ocupó otro de esos sillones, y rió con una risa ahogada.

— Desde aquí, señor Bond, domino los destinos del mundo.

Bond, no sabiendo, a ciencia cierta si Murik bromeaba o hablaba en serio, optó por reír también. Luego se produjo un silencio cargado de expectación, que dio a Bond oportunidad de examinar el mapa. Y le bastó una rápida mirada para comprobar que en el mapa de los Estados Unidos había marcas muy claras que señalaban Indian Point Unidad Tres[186] y San Onofre Unidad Uno[187]. Cuando se volvió a mirar a Murik, sabía perfectamente que bastaría otro vistazo para identificar los nombres de los blancos elegidos en Europa. Por un momento, sin embargo, recurrió a toda su fuerza de voluntad para fijar sus ojos en Murik. Se dijo que no convenía mostrarse demasiado interesado, y se obligó a relajarse, incluso a desinteresarse del mapa.

— ¿Sabe usted quién soy yo? —preguntó Murik, a lo que Bond contestó que era el doctor Anton Murik, señor de Murcaldy.

Murik rió con ganas. Decididamente, era muchísimo más que eso.

— Creo ser el más grande físico nuclear que ha habido hasta hoy —y esto lo dijo con alarmante tranquilidad, como si tal cosa. Bond se dijo que la modestia es la reina de las virtudes.

— ¿En verdad? —esto lo dijo en voz alta, con convincente sorpresa.

— Permítame hablarle de hechos... —y Murik le espetó una versión personal de su brillante carrera. Casi todo lo que dijo le concordaba con lo que Bond ya sabía, y la sola divergencia se produjo cuando el de Murcaldy abordó el tema de sus desacuerdos definitivos con la Comisión Internacional. Según él había presentado su renuncia en son de protesta—. Quienes luchan por la abolición de las estaciones de energía nuclear en su forma actual, están en lo justo —dijo, y su voz se había elevado de tono, a medida que crecía su agitación—. Observe usted, señor Bond, que digo en su forma actual... Son inseguras. Los gobiernos ocultan al público la verdad acerca de los riesgos que representan. Las dependencias gubernamentales han intentado, una y otra vez, amordazar a personas como yo; ha llegado el momento de darles una lección. Afirman que la única solución para la crisis de energéticos es el uso de la energía nuclear, y están en lo cierto... pero es imperativo que el uso de esa energía se haga sin peligro. ¿Cómo se produce la electricidad, señor Bond?

— Poniendo en marcha un generador.

— Exacto. Y, generalmente, el generador funciona por medio de una turbina operada, a su vez... ¿cómo, señor Bond?

— Con agua, en las plantas hidroeléctricas, o bien hirviendo agua para producir vapor, en otro tipo de instalaciones.

— Bien. Y para producir el vapor, se hierve el agua mediante la combustión de carbón, petróleo, gas... o el núcleo de un reactor atómico —

soltó otra de sus risitas—. Una manera muy costosa de hervir el agua, ¿no cree usted? ¡Usar la energía nuclear para eso!

— No se me había ocurrido pensar en eso... la verdad, siempre me pareció una da las pocas maneras seguras de producir energía y electricidad sin utilizar los menguantes yacimientos de petróleo y combustibles fósiles.

Murik asintió con una inclinación de cabeza.

— Y estoy de acuerdo con usted en varios puntos. No me adhiero al profesor Lovins[188] cuando declara que usar la energía nuclear para hervir el agua equivale a usar un serrucho para cortar la mantequilla... si bien no deja de tener razón en algo: el desperdicio de energía. No, el problema, señor Bond, es cuestión de seguridad y control. Los reactores nucleares, tal como se les ha instalado hoy por hoy en todo el mundo, significan un riesgo para la humanidad y para el planeta...

— ¿Se refiere usted al problema de los desperdicios radiactivos?

— No, hablo de accidentes inevitables. Ya se han producido accidentes a diestra y siniestra. Si es usted persona inteligente, debe de estar enterado: 1952, Chalk River, Ontario[189]; 1955, Idaho Falls[190]; 1957, Windscale, Inglaterra[191] ; 58, Chalk River, Canadá[192]; 61, Idaho Falls[193]; 1970, Illinois[194]; 71, Minnesota[195]; 75, Alabama[196]; 76, Vermont[197]... ¿Debo proseguir? ¿O he de mencionar la catástrofe de Kyshtym, en la URSS[198], cuando estalló un tiradero de desperdicios atómicos en los Urales? Escurrimientos, fusión parcial del combustible... cualquier día, con los reactores que tenemos, ocurrirá una catástrofe. Sin embargo, los gobiernos callan. El gobierno de Carter[199] casi reconoció públicamente la posibilidad... —rebuscó entre sus papeles—. Aquí está, 1977: “Entre el año actual y el año 2000, se producirá algún caso grave de fusión del núcleo de tal o cual reactor atómico, pero si la instalación es adecuada, es posible contener esos accidentes”. ¿Contener? ¿Instalación adecuada? ¿Se da usted cuenta de lo que es la fusión del núcleo de un reactor atómico, señor Bond?

— ¿Tiene algo que ver con lo que llaman el “síndrome de China”? Vi una película con Jane Fonda[200]... —Bond optó seguir haciéndose el inocente. Anton Murik asintió.

— El reactor nuclear produce su enorme calor gracias a un núcleo: una reacción en cadena, controlada; y mientras esté controlada, todo marchará bien. Sin embargo, en el caso de una falla del sistema de enfriamiento —un tubo roto, un recipiente quebrado, pérdida del refrigerante...— el núcleo seguirá generando más y más calor, creando una radiactividad siempre mayor.

— ¿Hasta estallar, como si fuera una bomba? —a pesar del fanatismo de Anton Murik, Bond escuchaba, absorto, lo que aquel hombre decía.

Murik denegó con la cabeza.

— No, no ocurriría exactamente un gran estallido, pero los resultados serían bastante espectaculares. Uno de los grandes poetas norteamericanos escribió: “Y así es como el mundo termina: no con un gran estallido, sino con un quejido”[201]. Pues bien, el quejido sería una especie de estremecimiento, un rumor, con movimientos de tierra y dispersión de un demonial de partículas radiactivas. El núcleo mismo se calentaría a tal grado, que nada podría detenerlo y se hundiría en la tierra; todo: roca, tierra, metal, cederían a su paso, nada podría detenerlo... directamente hasta China, señor Bond: el expreso de Pekín... y eso puede ocurrir con cualquiera de los reactores nucleares actualmente en funcionamiento. El problema radica en que yo podría hacerlos

perfectamente seguros —en su cara se dibujó una larga sonrisa y luego se encogió de hombros—. Pero, como sucede siempre los que manejan el dinero se niegan a soltarlo. Mi sistema está a prueba de tontos, pero no me dejan construirlo, ni demostrárselo —hizo otra pausa, sin quitar los ojos de James Bond—. ¿Cree usted que se me pueda reprochar? Tengo la intención de demostrar cuan inseguros son los sistemas actuales y, al mismo tiempo, cuan seguros podrían ser.

Bond sacudió la cabeza.

— No, creo que nada se le puede reprochar, si su propio sistema es tan seguro como usted dice.

Hubo un momento en que pensó que el señor de Murcaldy lo iba a atacar.

— ¿Qué me dice? —gritó Murik, a voz en cuello—. ¿Qué sabe usted, Bond? ¡Si mi sistema es seguro... si mi sistema es seguro como yo digo! Le acabo de explicar que tengo el único sistema para hacer seguro, en un ciento por ciento, el funcionamiento del reactor nuclear... le acabo de decir que, debido a avaricia de los economistas, debido a cuestiones de contratos y utilidades... a las ambiciones de los políticos, decidieron hacer de mí el hazmerreír —este desahogo pareció tranquilizarlo, y se reclinó en su asiento.

Durante sus doctas peroratas acerca de los reactores nucleares, Bond se las había arreglado para mirar de reojo el enorme mapa: los blancos elegidos en los Estados Unidos, estaban marcados con un círculo rojo, y un par de rápidos vistazos le permitieron identificar los sitios correspondientes a Inglaterra y Francia: Heysham Uno[202] y Saint-Laurent-des-Eaux Dos[203]. ¿Qué se proponía hacer aquel hombre tan brillante? ¿Había perdido el juicio al punto de exponer a los gobiernos o a los organismos detestados a la acción de terroristas suicidas, a los que pensaba enviar a los sitios donde se habían instalado reactores nucleares, a fin de provocar desastres que podían afectar al mundo entero? ¿Había llegado a tal grado de locura?... Fusión... en efecto, el nombre del “proyecto” era bastante explícito. Murik había reanudado su discurso.

— Preparé un plan maestro que me permitirá hacer las dos cosas que necesito —hizo un gesto hacia el mapa, lo que dio a Bond la oportunidad de estudiarlo de nuevo; sin errar, fijó la mirada en Alemania, allí estaba el sitio elegido, marcado en rojo, como los otros.

A Bond se le encogió el estómago cuando se percató de que en el área de Alemania había marcados dos blancos: uno en la República Federal, y el otro en la República Democrática: eso significaba que ni siquiera el Este había quedado fuera de los planes de Murik. En la Alemania Oriental, se trataba de Norte Dos[204]. En la Alemania Occidental, se trataba, al parecer, de Esenshamm[205]. Bond tenía ya todos los datos que necesitaba. Lo que tenía que hacer ahora, era inducir a Murik a revelar todo lo relacionado con la Operación Fusión, pero incluso con la información que ya tenía, Bond decidió que podía considerar terminada su misión. Si pudiera salir del castillo esa noche, MI5 estaría en posición de seguirle la pista a Murik y aislarlo y, con una poca de suerte, pescar a Franco por intermedio de los servicios de seguridad estadounidenses. Con esto, se frustraría la Operación Fusión, y se acabaría con su instigador: Warlock, o Anton Murik.

— Mi modesto plan llamará la atención del mundo hacia el terrible peligro que representan las plantas nucleares construidas hasta la fecha y ya

en funciones —Murik soltó otra de sus risitas guturales, pero acabó riendo a carcajadas—. De paso, me permitirá obtener el capital necesario para construir mi propia planta ultrasegura, y demostrarles a esos cretinos ambiciosos que si es posible utilizar la energía nuclear sin arriesgar el exterminio de la humanidad.

— ¿Cómo? —preguntó Bond, convencido de que una pregunta directa podía recibir, por acción refleja, una respuesta directa. Pero, a pesar de sus histéricos desahogos, Anton Murik no se dejaba coger fácilmente.

— Se trata de algo muy complicado... pero usted desempeñará su papel, señor Bond. Creo que nuestro encuentro constituye una feliz coincidencia.

— ¿Qué clase de papel? —Bond habló en voz baja, cansada.

— Hay algo que es de importancia capital para el éxito de la operación; asegurarse de que no haya manera de emprender contra mí ninguna acción legal. Es algo que debe hacerse a fin de que nadie sepa, jamás, que yo he tenido parte en lo que va a ocurrir. Su trabajo, señor Bond, consistirá en matar a un hombre. Le ofrezco un contrato... ¿no es así como se dice?

— ¿De verdad cree usted que soy capaz de matar a alguien por encargo?

— No veo razón para que se muestre delicado. Por lo que me colijo, no es usted persona que conceda gran valor a la vida humana. Además, se trata de un trabajo bien pagado. Según he podido averiguar, muy pronto necesitará usted unas 20.000 libras... pues bien, yo le ofrezco 50.000, y estoy convencido de que es más de lo que acostumbra cobrar. Creo que mi generosidad serviría, también, para comprar su silencio.

— No sé de qué me habla —replicó Bond. Allá, en su fuero interno, sentía cierta satisfacción: Anton Murik se había tragado toda la historia inventada para la ocasión—. Lo que quiero decir es que usted no sabe nada de mí...

— ¿Cree usted? —a Murik se le nublaron los ojos, y allá, en el fondo, se dejó ver la peligrosa corriente de lava—. Me temo que sé más de lo que a usted le gustaría que se supiera...

— Pero, ¿como...?

— Hay maneras, señor Bond, mayor Bond; ¿quién ganó la Espada de Honor el año en que estuvo en Sandhurst[206]...?

— Un tal Danvers... —Bond procuró dar a su respuesta el carácter más espontáneo posible.

— ¿Verdad que usted lo llamaba “el Loco Can”?

Bond abrió la boca y los ojos con aire de extrañeza.

— Sí, pero...

— Luego ingresó usted al regimiento de la Guardia, como antes hiciera su padre, el difunto coronel Archie Bond: ¿cierto? Bond se limitó a asentir con un gesto.

— Cómo ve usted, Bond, tengo mis fuentes de información. Conozco todo lo relacionado con su carrera... también estoy enterado de su heroísmo; estoy al tanto de todos los detalles: el gran valor de que dio muestra cuando lo asignaron al SAE[207]...

— ¡Eso es información secreta! —balbuceó Bond. Murik hizo el gesto de asentimiento, sin dar al asunto mayor Importancia.

— ¡Claro, como lo son los nombres de todos los oficiales adscritos al Servicio Especial Aéreo!... pero yo lo sé... y también sé de sus fracasos: sé que

le permitieron renunciar, para evitar la corte marcial, a raíz del desdichado asunto del dinero de la Proveeduría; sé que, desde entonces, ha vivido usted como caballero de fortuna. Tengo detalles acerca de los trabajos que ha realizado en países del Tercer Mundo... y también estoy al tanto de los antipáticos tahúres que están dispuestos a todo con tal de echarle el guante... o cobrar sus 20.000 libras.

Bond dejó caer los hombros, humillado, como si se viera derrotado por algún detective astuto.

— Está bien —hablaba casi en un suspiro—. Pero, ¿cómo se enteró de todo?

— Valiéndose de la astucia y de las armas... así es como usted ha vivido desde que el ejército lo dejó marcharse —prosiguió Murik desentendiéndose de la pregunta—. Aparte de sus actividades como mercenario, creo que podría calcular el número de personas a las que ha matado por contrato... o por encargo.

Decididamente, M había sabido colocar la información. Bond se preguntaba de qué manera habrían podido manipular a los informantes de Murik, a fin de convertirlos en canales para hacerle llegar el mítico pasado. Se irguió en su asiento, impasible el rostro, como si el conocimiento que Murik tenía de su supuesta profesión de mercenario y artista del asesinato por encargo fuera un asunto que se sentía capaz de tratar.

— Está bien —repitió—. No pretendo negar nada de eso, ni tampoco pretendo negar que hago bien mi trabajo. No es una profesión de la que uno pueda enorgullecerse, pero, al menos, la desempeño lo mejor posible. Por cierto, ¿cómo está Caber? —y había en su voz un dejo de malicia. Bond tenía que demostrar a Murik que no abrigaba ningún temor.

El de Murcaldy no se mostró muy alegre.

— Desconcertado —respondió fríamente—. Jamás nadie había vencido a Caber. En efecto, señor Bond, trabaja usted bien: esa es la razón por la que estoy dispuesto a pagarle 20.000 libras por el encargo.

— ¿Quién es el feliz mortal? —Bond asumió una actitud enteramente profesional.

— Un individuo llamado Franco Oliveiro Quesocriado.

— No creo tener el placer de conocerlo.

— No creo que lo conozca personalmente, pero sin duda ha oído hablar de él: secuestros de aviones, bombazos, rehenes, los periódicos se ocupan de él con frecuencia... de su primer nombre. Según los medios de información, se trata del terrorista internacional más buscado.

— ¡Ah! —Bond abrió la boca, y por su rostro pasó como un parpadeo un gesto de reconocimiento—. ¡Ese Franco! ¿Y quiere que me encargue de matarlo?

Murik hizo un gesto de asentimiento.

— ¿Cómo puedo encontrarlo?

— Basta que se mantenga usted cerca de mí. No habrá problemas; yo me encargaré de indicarle la dirección correcta; lo único que tiene usted que hacer, es quitarlo de en medio... pero hasta que yo le diga que lo haga. Además, lo hará usted en determinada forma. En el curso de la operación que estoy a punto de poner en marcha, llegará el momento en que Franco deba desaparecer... esfumarse... cesar de existir, sin dejar huella.

— Por lo que usted ofrece, estoy dispuesto a hacer desaparecer hasta su certificado de nacimiento.

Murik negó con la cabeza.

— De eso ya nos ocupamos —su voz helaba los huesos—. Usted será su certificado de defunción.

Ambos hombres permanecieron en silencio por algunos instantes. Bond, con la cabeza baja, distraído, toqueteó una de las perillas de la consola que tenía ante sí. Luego miró a su interlocutor directamente a los ojos:

— ¿Qué hay del dinero? ¿Cuándo me lo entregará? —preguntó sin vacilaciones.

— Dentro de una semana, a partir de hoy, podrá usted recoger 50.000 libras esterlinas, en billetes de banco del valor que prefiera, en Zurich. Le aseguro que mi banco allí es uno de los respetables de Europa. Haré los arreglos necesarios para que mañana se comunique usted con ellos, desde aquí... por el sistema público de teléfonos, claro está. No tengo línea privada: mismo buscará el teléfono en el directorio y personalmente comprobará los arreglos. Pero sólo puedo permitirle hacer una llamada a Suiza.

— Me parece justo —respondió Bond, cuyo cerebro trabajaba locamente, pues veía en esa llamada la oportunidad de enviar aviso a M. Sin embargo, sabía que seguirían su llamada y la interceptarían en el momento en que intentara cualquier cosa.

Estuvo a punto de preguntar qué ocurriría si fracasara en su intento y Franco lograra escapar, pero prefirió callar.

Murik se levantó, y con toda calma se dirigió a la puerta.

— Creo que ya deberíamos prepararnos para la cena, señor Bond. Luego, convendría tomarse un buen descanso: la semana promete ser agotadora.

Ni la menor sugerencia de que Bond quizá deseara estudiar la proposición... ni siquiera la cortesía de preguntarle si aceptaba el encargo. Murik daba por sentado que estaba de acuerdo con las condiciones y que el contrato estaba firmado y sellado.

Bond también se puso de pie y se dispuso a seguir a Murik; al hacerlo, su mirada recayó en una de las armas de la colección, en un pequeño estante, entre granadas y otros artefactos, se encontraba una mina alemana, Tipo S, recortada, de las usadas en la Segunda Guerra Mundial: un cilindro de metal con una larga varilla saliente, en la que estaba el gatillo. Bond las conocía muy bien, y la versión expuesta daba una clarísima idea de lo letal que podían ser aquellas minas. Se enterraba el artefacto, hasta que sólo asomaba la punta del delgado gatillo, bastaba tocar el gatillo con la punta del pie para activar la mina, que saltaba a una altura de siete pies, más o menos, antes de estallar y lanzar en todas direcciones los fragmentos de su armadura de acero, junto con las municiones con que estaba cargada.

La mina recortada había sido expuesta de manera de mostrar las municiones, tanto en posición como separadamente. Al lado del arma había un montoncito de aquellas pelotitas de acero, como de un centímetro de diámetro. Su tamaño era ideal para los propósitos de Bond, quien preguntó en voz alta:

— Y ese tal Franco... ¿tiene algo que ver con el plan de que me habló usted?

Antes de que Murik tuviera tiempo de detenerse y contestar, Bond había estirado la mano y, sin el menor ruido, se había apoderado de tres de las municiones, que se guardó en el bolsillo.

— No me propongo entrar en detalles, señor Bond —Murik estaba de pie, ante la puerta, y Bond lo alcanzó—. Supongo que hay ciertas cosas que usted debe saber —Murik hablaba en voz baja, cortante como el filo de una sierra.

— En efecto, el amigo Franco tiene contactos con las principales agrupaciones terroristas del mundo. Me ha conseguido seis escuadrones suicidas que se infiltrarán en media docena de importantes plantas de energía nuclear. Se trata de fanáticos, dispuestos a morir por sus respectivas causas, si fuera necesario. Para ellos, el éxito de mi plan significa vastas sumas puestas a disposición de sus agrupaciones: los terroristas siempre están necesitados de dinero, señor Bond. Si el plan fracasa, a los escuadrones suicidas les es indiferente —antes de proseguir, soltó otra de sus desagradables risas guturales.

— Todos estos individuos están dispuestos a encerrarse en las salas de control de los reactores y, en caso necesario, a provocar lo que usted llama “el síndrome de China”. Si se ven obligados a hacerlo, una gran parte del mundo quedará gravemente contaminada, y millones de personas morirán a causa de derrame radiactivo... pero no creo que tal cosa suceda... en fin, eso es asunto mío. Yo proporcioné a Franco los medios para introducir sus escuadrones en las salas de control de los reactores. Por su conducto, les he dado el adiestramiento necesario, a fin de que, si se lo ordeno, realicen actos de destrucción. Al finalizar el día, se pagará un gigantesco rescate. Franco recibió la mitad, que deberá dividir entre las agrupaciones, según los arreglos que hizo con ellas. Luego, de él depende venir a verme para cobrar su parte. Ha tenido incluso el descaro de decirme que los grupos de terroristas le exigían garantías de que recibirían el dinero. Mentira, claro está. El que pretende la garantía es él... pero no recibirá ninguna.

Habían llegado al recinto embaldosado, y Murik cerró suavemente la puerta de la armería.

— Como usted comprenderá, señor Bond, no tengo intención de dar a Franco la oportunidad de cobrar. En primer lugar, es la única persona capaz de involucrarme en su operación... de identificarme cuando las fuerzas de seguridad de los distintos países empiecen a interrogar a los escuadrones de terroristas, en segundo lugar —se encogió de hombros—, ese dinero lo necesito yo para construir mi propio reactor y demostrar a los escépticos que tengo la razón. Se dará usted cuenta de que todo esto lo hago en bien de la humanidad.

Bond dominó el deseo de señalar el tremendo riesgo que corría Murik. Todo lo que había escuchado acerca de la Operación Fusión giraba en su mente como un calidoscopio, pero de algo estaba cierto: los terroristas fanáticos que actúan por contrato resultan inestables cuando se les somete a tensión. Por mucha confianza que Anton Murik tuviese en el resultado de su amenaza, podía suceder que, una vez que los escuadrones de terroristas estuvieran en sus respectivos sitios, la situación se le escapara de las manos.

Bond decidió que ahora era más importante que nunca escapar de allí. Prosiguieron lentamente, uno al lado del otro, hasta llegar al pie de la escalera de piedra.

— Se me ocurre una cosa —dijo Bond con la mayor tranquilidad, las manos enlazadas a su espalda.

— ¿De qué se trata? —preguntó Murik, animándolo a continuar. A primera vista, hubiera podido creerse que se trataba de dos personas respetables que hablaban de introducir nuevos sistemas en alguna sólida empresa londinense.

— Si usted desea eliminar a Franco para... para proteger su secreto —prosiguió Bond con gran delicadeza— y para ahorrar gastos, ¿qué razón tengo yo para suponer que no dará instrucciones a Caber y sus hombres para que me eliminen a mí una vez cumplida mi misión? Y, ya para el caso, ¿por qué no limitarse a echar algo en la copa de Franco y pedir a Caber que lo arroje al lago?

Murik se detuvo a la mitad de un paso, y se volvió hacia Bond, con una amplia sonrisa.

— ¡Muy bien, señor Bond! Demuestra usted ser tan astuto como yo esperaba. Tiene justa razón para poner en duda mi palabra; me sería facilísimo arreglar las cosas en la forma descrita por usted... excepto su última sugerencia: no tengo el más mínimo interés en que los restos de Franco aparezcan, como quien dice, a la puerta de mi casa.

Murik dijo esto último con el tono escandalizado de un padre. Prosiguieron su camino hacia la escalera.

— En lo que toca a su propio bienestar —continuó Murik—, mi proposición no lo garantiza, en lo absoluto. Bastaría un paso en falso para que Caber se tomara la venganza con que sueña. Se trata de un bárbaro, señor Bond, pero yo sé dominarlo. Pero me atrevo a señalar que, de haber rehusado usted mi ofrecimiento, tampoco podría usted tener la seguridad de que no estaría yo en situación de hacer muy desagradable su vida... o su muerte. Pero le dejo a usted la elección: todavía está usted a tiempo de marcharse, sin un penique, y pasar cada instante de su vida preguntándose cuándo y dónde le daré alcance. Nadie le creería ni media palabra si fuera usted con el cuento a la policía... o a alguien más. De modo que la única garantía de mi buena fe, es mi palabra; recuerde, sin embargo, que los mayores riesgos están en mi parte del contrato.

— ¿Acaso insinúa usted —interrumpió Bond— que se arriesga a que en vez de eliminar a Franco me alíe con él para sacar más dinero en vez de limitarme a ganar los generosos honorarios que me ha ofrecido?

— ¡Exactamente! —Murik oprimió el interruptor, y el subterráneo quedó sumido en la más negra oscuridad. Subieron la escalera en silencio.

[184] La bota malaya es un artilugio con forma de bota de madera con un mecanismo de prensado. Al girar la palanca, la bota se va encogiendo por dentro, aplastando el pie de la víctima, rompiendo sus huesos y provocando terribles dolores.

[185] Un claymore (del gaélico escocés claidheamh mòr, “gran espada”) es un tipo de espada cuyo uso precisaba de las dos manos para ser blandida (montante o espadón), afilada por las dos vertientes de la hoja, poseedora de una empuñadura de gran longitud (al menos un cuarto del total del arma), que permitía al usuario sustentarla sin necesidad de forzar las maniobras, ni de asirla por la base de la hoja. Este mandoble se caracterizaba, por encima de otros detalles, por consistir su guarnición en un arriaz avanzado sobre la hoja, constituido por dos brazos simétricos rematados en volutas ornamentales que forman un vértice triangular, configurando un potente gavilán que posibilitaba a los que las esgrimían, y que no podían protegerse con un escudo, realizar acciones de detención del arma oponente. Fueron utilizadas y desarrolladas por los highlanders escoceses, a partir de modelos de espada de menor longitud, a las que se les realizaron modificaciones que las adaptasen al uso a doble mano, y finalmente adquiriendo los citados atributos que las hacían óptimas para bloquear los golpes de los enemigos. En el siglo XIII estas espadas eran blandidas por los escoceses en su lucha contra el invasor inglés. Las claymore superaban con facilidad los cuatro pies de longitud (el metro y veinte centímetros) sobrepasando 1,5 Kg de peso.

[186] Indian Point Energy Center (IPEC) es una planta de energía nuclear de tres unidades situada en Buchanan (Nueva York)). Se encuentra en la orilla este del río Hudson, aproximadamente a 56 km al norte de la ciudad de Nueva York. La planta se contruyó originalmente con un reactor que operó desde 1962 hasta 1974. Actualmente opera con dos reactores de agua presurizada de Westinghouse, puestos en funcionamiento en 1974 y 1976. La propiedad y gestión de la planta corresponde a Entergy Nuclear Northeast, una subsidiaria de Entergy Corporation. La central da empleo a 1.100 trabajadores. La unidad 3 fue vendida por Consolidated Edison Co. a la New York Power Authority en 1975, antes incluso de que terminase su construcción. Entró en funcionamiento en 1976. Posteriormente, en 2000 fue vendida a Entergy Corporation. Tipo: reactor de agua presurizada (PWR). Potencia: 1051 MW.

[187] La Central nuclear de San Onofre es una central nuclear situada en la costa del Océano Pacífico en San Onofre. El emplazamiento de 340.000 m² está cerca de San Clemente, en el Condado de San Diego, California, y rodeado por el Parque Estatal de San Onofre. La Unidad 1 ya no está en servicio. Este reactor fue un reactor de agua presurizada Westinghouse que estuvo en funcionamiento durante 25 años, cerrándose definitivamente en 1992. Las Unidades 2 y 3, reactores de agua presurizada Combustion Engineering, siguen funcionando y generan 1.070 MWe y 1.080 Mwe, respectivamente.

[188] Amory Bloch Lovins (1947-) es un físico y ambientalista estadounidense, presidente y jefe científico del Rocky Mountain Institute. Durante cuatro décadas ha trabajado en política energética y temas relacionados. Lovins trabajó profesionalmente como experto en medio ambiente en los años 1970 y desde entonces lo ha hecho como analista para conseguir el concepto, acuñado por el mismos, de "soft energy path" para los Estados Unidos y otras naciones. ha promovido la eficiencia energética, el uso de las fuentes de energía renovable, y la generación distribuida de la energía. Lovins también ha propugnado la "revolución del negavatio" argumentando que los usuarios no quieren kilovatios-hora de electricidad; quieren servicios energéticos. En los años 1990, su trabajo en el Rocky Mountain Institute incluyó el diseño de un automóvil ultra-eficiente, el Hypercar. Titulado por la Universidad de Harvard, Lovins ha recibido diez doctorados honoríficos y conseguido varios premios. Ha proporcionado asesoramiento experto en ocho países, instruido a 19 jefes de estado. En 2009, la revista Time nombro a Lovins como una de las 100 personas más influyentes.

[189] El primer accidente nuclear serio ocurrió en el reactor nuclear NRX de Chalk River, Canadá. Un fallo en los sistemas de apagado y varios errores de los operadores provocaron una reacción en cadena que aumentó la producción de energía del reactor a más del doble del nivel normal. El agua pesada del reactor, usada como moderador, fue purgada, apagando la reacción en menos de 30 segundos. Una serie subsiguiente de explosiones de hidrógeno dañó severamente el interior de reactor. Se liberaron los productos de fisión de unos 30 kg de uranio a través de la pila del reactor. Agua ligera (usada como refrigerante) irradiada se derramó a través del circuito de refrigeración dañado en el edificio del reactor; unos 4000 metros cúbicos de esta agua se bombearon a una zona de desecho para evitar la contaminación del río Ottawa. Los controles posteriores de las fuentes de agua en las cercanías no revelaron indicios de contaminación. No hubo muertos o heridos como resultado directo del incidente. Un estudio de seguimiento realizado en 1982 entre los trabajadores de la central expuestos en el accidente no reveló efectos a largo plazo en su salud. Jimmy Carter, por entonces un teniente de la armada estadounidense se encontraba entre el personal encargado de la limpieza del accidente.

[190] el 29 de noviembre de 1955, el reactor EBR-I de Idaho Falls sufrió una fusión parcial debido a un error de operador, siendo reparado a continuación para proseguir con otros experimentos.

[191] El Incendio de Windscale ocurrido el 10 de octubre de 1957 fue el peor accidente nuclear en la historia de Gran Bretaña, de una magnitud de nivel 5 de un máximo de 7 en la Escala Internacional de Accidentes Nucleares. Los dos reactores habían sido apresuradamente construidos como parte del proyecto de la bomba atómica británica. El accidente ocurrió cuando el núcleo de la unidad 1 del reactor nuclear en Windscale, Cumberland (ahora Sellafield, Cumbria) se incendió, liberando substanciales cantidades de contaminación radiactiva en el área que lo rodeaba. De particular preocupación en ese momento fue el isótopo radiactivo yodo-131, que puede causar cáncer de la tiroide, posteriormente se estimó que el incidente causó 240 muertes adicionales debido a cáncer. Nadie fue evacuado del área circundante, pero hubo preocupación con respecto a que la leche podría estar peligrosamente contaminada. La leche de aproximadamente 500 km2 de la campiña cercana fue diluida y destruida por aproximadamente un mes. Un estudio en el año 2010 de trabajadores involucrados directamente en la limpieza no encontró efectos de largo término sobre su salud provocados por su participación en dichas tareas.

[192] El 24 de mayo de 1958, en el reactor NRU, en Chalk River, una varilla de combustible de uranio se incendió y se partió en dos al intentar retirarla del núcleo del reactor, debido a una refrigeración inadecuada. El fuego fue extinguido, pero no antes de liberar una cantidad notable de productos de combustión radiactivos; la contaminación radiactiva afectó el interior del edificio del reactor y, en menor grado, un área alrededor del laboratorio. Más de 600 personas formaron el equipo de limpieza del accidente.

[193] El 3 de enero de 1961, la Central de Idaho Falls fue el escenario del único incidente fatal en un reactor nuclear en la historia de los Estados Unidos. Un reactor experimental llamado SL-1 (Stationary Low-Power Plant Number 1) fue destruido cuando una varilla de control fue retirada de forma incorrecta produciendo la fusión y explosión del núcleo. Los tres trabajadores que estaban operando en el reactor resultaron muertos. Debido a la contaminación extensiva radiactiva, los tres fueron enterrados en ataúdes de plomo y toda esa sección fue enterrada.

[194] El 16 de julio de 1971 (no 1970) en Cordova, Illinois, un electricista tocó un cable concetado y se electrocutó en la Unidad 1 de la central nuclear de Quad Cities.

[195] El 9 de noviembre de 1971, una instalación de almacenaje de agua de la planta de la central nuclear de Monticello, se desbordó, liberando 190 m^3 de agua de residuo radioactiva en el Misisipí. Posteriormente, algunas sustancias radioactivas entraron en el sistema de agua de St. Paul.

[196] la Unidad Uno de la central de Browns Ferry en Decatur, Alabama, estuvo apagada durante un año a causa de un incendio en 1975 que causó daños por 100 millones de dólares a la Unidad. El fuego quemó controles eléctricos y bajó el enfriamiento del agua hasta niveles peligrosos. A continuación, fue reparada y funcionó desde 1976 hasta 1985, pero desde entonces no ha funcionado. El fuego fue provocado por un operario que utilizaba una llama que buscaba fugas de aire y que accidentalmente prendió fuego a unos cables. Todo esto se concluyó por la Comisión de Regulación Nuclear, que hizo importantes añadidos a las medidas para la protección de incendios. Las Unidades Dos y Tres no fueron afectadas por el accidente.

[197] A mediados de julio de 1976, un fallo en una válvula en la central Vermont Yankee, causó que 300.000 litros de agua contaminada con tritio se vertieran en el río Connecticut.

[198] Fue un desastre de contaminación radioactiva que ocurrió el 29 de Septiembre de 1957, en Ozyorsk, Rusia. Ocupo el nivel 6 en INES (Escala Internacional de Accidentes Nucleares). La planta de Mayak fue construida en territorios antes usados para producir, refinar y trabajar el plutonio. Se crearon unos contenedores especiales para cubrir y mantener estable el plutonio, pero uno de estos explotó por la falla del refrigeramiento que produjo un aumento de temperatura e hizo que que la materia se propagara en el tanque, haciendo que explotaran 80 toneladas de residuos radioactivos. El gobierno soviético decidió no explicar lo sucedido ni prevenir ninguna enfermedad. Pero unos días despues aparecieron enfermedades que afectaron a unas 470.000 personas. Esto obligó a la evacuación de 10.700 personas y más de 10.000 personas fueron reubicadas en otros pueblos. En 1968 se creo la Reserva Natural Urales del Este para prohibir el acceso a la zona mas afectada. La ocultación duró hasta 1980, cuando el biólogo Zhores Medvedev reveló su existencia.

[199] James Earl "Jimmy" Carter, Jr. (1924-), es un político estadounidense del Partido Demócrata que fue el trigésimo noveno presidente de los Estados Unidos (1977-1981). Fue galardonado con el Premio Nobel de la Paz en 2002, por sus esfuerzos «para encontrar soluciones pacíficas a los conflictos internacionales, impulsar la democracia y los derechos humanos y fomentar el desarrollo económico y social». Su mandato como presidente de Estados Unidos, estuvo marcado por importantes éxitos en política exterior, como los tratados sobre el Canal de Panamá, los Acuerdos de paz de Camp David (tratado de paz entre Egipto e Israel), el tratado SALT II con la URSS y el establecimiento de relaciones diplomáticas con la República Popular China y vivió sus momentos más tensos con Crisis de los rehenes en Irán. En política interior, su gobierno

creó los ministerios de energía y educación y reforzó la legislación sobre protección medioambiental.

[200] En 1971 el físico nuclear Ralph Lapp utilizó el término "síndrome de China" para describir la fundición de un reactor nuclear a través de su contenedor, y la posterior penetración del mismo a través de la capa de cemento debajo del mismo, con la consecuente irrupción de una masa caliente de combustible nuclear en el suelo circundante al edificio. El origen de la frase está relacionado con el concepto de que el material radioactivo fundido de un reactor nuclear estadounidense que sufriese semejante accidente podría hipotéticamente atravesar la corteza de la Tierra y alcanzar las antípodas de los Estados Unidos, popularmente (pero de forma incorrecta) asociadas a China. Obviamente, la aparición del material fundido por las antípodas es imposible pues requeriría que el mismo subiese en contra de la gravedad, sin ningún tipo de propulsión.

“El síndrome de China” (“The China Syndrome”) es un film de Columbia Pictures del año 1979, dirigido por James Bridges, producido por Michael Douglas, con un guión escrito por Mike Gray, T.S. Cook y el propio James Bridges y cuyo reparto estuvo conformado por Jane Fonda, Michael Douglas y Jack Lemon, entre otros. Obtuvo 4 nominaciones al premio Oscar: actor (Jack Lemmon), actriz (Jane Fonda), guión original y dirección artística. Dos reporteros de un canal privado filman la alarma dentro de la sala de control. Entonces, la dirección de la empresa trata de ocultar el incidente. Se trata de un thriller político basado en un hecho real, ocurrido en el reactor Browns Ferry, cerca de Alabama. Jack Lemmon, gracias a su creación de un ciudadano medio estadounidense responsable de su trabajo, fue premiado como mejor actor principal en el Festival de Cannes.

[201] La cita es de Thomas Stearns Eliot (1888-1965), más conocido como T. S. Eliot, poeta, dramaturgo y crítico anglo-estadounidense. Representó una de las cumbres de la poesía en lengua inglesa del siglo XX. En 1948 le fue concedido el Premio Nobel de Literatura. En inglés es: “This is the way the world ends / Not with a bang but a whimper”.

[202] La Central Nuclear de Heysham está localizada en Heysham, Lancashire, Inglaterra, operada hoy por EDF Energy. El lugar está dividido en dos estaciones separadas, Heysham 1 y Heysham 2, ambas de reactor avanzado tipo gas enfriado (AGR), con dos reactores cada una. La construcción de Heysham 1 comenzó en 1970, y su primer reactor comenzó a operar en 1983 y el segundo en 1984, operando comercialmente en 1989. Su capacidad máxima es de 1150 MWe.

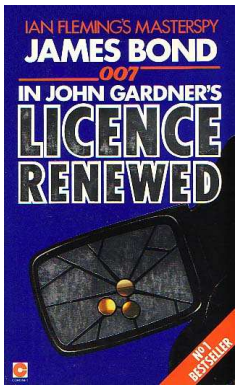
[203] La Central Nuclear de Saint-Laurent está localizada en Saint-Laurent-Nouan en Loir-et-Cher junto al río Loira, a 28 km de Blois y a 30 km de Orléans. Incluye dos reactores operativos de agua presurizada (900MWe cada uno) enfirados por el agua del Loira. Comenzó a operar en 1983.

[204] La planta nuclear de Greifswald (Mecklenburg-Vorpommern) (Alemán: Kernkraftwerk Greifswald, KKW Greifswald), también conocida como central nuclear de Lubmin, fue la mayor planta nuclear de la Alemania del Este, cerrada poco después de la reunificación. Era del tipo VVER-440/V-230, la primera generación de diseño soviético. La unidad dos comenzó a operar en 1975.

[205] Unterweser es una central nuclear situada en Kleinensiel (Municipalidad de Stadland), cerca de Nordenham (antiguamente Esenshamm). Cuando se construyó tuvo el mayor reactor nuclear del mundo. Fue apagada en 2011.

[206] La Royal Military Academy Sandhurst (RMAS), comúnmente conocida simplemente como Sandhurst, es el centro inicial de entrenamiento de oficiales del ejército británico. Sandhurst es prestigiosa y ha tenido muchos alumnos famosos, como Winston Churchill, Abdalá II de Jordania, Alfonso XII de España, Qabus de Omán, y recientemente, los príncipes Enrique y Guillermo del Reino Unido, así como el gran duque heredero Guillermo de Luxemburgo. Todos los oficiales del ejército británico y muchos de otras partes del mundo son entrenados en Sandhurst. La Academia abrió sus puertas en 1947 en el anterior Royal Military College (RMC) en Sandhurst. La Academia se ubica entre los condados de Berkshire y Surrey, marcado por un pequeño arroyo que es conocido como el Arroyo de los Sueños, en cuyo honor el periódico de la Academia es nombrado. Sandhurst, a diferencia de otras academias nacionales militares, como West Point en los Estados Unidos o la Australian Defence Force Academy, no es una universidad. Se espera que los nuevos alumnos sean graduados universitarios aunque este no es un requerimiento absoluto. Esto podría ser visto en casos como el Príncipe William, que era un graduado universitario cuando ingresó a la Academia, mientras que su hermano Henry no. Las Fuerzas Armadas Británicas operan el Welbeck College que prepara a los candidatos para grados académicos de ingeniería en universidades civiles. Se espera que dichos estudiantes posteriormente pasen a Sandhurst, Dartmouth (Britannia Royal Naval College) ó Cranwell (RAF College Cranwell) después de terminar sus estudios.

[207] SAS: Special Air Service, Servicio Especial Aéreo. Véase la nota 25.



13.- Paseo nocturno

EL RESTO DE LA NOCHE, Bond pensó, ante todo, en las seis plantas nucleares cuyos nombres había grabado en su memoria, pues le daban vueltas en la cabeza como una cinta continua. Su conocimiento de la fuerza nuclear y de los reactores que existían en el mundo era muy limitado, aunque, al igual que el resto de sus colegas, había tomado un breve curso relacionado con la protección de dichas instalaciones.

Indian Point Unidad Tres estaba situada en algún lugar cercano a la ciudad de Nueva York; eso lo sabía, por algún comentario que oyera durante el seminario. Cualquier incidente grave en alguna de las tres plantas de Indian Point, sería causa de serios problemas en la propia Nueva York. Y lo mismo podía decirse de San Onofre Uno, situada a unas cien millas[208] de Los Ángeles. Mucho se había criticado la elección del sitio, tan cerca de una posible ramificación de la falla de San Andrés[209], según recordaba.

Heysham Uno estaba en Lancashire, cerca de la costa, y hacía muy poco tiempo que había empezado a funcionar. Saint-Laurent-des-Eaux Dos, en Francia, estaba en la región de Orleáns. Por lo que hacía a los dos reactores alemanes (Norte Dos-Dos y Esenshamm), situados en Alemania Oriental y Occidental, respectivamente, Bond no sospechaba siquiera su ubicación.

Pero, al menos, conocía los nombres, y sabía que el jueves serían atacadas por escuadrones terroristas. El de Murcaldy había hablado de pequeños escuadrones en los cuartos de control. Bond, tan experimentado, se decía que era imperativo escapar y pasar, la información a M... del resto se ocuparían los expertos de MI5; sin duda, los muchachos de Sir Richard Duggan vigilaban sin descanso el castillo de Murik, y no se necesitaría mucho tiempo para llevar tropas. Si no habían dejado escapar el balón, lo más seguro era que Franco ya estuviera bajo la mira del FBI, en los Estados Unidos, y no sería muy difícil aprehenderlo. Y sí ya se hubiera puesto en marcha parte del plan Fusión, estrictas medidas de seguridad en los puntos elegidos limpiarían el lugar de escuadrones suicidas.

Bond no había tenido tiempo para meditar en las compilaciones del delicado plan de Murik. Su mente estaba ocupadísima, y era absolutamente necesario actuar con absoluta serenidad el tiempo que estuviera en compañía de Murik, Mary Jane Mashkln, y Lavender Peacock.

El antiguo adagio de que la mejor defensa es el ataque, quizá no resultara lo más indicado en el campo de batalla, ni como estrategia ni como táctica, pero en la mesa del Señor de Murcaldy, Bond comprendió que era su única salvación. Bond llevó la plática a su tema favorito, el golf, y se apoderó de la palabra, relatando a sus compañeros de mesa los divertidos incidentes de una partida que jugara recientemente. En realidad, se trataba de una descripción, bastante adornada, de una partida que había jugado con Bill Tanner, y Bond decidió que convenía a los intereses del Servicio hacer burla del jefe de Estado Mayor de M.

Incluso Murik pareció divertirse con su largo relato, y Bond se había metido a tal punto en su cuento que, cuando las señoras abandonaron la mesa, tuvo que hacer un esfuerzo para volver a la realidad de Anton Murik sentado frente a él.

No hubo mucha conversación entre los dos hombres, excepto una clara advertencia del anfitrión, quien obviamente consideraba haber dicho demasiado acerca de sus planes. Cuando, finalmente, se levantaron, apoyó una mano en el brazo de Bond y le dijo:

— ¡Manténgase alerta! —y, obviamente, se trataba de una orden—. Es probable que nos marchemos de aquí mañana o pasado mañana, y deberá estar siempre a mis órdenes., hasta que llegue el momento de ganarse su dinero. ¿Está claro?

Bond recordó la antigua palabra inglesa *Waerloga* (el que falta a su palabra), convencido de que, si Murik estaba decidido a faltar a la palabra dada a una banda de desesperados como eran los terroristas contratados por Franco, había poquísimas probabilidades de que Bond, si realmente fuera un mercenario que matara por contrato, llegara a cobrar los famosos honorarios. Sin duda, la muerte de Franco sería seguida por la del propio Bond, a pesar de lo que Murik dijera acerca de sus buenas intenciones.

Cuando se despidió de Murik y de las dos mujeres para retirarse a su habitación, Bond se sintió alentado por la mirada breve y expresiva que le dedicó Lavender, pues supuso que la joven acudiría a su habitación en cuanto el castillo quedara dormido.

De regreso en el cuarto de huéspedes del ala este, Bond escuchó el ligero golpecito de! pestillo electrónico, que se produjo una vez cerrada la puerta. Murik no era hombre que se arriesgara, y cuando Lavender entrara, procedería con extraordinaria precaución.

Empezó a actuar con rapidez; en la maleta grande empacó sólo los elementos esenciales y algunas ropas, y luego desplegó en la cama el resto de lo que iba a necesitar: el Dunhill falso, la pluma para señales de alarma —que se proponía utilizar a fin de poner a M sobre aviso una vez que dejara las inmediaciones del castillo de Murik— y un pequeño objeto plano que parecía el control remoto de un aparato de televisión. Este último objeto lo puso junto a las llaves del auto. Llegado el momento, la velocidad sería factor esencial. Cómo le hubiera gustado tener a la mano su Browning; el estar armado le habría ayudado a sentirse más seguro, pues a la clara luz de la lógica, sabía que en ese lugar no-podía ni debía confiar en nadie; ni siquiera en Lavender Peacock. Sin embargo, por lo que a M se refería, el 007 había concluido su tarea; tenía ya los datos básicos, y se disponía a transmitirlos. Quizá el Saab tuviera que librar un duelo, pero si le ayudaba la suerte y si Lavender era la clase de chica que él suponía, en cuestión de horas, M tendría una unidad especial —quizá el SAE— abriéndose paso en el castillo.

Para terminar, Bond extendió sobre la cama un par de pantalones oscuros y un suéter negro, con cuello de tortuga, así como el par de mocasines de color más neutro que poseía. Luego, una vez que dejó cerca de la puerta los tres balines de acero que se había robado en la sala de control de Murik, se duchó, se vistió las ropas oscuras, se tendió en el centro de descanso y encendió un cigarrillo. Junto a su mano derecha estaba la última pieza de su equipo: una ancha tira de grueso plástico, una de las muchas chucherías que le proporcionara la amable Q'ieta.

El tiempo transcurría con lentitud, y Bond se dedicó a ordenar las restantes piezas del rompecabezas Fusión; si no lograba salir, convenía tener un diagrama mental de las operaciones.

Los pequeños escuadrones suicidas se apoderarían de seis estaciones de energía nuclear. Murik había hecho hincapié en que se trataba de pequeños escuadrones, y de que se apoderarían de las salas de control. Esto significaba, probablemente, que Anton Murik, aprovechando sus muchos contactos con las jerarquías de la fuerza nuclear de todo el mundo, se había procurado identificaciones y pases para los grupos de terroristas.

Por lo que Bond sabía de las estaciones de energía nuclear, los cuartos de control eran autosuficientes y podían aislarse del resto del mundo. Con un grupo de individuos temerarios y decididos encerrados allí, la situación tenía que estar preñada de tensión y de peligro.

En el caso de que Fusión se pusiera en marcha, aun cuando acudieran tropas y escuadrones de policías a las seis plantas se necesitaría tiempo para abrirse paso hasta aquellos cuartos, verdaderas bóvedas de seguridad. Además, a las autoridades les repugnaría precipitar los acontecimientos, sobre todo si sabían que los terroristas estaban dispuestos a morir —y a arrastrar con ellos a muchísima gente—, ya que cortarían los sistemas de enfriamiento de los núcleos atómicos.

Era lógico suponer que Anton Murik plantearía sus demandas al iniciarse la acción. Por lo poco que había dicho, Bond suponía que exigiría dinero o artículos de valor y fáciles de convertir en dinero. La cantidad de dinero sería enorme, sin duda, y si Murik era tan astuto como parecía, fijaría un límite de tiempo mínimo. Por mucho que los gobiernos de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Alemania hubieran afirmado que jamás cederían al chantaje del terrorismo. Fusión los pondría ante el más grave dilema en que jamás se habían visto.

Tratándose de rehenes, aviones, embajadas, los gobiernos podían darse el lujo de arriesgarse a aguardar... entablar el diálogo y buscar una salida. Pero si llegara a presentarse una situación como ésta, no les quedaría ninguna alternativa. Los rehenes serían grandes extensiones de terreno, ciudades, mares, ríos y millones, de personas... todos amenazados por una mortal contaminación que sería devastadora y que incluso podría alterar durante décadas el curso del mundo.

Bond se dijo que aquello era lo último en materia de chantaje... peor incluso que la amenaza de una bomba atómica oculta en el corazón de alguna gran ciudad... porque esta amenaza, muy real, significaba, técnicamente, al menos, que seis núcleos atómicos iban no sólo a destruir seis instalaciones, a diseminar sus heces radiactivas sobre grandes extensiones, sino también a horadar su camino, acumulando calor todo el tiempo, a través de la Tierra misma... y tal vez se produjeran expulsiones radiactivas en otros lugares, además del punto de salida.

Anton Murik era un perfeccionista. Sin duda, había calculado cada paso hasta en los más mínimos detalles: desde la toma de los cuartos de control por los escuadrones terroristas, la presentación de sus demandas, hasta el cobro del rescate y el punto en que Bond lo libraría de Franco... y él a su vez, se libraría de Bond. Pero quedaba pendiente un factor que Murik no había tomado en cuenta: la circunstancia en que Bond pensara ya antes, o sea, la inestabilidad, la incertidumbre y el afán de sacrificio propio de todo grupo terrorista sometido a presión. Fue en este pensamiento, por encima de todo, lo que afirmó a Bond en su decisión de escapar y avisar a M lo antes posible.

Era casi la una de la madrugada, cuando escuchó el clic de la cerradura electrónica. Bond saltó de la cama con la agilidad de un gato, llevando en una mano la tira de plástico, y en la otra los tres balines. Jaló suavemente la puerta, para permitir la entrada a Lavender. Después de recomendarle silencio con un ademán, introdujo un balín en cada uno de los orificios tubulares donde se alojaban los pestillos, y los empujó delicadamente, de manera que los baleros rodaron hasta el extremo de los respectivos orificios. Si Bond había calculado correctamente, los balines de metal harían contacto con el fondo de los orificios, con lo que la señal indicadora quedaría activada en el cuarto donde estiba el conmutador. Si la suerte estaba de su parte, el parpadeo que se produjo cuando Lavender abrió la puerta, tenía que haber pasado inadvertido.

Luego, Bond cubrió con la gruesa tira de plástico los pestillos, para evitar que se cerraran, y emparejó la puerta.

Lavender aún llevaba el vestido que luciera durante la cena. En una mano llevaba algo parecido a una calculadora de bolsillo, y en la otra blandía una de las pistolas para duelo que Bond había tenido ocasión de admirar entre las valiosas armas expuestas en el vestíbulo.

— Lamento llegar tan tarde —cuchicheó ella—. Apenas se fueron a acostar. Han pasado muchas cosas. Caber llegó con algunos hombres, y mi tutor pasó buen rato dándoles instrucciones... aunque solo Dios sabe de qué se trata. Lo que sí sé, es que Caber está loco de rabia. Los oí mientras hablaban en el vestíbulo; me alegro de que te marches, James, pues Caber amenazó con matarte, y entonces oí que Anton le dijo: “Todavía no, Caber, ya llegará tu turno”. ¿Tienes idea de lo que ocurre?

— Bastante clara, Dilly... lo bastante clara para saber que debo pedir ayuda. En efecto, la cosa es muy grave, y sería una tontería ocultártelo. Quiero pedirte algo: mientras yo esté ausente, mantente lo más alejada posible... y si las cosas se ponen color de hormiga, procura esconderte en alguna parte... y ¿quieres dejar de apuntarme con esa cosa? —y le quitó la pistola.

Ella le aseguró que no había peligro de que se disparara, porque no estaba amartillada.

— Pensé que necesitabas algún medio de defensa... algún arma, y sé cargar estas pistolas; Anton me enseñó a hacerlo hace ya muchos años. Tiene una bala y pólvora... y un cebo fulminante.

— ¡Ojalá no me estalle en la mano, si tengo que usarla! —Bond miró aquella pieza de museo con aire de duda.

Lavender le aseguró que funcionaba bien.

— Murik las prueba con regularidad... una vez al año. En cierta ocasión me dijo que era necesario hacerlo, pero creo que lo hace porque le divierte. Ésta es la de Monro, el que salió vencedor.

Bond hizo un gesto de asentimiento, y se apresuró a preguntarle cuál era la mejor manera de abrir la puerta principal. La joven le explicó que en el extremo superior derecho de la puerta principal había un botón rojo.

— Precisamente debajo, hay un pequeño interruptor, como verás, está bajado. Súbelo, y se desconectará el sistema de alarma. Hecho esto, oprime el botón, y se abrirán las cerraduras de la puerta. En el conmutador se darán cuenta en el acto, así que no dispones de mucho tiempo. Ya comprobé que tu automóvil sigue en el mismo sitio.

— ¿Qué es eso? —preguntó Bond, señalando el objeto negro y plano.

— Esto es para abrir las rejas —respondió Lavender. Al parecer, en las rejas de entrada tenían guardia permanente, aunque también estaban equipadas con cerraduras electrónicas—. Mary Jane y Anton llevan una cosa como ésta en su auto —y le mostró que la cajita tenía dos controles, marcados “Abrir” y “Cerrar”. El resto se explicaba por sí solo. Si uno oprimía el botón cuando estuviera a unos 50 metros de las rejas, éstas se abrían automáticamente—. Creo que es todo lo que puedo hacer por ti —dijo la joven, al concluir su explicación.

— Es más que suficiente, mi querida Dilly. Ahora, te voy a dar tres minutos de ventaja, para que te marches y te metas a tu cuarto. Si todo sale bien, volveré con ayuda, y se producirán algunas aclaraciones... Me temo que tu tutor puede ir a dar con sus huesos a la cárcel, por largo tiempo.

— ¡Cuídate mucho, James... querido James! —le rodeó el cuello con sus esbeltos brazos, y Bond la besó. Esta vez, ella no lo evitó; antes bien, se apretó contra él y se besaron apasionadamente. Bond pensó que no era la mejor manera de iniciar su hacía la libertad—. ¡Cuídate! —cuchicheó ella, nuevamente, y él abrió la puerta (procurando mantener en su sitio la tira de plástico) lo bastante para permitirle salir.

Bond deslizó el control remoto en uno de los bolsillo traseros del pantalón; luego introdujo el duro cañón de la pistola en su cinturón, después de asegurarse de que no estaba amartillada, sabedor de los peligros que correría si no tuviera esa precaución. A continuación, tomó las llaves de su auto y su propia cajita extra-plana; se trataba también de un activador remoto, uno de los muchos accesorios con que Communications Control Systems había equipado al Saab; con ese aparatito, podía encender la ignición y echar a andar el motor, casi antes de cruzar los portones del castillo... salvo que alguien hubiera conectado una bomba a la ignición, tal era la verdadera razón por la que se usaba ese arrancador remoto.

Después de varias respiraciones profundas, Bond cogió con la mano izquierda las llaves del auto, el control remoto y su maleta, a fin de tener libre la mano derecha. Cuando abrió la puerta dejó que cayera al suelo la tira de plástico y cerró la puerta tras sí. Los pestillos entraron en sus respectivos sitios, y aguardó ansiosamente para ver si el mecanismo se atascaba contra los balines... pero no ocurrió nada de eso.

Bond permaneció algunos segundos en la total oscuridad del corredor, a fin de que sus ojos se acostumbraran. Luego, lentamente, avanzó hacia la galería.

En el remate de la escalera ardía una luz de seguridad, de baja intensidad. Bond se detuvo, y miró hacia el vestíbulo y a lo largo de la galería. El viejo edificio crujió dos veces. En el mayor silencio, empezó a bajar la escalera, manteniéndose en el extremo de los escalones, donde la madera siempre está más sólidamente asentada y hay menos probabilidades de que cruja.

Una vez que llegó al vestíbulo, sintió el deseo, muy natural, de obrar de prisa, la abrumadora necesidad de acabar con aquello. Pero los largos años de disciplina se impusieron, y Bond cruzó el vestíbulo lentamente, de puntillas. Sin dificultad encontró el tablero con el botón rojo y el interruptor. Levantó el brazo, subió el interruptor y presionó el botón. La puerta principal tenía tres pesadas cerraduras, y las tres retrocedieron al unísono, produciendo como un ruido como un disparo de pistola. En el silencio que reinaba en la casa, aquello era

suficiente para despertar a un muerto... se dijo Bond, y en ese preciso instante, cuando la puerta se abría, dejando entrar una bocanada de aire fresco cargado de los singulares perfumes de los jardines y de la barranca de Murcaldy, se encendieron las luces y una voz le ordenó levantar las manos.

Era Donal. Bond reconoció la voz, y calculó que el mayordomo estaba más o menos a la izquierda del pie de la escalera. Fiándose de su experiencia e intuición, tomó la pistola, la amartilló y se la sacó del cinturón, al tiempo que giraba en redondo.

Disparó casi al azar, y el arma hizo más ruido del que se había imaginado; sintió la reculada de la pistola, y observó la blanca nube de humo que produjo la explosión. Pero sus sentidos no lo habían engañado: Donal estaba precisamente donde su oído lo había situado.

Se escuchó el ruido de una pistola al caer en el suelo, mientras el mayordomo giraba apretándose el hombro, destrozado por la bala, quejándose en una voz aguda, semejante a la de un animal aterrado.

Bond apenas si alcanzó a captar la imagen, borrosamente, para entonces ya había salido por la puerta principal y accionado su control remoto de ignición; además, tiró al suelo la pistola que le proporcionara Lavender, a fin de poder coger las llaves del Saab. Tuvo la impresión de que se encendían luces y de figuras que llegaban corriendo, procedentes de los prados, cerca de la senda de grava, en el momento en que el motor de su automóvil empezó a funcionar.

Arrastrando casi el maletín, Bond emprendió la carrera en dirección al vehículo. El motor ronroneaba dulcemente en el instante en que introdujo la llave en la cerradura, la hizo girar y la sacó en el momento de abrir la portezuela. Arrojando el maletín en el asiento posterior, se deslizó tras el volante, cerrando la puerta de golpe y bajando el seguro.

El “clic” del seguro coincidió con la acción de una de las sombras, que se arrojó sobre el auto. Había llegado el momento de poner a prueba los accesorios especiales instalados por CCS. Actuando con rapidez, Bond abrió los dos compartimientos ocultos, arrojó la Browning sobre la repisa que formaba el tablero instrumentos y tomó su otro juego de gafas Nitefinder.

Para entonces, rodeaban el auto cinco individuos, por lo menos. Incluso antes de colocarse los lentes, Bond pudo ver que dos de ellos le apuntaban con metralletas. Supuso que Caber estaba allí, en alguna parte, pero no tenía intención de tratar de localizarlo. Uno de los hombres le gritó que saliera del auto, y fue entonces cuando Bond apretó el botón que dejaba escapar gases lacrimógenos.

Uno de los aditamentos de seguridad —equipo estándar del “superauto” CCS, como lo llaman— consiste en conductos de gases lacrimógenos situados cerca de las cuatro ruedas: al oprimir el botón, sale el gas, envolviendo al auto y a todo el que intente acercarse a éste.

Bond escuchó el golpecito seco y el silbido que se produjeron al abrirse las cajas, y observó el efecto del gas; los cinco hombres empezaron a alejarse, bamboleantes, y la irritante nube de gas se elevó, nublando las ventanillas. En el auto había una mascarilla y unidad de oxígeno portátil, para el caso de que entrara gas o escapara el aire, pero a Bond le interesaba más colocarse la unidad Nitefinder, dejar el control remoto para abrir las rejas del castillo sobre el regazo, y poner distancia entre él y el castillo. Se aseguró con el cinturón de seguridad, puso el motor en velocidad y soltó el freno de mano. Con el pie

sobre el freno, presionó lentamente el acelerador para acumular potencia. Luego, retirando de golpe el pie que apretaba el freno, Bond dejó que el auto arrancara de un salto, patinando locamente sobre la grava. Enderezándolo a medida que lo controlaba, se alejó del castillo como alma que lleva el diablo. Por el espejo retrovisor alcanzó a ver a los hombres que tosían, se tambaleaban y se cubrían los ojos con las manos, con lo que tropezaban unos con otros... y en medio de ellos, una figura gigantesca —Caber, sin duda— que parecía buscar un arma.

No vio los fogonazos, pero sintió los impactos de las balas de ametralladora que dieron en la parte posterior del Saab. Era mejor no pensar en aquello; las planchas de acero y los cristales a prueba de bala podían protegerlo de casi todas las armas. Quizá un cañón antitanque surtiera algún efecto, pero las balas de una metralleta resultaban inofensivas.

Bond cambió de velocidad, sin quitar el pie del acelerador. Luego, oprimiendo ligeramente el freno, tomó la curva que formaba el sendero de grava; pero lo hizo a excesiva velocidad y produjo una lluvia de grava al deslizarse fuera de la senda, antes de recobrar el control de su vehículo. Se produjeron otros dos fuertes impactos; una de las llantas, supuso, pero no había problema, eran Dunlop Denovos[210], a prueba de pinchazos y rasgones.

En la distancia vio la rejas, y una de sus manos se deslizó hacia la cerradura del portillo para la pistola, abierto justamente debajo del tablero de instrumentos; una vuelta, un movimiento deslizante, y el portillo se abrió. Bond sacó la vieja Ruger Super Blackhawk calibre .44, cuyo uso estaba prohibido, y la puso en un sitio donde le era fácil apretar el gatillo.

Cambió a tercera; las velocidades funcionaban con tranquilizadora precisión. Las puertas se acercaban velozmente, y Bond tomó el control remoto que le diera Lavender. Por su mente cruzó un pensamiento: quizá el control no funcionara, y en ese caso tendría que arrojarse contra las rejas a toda marcha, fiando en el poder de las defensas de acero reforzado con que estaba equipado el Saab, tanto en el frente como en la parte posterior. Después de la experiencia con Donal y los individuos que aguardaban frente al castillo, Bond había empezado a dudar de Lavender y de sus instrucciones. Hasta el momento, todo lo ocurrido podía considerarse como resultado de una emboscada... de manera que sintió un gran alivio cuando vio que, al oprimir el botón del control remoto, las rejas empezaban a abrirse.

Entonces, hacia la derecha, percibió una figura que corría hacia las rejas, con un brazo levantado. Un pequeño fogonazo amarillo, seguido de un golpecito; luego, otro. El portero le disparaba. Bond buscó el gatillo de su Blackhawk y, sin apartar la vista de las rejas, apuntó el cañón a través del portillo, volviendo el arma hacia la derecha para tener el ángulo más amplio posible.

Las rejas, que seguían girando sobre sus goznes, se le venían encima con alarmante rapidez; Bond hizo tres disparos seguidos, y el ruido y el olor de la pólvora llenaron el interior del auto y le golpearon los tímpanos. Para entonces, la figura del portero ya no estaba a la vista, pero las rejas, que se abrían con pasmosa lentitud ya estaban encima de él. Sintió cómo rozaban ambos costados de su auto; se produjo un largo ruido metálico, y se vio libre; cambiando de nuevo la velocidad, se lanzó por la senda pavimentada que lo alejaba del castillo.

El velocímetro indicaba que corría a bastante más de 85 millas por hora[211]; no había luna, pero, gracias al Nitefinder, podía verlo todo con claridad. No tardaría en salir del sendero pavimentado y tomar el camino, más ancho, que llevaba a la aldea. Bond consideró que había llegado el momento de enviar alguna advertencia a M. Metió la mano en el bolsillo, para sacar la pluma para señales de alarma.

Al principio pensó que se había ido al fondo del bolsillo, pues la había tocado varias veces para cerciorarse de que la llevaba. Transcurrieron más de treinta segundos hasta que comprendió que la había perdido, quizá se había caído a las puertas del castillo, o estaba en el piso del Saab... o en el asiento. En el momento en que este hecho quedó registrado en su mente, vio por el retrovisor las luces de otro auto, todavía lejano, procedente del castillo. Cabía suponer que se trataba del BMW de Mary Jane, atestado con Caber y sus muchachos, armados hasta los dientes con metralletas y pistolas.

Tenía que decidir en cuestión de segundos lo que convenía hacer. Sin duda, en la aldea ya se había dado la voz de alarma; se dijo que lo más peligroso era seguir por donde iba, quizá lo que convenía era darse la vuelta, para tomar la senda que corría paralela hacia el castillo; el camino que había seguido la noche anterior para reconocer el terreno. Con las luces apagadas, no era fácil que lo siguieran, y calculaba que, incluso si el camino era malo, no necesitaría mucho tiempo para llegar a la carretera que llevaba a Shieldaig.

En alguna parte tenía que haber un teléfono, una llamada a las oficinas en Regent's Park desatarían un infierno sobre el castillo de Murik en muy corto tiempo.

El auto saltaba como loco por aquel camino sin nivelar, pero Bond no bajó la velocidad. En el retrovisor, pudo apreciar que las luces del otro vehículo no se veían más grandes.

Mantén la velocidad, se dijo. Sigue derecho, y trata de eludir la aldea... que ya se alcanzaba a ver, y se le venía encima; la masa de la iglesia y algunas casas se dibujaban claramente contra el cielo, como amenazadores puños de roca. ¿Lo estarían esperando? Bond trató de recordar el empalme, cercano a la iglesia, con su pequeña señal de madera, había que estar pendiente de esa señal, a fin de dar la vuelta.

De pronto, sin que nada lo indicara, vio ante sí una luz, y luego otra; dos puntos gemelos que partían de un punto cercano a la iglesia: el comité de recepción. Los faros temblaron, y luego fijaron su rayo en el Saab, como luces que en el teatro siguieran la pantomima del rey de los demonios. Bond empezó a bombear los frenos, cambió el embrague a velocidad más baja y redujo ligeramente la marcha, sin dejar de correr a toda velocidad. Procuró reducirla apenas lo indispensable para hacerles creer que pensaba seguir en línea recta... para que supusieran que las luces le impedían ver, ¡decididamente, sus Nitefinders eran un verdadero regalo del cielo!

Bond respiró profundamente... y contuvo el aire cuando vio los primeros fuegos fatuos, indicadores de los disparos de ametralladora, procedentes del punto cercano a la iglesia. Luego, las balas, en su lenta parábola, se dirigieron a él; eran trazadoras[212], lentas pero letales. De nuevo apuntó su Blackhawk por el portillo, oprimió los frenos, se echó sobre el volante y haciendo el auto hacia un lado, disparó dos andanadas... luego un tiro más. La Blackhawk estaba vacía. Alcanzó la Browning, que estaba encima de la repisa del tablero, y vio con cierta satisfacción que uno de los reflectores ya no daba luz.

Su subconsciente parecía gritarle: *¡Ahora... derecho hacia ellos!* El Saab patinaba y saltaba sobre las matas, en respuesta a la maniobra de Bond, que hizo girar el volante a derecha e izquierda, en violento zigzag.

El reflector restante lo había perdido... pero volvió a enfocarse en el Saab, y una segunda serie de trazadoras inició su parábola. Bond jaló el gatillo de la Browning en dos disparos dobles, y por el portillo se perdieron cuatro disparos, en el momento en que llegaba a la altura del reflector. Por unos segundos cesó el fuego, y se dio cuenta de que iba en línea recta hacia la aldea; sentía que le estallaban los oídos con el ruido de sus disparos, y el interior del auto se había llenado con el acre olor de la cordita. Acércate lo más posible, y luego dobla para tomar el otro camino; en su mente, veía la acción como una horquilla por la que corría a toda velocidad por el brazo derecho. Tenía que tomar la curva y seguir por el brazo izquierdo, y sólo había una manera de hacerlo... y dejar al comité de recepción en la duda de si pensaba seguir de frente, quizá para tomar otra calle de la aldea. A la velocidad a que corría, la maniobra era arriesgadísima; bastaba el más pequeño error, para que el Saab se saliera del camino y se volcara.

Vio el poste indicador casi demasiado tarde. También vio algunas figuras que corrían, como si temieran que las arrollara. Tomó el volante firmemente y realizando una especie de baile entre el freno y el acelerador, Bond tomó la curva patinando, Cuando el Saab comenzó a correr en redondo, las llantas chillaron, como si se lamentaran de haber perdido el firme apoyo de la rugosa superficie del sendero... o el contacto con las matas que en él crecían. Hubo un segundo en el que el auto pareció a punto de volcarse; Bond sabía que las cuatro ruedas habían perdido contacto con la superficie, y no tenía manera de volar. Se produjo un golpe y una especie de crujir de dientes, cuando la portezuela dio contra el macizo poste de señales. Por un instante, se interrumpió la marcha, pero entonces Bond pisó el acelerador; volviendo el volante hacia la izquierda, y el Saab se lanzó como un caballo, temblando, agitando violentamente los cuartos traseros; pero no tardó en volver a tomar velocidad, muy suavemente. Por un breve instante, en medio de aquel estruendo, a Bond le pareció escuchar otro motor que funcionaba a ritmo con el suyo.

Dejó escapar un suspiro de alivio, pues ahora avanzaba rápidamente por el sendero que la noche anterior siguiera con tanta cautela. Por lo menos, este camino de tierra era ligeramente menos accidentado que el que acababa de dejar. No había señal de luces en su seguimiento, las que, en su opinión, pertenecían al BMW. Cambió velocidad, y siguió adelante, sintiendo crecer su confianza con cada minuto que pasaba. Tenía que correr tanto como pudiera, a fin de cubrir el tramo que iba paralelo al castillo de Murik y a la hondonada. No podría sentirse enteramente tranquilo hasta salir de la zona del castillo, que se alzaba a su izquierda, en algún punto, en el extremo más lejano del altozano.

Deseoso de darse seguridad, se inclinó para tocar la culata de la Browning, y al mismo tiempo fijó un instante los ojos en el tablero... cosa que muy rara vez hacía. Pero con las luces apagadas y los indicadores del tablero brillando apenas, las cifras no eran tan claras como siempre.

Miró de nuevo hacia arriba... y comprendió que su situación era muy comprometida; los lentes Nitefinder le permitieron ver una forma que se cernía en el aire, algo más adelante. Automáticamente, cambió velocidad y bombeó el pedal del freno. Entonces, aquella forma se movió, desplegando un poderoso

haz de luz a través del camino que él llevaba, y escuchó el ruido de motor que creía haber imaginado al tomar la curva, cerca de la iglesia. ¡El helicóptero! ¡Lo había olvidado por completo! Pero lo tenía delante, reculando lentamente, como el animal que retrocede suavemente, no muy seguro de su presa.

Pues bien, si chocaba con aquella maldita cosa, ¡tanto peor! Bond no aminoró su velocidad. Nuevamente tomó la Browning, sacó el cañón por el portillo, apuntó hacia arriba y disparó dos veces. El helicóptero estaba peligrosamente bajo, sin embargo de lo cual, seguía directamente en su camino, y no había cesado de retroceder. Luego, sin que nada permitiera preverlo, se elevó y se alejó con rapidez. Precisamente delante del Saab se produjo una fuerte luminosidad y un estallido atronador; una versión gigante de la mortífera granada de tiempo usada por SAE. El Saab se sacudió fuertemente, y Bond sintió cómo las abrazaderas del arnés contra inercia se cerraban alrededor de su cuerpo. Sin ese “accesorio”, Bond se hubiera visto arrojado al otro extremo del auto. Pisó con fuerza el freno, pues la intuición que da la experiencia le dijo que la primera no sería la única. En efecto, el helicóptero venía hacia él, volando bajo. Bond se preparó para controlar el volante y aceleró en el momento en que vio al insecto de metal perder altitud.

Hizo exactamente lo que había supuesto que haría: la misma maniobra, picó la nariz, se deslizó rápidamente hacia arriba y retrocedió. Bond hizo girar el volante hacia la derecha, cambió a segunda y dejó que su pie aumentara lentamente la presión sobre el acelerador.

El Saab cambió de curso, y se salió del camino, hacia la derecha, en el preciso instante en que estallaba la segunda granada. Su mente empezaba a ocuparse de la estrategia que debería emplear en su duelo con el helicóptero, cuando la nariz del Saab empezó a levantarse.

Con la horripilante claridad de un sueño sobre el que no tenemos dominio alguno, Bond comprendió lo que había ocurrido; había sido lo bastante estúpido para hacer exactamente lo que pretendían sus enemigos del helicóptero; probablemente, el helicóptero lo había localizado casi desde que saliera huyendo del castillo... por medio de radar o algún otro sistema. La repentina aparición del aparato dedicado a sembrar granadas de tiempo en su camino, había sido una añagaza, lo que querían era que él se desviara hacia la derecha, a toda marcha. ¿Acaso no le había hablado Mary Jane Mashkin de la excavación? ¿Un nuevo sistema de drenaje? ¿No había visto él mismo los montículos de tierra durante su visita al sitio aquel?

Todo esto cruzó como un relámpago por su mente cuando aplicó el freno, demasiado tarde. La nariz del Saab se elevó y recordó que la Mashkin le había mencionado las dimensiones de aquel pozo. Las ruedas trataron de agarrarse al vacío, y un instante después el Saab empezó a caer hacia adelante, inclinándose a un lado, rebotando y chocando contra las paredes del pozo, en un devastador salto mortal.

Casi al final de la caída, Bond se sintió zarandeado brutalmente, a pesar del arnés que lo sujetaba y algo, tal vez la Blackhawk, lo golpeó en la sien. Sintió el atontamiento, pero no hubo miedo ni dolor cuando se sintió envuelto en una niebla roja, seguida de una oscura cortina, que lo llevó flotando hacia el centro de ese negro mar impenetrable.

Arriba, en el sendero, podían verse en la distancia las luces del BMW, en tanto que el helicóptero se posaba suavemente en el suelo cubierto de helechos.

— ¡Lo cazamos! —Anton Murik sonreía, satisfecho.

El piloto se quitó los anteojos Nitefinder que le habían confiscado a Bond la noche anterior.

— ¡Son una maravilla! —comentó—. Se ve con la claridad del día hasta 500 pies de distancia[213].

[208] Ciento sesenta y un kilómetros.

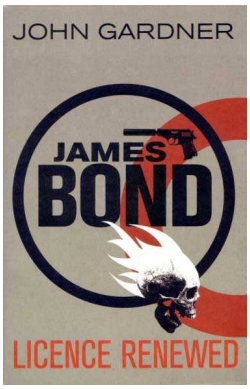
[209] La falla de San Andrés está situada en una gran depresión del terreno en un área límite transformante, con desplazamiento derecho entre la placa Norteamericana y la placa del Pacífico. Esta falla transformante es famosa por producir grandes y devastadores terremotos. Tiene una longitud de aproximadamente 1286 km y pasa a través del estado de California, en Estados Unidos, y de Baja California en México. El sistema está compuesto por numerosas fallas o segmentos. El sistema de fallas de San Andrés termina en el golfo de California. Cada año aproximadamente la península de Baja California se separa 6 cm. El uso de esta falla para provocar una catástrofe artificial ha aparecido en las películas “Superman” (1978) y “Panorama para matar” (1985).

[210] Dunlop es un fabricante de neumáticos y derivados del caucho del Reino Unido. En la actualidad, Dunlop pertenece en un 75% a Goodyear y en un 25% a Sumitomo Rubber Industries. También es una marca de raquetas de tenis.

[211] Algo menos de ciento treinta y siete kilómetros por hora.

[212] La munición trazadora (Trazadoras o trazadores) es un tipo especial de bala, modificada para aceptar una pequeña carga pirotécnica en su base. Esta se enciende al ser disparada, ardiendo intensamente y haciendo el proyectil visible para el ojo humano. Esto le permite al tirador seguir la trayectoria de la bala hacia el objetivo, permitiendo realizar correcciones en su precisión y puntería. Las trazadoras están intercaladas, comúnmente, a cada 4 o 6 cartuchos de munición ordinaria. El líder de pelotón, suele en ocasiones, cargar completamente su cargador con munición trazadora, para designar los objetivos a sus hombres. Para quienes se encuentran en la trayectoria final de la munición trazadora, hay un efecto de ilusión óptica bien conocido, en donde los proyectiles parecieran viajar muy lento, pero mientras se aproximan, aumentan su velocidad considerablemente.

[213] 152,4 metros.



14.- Alta frecuencia

AQUELLA LUZ BLANCA era cegadora. James Bond pensó que podía escuchar el ruido, y por un momento supuso que continuaba en el Saab, girando hacia el fondo de la zanja.

— ¡Maldita zanja! —murmuró.

— Te dije que era para el drenaje, James, quince pies de fondo y más de doce de anchura. Tuvieron que usar antorchas de oxiacetileno para sacarte.

Bond volvió los ojos, y finalmente logró enfocar la figura de la mujer: Mary Jane Mashkin estaba de pie, junto a él.

— En realidad. James, aparte de algunos rasguños, estás bastante bien.

Bond intentó levantarse, pero el arnés lo sujetaba firmemente. Su olfato percibió el olor de la humedad, por lo que volvió la cabeza... y entonces vio dónde estaba: en la aséptica cámara de torturas de Murik, toda ella recubierta de blancos azulejos.

Lo habían amarrado a la mesa de operaciones, y Mary Jane Mashkin vestía una bata blanca. Le sonrió con amabilidad. Detrás de ella, Bond distinguió dos figuras masculinas, un par de matones al servicio de Murik, rostros esculpidos en barro, con ojos de mirada inexpresiva.

— ¡Vaya! —Bond trató de hablar con vivacidad—. En realidad, no me siento demasiado mal. Si tú dices que estoy bien, ¿por qué no me dejas levantarme?

A sus oídos llegó la voz de Murik, muy cercana, muy suave:

— Creo que nos debe usted una explicación, señor Bond... ¿no le parece?

Bond cerró los ojos.

— Las cosas han llegado al punto en que no puede uno dar un paseo nocturno sin que lo tiroteen...

— ¡Muy gracioso! —pero por el tono de su voz era obvio que no encontraba divertida la respuesta—. Mató usted a dos de mis hombres, señor Bond. Marcharse en secreto, llevándose todo lo que sabe acerca de mi proyecto no es la mejor manera de conservar mi amistad y protección. Quedan cancelados todos los contratos celebrados con usted. Pero lo que más me interesa es conocer su verdadera profesión; para quién trabaja... cuáles son sus objetivos. Puedo agregar que conozco su futuro inmediato: va a morir... a menos que nos diga toda la verdad.

Para entonces, a Bond se le había aclarado la mente casi por completo, y se concentró en lo que ocurría, aunque tenía el cuerpo lastimado y sentía un dolor sordo del lado derecho de la cabeza. Le vino a la memoria el recuerdo de lo ocurrido: la huida en medio de la noche, el helicóptero... la trampa en que había caído. También se percató de lo que le esperaba, y comprendió que tendría necesidad de todas sus reservas de fuerza física y mental. Así pues, se dijo: “Concéntrate ya”... y en voz alta dijo:

— Ya sabe usted quién soy, James Bond, 259057, mayor retirado.

— Primero acepta usted trabajar para mí —ronroneó Murik—, y luego trata de escaparse de mi castillo a sangre y fuego... Francamente, hay discordancia, mayor Bond... suponiendo que sea usted el mayor Bond... ya

tengo gente dedicada a investigarlo, pero creo que nosotros averiguaremos la verdad con mayor rapidez.

— Me puse nervioso —Bond procuró que su voz sonara cansada y natural. A decir verdad, ya había recuperado plenamente la conciencia, y su mente funcionaba cada vez mejor, aunque sabía que la tensión de la huida tenía que haberlo afectado. La fatiga tenía que ser meramente superficial.

— ¿Nervioso? —preguntó Murik en tono burlón—. El miedo no es una flaqueza desconocida para los hombres.

"Concéntrate", se dijo Bond, "pon tu mente en las debidas condiciones".

— Me dominó el pánico... creí que podría escabullirme, hasta que todo hubiera concluido.

Murik comentó que era mejor conocer la verdad. Bond lo vio hacer un gesto en dirección de Mary Jane.

— Tenemos tan poco tiempo...

La mujer se acercó a la mesa.

— Soy siquiatra titulada —comentó, arrastrando las palabras—, y practico también algunas especialidades más.

Como la física nuclear, pensó Bond, socia de Anton Murik en la comisión de su crimen nuclear.

— Una verdadera aprendiza de todo y maestra de nada —murmuró.

— Déjese de tonterías, Bond, le aseguro que puede hacerlo pasar un mal rato —Murik le sonrió desagradablemente—. Y debo informarle que ya revisamos su equipaje; para un mercenario y oficial retirado del ejército, lleva usted aparatos muy modernos y complejos... ¡interesante! —nuevamente hizo una indicación a Mary Jane, quien enrolló las mangas de Bond. Éste trató de hacer fuerza contra las correas que lo retenían, pero inútilmente... y empezó a sentirse presa del pánico, buscaba algún punto en el que pudiera concentrar su atención... trataba de recordar las reglas previstas para actuar en casos semejantes... pero su mente se sintió abrumada por el aletear de un sinfín de murciélagos.

Bond sintió cómo le limpiaban el brazo con un algodón mojado en alcohol, justo debajo del bíceps, le produjo una impresión de frío, y a su nariz llegó vagamente el olor. Se esfumó el pánico, pues Bond dominó el temor inmediato ante lo que iba a suceder. ¡Un punto de concentración... un punto de concentración! Bond; James. 259057, mayor, retirado. Eso claramente... ahora bien, ¿qué debería estar en el umbral de su conciencia? ¡Fuerza nuclear!, el tema expuesto por el propio Murik. Bond tenía conocimientos muy elementales de esa materia, pero se concentró en la lectura que M le había recomendado antes de iniciar su misión. ¡Olvídate de M! ¡Ve el libro! ¡Solamente el libro, con sus dibujos, diagramas y texto! Bond, James. 259057, mayor, retirado, Si se proponían usar las drogas ya conocidas para sacarle la verdad, tenía que mantenerse alerta. Había recursos mentales desesperados para contrarrestar los interrogatorios a base de drogas, y el 007 había sido sometido al desagradable curso, impartido en la llamada Escuela Sádica, cerca de Camberley.

— ¡Algo de Mozart me parece bien! —se oyó la voz de Murik, dirigiéndose a alguien que estaba en el otro extremo del cuarto, Mary Jane Mashkin hizo un movimiento, y Bond se encogió ligeramente al sentir que la aguja hipodérmica se deslizaba dentro de su brazo. ¿Qué droga usarían? ¿Qué droga usaría él, si estuviera en su lugar? ¿Sopa (el nombre que en el

Servicio daban al sodio thiopental[214])? ¡No! Sin duda preferirían una droga más tóxica. ¡El libro! ¡Limítate a pasar las páginas... lentamente! ¡Las páginas! ¡Tal vez usaran un coctel: escopolamina[215] con morfina[216]; duermevela... como las señoras cuando dan a luz[217]...!

Bond sintió la sensación de que su cuerpo quedaba totalmente independiente de su mente. ¡El libro... mira las páginas! Allá, lejos, una orquesta tocaba. Violines, cuerdas y maderas, un sonido agradable que tenía cierto aire militar; luego, el piano... todo ello muy, muy lejos.

Iba paseando por el parque, un domingo de verano, mientras la banda tocaba. Allí estaba Lavender, iban tomados de la mano. la chiquillería reía, alegre; había patos y otras aves acuáticas. Gente. Pero se sentía solo, a pesar de la multitud... solo con Lavender —con Dilly—, mientras flotaban sobre el prado, cerca del Mall, mecidos por la música.

Bond hizo un esfuerzo mental para volver a la realidad. Bond, James. ¿Qué seguía? La banda seguía tocando, y él podía oler el costoso perfume que usaba Lavender, cuya mano tenía fuertemente apretada. ¡No... no! Bond James. 259057. Mayor retirado. ¡El libro! Las plantas productoras de fuerza nuclear derivan su energía de la división —o fisión— del isótopo de uranio U-235[218].

La música tenía ahora un ritmo mucho más suave... como la mano de Dilly entre las suyas. ¡No divagues, James, regresa! ¡No cedas! Y entonces escuchó la voz de Lavender que le preguntaba:

— Dime, James, ¿cuál es realmente tu medio de vida?

— Bond, James. 259057. Mayor retirado —sabía que no podía confiar en ella.

— ¡Por favor, querido, déjate de tonterías! ¿A qué te dedicas *realmente?*

¡Lucha, James, pelea! Incluso desde afuera de tu cuerpo... El eco que percibían sus oídos era tan extraño... su habla, estropajosa, como si estuviera borracho, cuando recitó:

— En la planta nuclear, el vapor se produce mediante el calor producido por la reacción en cadena, controlada, que se produce dentro de las varillas de uranio que forman el combustible dentro del núcleo del reactor... —y luego, al escuchar la banda, que seguía tocando, soltó la carcajada.

— ¡Hablas en crucigramas, James! ¿Acaso tu nana nunca le lo dijo cuando eras pequeño? ¿Crucigramas? ¡Tienen algo que ver con la energía nuclear! ¿Cierto? ¿Acaso perteneces a Investigaciones Atómicas? ¿A la Comisión Internacional?... ¿O quizá a la Agencia Internacional de Energía Atómica, en Viena?

¡Piensa, James... algo anda mal...! ¡Domínate! Estás soñando, y eso empeora las cosas. ¡Siente tu cuerpo, mételo en tu cabeza! ¡Actúa! ¡Lucha! “La fuerza nuclear es una manera muy costosa de hervir el agua”... eso decía el libro, y luego había un diagrama. ¡Lucha, James, haz todo lo que te enseñaron en Camberleyl

— ¡Vamos, hombre, dilo ya! ¿Cómo te llamas en realidad?

— Me llamo... —¡No era la voz de Lavender, la otra era la que hacía las preguntas! Sin embargo, podía oler el perfume de Lavender; pero era la norteamericana... ¿cómo se llamaba? ¿Mary Jane? ¡Eso, Mary Jane Mashkin! Quizá, después de todo, Dilly fuera digna de fe. Y en medio de un palio de negro humo, Bond replicó, a gritos—: ¡Bond, James. 259057. Mayor, retirado! ¿Es eso lo que quieres saber, Mary Jane? ¡Porque es la verdad! —luchó con

empeño, pero se interrumpió, pues sabía que de seguir hablando en medio de aquella nube de incertidumbre, empezaría a balbucir como un hilillo de agua. Hilillo... librillo...

Se escuchó otra voz recia:

— ¡Se resiste! ¡Aumenta la dosis!

— ¡Sería mortal! ¡Probemos con recompensas!

— ¡Bien!

El cuerpo de Bond pareció inclinarse hacia adelante; se deslizaba por una ladera invisible, cobrando impulso con la caída. Luego, algo presionó sus orejas; audífonos y una cascada de música, bellas oleadas de notas líquidas que frenaron su descenso y lo consolaron. ¡Señor, qué cansado estaba! ¿Dormirse? ¿Por qué no? De nuevo aquella voz:

— ¿James Bond?

— ¿Sí?

— ¿Cuáles son tus obligaciones?

— Soy... —¡No, James, lucha, necio, mentecato!—. Soy mayor, retirado, número 259057...

Aquella suave música seguía sonando en su cabeza, cuando la voz replicó, airada:

— ¡Quiero la verdad, no esas imbecilidades! ¡Cada vez que faltes a la verdad, ocurrirá esto!...

Es probable que Bond lanzara un alarido. Aquel ruido llenó su cabeza; aquel ruido aterrador, cegador, consistente en rechinidos y agudos lamentos fantasmagóricos. ¡NO!... ¡No...! La estallante llamarada de sonido terminó tan repentinamente como había empezado, pero su resultado fue contraproducente, pues Bond volvió a sentir las terminales nerviosas de su cuerpo, y durante algunos segundos la claridad de su mente fue perfecta y le permitió comprender qué era aquello. Si les daba respuestas evasivas, volverían a llenar su cabeza con aquel sonido. Aquel sonido... ruido blanco de alta frecuencia, ondas de sonido cuyo patrón no era uniforme. Producían dolor, angustia... y cosas peores aún.

Escuchaba nuevamente la música, y luego la voz de Murik, Anton Murik, Señor de Murcaldy, Bond había recuperado sus sentidos lo bastante para reconocerlo.

— Le encomendaron una misión, ¿no es cierto, Bond?

— Vine aquí... usted me invitó —su cuerpo empezó a deslizarse, su mente flotaba.

— Se las arregló para que lo invitara. ¿Quién lo envió?

Se deslizaba... ¡Cuidado, James! ¡Frenos de aire... más despacio... más despacio! Las ruedas del Saab buscando apoyo en el aire, y luego el salto mortal y... ¡estrellado! Después la agonía, aquel ruido chirriante que le llenaba la cabeza, que hacia estallar el cerebro, que tendía ante los ojos una roja cortina, y el dolor que se apoderaba de su cabeza, enormes agujas de sonido acompañadas por los gritos (que no podía escuchar) y los rostros del mal que lo miraban, rabiosos, desde aquella espantosa y agudísima cacofonía. Su cerebro acabaría por estallar, pues las ondas de sonido subían de tono cada vez más. Finalmente, el silencio y apenas los ecos del dolor que convertían su cabeza en un globo gigantesco que latía, latía sin cesar.

— *¿Quién lo envió aquí? ¿Cuáles fueron sus instrucciones?* —una orden cortante como un latigazo.

No, James. Contrólate. Concéntrate. Lucha. El libro. La página. Bond sabía lo que estaba diciendo, pero no podía escuchar su voz: “El núcleo del reactor de una planta de energía atómica está suspendido dentro del recipiente de acero de espesas paredes, como una gigantesca vaina...”

Y volvió el ruido blanco, una oleada que le arrancó el cráneo chillando; clavándole las garras, arañándolo, gritando dentro su alma misma. Esta vez, pareció proseguir con una serie de ataques al rojo vivo, penetrantes, que ni decaían ni se interrumpían, sino que iban en aumento, envolviéndolo, llenando su cerebro de agonía, estallando en sus tímpanos, hinchándolo con su maldad. Cuando, finalmente, el martirio terminó, Bond seguía gritando, al borde de la locura, tambaleándose en el precipicio de la cordura.

— ¿Quién lo envió, Bond? ¿Qué tenía intención de hacer?

— Las varillas de combustible, de doce pies de longitud, están dentro del núcleo...

La locura volvió a cubrirlo... luego, se detuvo.

Cualquiera que fuera la droga que le habían administrado, ya no surtiría efecto, pues el dolor de su gigantesca cabeza lo dominaba todo, y para Bond no existía ya sino la secuela de aquel ruido.

— *¡Respóndame!* —ordenó Anton Murik.

— ¡Váyase al diablo, Murik! —gritó Bond.

— ¡No! —Mary Jane gritó tan fuerte, tan cerca de su oreja, que se sobresaltó, era como si su sentido auditivo y el centro de su cerebro hubieran quedado marcados por el ruido blanco—. ¡Ya no lograrás nada de él!

— En ese caso, lo llevaremos con nosotros... nos desharemos de él después de la chica.

A Bond le costaba trabajo comprender lo que Murik decía. Las palabras estaban allí, bastante claras, pero su concentración era tan deficiente, que no parecía ser capaz de captar su significado. Había que ponderar y comprender cada palabra, para luego unirlas.

— ¡Que venga Caber! —oyó decir, y luego, la voz de la mujer:

— ¡Un caso extraordinario! ¡Su disciplina mental es asombrosa! Normalmente, podemos esperar que el individuo se derrumbe y lo diga todo. O es auténtico, un aventurero audaz que perdió el valor... o bien es un profesional inteligente... y duro.

— Lo quiero a buen recaudo, y manténganlo alejado de la chica. ¿Sospecha ella algo?

— No lo creo —respondió Mary Jane Mashkin—. Palideció ligeramente cuando le dije que el señor Bond había sufrido un accidente. Me parece que la muy estúpida se cree enamorada de él.

— ¡Enamorada! ¿Qué significa eso? —escupió más de lo que dijo Murik—. ¡Llévenselo!

— ¡Me gustaría llevarlo donde ya no volviera! —aquella era la voz de Caber, y fueron los robustos brazos del gigantón los que alzaron a Bond de la mesa. Incluso percibió su olor. Luego, repentinamente, se apoderó de él una total debilidad, y sintió que el mundo se alejaba de él a toda prisa, como si estuviera en el lado opuesto de un telescopio. Y después, negrura total.

Cuando volvió a abrir los ojos, le pareció que estaba solo, estaba acostado en una cama, que reconoció vagamente; pero tan pronto como cerró los ojos, quedó privado de conciencia.

La siguiente vez lo despertó algún ruido, y era imposible saber cuánto tiempo había dormido. Oyó su propia voz, una especie de graznido, pidiendo que lo dejaran en paz, y luego, más fuerte: “Con unos minutos de descanso, estaré bien”... y volvió a desvanecerse, pero esta vez se hundió en un verdadero sueño —no la pesadilla de la cámara de torturas— con música, la banda tocaba oberturas de óperas y cerca de él, bajo los árboles del parque de St. James, Lavender, y cubriéndolo todo el límpido cielo londinense. Y entonces un *jet* que llegaba rompió la paz con sus atronadores motores, y empezó a bajar el tren de aterrizaje, camino del aeropuerto de Heathrow. Y Bond se despertó, clara la mente y libre del dolor de cabeza.

Se encontraba en la habitación de huéspedes, pero ésta había cambiado muchísimo, todo lo que podía moverse de su sitio, había desaparecido, incluso los accesorios del centro de descanso, que era donde Bond yacía. Y se percató de que lo había despertado otro ruido: el seco golpe de los pestillos de las cerraduras electrónicas, que se habían abierto. El corpachón de Caber llenó el hueco de la puerta.

— El amo quiere que le demos de comer — dijo y, haciéndose a un lado, dejó pasar a Hamish, cargado con una bandeja en la que había carnes frías y ensaladas, así como un termo que resultó contener café.

— ¡Muy amable de su parte! —Bond le sonrió—. ¿Ya te recuperaste, Caber?

— Usted tardará más en recuperarse, Bond.

— ¿Puedo preguntarte dos cosas?

— Pregúntelas... ya sabré yo si las contesto.

— ¿Es de día o de noche?

— Está chiflado, es de noche.

— ¿Qué día es hoy?

— Martes. Y ahora, coma. Ya no lo molestaremos más esta noche — Caber lo miró con odio indiferente—. Pero todos saldremos mañana por la mañana —la puerta se cerró, y los pestillos volvieron a su sitio.

Bond se quedó mirando la comida, y de pronto se dio cuenta de que estaba hambriento. Comenzó a comer la carne. Martes, pensó; y salían por la mañana... miércoles. Eso tenía algún significado. ¡Claro! Miércoles era el día en que Franco tenía cita con alguien que debería morir... Pasadizo... palacio... Mallorca... rifle de aire de alto poder con proyectil cubierto de gelatina. Y lo que Murik dijera en la cámara de tortura volvió a surgir en su cerebro: “Nos desharemos de él después de la chica”. ¿Acaso se refería a Lavender, de la que Bond abrigaba sus dudas? Las piezas del rompecabezas Fusión estuvieron flotando alrededor de su cabeza durante casi toda la noche. Dormitaba y despertaba, luego volvía a dormitar, y así hasta el alba, cuando se corrieron las cerraduras y Caber le arrojó un montón de ropa y le indicó que se vistiera; el desayuno se serviría en media hora, y tenía que esto listo para salir a las ocho.

En el último piso del edificio que miraba a Regent's Park, M se encontraba sentado a su escritorio. En su rostro grave se leía la preocupación. Bill Tanner se encontraba en el despacho, y “la Oposición” había hecho nuevo acto de presencia en la persona de Sir Richard Duggan.

— ¿Cuándo sucedió? —acababa de preguntar M.

— Anoche... o, mejor dicho, esta madrugada, cerca de la una y media, según nuestros agentes —Duggan habló de un tiroteo, la persecución de un auto y un par de explosiones, como de grandes granadas de tiempo, en las cercanías del castillo Murik—. Me informan que el vehículo de su agente fue llevado de nuevo al castillo esta tarde, y que estaba destrozado.

M preguntó si seguían vigilando el lugar.

— Difícilmente —Duggan se veía preocupado—. Murik puso a trabajar a buena parte de su gente, batidores y gente de esa. Tratan de actuar como si aquello fuera mera rutina, pero es obvio que están peinando la zona.

— ¿Qué hay de Franco?

— El FBI lo perdió de vista... ayer, en Nueva York, al parecer, se ocultó.

M se quedó pensativo algunos minutos, luego se puso de pie y se acercó a la ventana. Su mirada se fijaba; sin ver, en lo que ocurría allá, abajo, a medida que oscurecía. El 007 se había visto ya antes en situaciones comprometidísimas, incluso peores que la actual. Si la cosa fuera realmente desesperada, ya hubiera pedido ayuda.

— Lo que me preocupa es que su hombre no hizo contacto. Se suponía que estaría en comunicación con mi gente... ¡supongo que no le permitirá usted que invada nuestro terreno!

— ¿Tiene la absoluta certeza de que no siguió a Franco?

— Estoy lo bastante seguro de ello.

— Entonces, se ha visto detenido contra su voluntad —M echó mano de algunos hechos claros y lógicos: 007 conocía la partitura, y era indudable que establecería contacto de algún modo, en cuanto le fuera humanamente posible.

— ¿No cree usted que la Sección Especial debería entrar en Acción provista de una orden de cateo? — Duggan tanteaba el terreno.

M se volvió de espaldas a la ventana.

— ¿Con qué motivo? ¿Que ha desaparecido un oficial de mi servicio? ¿Qué se le envió a indagar lo que tramaban el Señor de Murcaldy y un terrorista internacional? ¿Qué muchachos y muchachas de su Servicio han estado vigilando su castillo y sus tierras? No creo que sea la manera de proceder. Si Anton Murik está mezclado en algo turbio, no tardaremos mucho en enterarnos. Mi sugerencia es que sus equipos mantengan la vigilancia. Yo me entenderé con el FBI... les pediré que redoblen sus esfuerzos y que también traten de localizar a mi agente. Hasta puede que hable con la CIA. Bond tiene especial amistad con uno de sus hombres[219]. No —la voz de M era definitiva—, no, Duggan, deje las cosas como están. Tengo absoluta confianza en el oficial al que encomendé este caso, y puedo asegurarle que cuando dé señales de vida será para poner sobre aviso al grupo de vigilancia destacado por usted o para entrar en acción fuera del país.

Una vez que Duggan se hubo marchado, M se volvió a su jefe de Estado Mayor.

— No me gustó nada eso de que el auto haya quedado destrozado.

— Señor, 007 ya ha destrozado otros automóviles. No nos queda sino esperar, estoy convencido de que saldrá con algo.

— Pues ya podía haberlo hecho —rezongó M—. Sólo espero que no ande por ahí divirtiéndose.

[214] El tiopentato de sodio es una droga derivada del ácido barbitúrico, más conocida por el nombre de pentotal sódico, amital sódico o trapanal. Está clasificado como barbitúrico de acción ultracorta porque el efecto hipnótico en pequeñas dosis del fármaco desaparece en pocos minutos. Es inductor de anestesia y ha sido empleado en la inducción de estados de coma médicos. Es uno de los barbitúricos más empleados en la anestesiología clínica. El pentotal fue utilizado en psiquiatría porque parecía mejorar la fluidez de respuesta del paciente. Por ello se le conoce como suero de la verdad y se pensó que podría resultar de utilidad en interrogatorios. La teoría dice que al ser la mentira es una elaboración compleja, consciente, y mucho más complicada que la verdad, si entonces se deteriora la actividad superior cortical, al sujeto le resultará mucho más complicado mantener su voluntad y la "verdad" fluirá con mayor facilidad. Aun así no hay garantía de que el sujeto cuente lo que se espera, puesto que muchos factores pueden modificar esto, desde un entrenamiento especial hasta condiciones ambientales o, simplemente, una asunción de la mentira como verdad por parte del sujeto.

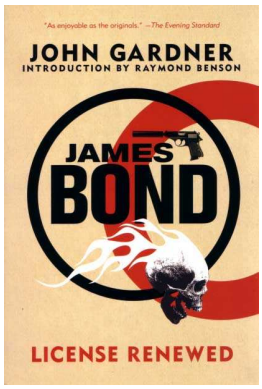
[215] La escopolamina, también conocida como burundanga, es un alcaloide tropánico que se encuentra como metabolito secundario de plantas en la familia de las solanáceas como el beleño blanco (Hyoscyamus albus), la burladora o borrachero (Datura stramonium y otras especies), la mandrágora (Mandragora autumnalis), la escopolia (Scopolia carniolica), la brugmansia (Brugmansia candida) y otras plantas. Es una sustancia afín a la atropina que se encuentra en la belladona (Atropa belladonna). La escopolamina es una droga altamente tóxica y debe ser usada en dosis minúsculas, como por ejemplo, en el tratamiento de la cinetosis (mareos vehiculares), se usan dosis trasdérmicas que no superan los 330 µg cada día. Una sobredosis por escopolamina puede causar delirio, y otras psicosis, parálisis, estupor y la muerte. Los efectos de la escopolamina en interrogatorios fueron estudiados por los criminólogos desde principios del siglo XX.

[216] La morfina es una potente droga opiácea usada frecuentemente en medicina como analgésico. La morfina fue nombrada así por el farmacéutico alemán Friedrich Wilhelm Adam Sertürner en honor a Morfeo, el dios griego de los sueños.

[217] La anestesia peridural es la introducción de anestésico local en el espacio epidural, bloqueando así, las terminaciones nerviosas en su salida de la médula espinal. Por lo tanto su distribución será metamérica, es decir, se anestesiará la zona del cuerpo que corresponde a los nervios que han sido alcanzados por el anestésico local inyectado. Fue descubierta en 1921, por el médico militar Fidel Pagés, natural de Huesca, España. Su uso más común es para bloquear el dolor durante el parto, pero también se utiliza en intervenciones quirúrgicas tales como operaciones de la pierna, pelvis o genitales.

[218] Se denomina isótopos a los átomos de un mismo elemento, cuyos núcleos tienen una cantidad diferente de neutrones, y por lo tanto, difieren en masa atómica. El uranio-235 (235U) es un isótopo del uranio que se diferencia del uranio-238, el isótopo más común del elemento, en su capacidad para provocar una reacción en cadena de fisión que se expande rápidamente, es decir, que es un isótopo fisible. De hecho, el uranio-235 es el único isótopo fisible que se encuentra en la naturaleza.

[219] Se refiere a Felix Leiter.



15.- ¡Se escapó la pieza!

BOND, SENTADO en la parte posterior de la aeronave, no había podido tratar siquiera de seguir la ruta del vuelo, pues casi todo el tiempo habían volado entre bancos de nubes; sin embargo, Estaba convencido de haber visto París, más o menos una hora después de despegar, a través de una abertura entre los cúmulos.

Atenazado entre dos de los musculosos hombretones de Murik, vio inclinarse el ala, y le pareció que abajo estaba el mar. Bond estiró el cuello, a fin de ver algo a través de la ventanilla del pequeño avión de retropropulsión, el horizonte se inclinó y apareció, en la lejanía, la línea de la costa. Un valle plano, rodeado de montañas; playas de recreo, una hilera de blancos edificios de veraneo; luego, tierra adentro, grupos de casas, caminos que se entrelazaban, una extensión de tierra de aspecto pantanoso y, durante un segundo apenas, una ciudad vieja, más extensa. Empezó a recorrer el archivo de sus recuerdos. ¡Conocía aquella vista! Ya había estado allí... pero, ¿cuándo? Empezaban a perder altitud, y el avión enfiló tierra adentro, hacia las montañas. Aquellos serrados picos parecían tan cercanos, que se sentía uno incómodo. Luego cambió el zumbido de los motores, pues el piloto había acelerado el descenso.

Lavender estaba sentada al lado de una ventanilla, en la parte delantera, y a su lado tenía a uno de los miembros de la guardia personal de Murik. El de Murcaldy había llevado a bordo a cuatro de sus hombres, comandados por Caber. En ese preciso momento, el gigantón parecía llenar el pasillo, pues se había inclinado para escuchar a su amo, que le daba instrucciones; Murik, acompañado por Mary jane, había pasado el tiempo del vuelo cómodamente sentado en una oficina situada justo detrás de la puerta de la cabina de mando. Bond no les había quitado la vista de encima, y al parecer se habían dedicado a estudiar mapas y a hacer anotaciones. En cuanto a Lavender, no se le había dado ocasión de comunicarse con ella, si bien la joven lo había mirado con ojos que parecían gritar pidiendo socorro... o perdón, no había logrado aclarar esto.

El viaje se había iniciado a las ocho en punto, cuando Caber y sus secuaces llegaron al cuarto de huéspedes. Se mostraron razonablemente atentos durante el trayecto hacía el edificio principal, cruzando por el departamento de criados, hasta la entrada de servicio, donde Caber ordenó que lo esposaran; así, quedó sujeto a los dos hombres. Fuera de lo que, sin duda, era la entrada de los proveedores, vio a un hombrecito que se encontraba de pie, al lado de un camión de reparto, tan viejo, que parecía estar en servicio desde los años treintas. Las desvaídas letras doradas que ocupaban los costados del vehículo proclamaban que pertenecía a Eric MacKenzie, Panadero y Pastelero, Murcaldy.

Por lo visto, Anton Murik no estaba dispuesto a correr riesgos. El camión del panadero, un truco clásico, pues sin duda se trataba de un proveedor que acudía diariamente al castillo, y si había alguien vigilando, verían aquella visita como la cosa más natural del mundo. La rutina es la peor enemiga de la vigilancia. Simple y eficaz; la manera ideal de sacar a Bond sin llamar la atención. Se vio rápidamente arrastrado a la parte posterior del vehículo,

totalmente vacío, que olía a pan recién horneado; el piso estaba cubierto por una fina capa de harina.

Caber fue el último en entrar, y echó la aldaba por dentro. El gigante ordenó a Bond que guardara silencio, y el camión se puso en movimiento. Así pues, el viaje se inició de manera bastante incómoda. Bond iba en cuclillas, y el polvillo de harina se le pegaba en la ropa.

No le resultó difícil percatarse de que iban por un camino directo que llevaba al pueblo, pues la dirección era obvia, y los cambios en la superficie se dejaban sentir en los brincos y sacudidas. Por último, el conductor empezó a disminuir la velocidad, y luego dio una vuelta muy forzada hacia la derecha, como si maniobrara para salvar una entrada difícil. Eric MacKenzie (si se trataba de él) tenía problemas con el embrague, y la vuelta se dio con gran acompañamiento de rechinidos y vibraciones. Por último el camión se arrastró, hasta detenerse, y se abrieron las puertas.

Caber bajó de un salto, y con un rápido movimiento de su enorme cabeza ordenó a los demás que lo siguieran. El vehículo se había detenido en un patinillo, tras unos portones de madera. Todo allí olía a panadería, casi tan intensamente como el interior del camioncito. Bond se dijo que no hacía falta ser un genio ni un Sherlock Holmes[220] para percatarse de que se encontraban en patio de MacKenzie, sin duda en el centro de la aldea de Murcaldy.

Estacionado a su lado, dando frente a los portones de madera, se encontraba un vehículo blindado Commer[221], pintado de azul, con la leyenda Security International pintada en blanco a ambos costados. El Commer se veía sólido y segurísimo, con las ventanillas enrejadas que protegían la cabina del conductor, las espesas puertas, las defensas reforzadas y pesadas placas en los puntos más vulnerables.

Bond fue obligado a subir al interior del vehículo de seguridad. Caber y sus hombres procedieron con tal rapidez, que apenas si pudo entrever al conductor, a cuyo lado se sentaba un individuo armado de una metralleta.

Esta vez, Caber no subió con ellos. Las puertas se cerraron de golpe, y uno de los tipos a los que Bond iba esposado echó el picaporte desde adentro.

Sujetas a los costados del vehículo había unas incómodas bancas de madera, y Bond se vio forzado a ocupar una de ellas, siempre flanqueado por sus dos guardias. Se trataba de hombres jóvenes, fornidos, que no parecían inclinados a hablar, pues le intimaron que tenían órdenes estrictas de guardar silencio. Bond hubo de reconocer que Murik sabía protegerse, puesto que incluso eliminaba la posibilidad de que su prisionero iniciara relaciones, del tipo que fuera, con los guardias. Cuando intentó hablar, el peso completo sentado a su izquierda se limitó a darle un codazo en las costillas, y le ordenó que se callara. ¡Nada de conversación!

El viaje en el vehículo blindado duró cerca de seis horas. No había ventanas ni a los lados ni al frente (que pudieran conectarlos con la cabina del chofer), y era imposible ver algo a través de las mirillas enrejadas abiertas en las puertas posteriores.

Lo único que Bond podía hacer, era tratar de calcular la velocidad y la distancia recorrida. Al cabo de una hora, había perdido por completo todo sentido de la dirección, si bien tenía la idea de que avanzaban más hacia el norte. Cuando, por último, se detuvieron, calculó que habían recorrido unas doscientas millas[222]... por cierto, un viaje lento y sumamente incómodo.

Eran ya cerca de las tres de la tarde, y cuando se abrieron las puertas del transporte, Bond vio, con sorpresa, que Caber ya estaba allí, aguardándolos. Todavía en el interior del vehículo, Bond sintió una brisa cortante, por lo que supuso que se habían detenido en campo abierto. No podía comprobarlo, parque habían arrimado la parte posterior del transporte a un pequeño edificio de concreto, y estaban a uno o dos pasos de las puertas, abiertas de par en par. A derecha e izquierda, las puertas del vehículo impedían la vista. Se hablaba poco, y casi todas las órdenes consistían en gruñidos y señas, como si Bond fuera sordo e imbécil.

En el interior de la construcción de concreto, lo condujeron por un estrecho pasillo que, según pudo observar, descendía ligeramente. A continuación, se vio dentro de un cuarto sin ventanas, donde, por fin, le quitaron las esposas y le permitieron hacer uso del lavatorio, que tampoco tenía ventana alguna, sólo ventilas abiertas a mucha altura, cerca del techo. Le trajeron alimento (emparedados y café), que consumió bajo la mirada vigilante de uno de los guardias, mudo e impasible, si bien bajo su chaqueta, que de vez en cuando se abría, sobresalía la culata de una Smith & Wesson calibre .38, de cañón corto. Bond se dijo que era una de sus armas favoritas, la Centennial Airweight[223].

Desde el momento en que partieron del castillo, Bond apenas si había pensado en otra cosa que no fuera la posibilidad de escapar. Sin embargo, se dijo que ese no era el momento de intentarlo, encerrado en una especie de casamata sólidamente construida, en un lugar desconocido, bajo la estrecha vigilancia de hombres armados y del gigante Caber. Y cuando pensó en Caber se dijo que si ya habían hecho inventario de todos sus efectos, la mole escocesa conocía, sin duda, el secreto del triunfo de su vencedor en la lucha. Caber le iba a causar problemas, pero al menos la cosa ya estaba en movimiento, y a Bond le animó la devolución de una de sus prendas de vestir: su grueso cinturón de cuero, cuyos secretos, según pudo comprobar, no habían sido descubiertos.

Llevaba en su equipaje tres cinturones de distinto color y diseño pero todos ellos equipados con los mismos elementos, de grandísima utilidad. La Sección Q había hecho aquellos cinturones de tal manera, que su contenido era prácticamente imposible de descubrir, aunque los sometieran al más moderno detectoscopio, como el avanzadísimo J-200 que tanto se usaba en el Servicio del propio Bond. Era consolador contar con ese recurso, ya que había sido despojado de todo lo demás: reloj, cartera... en fin.

Bond, que estaba sentado, dedicaba de vez en cuando una sonrisa a su guardián, sin provocar ninguna reacción. Por último, le preguntó si podría darle un cigarrillo. El escocés se limitó a asentir con una inclinación de cabeza, y arrojó un cigarrillo a los pies del 007. Bond lo recogió y pidió lumbre. El tipo arrojó una carterita con algunos cerillos, y le ordenó que, una vez encendido el cigarrillo, la arrojara al suelo y la empujara con el pie: definitivamente, no podría valerse del truco de encender los cerillos y arrojárselos a la cara.

Serían las cuatro de la tarde cuando se escucharon ruidos procedentes de arriba; un helicóptero que volaba muy bajo sobre el edificio, y luego el ruido de la hélice que bajaba sus revoluciones para aterrizar. Pasados unos minutos, entró Caber, acompañado por los otros guardias.

— Va usted a reunirse con el señor de Murcaldy —su tono no era informativo, sino imperativo—. No está lejos, y no necesitará las cadenas...

pero le advierto, si intenta algo, lo desbarato —y era obvio que Caber hablaba muy en serio, y que se sentiría encintado de desbaratarlo.

Entre su guardia de honor, Bond recorrió el pasillo cuesta arriba, y cruzó la puerta. El transporte de seguridad había desaparecido, y pudo ver que se encontraban junto a un pequeño campo de aterrizaje, por lo visto, lo habían tenido en el sótano de lo que era, sin duda, la torre de control.

Allí cerca se encontraban dos Piper Cubs[224] y un Aztec[225]. Más lejos, hacia la izquierda, Bond vio el helicóptero, y supuso que procedía del castillo Murik. Frente a ellos, en el extremo de la pista pavimentada, se estremecía un esbelto avión de retropropulsión, del tipo llamado "ejecutivo"; sus motores funcionaban al mínimo, en espera de emprender el vuelo en cualquier momento. Decididamente, se trataba de un juguete muy costoso —quizá un Grumman Gulfstrearn[226]— revestido de una librea cremosa, de brillo mate, y, en letras doradas, la leyenda "Aldan Aerospace Inc". Bond recordó haber visto el nombre de esa empresa en el expediente de Anton Murik que le fuera mostrado por M.

Caber les señaló el *jet* con un imperioso ademán de cabeza, y mientras se dirigían a la aeronave, con paso garboso, Bond volvió la cabeza. En un muro de la torre de control había un pulcro letrero de madera que decía: "Aldan Aerospace, Inc., Club de Vuelo. Privado".

Cuando penetraron en el espacioso avión, Murik y Mary Jane Mashkin ya ocupaban sus lugares, y también estaba allí Lavender y su guardián. La pareja ni siquiera se volvió a mirar a su cautivo, al que colocaron entre dos guardias, como antes. Un joven recorrió el castillo, revisando entre grandes aspavientos los cinturones de seguridad y fue en ese momento cuando Lavender se volvió para mirar a Bond directamente a los ojos. Durante el vuelo se volvió a mirarlo varias veces, y en dos ocasiones incluso le dedicó una pálida sonrisa.

Más tardaron en acomodarse, que la puerta en cerrarse y la aeronave en empezar a moverse, apuntando la proa hacia la pista. Segundos después, se escuchó el rugido de los motores gemelos Rolls-Royce Spey[227] de retropropulsión, luego abrieron sus gargantas, y el avión empezó a rodar por la pista, zarandeándose como si se tratara de un caza de un solo asiento, para luego ascender, rápidamente, hacia el interior de una delgada capa de nubes.

Ahora se acercaban al final de su viaje, y el sol ya estaba bajo en el horizonte. Las montañas se alzaban sobre ellos, y parecían inclinarse hacia aquella nave voladora que cargaba contra ellas. Bond seguía taladrando la lejanía, deseoso de identificar el sitio que sobrevolaban. Y entonces, de repente, reconoció el plano seno de la montaña que tenían a su izquierda. ¡El Canigó[228]! No era nada extraordinario que reconociera una zona que conocía a la perfección. El Rosellón[229]... era esa planicie rodeada de montañas, junto al mar, y acurrucándose contra España. Estaban en Francia, en los Pirineos Orientales, y la vieja ciudad que vislumbrara era Perpiñán, otrora asiento de los reyes de Mallorca. Debiera de haber visto las torres que quedaban de la vieja muralla y la vasta fortaleza que en tiempos idos fuera el palacio engarzado entre los arracimados techos de teja y las estrechas callejas.

¿El Rosellón? Modas Rousillon. Y a la mente de Bond volvieron los fragmentos ininteligibles de la conversación sostenida por Murik y Franco después de que el micrófono plantado por él se cayera del escritorio. Al parecer, era allá abajo, en el antiquísimo palacio erigido en el Medievo, cuando

aquella región era un reino independiente regido por los reyes de Mallorca, donde Franco debería dar muerte a alguien, con un rifle de aire, de alto poder, en la noche del miércoles (es decir, esa misma noche), la víspera de la Operación Fusión. ¿La víctima? Bond creía saber casi con certeza quién sería la víctima. Aquello cambiaba la situación radicalmente. Costara lo que costase, tenía que aprovechar la primera oportunidad, sin siquiera dudarlo. Más que nunca, tenía que escapar.

Ahora ya sabía dónde se encontraban, estaban a punto de llegar al aeropuerto de Perpiñán, cerca de la aldea de Rivesaltes[230] a sólo tres o cuatro millas de la ciudad. Bond había estado allí en el invierno para esquiar, además de haber pasado muchos y felices veranos en aquellos alrededores.

Los motores flamearon, y el pequeño *jet* rodó presuroso por la pista principal, y luego, lentamente, giró para alejarse de los edificios del aeropuerto, en dirección al extremo del campo.

El avión giró sobre su eje y, por último, se detuvo; el guardián sentado junto a Bond apoyó fuertemente una mano sobre el brazo de su prisionero, para evitar cualquier movimiento, ello significaba, sin lugar a dudas, que los amos se disponían a desembarcar, los primeros.

Cuando Murik llegó a la altura del asiento de Bond, hizo una pequeña inclinación y su cara de perro dogo se partió en una amplia sonrisa.

— Espero que haya disfrutado del vuelo, señor Bond. Nos pareció que lo mejor era tenerlo con nosotros, para no perderlo de vista durante esta importantísima fase. Estará usted bien atendido, me encargaré de que mañana tenga un asiento en primera fila.

Bond no sonrió.

— ¿El banquete del reo de muerte? —preguntó.

— Algo por el estilo, señor Bond, pero... iqué manera de morir!

Mary Jane, quien materialmente venía pisándole los talones a Murik, le dedicó una sonrisita torcida.

— Debiste aceptar mi ofrecimiento cuando aún era tiempo, James —y soltó una carcajada, que no era desagradable.

Murik sonrió con picardía.

— Nos veremos más tarde —dijo, y se marchó, cruzando la puerta con aquel su saltito pajaresco.

Por vez primera, Bond sintió que Lavender era digna de confianza en un ciento por ciento, y cuando ella avanzó por el pasillo, la miró y le sonrió, alentador, aunque el gañán que la custodiaba la llevaba firmemente sujeta por un brazo. En sus ojos podía leerse su nerviosismo, pero luego brillaron cálidos, como si Bond le transmitiera valor y fortaleza.

Se habían detenido al costado de un gigantesco hangar flanqueado por unas oficinas, cuyo techo coronaba un letrero de luz neón que proclamaba que allí se alojaba “Aldan Aerospace (France), Inc.”. Bond se preguntó qué había inducido a Murik a elegir la región catalana —el Rosellón— como cuartel general para esa parte de Europa. Modas Rousillon, claro, pero tenía que haber alguna otra razón. Bond se preguntaba hasta qué punto se relacionaba aquello con la Operación Fusión.

Los guardias parecían perros pastores, rodeando a Bond, pero procurando que la caminata del avión a los edificios pareciera lo más natural posible. El hangar y las oficinas estaban apenas a unos metros de la verja que marcaba el límite del aeropuerto, y allí cerca estaban plantados varios viejos

Britannias[231], que daban la impresión de una parvada de gansos disecados. Todos ellos ostentaban la leyenda “European Air Services”[232], que corría a lo largo del costado, por encima de la hilera de ventanillas ovaladas, la cerca era baja, y estaba rota en dos sitios. Más allá, estaba la vía del tren, y después de ésta, una carretera importante (la Route Nationale[233]) por la que corrían velozmente los vehículos. Bond se dijo que iban y venían de Perpiñán[234]... porque en esa región, todos los caminos llevaban a esa ciudad.

Haciendo el máximo esfuerzo, se dijo, podría llegar al cercado y cruzarlo en treinta segundos... ¡treinta segundos! Incluso pensó seriamente en las probabilidades a medida que se acercaban a las oficinas. Los musculosos escoceses que lo rodeaban reaccionarían de inmediato. Sin embargo, Bond se sentía hipnotizado por la idea de escapar por aquella verja, si se presentaba la oportunidad.

Por cierto que se iba a presentar mucho antes de lo que suponía. Estaban a unos pasos de las puertas de la oficina cuando, por la esquina del edificio, en animada conversación y con grandes carcajadas, apareció un pequeño grupo de hombres, cuatro, vistiendo el uniforme azul oscuro de las líneas aéreas comerciales, Estaban lo bastante cerca para que Bond distinguiera las letras EAS bordadas en oro en sus gorras. European Air Services. Hasta él llegaron algunas palabras en inglés, y luego una rápida respuesta en francés, pues la tripulación venía acompañada de dos franceses, funcionarios de aduanas... el grupo se dirigía, lentamente, hacia los Britannias.

Murik y Mary Jane estaban ya casi a la puerta de la oficina, acompañados por uno de los guardias; tras ellos, Lavender era firmemente conducida por su perro guardián, y Caber caminaba solo, entre ella y Bond, al que flanqueaban los dos hombres de rigor.

Comprendió que se jugaba el todo por el todo; las probabilidades pasaron como un relámpago por su imaginación: poner todo lo que se posee a una sola carta; a un número de la ruleta... a un caballo. Si la sorpresa fuera tal que los hombres de Murik tardasen siquiera unos segundos en empezar a disparar o en perseguirlo, quizá lo lograse. En una fracción brevísima, Bond pesó todos los riesgos: ¿estaría Murik dispuesto a llamar la atención hacia él y su grupo? ¿Se arriesgarían a herir... quizá a matar a otras personas? Era cuestión de obrar con audacia y nervios de acero.

Más tarde, Bond se dijo que quizá fue la aparición del tren lo que le impulsó a decidirse; el sonido de una sirena allá, lejos, y el espectáculo de un largo ferrocarril que culebreaba por la vía, como a una milla de distancia.

Hizo más lento su paso, lo que obligó a uno de los guardias a encajarle los nudillos. Bond, furioso, hizo al hombre a un lado. “No me puedes detener”, dijo en voz muy alta. “Me importa un comino tu maldita junta”. Luego, mirando hacia el grupo formado por la tripulación y los aduaneros, levantó más la voz, y gritó: “¡Válgame Dios!” e incontinenti dio un paso para alejarse de su guardián más cercano, quien estiró la mano para agarrarlo. Bond actuó con presteza. La suerte estaba echada: *Le máximum: faites vos jeux*[235].

Bond se había alejado, y a grandes zancadas, levantando la mano en ademán de saludo, se dirigió hacia el grupo de uniformados.

— ¡Johnny! —gritó—. ¡Johnny Manderson...! ¿Qué demonios haces en este lugar?

Los uniformados se detuvieron, y se volvieron a él. Uno de ellos sonrió ampliamente; los otros expresaban extrañeza.

— ¡Vuelva acá! —Caber se esforzaba por hablar en voz baja, al tiempo que avanzaba; y Bond escuchó que Murik ordenaba, con voz sibilante: *Tráelo... pero, por Dios, ten cuidado.*

Para entonces, sin embargo, Bond ya estaba junto al grupo, la mano tendida hacia uno de la tripulación, el cual, por una acción refleja, le tendió la mano cordialmente, si bien comenzó a decir algo acerca de un error.

— ¡Cuánto me alegra verte, Johnny! —Bond le estrechó la mano, sin soltársela, y sin dejar de hablar en voz alta. Luego, atrajo al hombre hacia sí, al tiempo que daba la vuelta, con lo que le sirvió de escudo entre los hombres de Murik y él mismo. Caber y dos de los guardias se adelantaban como al descuido, las manos en los bolsillos de la chaqueta y, sin duda, en la culata de sus armas. Al fondo, los demás se metían lentamente en el edificio. El rostro de Murik, que miraba hacia arriba no expresaba nada, era una máscara.

— ¡Cuánto lo lamento! —Bond hablaba en voz normal, y con una agradable sonrisa—, Un pequeño problema acerca de unos derechos que no pagué. Hay que tener cuidado con esos tipos, un hatajo de bandidos, todos ellos. Tengo que apresurarme.

Y cubriéndose con el grupo de hombres uniformados, echó a correr, agachándose lo más posible, y zigzagueando hacia una de las aberturas que observara en la cerca. Escuchó gritos, pero no hubo tiros, sólo ruido de pies y algo que discutían Caber y sus secuaces y los miembros de la tripulación y los aduaneros. Bond se tiró de clavado por la abertura, y se dejó resbalar por la pendiente, hacia la vía del tren, cuyo estruendo sacudía la grava y borraba cualquier otro sonido. Si iba a haber tiroteo, tenía que ocurrir en los próximos segundos, antes que el tren los alcanzara.

La enorme máquina venía del lado derecho... de la dirección de Perpiñán, se dijo. No había tiempo para reflexionar: ¡ahora o nunca! Delante del tren que se le venía encima, Bond se arriesgó; de dos largas zancadas cruzó la vía y, llegado al otro extremo, se dejó rodar, hecho una bola; la máquina casi le rozó la espalda al pasar a su lado, con un fuerte ¡buuu! de su sirena.

La sirena no se parecía en nada al sonido de las trompas de caza, pero durante un segundo Bond se sintió transportado, escuchó el ruido de las herraduras golpeando pesadamente el pasto, el aullido de los perros, y la trompa de caza, dando la señal de; “¡Se escapó la pieza!” Nunca había sido aficionado a la caza del zorro, pero entonces, hallándose, como se hallaba, en la posición de ese animalito, le gustó menos aún. ¿Cómo diablos se las arreglaría para soterrarse en tierra extranjera, con los lebreles de Murik siguiéndole la pista?

En cuestión de segundos, Bond se había puesto de pie y corría hacia abajo, por el segundo terraplén, hacia la Route Nationale, el pulgar alzado en la posición del que pide transporte gratis. Por lo visto, la suerte seguía favoreciéndolo; al llegar a la orilla del camino, vio un “pickup”[236], pequeño y asendereado, detenido en la cuneta. Acababan de bajarse dos hombres y atrás iban otros cuatro, que se despedían a gritos de sus camaradas. Parecían campesinos, camino de casa después de un pesado día de trabajo en los viñedos.

— ¿Van a Perpiñán? —gritó Bond en francés.

El conductor, con un cigarrillo apagado en la comisura de los labios, hizo un gesto de asentimiento.

— ¿Me llevan?

El conductor se encogió de hombros, y uno de los hombres que iban detrás le gritó que saltara. En unos segundos más, se habían reintegrado al tránsito de la carretera; Bond, en cuclillas al lado de los otros hombres, agradeció a la Providencia su conocimiento del francés. Miró con el rabillo del ojo hacia el lado del aeropuerto de las vías del tren, pero no había ni señales de Caber o de los otros.

No, se dijo Bond, sin duda corrían en busca de automóviles. Murik sin duda estaba bien organizado en este sitio. Con toda seguridad, ya tomaban atajos para llegar antes que él a Perpiñán. Los autos ya llevaban las luces encendidas, pues la oscuridad de la noche los envolvía rápidamente. Bond preguntó la hora, y uno de los trabajadores le dijo que pasaba de las nueve, y mostró con orgullo el brazo, para que todos vieran su nuevo reloj de caratula digital que, según explicó, era regalo de su hijo.

— ¡El día de mi santo! —añadió. En las cifras podía leerse las nueve y cuatro minutos, y Bond se percató de que estaban en otra zona horaria, y que era una hora más tarde que en Gran Bretaña—. Tenemos que apresurarnos, si no queremos perdernos la diversión —dijo el hombre del reloj.

¿Diversión? Bond explicó que acababa de llegar en un avión de carga, se le había hecho muy tarde, y tenía que ver a un individuo en Perpiñán.

— Todo el mundo está hoy en Perpiñán... ¡si es que puede encontrarlos! —dijo, riendo, otro de los trabajadores. Bond, con cara de extrañeza, preguntó la razón.

— ¿Algo especial?

— ¿Especial? —el hombre rió de buena gana ¡era la noche de noches en Perpiñán!

— *Fete* —explicó uno.

— *Vieux Saint Jean* —intervino otro.

Y un tercero lanzó un auténtico alarido, levantando los brazos en ademán teatral:

— *¡La Flamme arrive en Perpignan!* [237]

Todos rieron, y Bond recordó que ya en otra ocasión había estado allí durante la fiesta. Cada pueblo o ciudad del Mediterráneo tiene sus propios ritos, sus combates de flores, procesiones, ferias... casi siempre por motivos religiosos. En Perpiñán, la gran fiesta se celebraba el día de San Juan; la ciudad se llenaba de gente, que bailaba y cantaba en las calles, gozaba con los fuegos artificiales y con el espectáculo todo. Los festejos se iniciaban al encenderse las hogueras con la llama traída con olímpica ceremonia por los corredores procedentes de un elevado punto del Canigó mismo.

No podía haber llegado a la vieja ciudad en momento más propicio. La multitud le serviría de escudo hasta las altas horas de la madrugada... y si la suerte le acompañaba, quizá hasta hallaría la manera de comunicarse con M, en Londres.

[220] Sherlock Holmes es un personaje ficticio creado en 1887 por Sir Arthur Conan Doyle, es un detective inglés de finales del siglo XIX, que destaca por su inteligencia, su hábil uso de la observación y el razonamiento deductivo para resolver casos difíciles. Es protagonista de una serie de cuatro novelas y cincuenta y seis relatos de ficción. Sherlock Holmes es el arquetipo de investigador cerebral por excelencia.

[221] Commercial Car Company, cuya marca comercial fue Commer, fue un fabricante británico de automóviles, especializado en vehículos de transporte tanto de mercancías como de pasajeros, fundado en 1905, comprado en 1926 por Humber y finalmente ambos absorbidos por el grupo Rootes en 1931. Durante la Primera Guerra Mundial fabricó camiones para el ejército británico llegando a construir 3.000 unidades hasta 1919. Después de la guerra se volvieron a introducir varios modelos desde 2 hasta 10 toneladas. La marca Commer perduró hasta 1976 cuando tras la toma de control de Rootes por parte de Chrysler para formar Chrysler Europe en 1967, fue sustituida por la marca Dodge.

[222] Trescientos veintidós kilómetros.

[223] El .38 Smith & Wesson Special, comúnmente llamado .38 Special, .38 Spl o .38 Spc, y conocido como 9,1×29 mmR por el sistema métrico, es uno de los cartuchos más exitosos para armas ligeras que se hayan producido. Fue creado por Smith & Wesson en 1902 y a más de un siglo desde su creación, todavía sigue siendo popular, aunque ahora para autodefensa y tiro deportivo o recreativo. Son más numerosos los modelos de revólver que usan este cartucho, si bien existen algunos modelos de pistola semiautomática que lo utilizan. Este cartucho fue el más común para los revólveres de uso policial desde los años 1950 hasta los años 1980. A pesar de su nombre, su diámetro es de .357 pulgadas. Este cartucho es semejante al .357 Magnum; excepto en la longitud de su casquillo que es 2 mm menor que en el Magnum, y por lo tanto su potencia es también menor por contener menos pólvora. Debido a la semejanza de ambos calibres, los cartuchos .38 Special se pueden utilizar en revólveres Magnum, pero no al revés. Es común que los usuarios de los revólveres .357 Magnum prefieran sustituir este cartucho por el .38 Special en su arma, debido a su menor retroceso y su estampido más suave. No obstante, respecto al uso de cartuchos del .38 Special en revólveres del .357 Magnum, hay que advertir que la diferencia de longitud del cartucho supone que la zona de vuelo (hasta la toma de estrías) es mayor y ello va en detrimento de sus prestaciones balísticas. Al principio los cartuchos utilizaban pólvora negra y después pólvora sin humo.

[224] El Piper J-3 Cub es una aeronave liviana, fabricada por la Piper Aircraft. Es una aeronave que cumple con los requerimientos de ser un monoplano de diseño simple con una estructura de tubos metálicos recubiertos en tela. Tiene una capacidad de dos personas (incluido el piloto) sentados en tandem (uno delante de otro). El ala es alta y utiliza el perfil alar USA-35B con una estructura de madera, de esta manera se logra un aparato de bajo costo inicial y de simple mantención. La operación de las superficies de control es mediante cables de acero y poleas, conectadas a los mandos. El panel de instrumentos es muy simple y solamente cuenta con unos cuantos indicadores únicos para el asiento delantero; solamente los mandos de control y el acelerador están replicados en ambos asientos. Lo liviano de su diseño, le permite lograr despegues y aterrizajes en distancias muy cortas, por lo cual está clasificado como un avión de despegue y aterrizaje corto (STOL por su sigla en inglés).

[225] El Piper PA-23, conocido como Apache y posteriormente Aztec, es un avión bimotor monoplano. Fue la primera aeronave de dos motores construida por la compañía estadounidense Piper Aircraft. El Aztec fue conocido por su buena carga de tracción, su gran durabilidad, su fácil manejo, rendimiento respetable de los motores, alto consumo de combustible y un fuselaje con un alto indice de resistencia. El perfil alar del Piper Cub dio al Aztec mejores características de operación en campos cortos a cambio de bajo rendimiento a velocidades de crucero.

[226] Grumman Gulfstream fue una familia de aeronaves producida por Grumman. La línea es continuada por Gulfstream Aerospace, hoy una división de General Dynamics.

[227] El Rolls-Royce Spey es un motor turbofan de baja derivación originalmente diseñado y fabricado por Rolls-Royce, que ha estado en servicio durante más de 40 años. Destinado para el mercado de pasajeros del jet civil cuando se estaba diseñando a finales de 1950, el concepto Spey también fue utilizado en varios motores militares, y más tarde como un motor turboeje para buques conocidos como Spey Marine, e incluso como base para una nueva line civil, el Rolls-Royce Tay. Una versión con licencia construido por el XAEC se conoce como el WS-9 Qin Ling. Versiones de Aviación del "modelo base" se han acumulado más de 50 millones de horas de tiempo de vuelo. En consonancia con las prácticas de denominación Rolls-Royce, el motor debe su nombre al río Spey. Durante su curso de la vida del Spey ha cosechado un impresionante historial de seguridad. Su relativamente bajo coste de mantenimiento proporcionan una de las principales razones por las que continuaron en servicio incluso con nuevos diseños disponibles.

[228] El Canigó (en francés Canigou) es un macizo montañoso de los Pirineos, situado en el Rosellón (Catalunya Nord al sur de Francia), entre las comarcas de Conflent, Rosellón y Vallespir. La cima, llamada "pica del Canigó", tiene 2.784 metros. A pesar de su moderada altura, fue considerada la montaña más alta de los Pirineos debido al brusco

desnivel que la separa de la llanura del Rosellón, haciéndola más impresionante que otras montañas más encajonadas y situadas entre valles más altos. En él están los monasterios de San Martín del Canigó y San Miguel de Cuixá.

[229] El Rosellón (en catalán Rosselló, en francés Roussillon) es una región histórica de Francia que corresponde al antiguo condado de Rosellón y a parte del condado de Cerdaña que, inicialmente, fueron demarcaciones administrativas del Imperio Carolingio que formaban parte de la Marca Hispánica. Posteriormente, Rosellón fue regido por dinastías propias y hereditarias y, en 1172, entregado al rey de Aragón Alfonso II por el conde Gerardo II de Rosellón, quien murió ese año sin sucesión, habiendo establecido en su testamento que el Rosellón «todo íntegramente lo doy a mi señor el rey de los aragoneses». Su territorio estuvo integrado en los dominios de la Corona de Aragón desde ese año de 1172, hasta que Jaime I el Conquistador formó con el Rosellón y las islas Baleares el Reino de Mallorca, que encomienda a su hijo Jaime II de Mallorca. Así permanecería hasta volver al rey Pedro IV de Aragón en 1349. En la Edad Moderna pasaría a Francia por el Tratado de los Pirineos (7 de noviembre de 1659). En la actualidad se corresponde casi prácticamente con el departamento francés de los Pirineos Orientales (Pyrénées Orientales en francés) (el número 66), en el que se integra también la comarca occitana de la Fenolleda. Este departamento forma parte de la región francesa de Languedoc-Rosellón (Languedoc-Roussillon). La ciudad más importante del Rosellón es Perpiñán.

[230] Rivesaltes en francés y oficialmente, Ribesaltes en catalán, es una localidad y comuna francesa situada en el departamento de los Pirineos Orientales y la región de Languedoc-Rosellón. Pertenece a la Communauté de communes Rivesaltais-Agly y se encuentra atravesada por el río Agly.

[231] El Bristol Tipo 175 Britannia fue un avión comercial de medio-largo alcance fabricado por Bristol Aeroplane Company en 1952 para realizar diversas rutas a lo largo y ancho del Imperio Británico. Debido al tiempo empleado para corregir problemas de congelación, los reactores comerciales estadounidenses comenzaron a entrar en servicio, y solamente fueron construidos 85 Britannia antes de que cesase la producción en 1960. Sin embargo, este avión es considerado como el punto álgido del diseño de aviones comerciales propulsados por turbohélices, y resultó muy popular entre sus pasajeros, que le dieron el nombre de "susurrador gigante" por la inusual comodidad y silencio durante el vuelo.

[232] “Servicios Aéreos Europeos”.

[233] Una “route nationale”, o simplemente “nationale”, es una de las autovías principales de Francia. Estas autovías cruzan amplias porciones del territorio francés, en oposición a los caminos secundarios o comunales que sirven solamente a áreas locales. Francia cuenta con alrededor de 30.500 km de nacionales de propiedad no privada.

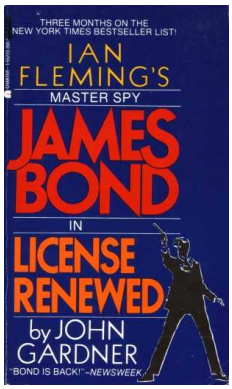
[234] Perpiñán (oficialmente y en francés Perpignan; en catalán Perpinyà, es una ciudad del sudeste de Francia, capital del departamento de los Pirineos Orientales, en la región de Languedoc-Rosellón y capital histórica del Rosellón, situada a orillas del curso inferior del río Têt. También es capital de la comarca homónima. Perteneció a España hasta 1659 cuando las monarquías española y francesa firmaron el Tratado de los Pirineos. Tenía 129.925 habitantes en 2009 (población total municipal oficial calculada para 2009) y más de 310.000 en la mancomunidad de municipios "Perpiñan Mediterráneo" que la circundan. El área metropolitana tiene casi 500 000 habitantes, lo que la convierte en la segunda ciudad por población de la región de Languedoc-Rosellón tras Montpellier. Hitos de la ciudad son la catedral gótica de San Juan Bautista, comenzada en 1324 sobre el emplazamiento de una iglesia anterior del siglo XI y finalizada en 1509, el castillo de los reyes de Mallorca (siglo XIII) o la Lonja, que sigue los modelos de las de Palma de Mallorca o Valencia. El símbolo del ayuntamiento está tomado del Castellet, antigua puerta de la ciudad que en la actualidad alberga el Museo Catalán de las Artes y Tradiciones Populares. Es un importante mercado agrícola (frutas, verduras, aceite de oliva, vino y cereales). Fábricas textiles, de material ferroviario y de papel. Capital del condado del Rosellón, uno de los condados catalanes, no se integró en la Corona de Aragón hasta 1172, cuando con el testamento del conde de Ampurias, Gerardo II de Rosellón, el condado se integró en la Corona. En 1349 el rey Pedro IV de Aragón establece el Estudio General de Perpiñán, refrendado como universidad por el papa Clemente VII en 1379. Durante el resto de la Baja Edad Media se convirtió en un importante centro comercial, incluso la ciudad y el territorio circundante pasaron alternativamente de manos francesas a manos aragonesas, con el Rosellón como parte del Principado de Cataluña. A la muerte de Fernando el Católico, su nieto Carlos fue coronado rey de Aragón en 1518 en Zaragoza, ante las cortes, uniendo por primera vez bajo un mismo monarca las coronas de Castilla y Aragón. En ese contexto pasa a formar parte de la Corona española bajo la dinastía de los Austrias. De esta forma, el Rosellón se convierte en terreno fronterizo entre la Monarquía Hispánica y Francia. En 1542, Perpiñán fue defendida por el duque de Alba contra las tropas de Enrique, delfín de Francia (el futuro Enrique II). Los franceses efectuaron un nuevo intento de anexión de los territorios al norte de los Pirineos en 1595. Debido a esta inseguridad, Carlos I y Felipe II reforzaron las fortificaciones de Perpiñán y convirtieron el antiguo palacio de los reyes de Mallorca en una ciudadela. Durante la rebelión de Cataluña de 1640 fue ocupada por tropas francesas apoyadas por los sublevados catalanes en septiembre de

1642. Tras la rendición de Barcelona ante el rey Felipe IV en 1654, la Generalidad de Cataluña se trasladó allí. La firma de la Paz de los Pirineos (1659) entre los reyes de Francia y España certifica la cesión de Perpiñán, junto con el resto de territorios catalanes que formarían la provincia del Rosellón, a la corona francesa. En 1660 la Generalidad es suprimida por la monarquía francesa. Con la creación del departamento de Pirineos Orientales, poco después de la Revolución francesa (4 de marzo de 1790), Perpiñán se convierte en la capital del departamento. Sin embargo, a pesar de su nuevo estatus como capital departamental, Perpiñán entra en un estado de estancamiento durante el siglo XIX. A principios de ese siglo, la ciudad es poco más o menos la del siglo XIV. Las murallas son demolidas a principios del siglo XX, lo que permite la expansión de la ciudad por la llanura del Rosellón.

[235] “El máximo. Hágan juego”.

[236] Una pickup (del inglés «pick-up, pickup truck»), a veces castellanizado como picop o picap, es un tipo de camioneta empleado generalmente para el transporte de mercancías, y que tiene en su parte trasera una zona de carga descubierta (denominada «caja, batea, platón, cama o palangana»), en la cual se pueden colocar objetos grandes. Por lo general, esta área está rodeada por una pared de medio metro de alto; la parte posterior puede abatirse para poder cargar y descargar objetos.

[237] “Fiesta”. “Viejo San Juan”. “La llama llega a Perpiñán”.



16.- Fiesta fatal

BOND SE BAJÓ del vehículo en la esquina de la Place de la Résistance, que a esas horas ya estaba atestada de gente que se apretujaba o se abría paso a empellones. Abundaban los agentes del orden, dedicados a dirigir el tránsito, cerrar calles y, supuestamente, a no perder de vista a posibles camorristas.

Bond se mezcló con la multitud. Habían transcurrido algunos años desde que estuviera en ese lugar, y primero necesitaba orientarse. En medio de aquella aplastante muchedumbre, Bond se percató, con una repentina punzada de miedo, de que le temblaban las piernas. Precisamente ante él había tres fogatas, listas para ser encendidas. Hacia la izquierda vio un puente que iba de un lado a otro del bien cuidado canal, en cuyas riberas crecían verdes prados salpicados de flores, se trataba del canal que corre —tanto libre como bajo tierra— a través de la ciudad, para desembocar en el río Têt[238].

Encima del puente habían levantado una plataforma, en la que ya se apretujaban los músicos. El maestro de ceremonias hablaba por un micrófono de incierto funcionamiento, para decir a las multitudes el nombre de la siguiente sardana, decidido a mantener la animación hasta que llegara la llama con que habrían de encenderse las fogatas y los entusiasmos. Los músicos atacaron música conocida de todo el que haya pasado siquiera brevemente por la región catalana, sea francesa o española; el constante sonar de la zampona, el tamboril y los metales, al ritmo de 6/8 en que se baila la sardana. Los grupos de danzantes, vestidos algunos con el traje tradicional, otros con ropa de calle o pantalones de mezclilla y camiseta, formaron sus círculos, tomados de las manos, con los brazos en alto, y se lanzaron a aquel baile de pasos ligeros e intrincados, un baile de paz y alegría, un símbolo de Cataluña.

En el extremo opuesto del puente, otros grupos habían empezado a bailar frente al rojo Castillet[239], la vieja puerta de la ciudad que se alzaba, intacta, despidiendo rojizos destellos a la luz de los faroles del alumbrado público, su torre circular y sus almenas coronadas por lo que parecía un minarete.

Las multitudes empezaron a engrosar, la música proseguía con su ritmo hipnótico y su armoniosa melodía; los círculos de bailarines se agrandaban o se rompían para dividirse en otros más pequeños; jóvenes y viejos, sin perder el ritmo, bailaban como en trance. Era como si aquella gente se volviera hacia atrás en el .tiempo, para unirse al pasado.

Bond se dijo que si había de haber algún futuro para ellos —o siquiera la esperanza de un futuro— tenía que actuar, y pronto. Telefonear a Londres... ¿cuál era la mejor manera de hacerlo? ¿Llamar desde un teléfono público, por el sistema internacional directo? Para eso necesitaría dinero... y debía apresurarse, las cabinas de teléfonos, sobre todo en el continente, son muy inseguras, y no le hacía ninguna gracia quedar atrapado en un ataúd de vidrio o en una de esas cosas triangulares, más pequeñas, que le impiden a uno mirar lo que ocurre detrás.

Lo primero, era perderse en aquella masa siempre creciente, que ondulaba como el mar. Pero sobre todo, tenía que mantenerse alerta, pues era

probable que los hombres de Murik ya se hubieran mezclado con las multitudes, decididos a dar con él. Y si lo descubrían, ya sabía lo que le esperaba. Lo más lógico sería que emplearan sus *dirks*[240], esos afilados puñales, armas mortales que, el centro de toda aquella alegría, se deslizarían entre sus costillas... No tenía caso acudir a la policía, y menos en una noche como aquélla, sin identificación. Se limitarían a encerrarlo y, tal vez mañana, cuando ya fuera demasiado tarde, se dignaran telefonear al cónsul británico.

Bond respiró profundamente y comenzó a moverse entre el gentío. Pensó que era mejor mantenerse en las orillas, para luego escabullirse por alguna calle lateral.

Acababa apenas de echar a andar, cuando llegó a la plaza gran Mercedes negro, que fue detenido por un gendarme, quien le hizo imperiosas señales de volver por donde había venido. La calle estaba a punto de ser cerrada. El conductor habló en francés con el policía, y luego se volvió a los ocupantes del automóvil. A Bond le dio un vuelco el corazón; junto al conductor estaba sentado Caber, mientras que los otros tres hombrones escoceses se apretujaban en el asiento trasero.

Caber se apeó, y lo mismo hicieron dos de sus hombres, al tiempo que el gendarme emitía sonidos indicadores de que deberían llevarse el auto de allí lo antes posible.

Sin dejar de vigilar a Caber, que daba órdenes, Bond procuró ocultarse de nuevo entre la multitud. Los individuos se dispersaron. Caber y dos de ellos empezaron a cruzar la plaza, en tanto que el cuarto se metió entre la multitud, un poco a la derecha de Bond. ¡De modo que ya habían llegado los lebreles, decididos a encontrar su rastro, o hacerlo salir a campo abierto! Bond observó al musculoso joven que se alejaba de él, abriéndose paso, con los hombros. Entonces empezó a moverse, con toda calma, a lo largo de la orilla, marchando despacio por pura necesidad y porque aquel gentío que gritaba, reía y charlaba era demasiado denso.

Miraba hacia atrás, y luego escrutaba el camino tanto hacia el frente como a uno y otro lados. La banda se había callado, y el maestro de ceremonias informó que la llama, traída desde muy cerca de la cima del Canigó por grupos de jóvenes, estaba a sólo unos minutos de su destino. Bond sabía que esos pocos minutos podían significar hasta media hora.

La banda atacó una nueva melodía, y la multitud reaccionó. Bond se mantenía en la orilla del gentío, abriéndose paso, lentamente, para cruzar el camino, ya cerrado, hacia la dominante mole del Castillet. Andaba en busca de una calle que recordaba de sus anteriores visitas, una vieja plaza, casi totalmente cubierta por las mesas de los cafés, que esa noche deberían estar haciendo su agosto.

Llegó al Castillet, y vio otra fogata, lista para empezar a arder. A su alrededor bailaba un gran círculo de danzantes, que hacían los difíciles trenzados, un poco fuera de compás con la música, que el aire de la noche distorsionaba. En el extremo opuesto del círculo vio a uno de los secuaces de Caber, que se volvía constantemente, estudiando los rostros.

Bond se quedó quieto, hasta tener la certeza de que el hombre miraba hacia otro lado; entonces, se abrió paso ágilmente entre la multitud, regateando y empujando, hasta que encontró una senda despejada que cruzaba el arco del Castillet. Acababa de pasar el café del extremo opuesto, y se disponía a cruzar el sendero cuando tuvo que meterse de un salto en el quicio de una tienda. Allí,

caminando lentamente, escrutando ambos lados de la calle, la cabeza inclinada, como si intentara descubrir el olor de su presa, estaba el gigantesco Caber. Bond se encogió en el fondo del zaguán, conteniendo la respiración, ordenando mentalmente al escocés que no lo viera.

Al cabo de lo que parecieron siglos, el gigante siguió adelante, siempre escrutando los rostros. Bond salió cautelosamente del zaguán y siguió calle arriba. Ya alcanzaba a ver la intersección que buscaba, marcada por la estatua de bronce de una mujer desnuda que miraba sin ver el ancho camino que se abría a su derecha. Después de cruzar por entre el gentío, aquí mucho menos numeroso, Bond alcanzó su meta: la Loge de Mer de Perpiñán[241], otrora el gran centro financiero de la ciudad, ¡su Rialto[242]! En realidad, para muchos la calle encerraba muchos ecos de las glorias de Venecia, en particular la vieja Bolsa, con sus grises muros de piedra, altas ventanas de arco e intrincados labrados, justo en la esquina del edificio, la veleta original —un galeón, bellamente fabricado— seguía meciéndose suavemente, pero la Bolsa misma, al igual que el edificio frontero, había pasado a albergar transacciones de índole muy distinta, puesto que en la actualidad era un café. Allí se pagaba en dinero contante y sonante por los licores, el café, los refrescos o la cerveza que se consumían. El antiguo pavimento de mármol estaba cubierto por gran número de mesas y sillas ocupadas por quienes tomaban un refrigerio antes de unirse a la celebración.

Bond se dirigió sin vacilar al Bar Tabac, que estaba en una esquina, y preguntó por la *toilette.* El cantinero, muy ocupado despachando los pedidos, asediado por los camareros, se limitó a indicar con un ademán la parte posterior de la cantina, donde Bond encontró una puerta en la que campeaba el pequeño símbolo del sexo masculino. El sitio estaba vacío, y se apresuró a meterse en el primer *cabinet,* cuya puerta aseguró con el cerrojo, y empezó a trabajar incluso antes de que el pestillo encajara en su sitio.

Apresuradamente tomó con ambas manos la hebilla del cinturón, de sólido aspecto, en forma de U, con una sola púa de grueso latón, bastante ordinaria, hasta que se le hacía girar con fuerza. La púa de la hebilla giraba sobre una rosca de tornillo, seis vueltas bastaron para soltarla, y entonces salió a relucir una pequeñísima navaja de acero, filosísima, a la que servía de vaina la púa de la hebilla. Bond sacó la navaja y, manejándola con el mayor cuidado, introdujo el canto afilado en una ranura de la hebilla, casi invisible, pues no era más gruesa que un cabello. Presionó fuertemente, hasta que la hebilla se abrió en dos, ya que estaba unida por un par de minúsculas bisagras, situadas en el punto donde se unía al cuero del cinturón. Allí estaba una pequeñísima empuñadura, con su respectiva entrada de rosca, en la que podía atornillarse la navajita. Armado de este pequeño pero bien templado artilugio, Bond se quitó el cinturón y comenzó a medirlo, a lo largo. Cada sección del cuero, rematado por dobles costuras, contenía una pequeña cantidad de moneda extranjera en billetes, para casos de urgencia: marcos en las dos primeras pulgadas, liras en las siguientes, florines en la tercera... en fin, en la longitud del cinturón cabían casi todas las monedas que podía llegar a necesitar en Europa. La cuarta sección, que era la que necesitaba, contenía francos franceses.

La pequeña y bien templada navaja de acero cortó las costuras como si fueran mantequilla, y dejó al descubierto dos mil francos en billetes de diferente valor. No era una fortuna —algo menos de doscientas libras esterlinas a la tasa

del mercado en ese momento—, pero bastaba y sobraba para cubrir sus presentes necesidades.

Desarmó la navaja, volvió las piezas a sus respectivos sitios y cerró la hebilla, hecho lo cual, se echó el dinero en el bolsillo. En el mostrador de la cantina compró una cajetilla de Disque Bleu[243] y una caja de cerillos, para poder cambiar; luego, se dirigió tranquilamente hacia la plaza, por el camino que antes siguiera. Su meta era la oficina de correos, donde sabía que encontraría cabinas de teléfonos. Una rápida llamada de alerta a M, y luego, adelante con el otro asunto, lo antes posible,

La música seguía sonando, procedente del otro lado del Castillet. Bond continuó mezclándose con la multitud, manteniéndose a la derecha de los bailarines de sardanas, que se movían en círculo. Se agachó ligeramente, pues el secuaz de Murik seguía en su sitio, moviendo sin cesar la cabeza y los ojos, haciendo una pausa de vez en cuando para observar una por una las caras que danzaban en aquel patrón, siempre cambiante. Bond se disponía a abrirse paso en medio del grupo que venía hacia él, cuando, repentinamente, cesó la música; la multitud, expectante, se quedó inmóvil, y el sistema amplificador de sonido crepitó con nueva vida para luego dejar oír claramente la voz del anunciador, que salía fuerte y sonora de los altoparlantes, como pequeños cuernos, colocados de tres en tres en los costados de edificios y árboles.

— "¡Amigos!" —al anunciador le era imposible ocultar la gran emoción que lo embargaba y que ya corría en oleadas entre la multitud allí reunida—. "¡Amigos, la llama traída por nuestros valerosos jóvenes de Perpiñán está aquí! ¡La llama ha llegado a Perpiñán!"

De la multitud surgió un grito de alegría. Bond miró en dirección del vigía apostado junto al Castillet, quien ahora estaba ocupadísimo buscando, no señales de Bond, sino de la tan traída y llevada llama. Aquella febril excitación se había apoderado de todos.

Los altoparlantes hicieron nuevos ruidos, y con esa curiosa mezcla de farsa y sentido de la oportunidad que es típica de las fiestas lugareñas —desde el Mediterráneo hasta las aldeas que salpican la campiña inglesa—, se escucharon los primeros compases del *Así habló Zaratustra,* de Richard Strauss[244], atronadores, brillantes, conmovedores, dada la asociación de ideas que los relacionaba con las grandes conquistas del espacio.

Una vez que el viento se llevó aquellas notas, se escuchó otro alarido de entusiasmo. Un grupo de jovencitas que vestían cortas faldas blancas llegó corriendo, y a su paso la multitud se dividía. Ocho de ellas, tal vez, llevando cada una una antorcha apagada, flanqueaban a la chica que portaba la enorme antorcha ardiente. Las jóvenes ocuparon sus respectivos sitios, y aguardaron hasta que la antorcha fue aplicada a un punto, en el centro de la fogata. La leña seca empezó a arder, y la suave brisa hacía danzar las flamas. Las jóvenes bajaron sus propias antorchas, a fin de encenderlas con el fuego de aquella hoguera, para luego correr en dirección a la entrada del Castillet.

La multitud comenzó a moverse, retrocediendo para ver mejor el espectáculo. Bond se dejó llevar. Se trataba sólo de dar vuelta a la izquierda, y en cuestión de minutos estaría en la oficina de correos.

En la plaza, las fogatas empezaron a arder, pues era obvio que otros grupos de chicas habían corrido hacia el extremo más alejado del canal, para cumplir con su obligación. Otro rugido de la multitud, y la banda volvió a tocar. Antes que comprendiera lo que ocurría, Bond se vio tomado de ambas manos

por un par de chicas que se reían y le sonreían. En cuestión de segundos, quedó cogido en un círculo de bailadores de sardana, que se había formado espontáneamente. Desesperadamente, y con amplia ayuda de sus raptoras, intentó seguir los pasos, a fin de no llamar la atención, pues en su actual posición era blanco fácil para Caber y sus hombres.

Luego, tan repentinamente como empezara, la sardana terminó, y todos los ojos se volvieron hacia el Castillet, donde las jóvenes atletas, con sus antorchas encendidas, ocupaban los huecos de las almenas, erguidas, las antorchas en alto. Un cohete ascendió veloz, y desde lo alto dejó caer una brillante lluvia de ígneos racimos. Siguieron otras tres explosiones mudas, y de las almenas parecía ascender una gran cascada de luz; las jóvenes con sus antorchas titilantes, constituían un espectáculo en verdad pasmoso. Tal parecía que todo el Castillet ardía, de sus torrecillas y almenas, incluso del minarete, ascendían volutas de humo escarlata; y precisamente del minarete surgieron más cohetes que perforaron la oscuridad de la noche para estallar con ruido atronador y lluvia de estrellas fugaces.

Al fin pudo librarse Bond de las dos jóvenes, miró precavido a su alrededor y reanudó su camino, abriéndose paso a empellones y codazos entre aquella muralla humana, cuyos ojos no sabían despegarse del alucinante espectáculo de estrellas, cohetes y velas romanas.

Toda la zona que rodeaba al Castillet estaba llena, de bote en bote, de caras sonrientes; hombres, mujeres y ancianos, que probablemente recordaban la fiesta cuando no se celebraba en tan gran escala; chiquitines que quizá veían por vez primera aquel mágico espectáculo; turistas que trataban de capturar aquella experiencia con su cámara de cine, y gente de la localidad que se dejaban llevar por el espíritu de la fiesta.

Bond miraba todos aquellos rostros... incluso los de los adolescentes, encendidos, gozosos, no aburridos como hubiera podido ocurrir en París, Londres o Nueva York. No vio la cara de ningún enemigo y, finalmente, prosiguió su paso en medio del gentío, decidido a llegar lo más rápidamente posible a las calles donde recordaba que se hallaba la oficina de correos, y por las que no circulaba tanta gente.

Finalmente dejó atrás el ruido, la música y los fuegos artificiales; las calles estaban más oscuras. Al cabo de unos minutos reconoció la Place Arago, con sus palmeras, sus tiendas y sus simpáticas cantinas. Durante su última visita, Bond solía acudir frecuentemente al gran café que ocupaba el centro. La oficina de correos estaba a sólo unos minutos, en una calle situada a la izquierda del canal.

Era una calle estrecha, con edificios a la izquierda y, a la derecha, árboles que bordeaban el canal. Por último, Bond vio la hilera de casetas telefónicas, débilmente iluminadas y vacías; una fila de grises centinelas electrónicos al lado de los escalones que iban a la oficina de correos. Se metió la mano en el bolsillo, para sacar las monedas de un franco, tenía seis, apenas lo justo para hacer la llamada, si el oficial de guardia le permitía hablar sin interrumpirlo.

Se apresuró a marcar 19-44-1, el prefijo de Londres, luego el número del edificio en Regent's Park. Ya había introducido una de las monedas de un franco en la ranura, que se la tragaría en cuanto se estableciera el contacto. Allá, lejos, podía escuchar los silbidos y tronidos de los cohetes y, en medio de aquel ruido, la música de la banda. Su oído izquierdo estaba saturado con los

golpecitos y zumbidos del sistema telefónico automático. Casi conteniendo la respiración, oyó Bond cómo llegaba a su fin la secuencia, luego el ruido del timbre y, por último, el que hacía el gancho al ser levantado el auricular.

— Velador de guardia. Transworld Exports —la voz se escuchó con toda claridad.

— 007 para M... —empezó Bond, y se detuvo al sentir contra sus costillas la dureza del acero, acompañada por una voz que decía, sin alterarse:

— Cuelgue... ¡o le meto una bala en el cuerpo!

Se trataba del vigilante apostado cerca del Castillet. Bond lanzó un suspiro.

— ¡Rápido! —repitió la voz—. ¡Cuelgue el teléfono!

El hombre estaba muy cerca, casi echado encima de Bond.

Regla básica: jamás te acerques demasiado a alguien si vas armado de una pistola; mantente cuando menos a la distancia de su pierna. Bond sintió algo de lástima por el tipo aquel, mientras se volvía lentamente, y su mano hacía ademán de volver el teléfono al gancho. Luego se revolvió velozmente, echándose hacia la izquierda, fuera del alcance del cañón de la pistola, al tiempo que con toda su fuerza golpeaba al escocés en pleno rostro con el auricular. El secuaz de Murik tuvo tiempo de disparar un tiro antes de caer. La bala perforó la chaqueta de Bond antes de rebotar por entre las cabinas telefónicas.

Bond asestó un fuerte puntapié en el rostro de su atacante, al caer éste. Se escuchó un quejido, y luego aquella figura, tendida en el pavimento, fuera de la abierta cabina, quedó silenciosa. Por su rostro corría la sangre. Bond se dijo que el teléfono debería clasificarse como arma peligrosa, probablemente le había roto la nariz al tipo aquel.

El receptor había quedado inservible. Con un juramento, Bond lo volvió de un golpe a su gancho. Se inclinó junto al caído para tomar el arma... ¡demonio de pillo!, se dijo; aquella arma era nada menos que su propia Browning, probablemente encontrada en el Saab.

En la distancia, entre los ruidos de la fiesta, se escuchó el sonido de un claxon. Quizá se trataba de un carro de bomberos, pero también podía darse el caso de que alguien hubiera escuchado el disparo o presenciado la lucha. Tenía que haber algún otro sitio desde el que pudiera enviar su mensaje a M. Lo último que a Bond le interesaba era verse mezclado con los *flics.* Se metió la Browning en la cintura del pantalón, volviendo firmemente la culata, de modo que el cañón apuntara hacia un lado y no hacia abajo, y luego se alejó de allí a buen paso; cruzó la calle y se volvió por donde había venido.

En la Place Arago se detuvo para dejar pasar los autos, y del otro lado de la calle su mirada se detuvo en un elegante letrero que ocupaba un lugar prominente en la pared del café grande. Pasaron algunos segundos antes de que se percatara de lo que decía: ROUSILLON HAUTE COUTURE. GRAN EXHIBICIÓN DE LA NUEVA COLECCIÓN ROUSILLON, LA NOCHE DEL FESTIVAL DEL VIEJO SAN JUAN. PALACIO DE LOS REYES DE MALLORCA. ONCE P.M. Seguía la lista de los impresionantes precios de admisión, cuyas cifras dejaron boquiabierto al mismo Bond. Once... las once de esa noche. Miró desesperado a su alrededor, un reloj sobre una joyería le indicó que ya eran las once con cinco minutos.

Franco... el pasadizo... rifle de aire... una cápsula de gelatina que causaba la muerte... Hoy, M tendría que esperar. Bond respiró profundamente

y empezó a correr, tratando de recordar cuál era el camino más rápido para llegar al viejo palacio y la manera más fácil de entrar clandestinamente. Si no se equivocaba, la joven iba a morir muy pronto. Si no se equivocaba... y si no lograba llegar a tiempo para impedirlo.

[238] El río Têt es un río del sur de Francia que discurre por el Rosellón. Nace en las laderas del pico Carlit, en los Pirineos, aunque se suele dar como origen el lago artificial de la Bollosa (a 2.017 m de altitud). El río discurre en dirección noreste por el departamento de los Pirineos Orientales. Atraviesa Prades, Millas y Perpiñán, y luego desemboca en el mar Mediterráneo en la localidad de Canet-en-Roussillon, tras 120 km de recorrido. Su cuenca es de 1.550 km² y su caudal medio de 7,5 m³/s.

[239] Le Castillet o Castellet (en catalán) es un monumento de Perpiñán que fue puerta de la ciudad y prisión del estado. Hoy alberga el Museo Catalán de Artes y Tradiciones Populares. Le Castillet está constituido por dos partes que son el Grand Castillet y el Petit Castillet. Constituye un tipo de arquitectura militar único en su género, siendo más decorativo con su corona de rebordes, ménsulas y torrecillas de estilo morisco.

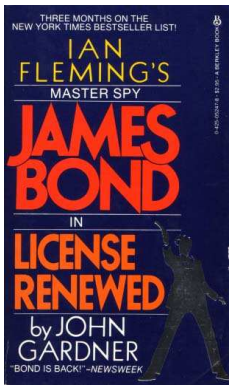
[240] “Dirk” es la palabra que los escoceses utilizan para denominar a una daga larga (mayor a una daga, pero menor que una espada), a veces tiene una hoja de espada de corte hacia abajo montado en la empuñadura de la daga, en lugar de tener una hoja de cuchillo.

[241] La “Loge de Mer” es un edificio gótico civil y mediterráneo construido a partir del siglo XIV y terminado en el XVI. Durante la Edad Media, el lugar era el centro vital de la ciudad y conjuntaba la bolsa de comercio (loge de mer), la alcaldía y el palacio de la diputación.

[242] Rialto es una zona en el sestiere veneciano de San Polo (Italia), conocido por sus mercados y el puente de Rialto. Allí se estableció el principal mercado de Venecia La zona aún sigue siendo un barrio de comercio minorista muy ocupado, con el Erberia (mercado de fruta y verdura fresca que se celebra todos los días) y el Pescheria (mercado de pescado). El Rialto se menciona en “El mercader de Venecia” (Acto I, Escena III).

[243] “Gauloises Disque Bleu” es una marca de cigarrillos que apareció en 1954, producidos en Francia por el grupo Imperial Tobacco. Bond fuma “Gauloises” en “Al servicio secreto de Su Majestad”.

[244] Richard Georg Strauss (1864—1949) fue un destacado compositor y director de orquesta alemán cuya larga trayectoria abarca desde el Romanticismo tardío hasta la mitad del siglo XX. Es conocido particularmente por sus óperas, poemas sinfónicos y Lieder. Su música influyó profundamente en el desarrollo de la música del siglo XX. “Así habló Zarathustra”, op. 30 (título original en alemán “Also sprach Zarathustra”) es un poema sinfónico compuesto por Richard Strauss en 1896. El autor se inspiró en la obra homónima del filósofo Friedrich Nietzsche. El estreno tuvo lugar en 1896 y desde entonces ha formado parte del repertorio clásico. La fanfarria inicial, titulada "Amanecer" en las notas al programa del compositor, alcanzó gran popularidad con su uso en la película “2001: Una odisea del espacio” de 1968 de Stanley Kubrick. A esta célebre inclusión le siguieron muchas otras en el ámbito cinematográfico y televisivo, generalmente en clave de comedia. Elvis Presley solía usar un arreglo de esta obra como el tema de apertura de sus conciertos. Green Day utilizó el pasaje como introducción en su gira de 2005. Deep Purple lo incluyó al comienzo de su versión de la canción "River Deep – Mountain High". Eumir Deodato arregló una versión moderna para su álbum Prelude de 1972.



17.- Muchos estilos de morir

EL PALAIS DES ROIS DE MALLORQUE[245] se alza en el sitio más alto, en la parte sur de Perpiñán, y se llega a él por una serie de estrechas y empinadas callejuelas. Originalmente, el palacio fue constituido en una extensa loma; eso fue en el siglo XI, y posteriormente quedó encerrado, junto con la ciudadela, por una muralla que se alza a una altura de casi trescientos pies y que en su parte superior es lo bastante amplía para dar cabida a una vía de dos carriles.

En el interior, las murallas descienden hasta lo que fuera en otros tiempos el foso, lo que convierte a aquel recinto en una fortaleza casi inexpugnable.

Durante sus estancias anteriores, Bond había visitado varias veces el palacio, y sabía que se llegaba a él por la calle de los Arqueros, subiendo por tramos y tramos de zigzagueantes escaleras, que llevan al turista curioso bajo tierra, hasta la entrada principal y luego al gran patio embaldosado. Encima de la entrada está la Galería de los Reyes, en tanto que a la izquierda hay aposentos cerrados para los turistas. A la derecha se encuentra el enorme e impresionante Salón del Trono, y frente a la entrada corre un claustro al que corona una galería. Detrás del claustro está la Capilla de la Reina, más baja, y dominándola, separada de la galería, la magnífica Capilla Real, con su serie de arcos apuntados, equilaterales y caídos.

Por encima de ambas capillas, la torre del homenaje asciende hasta rematar en un pequeño campanario. Tal es la parte del palacio que suele estar abierta al público en general. Pero Bond sabía que detrás del claustro, la galería, las capillas y la torre del homenaje, hay otro patio. Se trata de un recinto todavía en uso; el patio sirve como parque para vehículos militares, y los edificios circundantes, como alojamiento para algunos miembros de la guarnición local, la mayor parte de la cual se aloja bajo la ciudadela, en la Caserna Mariscal Joffre[246].

Durante su última visita a la ciudad, unos tres años atrás, en el curso de una temporada que pasara en las cercanas montañas dedicado al deporte del esquí, Bond había hecho amistad con un capitán de la guarnición, un francés muy simpático. Cierta noche, después de una sesión *après ski*[247] especialmente animada, el amable militar sugirió que tomaran unas copas en su alojamiento, situado en el segundo patio del palacio. Se fueron a Perpiñán en el auto de Bond, y el francés le mostró cuan fácil era entrar a las barracas por una estrecha calleja a un lado de la Rué Waldeck-Rousseau[248], y siguiendo desde allí la ruta de los transportes, que ascendía casi perpendicularmente, hasta llegar a la ciudadela. No se podía entrar al patio posterior directamente por los portones que se abrían a los transportes, pero uno podía colarse por una estrecha abertura en el largo terraplén que la hilera de alojamientos formaba en la parte posterior del patio. Fue precisamente esa noche cuando Bond supo del arco que cruza dicho patio y que lleva directamente al principal recinto del palacio.

De manera que era a las barracas de la Caserna Mariscal Joffre que se dirigía corriendo, como si lo persiguieran los demonios. Sabía que no había muchas esperanzas de entrar al patio principal por la ruta ordinaria. Solían

ofrecerse conciertos en ese recinto, y no le cabía la menor duda de que era allí donde en ese momento se llevaba a cabo el desfile de modas de Rousillon, bajo una brillante iluminación, ante un público sentado en el patío empedrado u ocupando las ventanas de los viejos aposentos reales, la Galería del Rey, y la galería situada frente a la Capilla Real.

Necesitó cerca de quince minutos para dar con la calleja que llevaba a las barracas, y cinco más para iniciar el pesado ascenso por la ancha y polvorienta senda seguida por los transportes. Bond se obligó a continuar, aunque el corazón le latía con fuerza y sentía que los pulmones hacían tremendo esfuerzo... los músculos de los muslos le dolían, debido a la tensión a que los sometía a fin de subir a buen paso por aquella empinada cuesta.

Allá, arriba, alcanzaba a ver la luz que despedía el patio principal, y esporádicamente flotaba hasta sus oídos el ruido de música y los aplausos. El desfile de modas estaba en su apogeo.

Por último, llegó a la parte trasera de los edificios que formaban el extremo más lejano del segundo patio. Le tomó unos minutos encontrar la abertura y, durante la búsqueda, Bond se percató de la altura a que se encontraba, con la ciudad allá, a sus pies. En la lejanía, los fuegos artificiales seguían salpicando la noche con sus lluvias de estrellas de todos colores, cometas fugaces azules, dorados y rojos, que brillaban contra el límpido cielo. Mientras se colaba por la abertura, con gran dificultad, hacía votos porque la guarnición estuviera ausente, divirtiéndose al lado de los civiles que gozaban de su fiesta.

Por fin, Bond se vio dentro del patio, débilmente iluminado. Ya sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, y no le fue difícil reconocer la distribución del recinto. A la izquierda estaba el enorme portón, a cuya derecha se alineaban seis pesados transportes militares. De cara a los portones, en una sola fila y formados sido tras otro, había cuatro vehículos blindados Creusot-Loire VAB[249], *transports de troupes*[250]*,* listos para partir en cualquier momento. En las barracas, que formaban tres lados del patio, brillaban sólo unas cuantas luces. Sin embargo, Bond no dudaba que los tripulantes de los *transports de troupes* se encontraban de guardia, por allí cerca.

Resguardándose a la sombra de los muros, recorrió rápidamente dos costados de la plazoleta, a fin de acercarse al muro divisorio que colindaba con el recinto principal del palacio. Encontró el arco, con su pasaje y, entrando en él, pudo ver el ancho túnel, cuya boca convertía la oscuridad en una estampa de color y movimiento.

Si la memoria le era fiel, a la derecha del túnel había una puertecita que le permitiría llegar a un corto tramo de escalera, que desembocaba en la galería situada frente a la Capilla Real. No dejó de pensar con extrañeza en la total ausencia de vigilancia hasta ese punto, lo que le indujo a suponer que los hombres de Murik seguían en la ciudad, tratando de dar con él. De pronto, en medio de las sombras, surgió un gendarme que alzó la mano y murmuró: *"Monsieur, c'est privé. Avez-vous un billet?"*

"Ah, le billet, Oui"[251]*.* Bond se metió la mano en el bolsillo, luego, la levantó con fuerza, golpeando al policía limpiamente en la quijada. El hombre se recargó contra el muro, y antes de caer al suelo convertido en un fardo, en sus ojos brilló una mirada de sorpresa.

Bond tardó un minuto más en quitarle la pistola y arrojarla a la oscuridad del túnel, y en buscar y utilizar las esposas para maniatar al policía y, por

último, para amordazarlo con su propia corbata. Antes de marcharse, Bond dio cariñosos golpecitos en la cabeza del gendarme: *"Bon soir",* musitó. *"Dormez bien"* [252]*.*

En cuestión de segundos halló la puerta y el corto tramo de escalera que llevaba a la galería. Pero fue en el instante de llegar al pasaje formado por el elegante arco que cobró plena conciencia de lo urgente de su misión. Hasta ese momento, se había espoleado, movido por el sentimiento de que debería apresurarse y ganar acceso al recinto. Ahora le golpeó en el cerebro la idea de que se trataba de un asunto de vida o muerte. Estaba allí para salvar una vida y para habérselas con el elusivo Franco, maestro de terroristas y asesino sin escrúpulos.

La galería estaba llena de gente que, sin lugar a dudas, había pagado una considerable cantidad por el privilegio de presenciar el desfile de modas desde un sitio tan ventajoso... aun cuando fuera obligatorio permanecer de pie. Había gente asomada a las ojivales ventanas del Salón del Trono, situado a su izquierda, y a las de los antiguos aposentos reales, a la derecha del patio. Del otro lado del patio, la Galería del Rey también estaba atestada, y abajo, en el enorme patio, el espectáculo estaba en pleno desarrollo. La entrada principal, bajo la Galería del Rey, llevaba a una plataforma a la que se subía por escalones alfombrados, y en la que se encontraba una pequeña orquesta. Justamente bajo el sitio donde se hallaba Bond, corría un pasillo igualmente alfombrado, que tal vez empezaba en el extremo del claustro, frente a la Capilla de la Reina. Cubría toda la extensión del patio, y concluía a poca distancia de la orquesta, flanqueado por una serie de plataformas que formaban anchos escalones, a fin de permitir a los clientes que más habían pagado ver de cerca el desfile. En cada escalón se habían colocado las sillas doradas tan apreciadas por los organizadores de desfiles de modas, en todo el mundo. Por cierto que la casa Rousillon había atraído numerosísimo público, formado por personas de aspecto tan elegante como adinerado. Bond alcanzó a ver a Murik, que se encontraba sentado en el primer escalón a la derecha del pasillo, resplandeciente en su smoking blanco y su corbata marrón de pajarita. A su lado se sentaba Mary Jane Mashkin, envuelta en blancas sedas y luciendo un collar de diamantes que centelleaban en su garganta.

Sin duda, el marco elegido para montar la exhibición de modas era magnífico: brillantemente iluminado por enormes lámparas que arrancaban de los viejos arcos y del antiguo empedrado del piso un suave fulgor de cálidos tonos gris y rojo, piedra y ladrillo. El sitio rezumaba hasta por los poros sus ochocientos años de historia.

El desfile de modas que presenciaba tenía un ambiente totalmente distinto del de tantos otros a que Bond había asistido, Tardó algo más de un minuto en comprender que la diferencia radicaba en la música. Mirando con más atención, comprobó que se trataba de un grupo de ejecutantes que formaban una especie de orquesta de cámara, pero que pulsaban copias de instrumentos de los siglos XV o XVI. James Bond no sabía mucho en materia de instrumentos antiguos, ya que en sus días de estudiante había sido ferviente aficionado a la música popular; sin embargo, cuando prestó atención, formas y sonidos empezaron a tomar nombres, salidos de las profundidades de su memoria, donde estuvieran archivados desde los tiempos en que tomara lecciones ya olvidadas. Reconoció instrumentos como la viola, la cítara, la flauta dulce, los pífanos y el tamboril[253]. El ruido que producían era sumamente

grato; sencillo, como de danza, romántico, poderoso en su textura y en su melodía.

A Bond le bastó fijar su mirada en el pasillo para comprender por qué se había elegido ese tipo de música para la exhibición. Había seis maniquíes: tres bellísimas jóvenes de negra piel, y un trío de blancas, casi igualmente hermosas, que caminaban una detrás de otra yendo y viniendo por el pasillo, con rapidez y precisión admirables. Al mirar hacia abajo, Bond vio a Lavender que abandonaba el pasillo en el momento en que otra hacía su aparición, La música concordaba con el diseño de los modelos presentados. Esta vez, era indudable que la colección de Rousillon se había inspirado en las modas y diseños de la Edad Media. Se habían utilizado sedas, brocados, chifones y panas; los diseños iban desde trajes de talle largo con largas mangas colgantes, hasta complicados trajes con largas colas y sobrevestas. También imperaba un estilo monástico, a base de grandes cuellos circulares, tocas y cogullas; y pequeños trajes, nada comunes, formados por túnica y entalladas calzas, con largos y ornamentados mantos que caían hasta el suelo, desde el cuello, o que arrastraban tras quien los lucía. Los colores eran deslumbrantes, los variados cortes y formas, encantadores; daba gusto ver aquellos mantos destellar, crujir o flotar alrededor de las maniquíes. Bond e dijo que, como suele ocurrir con tantas colecciones de *haute couture*[254], aquellos ropajes eran la materia de los sueños, más que algo destinado a usarse en la vida real.

Lavender reapareció, girando lentamente como en una danza, vestida en una suelta creación de múltiples capas de chifón dorado, con una corta sobrevesta bordada que, como una casulla, caía por delante y por detrás, abierta en los costados. Bond tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para arrancarse a la ensoñación en que lo había sumido la contemplación de aquel espectáculo y el goce de la música, que estaban a punto de apoderarse de él, como dotados de un poder hipnótico. Ya debían ser pasadas las once y media. Allá arriba, en algún sitio, Franco aguardaba, armado con su cápsula mortal, que se proponía usar antes de que concluyera la exhibición.

Los ojos de Bond recorrieron cuidadosamente los grupos de gente y fueron subiendo hasta escudriñar las azoteas y cualesquiera otros puntos desde los que un tirador pudiera actuar ventajosamente. Al parecer, no había sitio ninguno en el que alguien pudiera ocultarse... salvo que... ¡ya tenía la respuesta! Miró hacia arriba, hacia el techo de la galería. Directamente detrás de él, estaba la Capilla Real. Por encima de ésta se elevaba la torre del homenaje, coronada por el pequeño campanario. Sabía que arriba de la torre había una buhardilla que en tiempos idos había servido como cámara para que el campanero tañera las campanas, y también como almacén. Esa buhardilla tenía cuando menos tres ventanas o aberturas, sin vidrios... y las tres miraban directamente hacia el patio.

La puerta que llevaba a la torre se abría en el muro, a la derecha de la puerta de la Capilla Real, apenas doce pasos del lugar donde se hallaba. Detrás de esa puerta, una estrecha escalera de piedra se enroscaba hacia los numerosos descansillos de la torre, para llegar, por último, a la buhardilla.

Bond giró en redondo y se dirigió a la puerta, que formaba un arco normando, con sus fuertes bisagras de hierro y su gran pestillo de argolla. Hizo la prueba, y la argolla se movió suavemente, sin ruido; era obvio que había sido bien engrasada. Empujó la puerta lentamente, y se coló por ella, cerrándola tras si. En la oscuridad percibió un singular aroma, no olía a humedad, sino a

aceite mezclado con loción de la que usan los hombres después de rasurarse... quizá la de Yves Saint Laurent. La escalera de caracol era angosta y resbaladiza, pulida y gastada por cientos de años de uso. Bond empezó a subir por ella, tan silenciosa y rápidamente como se lo permitía la oscuridad reinante. Después de los esfuerzos hechos durante la última hora y media, los músculos de sus piernas estaban débiles y cansados, pero su voluntad le ayudó a seguir adelante, silencioso, animado por ocasionales rayos de luz en las vueltas más amplias y en los descansillos.

En tres ocasiones se detuvo para apaciguar su respiración, pues lo último que deseaba o podía permitirse era revelar su presencia con cualquier ruido. A pesar del grosor de los muros, llegaban hasta él los ruidos del gran patio. Si la buhardilla del campanero era el sitio donde, en efecto, se ocultaba Franco, el asesino necesitaría un sexto sentido para percatarse de su presencia, salvo que Bond hiciera algún ruido innecesario.

A medida que se acercaba al final de su ascenso, Bond sintió que le corría el sudor por la raya del pelo y por el interior de los brazos. Lentamente, sacó la Browning y le quitó el seguro.

Conteniendo la respiración, llegó a los últimos escalones, de manera que su cabeza estaba justamente bajo el antiquísimo piso de vigas de madera de la buhardilla. Para pisar el suelo, tenía que subir todavía cinco escalones. Apoyando todo su peso sobre el pie derecho, Bond se puso lentamente de puntillas, de modo que sus ojos quedaran justo sobre el nivel del suelo.

Franco estaba en ángulo recto, en relación con él, semiechado en la clásica posición del francotirador. El asesino parecía absorto en la contemplación de la escena que se desarrollaba allá abajo, los ojos puestos en el telescopio infrarrojo ajustado a su poderoso rifle Anschütz .22[255], de aire. Tenía la mejilla apoyada en la culata, y esta recargada contra el hombro. Su dedo estaba en el gatillo, listo para disparar. Bond no podía arriesgarse a errar el tiro, si disparaba su Browning. Además, aunque diera en el blanco, una acción refleja podía disparar el rifle. Por otra parte, si saltaba sobre el individuo, lo único que lograría sería precipitar la acción mortal del asesino.

No había tiempo para meditar lo que podía o debía hacer. Bond subió de un salto los últimos escalones, al tiempo que ordenaba, en voz baja, pero autoritaria: “¡No dispares, Franco!”

El tirador volvió la cabeza en el instante preciso en que Bond escuchó un sonido apagado, audible sólo para los dos hombres: era el disparo del rifle de aire. En el mismo instante, y obedeciendo a un impulso, Bond se arrojó sobre Franco, que, como ya dijimos, estaba semirreclinado, y con ruido de huesos rotos cayó sobre los hombros del terrorista. Y así, tendido encima del tirador, mirando hacia abajo desde el punto de vista de Franco, Bond observó lo que sucedía en el patio, a través de la rudimentaria tronera.

Lavender Peacock estaba sola en el centro del pasillo, mostrando con pasos de danza una magnífica creación en color escarlata que caía en amplios pliegues a su alrededor, como una cascada de fuego. Con los brazos extendidos, bailaba una especie de jiga interpretada por el conjunto de instrumentos antiguos. Algo su izquierda, detrás de ella, Anton Murik, ligeramente vuelto en su silla, miraba a Mary Jane Mashkin, quien había hecho intento de levantarse, una mano en la garganta y la otra clavada como una garra en el pecho. Casi en línea recta con Lavender, se le vio inclinarse hacia

adelante y, como si se tratara de una película pasada en cámara lenta, osciló, vaciló un instante y luego se fue de cabeza entre las sillas.

Debajo de Bond, Franco escupía maldiciones y trataba de librarse del 007, que lo tenía firmemente agarrado por el cuello. “¡Mierda! le di a la otra. ¡Te voy...!”, el resto de la frase se perdió en un silbido, pues dejó escapar el aire al relajar sus músculos; luego arqueó la espalda y sacudió las piernas para librarse de su asaltante. Cogido por sorpresa, Bond se vio arrojado y fue a dar con el hombro contra la pared del otro extremo de aquella cámara. En cuestión de un segundo, Franco se puso de pie y llevándose la mano a la cadera, sacó a relucir un pequeño revólver. Bond se repuso del empujón, se enderezó y arrojándose de nuevo contra Franco, le lanzó una patada contra la mano, haciéndolo soltar la pistola. Aquello bastó para que Franco se lanzara escaleras abajo, por el estrecho caracol.

Aquella escalera podía ser una trampa mortal para cualquiera de los dos, y no era sitio adecuado para un duelo a tiros. Aspirando aire por la boca, Bond recuperó el equilibrio y se lanzó tras el terrorista, echando rápido vistazo hacia el patio. La música se había interrumpido, y un pequeño grupo se había formado en el sitio donde había visto caer a May Jane. Alcanzó a ver a Lavender, que había abandonado el pasillo, y a uno de los guardias de Murik, muy cerca de ella. También Caber estaba allí, al parecer oyendo las órdenes que Murik le daba a gritos. Por la entrada principal avanzaban dos figuras vestidas de blanco que corrían llevando una camilla.

Bond aguardó en el arranque de la escalera, hasta tener la certeza de que Franco había pasado el primer descansillo, y entonces inició el difícil descenso, llevando la Browning por delante, listo para responder aun cuando Franco lograra herirlo en aquel estrecho recinto.

Pero Franco procedía con idéntica cautela. Llevaba ventaja, y Bond podía escuchar su precavido descenso: se detenía en cada descansillo, y luego descendía la siguiente espiral del caracol.

Por último, Bond oyó cerrarse la puerta de entrada, y bajó el último tramo con peligrosa rapidez; ocultando la Browning, abrió la puerta y salió a la galería, donde había mucha gente mirando hacia abajo, en tanto que otros grupos abandonaban la galería, con dirección al patio. Franco iba en dirección al pequeño tramo de escalones que lo llevaría al pasaje abovedado por el que Bond había entrado al palacio. Sin fijarse en la gente de la galería, Bond siguió tras su presa. Para cuando llegó al pasaje, ya no había nadie... salvo la figura del gendarme, que seguía inconsciente. En el extremo del pasaje, sólo se escuchaban los ruidos procedentes del lugar de los sucesos... pero adelante, nada. En el patio donde estaban los pesados transportes, alineados a lo largo del muro, cerca del portón que se abría a su extrema derecha, reinaba el más absoluto silencio.

Y, sin embargo, Franco estaba allí. Bond casi podía olerlo, agazapado entre las sombras, o detrás de la línea de *transports de troupes*, quizá afinando la puntería... este pensamiento bastó para que, sin perder un instante, Bond se cubriera con la sombra del muro que tenía a su derecha. Tenía que actuar con más astucia que su enemigo. Franco era inteligente, sabía sobrevivir; en su carrera de terrorista había esquivado toda clase de trampas. ¿Conocería la estrecha abertura existente entre los edificios más alejados, por donde Bond había entrado? ¿Se habría valido de otro camino? ¿Aguardaría entre las

sombras u oculto entre los vehículos, sabiendo, como sabía, que sólo Murik y su actual perseguidor estaban al tanto de su presencia en aquel lugar?

Lentamente, Bond empezó a deslizarse a lo largo del muro, yendo hacia la derecha, convencido de que, con toda probabilidad, Franco había buscado la protección de los vehículos. En todo caso, el hombre tendría que correr mucho, pues su compromiso había terminado en un fiasco verdaderamente trágico. Bond pensó en la cápsula de gelatina; tal era el proyectil que alcanzaba una velocidad al dar en el blanco y que estaba cubierto por una delgada capa que estallaba con el impacto; que dejaba, si acaso, una señal apenas perceptible, pero que inyectaba en la corriente sanguínea de la víctima algo... algo que probablemente no se podría descubrir. Sin duda ese algo era de acción muy rápida, pues Mary Jane había caído en cuestión de segundos.

La cápsula estaba destinada a Lavender, de eso, no cabía ni la más leve duda... y Franco comprendía, con toda seguridad, que las fuerzas privadas de Murik se lanzarían tras su rastro, tal y como seguían ya el de Bond.

Estaba ya cerca del primer transporte. Si Franco se ocultaba tras él, cabía esperar que dominara el natural deseo de librarse su enemigo arriesgándose a disparar un tiro, que sólo serviría para descubrir su posición.

Pero Bond no había interpretado bien el pensamiento del perseguido. Quizá Franco se había puesto nervioso con lo sucedido en la buhardilla o cámara del campanero... El tiro partió directamente detrás del último *transport de troupes*, una sola descarga, que pasó como avispón enfurecido y casi se llevó la oreja del 007.

Bond se echó al suelo y rodó hacia los transportes estacionados contra el muro, encogiéndose de manera de ofrecer el menor blanco posible, y deteniéndose junto a la grande y pesada rueda posterior derecha del primer vehículo. Tomando la Browning con ambas manos, la levantó y la apuntó hacia el sitio donde viera el flamazo del disparo.

Una vez más, Bond se propuso adelantarse a su enemigo; sin duda, Franco se había movido de su sitio después de disparar, así como él se había rodado hacia el transporte, situado a unos cuantos metros del blindado *transport de troupes.*

¿Qué haría yo en esas circunstancias? se preguntó Bond. Los vehículos formaban ángulo recto con la pequeña línea de transportes blindados, que estaban frente al portón. Bond se dijo que él se habría pasado detrás del segundo transporte, protegido por su blindaje, para luego escabullirse por el espacio que había entre la línea de *transports de troupes* y el vehículo tras el que Bond se guarecía. Si estaba en lo cierto, en ese preciso instante Franco rodeaba ese mismo vehículo, con objeto de coger a Bond por la espalda.

Avanzando de puntillas, agachándose lo más posible, Bond salvó calladamente el hueco entre su vehículo y el último *transport de troupes*. Luego, dándose la vuelta, se hincó sobre una rodilla y aguardó a que Franco saliera de la protección que él mismo acababa de abandonar.

Esta vez su predicción se cumplió; no oyó nada, pero vio la forma de su presa que, apretándose contra el capó del enorme vehículo militar, tanteaba cuidadosamente su camino alrededor de él, confiado en caerle a su enemigo por la espalda.

Bond permaneció inmóvil como una estatua, la Browning, una prolongación de sus brazos, sostenida fuertemente con ambas manos y apuntando directamente a lo que ahora era la sombra de Franco.

Pero incluso en ese instante se justificó la fama del terrorista. Bond había apostado la propia vida a su absoluta quietud y, sin embargo, el terrorista percibió algo. Repentinamente, el hombre se echó al suelo y, simultáneamente, disparó dos veces; sus balas rebotaron en el blindaje del *transport de troupes.*

Bond mantuvo su terreno. Los dos tiros disparados por Franco habían errado por amplio margen, y el blanco seguía alineado con el cañón de la Browning, Bond disparó con todo cuidado: dos descargas de dos tiros en rápida sucesión, dejando entre ambas un intervalo de tres segundos.

No se escuchó ni un grito, ni un quejido. Simplemente, Franco se enderezó, como un animal, cabeza y tronco se curvaron en un arco que se apoyaba en el suelo, para luego doblarse hacia atrás, pues el impacto de las cuatro balas lo hizo dar un giro completo y luego lo empujó contra el suelo, como si un alambre invisible lo hubiera jalado; los brazos, las piernas y lo que quedaba de su cabeza se agitaron y luego se aflojaron, como rebota un muñeco cuando el niño lo arrastra por el suelo.

Bond percibió el olor de muerte... más en su cabeza que con su nariz. Luego se percató de que se encendían luces, de ruido de pies que corrían, gritos de alarma... actividad. Moviéndose con mayor rapidez, y más silenciosamente que antes, corrió hacia la abertura entre los lejanos edificios y cuesta abajo por la arenosa senda, hasta la Caserna Mariscal Joffre. Cuando llegó a la caserna, disminuyó el ritmo. Respiraba con dificultad... Recuerda lo que te enseñaron, se dijo: nunca huyas a la carrera, del sitio del incidente... tampoco hay que echar a correr cuando se enciende la mecha de un explosivo, Hay que caminar siempre con tranquilidad, como si tuviera uno derecho a estar donde está.

En su camino de regreso a la entrada privada que le mostrara su amigo, el capitán, no vio a nadie. Sonriendo, salió a la Rué Waldeck-Rousseau. Estaba sano y salvo. La calle se hallaba desierta.

Habría dado cuatro pasos, cuando de algún punto cercano salió un agudo silbido. Por un instante, pensó que era el silbato de algún policía... pero casi inmediatamente reconoció el sonido humano: el silbido que emite el hombre criado en el campo, la clase de silbido con que se llama a los lebreles, o a los perros pastores o a otras bestias. En esta ocasión, lo que respondió al silbido fue el Mercedes, que materialmente se le echó encima, con las luces encendidas para cegarlo. Y por la espalda lo tomaron dos manos como bandas de hierro que le sujetaron ambos brazos a los costados, con tal fuerza, que el dolor le atenazó manos y dedos. La Browning cayó al pavimento.

— ¡Así que mataste a Franco!... pero de nada te servirá, Bond —era Caber, que le hablaba al oído, en voz muy baja—. El señor Murik está algo molesto... y con toda razón. ¡Ay...! ¡Y qué deseos tiene de tenerte en sus manos...! ¡Me parece que te prepara algo grande!

El automóvil se acercó, y Caber arrojó a Bond al asiento posterior, tan pronto como se abrió la portezuela.

[245] El Palacio de los Reyes de Mallorca es uno de los monumentos más importantes de Perpiñán y del Rosellón, en el departamento de Pirineos Orientales, Francia. Este palacio Se encuentra en pleno centro de Perpiñán, accediendo a el por la calle de los Arqueros. Es un palacio-fortaleza de estilo gótico. Su planta se organiza en torno a tres patios (de casi 60 metros de lado). Los primeros maestros de obra son Ramon Pau y sobre todo Pons Descoll, que fue muy activo en los territorios del Reino de Mallorca. La sala grande, sede del poder político, la capilla y la residencia real están reunidas. El plano del palacio se inspira en gran parte de los modelos mallorquines, el de la capilla se asemeja bastante al de la Sainte Chapelle de París. Las paredes, construidas con guijarros y ladrillos ligados con mortero, eran enlucidas de cal y pintadas. Las puertas, las ventanas, las galerías, las escaleras, las cadenas de ángulo de las paredes y torres principales son de sillares (piedra ocre de Les Fonts, azul de Baixas, gres, mármol rojo de Vilafranca de Conflent, blanco y azul de Céret). Este edificio marca la época dorada del Rosellón y sobre todo, de Perpiñán, cuando esta ciudad fue capital del Reino de Mallorca. Fue a partir del 21 de agosto de 1262 cuando Jaime I el Conquistador legó a su segundo hijo, Jaime II de Mallorca, todo el Reino, que comprendía los condados de Rosellón y de Cerdaña y la señoría de Montpellier. Jaime II mandó edificar su palacio en 1276, consolidando así la posición de Perpiñán como capital de su reino, sobre un cerro del sur de la villa. Alrededor del palacio se construyeron jardines y unas capillas, que su construcción definitiva se acabó en 1309, con su consagración. Se sitúa en el corazón de la ciudadela de Perpiñán y depende actualmente del Consejo General del departamento de los Pirineos Orientales. A raíz de la muerte de Jaime III, el 25 de octubre de 1349, sus posesiones catalanas fueron anexionadas a la Corona de Aragón y esto significó el final del Reino de Mallorca; a la vez que Francia adquiría la señoría de Montpellier. En consecuencia, el Palacio de los Reyes de Mallorca perdió su preponderancia y se convirtió en una residencia secundaria que sólo albergaba a los soberanos aragoneses cuando venían a Perpiñán. Tras algunos periodos de ocupación francesa repetida en el siglo XV, las guerras francoespañolas hicieron del palacio el centro del dispositivo defensivo de Perpiñán, convirtiéndose así en una ciudadela. Entre 1538 y 1587, los soberanos españoles Carlos V y Felipe II hicieron construir un recinto impresionante amurallado con ladrillos. Tras la anexión francesa (en 1659), el constructor francés Vauban reforzó el sistema defensivo añadiendo fortificaciones en el exterior e interior del recinto de Felipe II. Tras un periodo de ocupación militar a lo largo de cinco siglos, el palacio se abrió para los visitantes tras la Segunda Guerra Mundial.

[246] Una caserna es una bóveda, a prueba de bomba, que se construye debajo de los baluartes y sirve para alojar soldados y también para almacenar víveres y otras cosas. Joseph Jacques Césaire Joffre, (1852-1931) fue un militar francés. Comandante en Jefe del Ejército Francés de la Primera Guerra Mundial, durante los años 1914 y 1916. Principalmente conocido por la retirada del Ejército Aliado y la derrota alemana en la Primera Batalla del Marne en 1914. Debido a su popularidad se le dio el apodo de Papa Joffre.

[247] “Après-ski” es salir, tomar bebidas, bailar y en general socializar tras la práctica del ski. Se hizo popular en los Alpes, donde los esquiadores a menudo paraban en bares tras sus últimas actividades todavía vistiendo su equipamiento.

[248] “Rúe”, “calle” en francés. Pierre Marie René Ernest Waldeck-Rousseau, conocido como Pierre Waldeck-Rousseau,(1846-1904), fue un político, abogado y estadista francés, el 67º primer ministro de Francia.

[249] En 1970 Marine-Firminy proprietaria de la “Compagnie des ateliers et forges de la Loire” (CAFL), se asoció con Schneider proprietaria de la “Société des Forges et Ateliers du Creusot” (SFAC). El resultado de esta asociación, la sociedad Creusot-Loire, se dedica a actividades de metalurgia pesada y siderúrgica. El “véhicule de l'Avant Blindé” (VAB) es actualmente el vehículo de transporte de tropas del Ejército francés por excelencia. Está dotado de una ametralladora del calibre 12,7 mm OTAN en la versión de vehículo de infantería, y con una de 7,62 mm en cualquiera de las demás variantes, pero también puede ser equipado con un cañón de 20 mm, o con un lanzador de misiles ATGM, el VAB HOT. Antiguamente construido por Creusot-Loire, entró en servicio en 1976, hoy es producido por Renault Trucks Défense.

[250] “Transporte de tropas”, en francés.

[251] “Señor, esto es privado. ¿Tiene una entrada?” “¡Ah, la entrada, sí!”

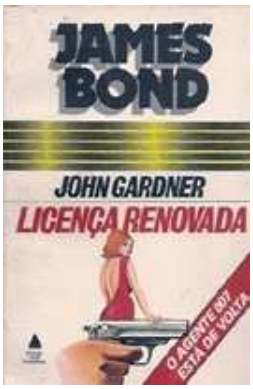
[252] “Buenas noches. Duerme bien.”

[253] Viola: instrumento de cuerda, similar al violín pero de mayor tamaño y sonido más grave. Su tesitura se sitúa entre los agudos del violonchelo y los graves y medios del violín. Cítara: instrumento de la familia de los de cuerda pulsada; en este caso se refiere a un antiguo instrumento de cuerdas metálicas punteadas, afinadas de a pares (como el laúd) pero con la parte posterior plana como la guitarra. Flauta dulce: instrumento de viento muy antiguo, que se sostiene en posición vertical, con la mano izquierda más cercana a la embocadura. Pífano: instrumento de viento consistente en una pequeña flauta muy aguda que se toca atravesada. Tamboril: instrumento de percusión

membranófono cilíndrico percutido con baqueta típico de la península Ibérica. Similar a un tambor, pero con una caja más estrecha y alargada.

[254] Alta costura, en francés. Se refiere a la creación de prendas exclusivas a la medida del cliente. Es moda hecha a mano (sin el uso de máquinas de coser) desde el principio hasta el final, con telas de alta calidad, caras o inusuales.

[255] J. G. Anschütz GmbH & Co. KG es una compañía con sede en Ulm, Alemania, que fabrica rifles para tiro deportivo y caza. Sus rifles son son usados por muchos participantes en las Olimpíadas, debido a su reputación mundial por su precisión, manejo y fiabilidad.



18.- Complot con testigos de vista

M ESTABA SENTADO ANTE SU ESCRITORIO, gris el rostro, mientras escuchaba la grabación por sexta vez.

— Es él, sin duda —se volvió a mirar a Bill Tanner, quien hizo un gesto de asentimiento. M se volvió luego al oficial de guardia—. ¿Tienen el número? —preguntó.

El equipo telefónico del edificio de Regent's Park era el más adelantado y completo del país. No sólo se seguía el rastro de todas las llamadas que se recibían, además de grabarlas en cinta magnetofónica, sino que siempre se tenía a mano un registro efectivo, que incluía tanto las palabras dichas como el número desde el que se había hecho la llamada.

El oficial de guardia se revolvió en su asiento.

— Sin lugar a dudas, es un número francés, tenemos la clave —se trataba de un joven que desempeñaba su primer año de servicio, después de los cuatro de adiestramiento. Suspiró—. En cuanto al punto de origen... pues...

— ¿Pues...? —los ojos de M brillaron, iracundos.

— Ya usted sabe lo que sucede, señor; desde luego, están cooperando con nosotros, pero a estas horas de la noche...

— En efecto —intervino Bill Tanner—. El asunto es peliagudo, señor, pero si usted me lo permite, trataré de apresurar las cosas.

— Hágalo, Tanner, por favor —los ojos grises de M no mostraban ninguna emoción—. Pero, ¿al menos estamos ciertos de que la llamada procedía de Francia?

El oficial de guardia asintió con la cabeza.

— Bien —M tomó su teléfono rojo—. Ha llegado el momento de que Duggan y su gente hagan algo positivo; es hora de que entren en ese maldito castillo... alegando que se sospecha que allí ocurre algo ilegal, o como quieran expresarlo. Ya pueden proceder sin riesgo de tropezarse con el 007.

— Yo hubiera podido acabar con ese tipo hace mucho, señor —Caber hablaba con voz suave. Todos los que rodeaban al Señor de Murcaldy guardaban un silencio casi reverente. ¡Una muerte en la familia!, se dijo Bond, malhumorado. ¿Habría ocurrido lo mismo si la bala de gelatina hubiera dado en el blanco previsto?

Anton Murik se veía realmente afectado —incluso parecía haberse encogido un poco— cuando hizo ademán a Caber de que se marchara.

— No lo creo —se quedó mirando fijamente al gigantesco escocés—. Tú hiciste lo que se te ordenó: traerlo de regreso, vivo. Romperle el cuello o meterle una bala en el corazón sería una manera demasiado benigna de matarlo, Caber. Pero cuando llegue el momento... —y le dedicó una débil sonrisa.

Se hallaban todos en una cómoda sala, sencillamente amueblada en lo que Bond supuso que sería el estilo escandinavo: escritorio, mesa y sillas de pino sin barnizar. Había sólo un cómodo sillón acojinado y tapizado, y ese lo ocupaba Murik.

Esta vez no se habían arriesgado; en cuanto estuvo en el Mercedes, Bond fue esposado. Ahora, se hallaba sentado en una de las sillas, esposado de manos y pies. Sabía que estaban en las oficinas de Aldan Aerospace, en el aeropuerto, pero la sala carecía de ventanas, por algo, Murik lo había descrito como “de sencillez espartana, pero adecuado para nuestras necesidades”. Y añadió que contaban allí con un cuarto muy seguro, “del que ni siquiera el gran Houdini[256] hubiera podido escapar”.

El de Murcaldy despidió a Caber, y permaneció sentado, mirando largamente a Bond. Luego, se pasó la mano por la frente, con ademán cansado.

— Le ruego que me excuse, señor Bond. Estuve en el hospital, y después con la policía, que me entretuvo algún tiempo. Todos se han portado con la mayor gentileza.

— ¿Por lo de Franco? —preguntó Bond.

— En cierto modo —Murik rió amargamente, y repitió—: En cierto modo. Así que lo hizo usted, Bond... acabó con Franco.

— No tuve alternativa... aunque usted había cancelado mi contrato.

— En efecto —Murik lanzó un suspiro, casi de tristeza—. Por desgracia, intervino usted algo prematuramente, y me causó un gran dolor. Entiendo que la muerte de Franco ha sido considerada como una venganza entre malhechores. Todavía falta que lo Identifiquen —otro suspiro—. El platelminto común —musitó—. *Leptoplana tremellaris*[257]*.* Me parece tan absurdo que mi querida Mary Jane haya muerto a manos del platelminto común. Llevábamos muchos años juntos, señor Bond... y usted ha causado su muerte.

Bond preguntó fríamente si Murik hubiera lamentado tanto la muerte de la víctima predestinada.

— En lo absoluto —Murik lanzó llamaradas de rabia—. Es una mocosa inútil... un ser innecesario. Mary Jane era una brillante científica... —quedó silencioso, como si la muerte de su amante y lo que ello significaba se le hicieran comprensibles apenas en ese instante. Y luego repitió—: El platelminto común.

Bond decidió aprovechar la ventaja que la emoción del hombre le daba. Preguntó qué significaba “platelminto común”.

— La mató —Murik habló como si nada hubiera ocurrido—. Imposible negarlo. Franco era un individuo talentoso, tenía don para organizar y como asesino, todavía era mejor. Me lo explicó todo, Bond, una vez que todo quedó convenido.

Al parecer, Franco tenía contacto con personas que se dedicaban a trabajos de investigación en el campo de venenos imperceptibles. Con gran detalle, y como si hablara consigo mismo, Murik se lo explicó:

— Sabemos desde hace muchísimos años que el veneno producido por las glándulas epidérmicas del platelminto produce un paro cardíaco que mata a los animales con gran rapidez, un ataque cardíaco... pero apenas el año pasado se logró preparar con el veneno extraído de la piel del platelminto un extracto lo bastante fuerte para provocar la misma reacción en seres humanos. Basta una cantidad minúscula para provocar un ataque cardíaco, perfectamente natural, en cuestión de minutos... o de segundos.

Franco había hecho arreglos con su amigo el investigador para que preparase un medio para la inoculación del veneno: una cápsula de gelatina del espesor exacto, que debería ser disparada desde cierta distancia y por

determinada arma; en este caso, un poderoso rifle de aire, Anschütz. 22. El paso del proyectil, tanto por el cañón del arma como durante su máxima velocidad en el curso de su trayectoria, eliminaría parte de la gelatina, dejando una capa muy delgada.

— A decir verdad, disparó a mayor distancia de la calculada —por vez primera, Murik sonrió—. Y, sin embargo, dio resultado. Un piquetito apenas perceptible para quien lo recibe, pero lo bastante fuerte para romper la piel e inyectar el veneno en la herida... suficiente para causar un ataque cardíaco... y la muerte.

Bond preguntó si las autoridades sospechaban algo. Murik respondió que no, en lo absoluto. Todos estaban convencidos de que Mary Jane Mashkin había sufrido un paro cardíaco.

— Aquí tengo el certificado de defunción —se dio unos golpecitos en el bolsillo—. La enterraremos una vez que concluya el proyecto Fusión —y cuando habló de ello, el ánimo de Murik cambió, pues pareció recuperar su antiguo ser—. Mary Jane era un soldado, y fue muerta en acción por mi causa. Sería erróneo lamentarse. En realidad, hay cosas mucho más importantes que debo hacer. Francamente, señor Bond, es una pena que no podamos trabajar juntos. Debo reconocer que me inspira usted cierta admiración. Su actuación cuando llegamos a Perpiñán fue digna... de un profesional... pero, al parecer, usted es profesional, de algún tipo... ¿verdad?

— Si usted lo dice —Bond tenía los labios apretados. Con toda seguridad, ya pasaba de la una de la mañana. Había hecho dos intentos para vencer a Murik, y ambos habían fracasado... La tercera es la vencida... si es que había una tercera oportunidad, pues las arenas del tiempo corrían veloces. Apenas quedaban doce horas, hasta el momento en que el de Murcaldy pusiera en marcha sus siniestros planes... dirigidos por Warlock.

Murik se inclinó hacia adelante, con uno de aquellos pequeños movimientos pajarunos. Bond se preguntaba con extrañeza cómo era posible que aquel hombre pudiera tener un aire tan distinguido, con su blanca melena y, sin embargo, producir la impresión de ser un perro dogo y un pájaro, al mismo tiempo.

— ¿Recuerda que en la cabina le deshizo la cara a uno de mis hombres, señor Bond? —Murik sonrió de nuevo—. Pudo oír sus palabras; deduzco que usted es 007... alguna clave. ¿Quién es M?

Bond sacudió la cabeza.

— No tengo ni la más mínima idea.

— Pues yo sí la tengo —el de Murcaldy se inclinó todavía más en su escritorio—. En mis tiempos de físico nuclear, yo también firmé la Ley de Secretos Oficiales[258]. Tuve entrada a eso que los novelistas gustan de llamar “el mundo secreto”. Si no me equivoco, M es la clave empleada para designar a la persona que, para los románticos, es el jefe del Servicio Secreto Británico.

— ¿De verdad? —Bond enarcó las cejas.

Y se dijo que convenía abrumar a su enemigo. Después de todo, el cuartel general en Londres lograría identificar la localidad de donde procedía su llamada. Si ya lo hubieran hecho, a estas horas Murik y su gente ya no estarían allí... cosa que lo deprimió un poco. Pero se consoló pensando que, más tarde o más temprano, M pondría el dedo en Aldan Aerospace. Pero no convenía hacerse ilusiones; estaba en una situación comprometidísima.

Murik hablaba de nuevo, y Bond hizo un esfuerzo por concentrar su atención en lo que el hombrecito decía.

— ...el mensaje a M no fue muy explícito, ¿verdad? Creo que no debemos temer mayores problemas en ese sector —tosió ligeramente para aclarar su voz—. En todo caso, estoy ansioso por iniciar la Operación Fusión; ya no hay manera de interrumpir la cadena de acontecimientos. Nuestro difunto amigo Franco, que en paz descanse, ya se ocupó de ello. Y mis demandas saldrán al aire en cuanto se me informe que ciertas estaciones de energía nuclear están en poder de los fanáticos sedicentes "terroristas", contratados por el finado Franco.

— Me parece recordar que se trata de seis reactores nucleares —Bond lo dijo como si tal cosa, decidido a hacer cuanto estuviera en su mano para irritar la tranquila superficie de la confianza que alimentaba Murik.

La cara de perro dogo se partió en una radiante sonrisa.

— ¡En efecto, son seis! —parecía muy complacido, como si acabara de realizar un ingenioso truco.

Bond se repitió que había que presionar y presionar.

— Seis: una en Inglaterra, una aquí, en Francia, una en la República Federal de Alemania, otra en Alemania Oriental, y dos en los Estados Unidos.

Murik hizo un ademán de impotencia con las manos.

— Astuto, James Bond... de modo que conoce usted la ubicación de las plantas... pero yo sé que no puede haber informado a nadie acerca de ello.

El desdichado enano no se dejaba irritar, pero Bond no estaba dispuesto a darse por vencido tan fácilmente, y procedió a recitar los nombres de las plantas nucleares:

— Heysham Uno; Saint-Laurent-des-Eaux Dos; Nord Dos-Dos; Esenshamm; Indian Point Tres y San Onofre Uno.

— ¡Excelente! Sí, sí, para cuando salgamos de aquí, justo antes de la una de la tarde, hora local, o sea el mediodía en Inglaterra, los avezados escuadrones suicidas de Franco estarán preparándose para el asalto...

— ...que puede fracasar —Bond deseaba decir algo acerca del comentario de Murik, de que se marcharían, pero se contuvo, Quizá el de Murcaldy soltara todo sin necesidad de presionarlo. ¿A dónde se marcharían? ¿Cómo se irían?

— Me permito dudarlo —y Murik rió, ahogadamente—. Fusión tiene mucho tiempo cocinándose.

— Por buenos que sean sus preparativos, en esos lugares las medidas de seguridad hacen imposible toda actividad terrorista grave —la conversación resultaba absurda, parecían un par de estrategas que examinaran las tácticas de un simulacro de guerra... en todo aquello había un no sé qué de irreal.

— ¿Desde adentro? —preguntó Murik con burlona sorpresa—. Mi estimado Bond, ¡no supondrá usted que he dejado a la casualidad algo tan importante! Desde el principio, proporcioné al pobre Franco una lista de posibles blancos. Los que usted mencionó fueron elegidos por ser los más fáciles de infiltrar —golpeó el escritorio con la palma de la mano—. La infiltración se llevó a cabo hace cosa de un año. Hemos tenido que ser muy pacientes; un año puede resultar muy largo, pero la paciencia da frutos. En cada una de las plantas trabajan cuatro de los contactos de Franco; cuatro personas de confianza que están allí, cerca de cada uno de los reactores. Todas ellas tienen conocimientos especializados y han dado pruebas de su

lealtad, de su capacidad de trabajo, que han desempeñado a satisfacción de todos. En el curso del año, cada una de esas personas se las ha ingeniado para alcanzar una posición en la que gozan de plena estimación, su cara es conocida para los guardias de seguridad... y todos han logrado introducir con éxito el equipo necesario para llevar a cabo la tarea con todo éxito.

— Se da el caso de que salga el tiro por la culata —Bond hizo un esfuerzo para que en su cara no se reflejara el temor que sentía y que abría en su mente un abismo de horror.

— Las armas son cosa muy secundaria —y en los ojos de Murik se produjo de nuevo ese desagradable movimiento interno; esa mortal corriente de lava fundida que parecía síntoma, apenas perceptible, de locura.

Bond no dudaba de que el hombre, con todo su genio, estaba loco, sólo a un maniático se le podía ocurrir algo tan arriesgado como lo que estaba a punto de hacer.

— Las armas se necesitarán sólo por unos instantes. Mis veinticuatro servidores, hombres y mujeres por igual, están de servido en sus respectivas plantas, y todos tienen acceso a los cuartos de control. Llegado el momento, podrán apoderarse de esos cuartos de control sin derramar ni una gota de sangre. Y el personal quedará en libertad de inmediato.

— ¿Qué tan bien conoce usted a esa clase de gente? —Bond habló con una indiferencia que estaba muy lejos de sentir. Para entonces, Murik se parecía más a una babosa que a un perro dogo, sin embargo de lo cual no podía uno menos de admirar lo cuidadoso de sus planes.

— ¿Yo? —Murik lo miró, con expresión de sorpresa—. Yo no los conozco en lo absoluto. Solamente Franco, quien siempre actuó siguiendo mis instrucciones. Como ya le dije, Franco era un hombre muy inteligente. Yo le enseñé todo lo que hacía falta. A su vez, él instruyó a sus equipos. Puedo asegurarle, Bond, que estudiamos cada una de las fases con los planos en las manos... los planos de las plantas elegidas. Nada se dejó a la casualidad. Vea usted, los movimientos iniciales en los cuartos de control serán meras medidas de precaución. Primero se cortarán las conexiones de los interruptores para control remoto, lo que significa que ningún control maestro podrá largar las plantas en cuestión.

— ¿Largar?

— Una manera de decir las cosas: significa el cierre repentino de un reactor de fisión... la introducción, por control remoto, de las varillas de control. Con excepción de uno, en todos nuestros blancos hay un control central maestro que abarca varios reactores. Así pues, cada escuadrón procederá, ante todo, a aislar su reactor, para que nadie pueda volverlo inofensivo accionando el control maestro.

Su sonrisa era tan desagradable y tan irritante como la mirada de lava de sus ojos.

— Nuestro propósito quedaría frustrado si los escuadrones no fueran dueños absolutos de su destino.

Los músculos de Bond estaban tan rígidos como sus apretados labios. La tensión se acumulaba sensiblemente en su cuerpo. Había repasado todas las posibilidades (quizá una docena) de fracaso del asalto terrorista, antes de que éstos tuvieran oportunidad de apoderarse de sus blancos.

Pero lo que le dijera Murik acerca de la infiltración y del inmediato aislamiento de los reactores elegidos eliminaba toda una serie de oportunidades.

— ¿Y luego?

— ¡Ah! —Murik inclinó la cabeza—. Lo más obvio, desde luego; al separarse del control maestro, también cortarán toda comunicación con el mundo exterior.

— ¿No tendrán ningún contacto?

— No lo necesitan. Sólo serviría para afectar peligrosamente su concentración, y no podemos en modo alguno permitir un diálogo entre los escuadrones y las autoridades. Tienen sus órdenes... sus horarios y todos los detalles —de nuevo se dibujó en su cara la fría sonrisa—. Cuentan con un único medio de comunicación... manejado por mí, y lo usaré con mucha parquedad. Cada grupo está equipado con un transrreceptor pequeñísimo pero de enorme potencia, fabricado por una de mis empresas. Ésta, precisamente. Es lo más importante de todo lo que han introducido en sus respectivas plantas. Cada uno de esos transrreceptores está ajustado a una frecuencia especial. Una vez que estén en el cuarto de control, perfectamente aislados, cada equipo enviará como señal la palabra clave, junto con su identificación... y sólo una persona en el mundo podrá recibir esos mensajes —y se golpeó el pecho—. Yo. Por otra parte, los grupos de terroristas serán los únicos capaces de recibir mi mensaje, otra palabra clave, claro está, para informarles que deben cancelar su misión. Pero esas instrucciones las recibirán sólo después de que mis demandas hayan quedado plenamente satisfechas. Y tienen que recibirlas en el curso de veinticuatro horas, contadas a partir del momento en que transmitan su mensaje de que han logrado su intento. Si no reciben la orden de cancelar... —hizo con las manos un pequeño ademán que denotaba tristeza—. Sí no reciben mi mensaje, seguirán adelante... con toda precisión... con la acción programada: cortarán los sistemas de enfriamiento de cada uno de los reactores.

La cara de Bond parecía tallada en piedra, sus ojos fijos en los de Murik.

— Y cuando lo hagan, se perderán millones de vidas, grandes extensiones del globo terráqueo quedarán inhabitables... por largo tiempo, se producirán daños enormes y la contaminación... —Murik movió la cabeza como un Buda, en señal de fatal asentimiento.

— En efecto, puede suceder que todo el mundo sufra gravísimos daños. Sí, señor Bond... es por ello que los gobiernos afectados... y muchos otros gobiernos, no permitirán que ello suceda. Aceptarán pagar lo que les pida... de eso estoy totalmente seguro.

— Y... ¿cómo se enterará el mundo de lo que usted quiere?

— Ya lo verá usted, Bond, ya lo verá. Estará usted en primera fila —rió, divertido—. Podrá enterarse de todo, de principio a fin.

— ¡Pero...!

— Y cuando todo haya terminado —extendió las manos en un gesto que pretendía expresar la inevitabilidad de algunas cosas—. Franco tenía que desaparecer en algún momento... y usted ya me prestó el servicio. Francamente, no podía yo permitir que franco entregara parte del rescate a sus grupos terroristas, porque yo mismo lo necesito. Es imperativo que yo me quede con todo, hasta el último centavo, a fin de trabajar por la seguridad del mundo. En realidad, éste es uno de esos casos en que el fin justifica los

medios —Murik cambió de postura en su sillón, y prosiguió con voz que sonaba algo triste—: Desde luego, me sabe muy mal quedarme con *sus* modestos honorarios. Después de todo, en cierto modo, tuvo usted éxito en su empresa, aunque las cosas no hayan ocurrido según mis deseos. Y, como ya dije, amigo mío, le tengo simpatía. Sin embargo, usted traicionó mi confianza, desde el primer momento y, dadas las circunstancias, no puedo permitir que viva, conociendo, como conoce, todos los detalles de mi operación... no obstante, si tiene usted algún deudo, estoy en la mejor disposición de... —la voz de Murik se perdió en un murmullo ininteligible.

— ¿Así que se propone matarme?

— Algo por el estilo. En un principio, se me ocurrió una idea muy divertida, pero puesto que Mary Jane ha muerto, creo que debe usted sufrir una agonía más larga. ¿Me equivoco si pienso que a usted le gustaría tener un fin emocionante?

— ¿Y Lavender?

Murik dio un fuerte puñetazo en el escritorio.

— ¡Ya debería estar muerta! ¡Ella y no mi Mary Jane! Pero no se preocupe, señor Bond, estará con usted... hasta el final —una risita ahogada—. ¡Hasta el final!

— ¡Maldito perro! —Bond se expresó con calma, sin dejar traslucir sus emociones—. Ya intentó matar a su pupila, y volverá a intentarlo... una joven que está a su cargo...

— Y que todos estos años ha sido una espina clavada en mi costado —también Murik hablaba sin pizca de emoción—. Y en los últimos días usted también se ha convertido en una espina. Una vez que la señorita Lavender Peacock desaparezca, podré continuar mi trabajo sin peligro de interrupciones.

— ¿Por qué...? ¿Quizá porque ella es la legítima heredera del título, las propiedades y el dinero que usted detenta?

Anton Murik enarcó las cejas, gesto que daba a su cara belicosa un aspecto más repugnante aún.

— ¡Astuto! —su voz era aguda, y deletreó la palabra, separando claramente las sílabas—. ¡Muy astuto! Supongo que no importa si usted lo sabe, porque no hay mayores pruebas del hecho. En efecto, ella es la legítima heredera. Yo entré en posesión por medios un tanto dudosos. Verá...

— ¿Se refiere usted al asunto de su abuelo? ¿Y luego las serias dudas acerca de que su madre fuera la legitima esposa de su difunto y llorado papá?

Por vez primera en el curso de su ya larga conversación, Murik se inmutó, y luego se enfureció.

— ¿Cómo lo sabe? —profirió casi a gritos.

Bond, convencido de que se había anotado un tanto, recordó el momento en que M le había relatado la complicada y dudosa historia de los Murik.

— ¿Lo de Sicilia? Es del dominio común, Murik. Las tumbas en... ¿cómo se llama el lugar?... Caltanissetta... donde están su padre y la doncella de su madre. Esos hechos están perfectamente documentados. Supuse que usted lo sabía. Después de todo, el Lord Lyon, Rey de Armas, viene investigando el asunto desde hace bastante tiempo...

La cara de Murik sufrió un espasmo nervioso, pero su voz se normalizó, incluso sonrió.

— Tal vez... pero no tiene pruebas.

— ¡Quién sabe! Su madre era, en realidad, la doncella de su padre!... ¿verdad, Anton? —era la primera vez que Bond se atrevía a tomarse la confianza de llamarlo por su nombre de pila.

— ¡Pero, de todos modos, yo soy hijo de un Murik!

Bond se lanzó de nuevo a dar palos de ciego.

— Pero tenía un hermano... medio hermano, hijo de su padre y de su legítima esposa. Un hermano que nació por la época en que ocurrió el episodio de los bandidos, en Sicilia, cuando su propia madre, la doncella, ya estaba encinta... ¿Qué hizo? ¿Volvió para ahuyentarlo?

— Volvió con su mujer y su hija, y provisto de todos los documentos necesarios para establecer su identidad —replicó Murik, malhumorado.

— Y luego, junto con su mujer, murió en un accidente de aviación...

Murik rió entre dientes.

— ¡Por supuesto! Era un hombre intrépido... de los más variados talentos... pero murió —volvió a reír—. Los sicilianos tienen defectos, pero aman a los niños. Los bandidos lo recogieron, lo enseñaron, lo hicieron uno de ellos, y luego le dijeron la verdad... después de asegurarse de que tenía cierto grado de educación. Como yo, sabía esperar... pero no era tan buen sicólogo. Naturalmente, yo le dije que estaba dispuesto a renunciar a Murcaldy y al castillo de Murik en su favor, y él me creyó. Le gustaba hacer locuras en el aire, ¡una verdadera lástima! Dicen que el accidente lo causó la ruptura de un tubo de combustible, o algo por el estilo, ya olvidé los detalles.

— Pero usted se aseguró de que su mujer lo acompañara.

— ¿Cómo podía impedírselo?

— ¿Cómo es que la niña... Lavender, no fue con ellos?

Los ojos de Murik adoptaron una expresión de dulce melancolía, como si recordara el pasado.

— Mi hermano quería un nuevo avión, y yo lo animé para que lo comprara. Después de todo, iba a recibir todo el dinero. De modo que se metió en la torrentera... cosa fácil: quería probarlo para deslumbrar a su mujer y a su hija. Yo no estaba presente, me había marchado a Edimburgo a ver a los abogados para tratar lo relativo a la renuncia del título; necesitaban estudiar los documentos. Pero la chiquilla se enfermó, un cólico, o algo por el estilo. Dicen que aquello fue terrible, en un tris estuvo que se estrellara contra el castillo. Era un valiente, los dos murieron instantáneamente. Entonces, todos dijeron que la niña había tenido suerte...

— Y como usted tuvo que regresar de inmediato, los abogados jamás vieron los documentos...

Murik sacudió la cabeza, con fingida tristeza.

— No, no los vieron... nadie los ha visto; están en el castillo, a buen recaudo, donde nadie podrá hallarlos. Pero no harán falta después de pasado mañana. Así que ya lo sabe todo. Y si Lord Lyon, el Rey de Armas, lo envió a investigar, le tocó la de perder... igual que a usted y a Lavender, pues se ha terminado su suerte... y su tiempo —extendió el brazo para oprimir un timbre que había junto al teléfono—. Todos necesitamos un poco de descanso, mañana va a ser un gran día... o quizá debería decir hoy, pues ya pasan de las tres de la mañana. Me temo que estamos un poco apretados, tendrá usted que compartir el único cuarto seguro con mi pupila, se dará usted cuenta de que nadie le ha hecho daño... aún, ¡siempre hay un mañana!

Antes de que Caber llegara para llevárselo, Bond hizo una última pregunta:

— Dijo usted que mañana nos marchamos de aquí...

— ¿Y...?

— Y que yo tendría un asiento en primera fila.

— ¿Y...?

— ¿Dónde?

Murik hizo su pajaruno movimiento de cabeza.

— ¡Por supuesto, no está usted enterado! Mencioné los poderosos transrreceptores que vamos a utilizar. Pues bien, mañana esta empresa realizará pruebas con ese equipo... pero en otra frecuencia, claro está. Hay varios personajes interesados. Sepa usted que no sólo son extraordinariamente poderosos, sino que, al igual que mi reactor nuclear, son ultraseguros. Mis sabios colaboradores han producido transrreceptores de alta frecuencia dotados de lo que llamamos "rayo con antipara[259] de seguridad", lo que significa que sus señales no pueden ser recogidas y seguidas. Nadie, señor Bond, puede escucharlas, o siquiera detectarlas. Disponemos de una gran nave aérea —rió entre dientes, según costumbre— que, por cierto, nos ha sido proporcionada por los Estados Unidos. Funcionará cómo nuestro laboratorio volante, y no sólo tiene capacidad para el equipo que necesitamos, sino que puede mantenerse en el aire algo más de veinticuatro horas. Más tanques para combustible: el tiempo que necesitamos, allí es donde ocupará usted un lugar privilegiado.

En ese momento entraron Caber y uno de sus hombres, su amo les dio las órdenes pertinentes, y se llevaron a Bond por una serie de pasajes que iban en descenso. Lo trataron con bastante rudeza, pero Caber le quitó las esposas cuando llegaron a lo que llamó "el cuarto seguro".

— De aquí si no te escapas —comentó, burlón.

Y Bond comprendió que la confianza del gigantón estaba plenamente justificada, pues se trataba de una celda sin ventanas, sólo tenía una rejilla de ventilación, muy pequeña, situada muy arriba, en la pared. La puerta de acero tenía ocho pulgadas de espesor, y por dentro era totalmente lisa. Era algo así como quedar encerrado en una caja fuerte... y con toda probabilidad para eso servía aquel antro.

Había allí dos camas y una débil luz que ardía perpetuamente, tras un grueso cristal cubierto con malla de alambre, fundida con el metal del techo.

Lavender dormitaba en una de las camas, pero despertó alarmada cuando arrojaron a Bond en la celda. Saltó del lecho, y luego, lanzando un gritito, tomó su cobertor, avergonzada, pues sólo llevaba la breve ropa interior de encaje.

Su pudor se esfumó cuando reconoció a Bond.

— ¡James! —dejando caer el cobertor, se arrojó en sus brazos—. ¡Dios mío, te capturaron! Tenía la esperanza de que tú, al menos, habías logrado escapar.

— No tuve tanta suerte... Ni en el coche, ni ahora...

Ella levantó los ojos hacia él.

— Tú sabes, ¿verdad? que yo no tuve nada que ver con tu captura... cuando huiste en tu auto...

Bond asintió, y dejó que siguiera hablando.

— La primera noticia que tuve me la dio mí tutor, me anunció que habías sufrido un accidente. Se me prohibió todo contacto contigo. Me amenazaron, y Mary Jane... ¿sabes ya que murió? Un ataque cardíaco...

Esta vez, Bond la interrumpió con un beso, qué se prolongó, como ocurriera cuando se despidió de ella para iniciar la frustrada huida en el Saab.

Ella empezó a caminar hacia atrás. Ya sentada en la cama, levantó el rostro para mirarlo.

— ¡Ah, James...! Estaba segura de que lograrías escapar y volverías con ayuda. Se prepara algo horrible...

— ¡Y que lo digas! —Bond le sonrió—. ¡En verdad terrible! —reflexionó—. ¡Francamente, no sé cuánto tiempo podré resistir!

La expresión de temor que se dibujaba en la carita de Lavender se transformó en una gozosa sonrisa.

— ¿Verdad que es terrible? Y no se me ocurre más que una solución — y empezó a despojarse de lo poco que traía encima.

Quizá había transcurrido una hora... ambos estaban acostados en la cama, juntos, la cabeza vuelta para mirarse embelesados uno a otro.

— James —dijo en voz apenas audible— si salimos de ésta...

Le cortó la palabra con un beso. Bajo esa apariencia delicada y frívola se ocultaba una joven serena y fuerte, y Bond decidió que tenía derecho a conocer la verdad.

— Escucha, Dilly —empezó, y luego con mucho tacto, omitiendo sólo detalles nimios, la puso al tanto de la verdad de la muerte de Mary Jane Mashkin, y de que era ella quien debería haber muerto. Luego, brevemente, le expuso el plan de Murik para esa misma mañana.

Ella permaneció callada unos instantes. Luego, con calma, casi con resignación, dijo:

— Bien, parece que ha llegado nuestra hora. Gracias, amor mío. Me salvaste la vida... pero quizá hubiera sido mejor morir entonces... en el palacio, repentinamente. Anton es una víbora, y no dudo que nos prepara algo muy desagradable.

Bond le puso un dedo en los labios.

— Pero todavía no sucede —procuró tratar aquello a la ligera, diciendo que todavía estaban a tiempo de recibir ayuda, y que, incluso podían encontrar la manera de escapar—. En todo caso, nunca me han arrojado desde un avión en pleno vuelo, debe de ser algo emocionante[260]... como el hecho de estar aquí contigo. Por lo menos, estaremos juntos.

Ella se mordió los labios y asintió, valerosa. Luego, atrajo su cabeza hacia sí, y de nuevo se dejaron llevar por la pasión. A Bond le parecía como si hubieran escapado del tiempo y de los problemas, y flotaran, cada vez más felices, hacia un remolino de gozos terrenos.

Por último, estrechamente abrazados, se quedaron dormidos en la angosta cama.

Eran casi las seis de la mañana cuando Bill Tanner volvió a la oficina de M con la desagradable noticia de que, por ser la medianoche, no recibían aún informes positivos acerca del número desde el que James Bond había llamado.

— Lo tendrán listo antes de las nueve —manifestó con voz cansada.

M estaba lívido, su piel como pergamino, los pálidos ojos circundados de profundas arrugas.

— Por lo visto, ya nadie sabe lo que significa “urgente” —gruñó. Allá, en el fondo, M albergaba el molesto sentimiento de que estaban al borde de algo terrible... incluso catastrófico. La lógica le decía que la desaparición de Anton Murik, la llamada telefónica de Bond y la circunstancia de que al FBI se le hubiera escabullido Franco, eran hechos relacionados entre sí.

Quizá en ese preciso instante se hallaban al borde del precipicio labrado durante aquellas reuniones del terrorista internacional y el ex físico nuclear.

— Duggan no es mejor —masculló—. Se erizó cuando cambié de opinión acerca de la conveniencia de entrar en el castillo de Murik. Sin embargo, las circunstancias nos obligan a actuar; tuvieron que levantar de la cama a un magistrado para que firmara la orden de cateo. En todo caso, se marcharon todos, como un enjambre de abejas enloquecidas, Duggan, sus hombres y un cargamento de la Sección Especial, para abrirles camino —suspiró—. Pero, con todo, no es mucho lo que podrían hacer antes de las nueve.

Bill Tanner, no menos asustado que su jefe, hizo un esfuerzo por bromear:

— Debió empezar por enviar un cañonero, señor...

M respondió con un gruñido.

— Envíeme un poco de café, es más factible. Y usted también: bébase un café, Tanner, bien caliente y dulce... al menos así quiero el mío; algo me dice que nos espera un día largo y difícil.

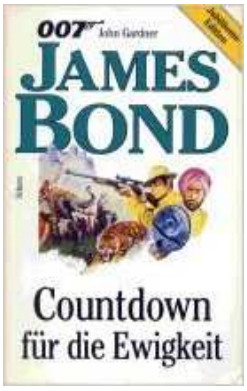
[256] Harry Houdini (1874–1926), de verdadero nombre Erik Weisz, fue un ilusionista y escapista húngaro de origen judío. Las habilidades de Houdini para liberarse de ataduras con cuerdas, cadenas con candados y otras situaciones complicadas encantaban al público. Tenía el sobrenombre de «Rey de las Esposas». Solía presentarse en una ciudad ante el jefe de la policía local, o en la prisión, y proponía su reto. Luego el mago era encerrado, atado, o encadenado, y él conseguía liberarse. A veces ofrecía ser examinado desnudo y que probaran en él nuevos candados, grilletes, esposas o dispositivos fabricados por la gente del lugar, escapando siempre. Se suele considerar a Houdini el mejor escapista de todos los tiempos y también precursor de muchas de las hazañas y retos de este tipo. Escapó de cuerdas, cadenas, camisas de fuerza, todo tipo de esposas, barriles, cajas, baúles, bidones, bolsas, sacos, ataúdes, jaulas y habitaciones cerradas.

[257] Los platelmintos (Platyhelminthes o Plathelminthes del griego πλατυς platys, "plano" y έλμινθος hélminthos, "gusano"), son un filo de animales invertebrados acelomados protóstomos triblásticos, que comprende unas 20.000 especies. La mayoría son hermafroditas que habitan en ambientes marinos, fluviales, terrestres húmedos y aéreos; muchas de las especies más difundidas son parásitos que necesitan varios huéspedes, unos para el estado larvario y otros para el estado adulto. Los platelmintos son los carnívoros triblásticos más simples y probablemente los más primitivos. Son aplanados dorso-ventralmente como una cinta y presentan simetría bilateral. Los turbelarios, como las planarias, presentan cefalización con ganglios concentrados en un cerebro en uno de los extremos del cuerpo; los grupos parásitos carecen de cabeza; los trematodos y monogeneos tienen ventosas y ganchos de fijación, y los cestodos tienen un escólex con cuatro ventosas y una corona de garfios.

[258] La “Official Secrets Act” (Ley de Secretos Oficiales) del Reino Unido hace referencia a cada una de una serie de leyes que cubren la protección de los secretos de estado, información sensible y otros datos oficiales, sobre todo en cuanto a temas que afectan a la seguridad nacional. Es considerada una de las leyes más controvertidas del país. Todo ciudadano «que haya sido miembro de las fuerzas de seguridad y de inteligencia británicas» o «que haya sido notificado por escrito de las provisiones de esta ley» está sujeto a lo previsto en la ley vigente. Principalmente, se refiere tanto a los funcionarios de ministerios y a los empleados de los servicios de inteligencia británicos como el Security Service (MI5), la agencia de seguridad nacional; el Secret Intelligence Service (MI6), la agencia de inteligencia exterior, y el centro de comunicaciones, el GCHQ, como a los periodístas que revelan datos facilitados por estas personas.

[259] Biombo que se coloca delante de algo para ocultarlo a la vista.

[260] ¡Falso! Bond es arrojado de un avión sin paracaídas en la película “Moonraker” (1979).



19.- El ultimátum

LLEGARON ARMADOS, Y FORMANDO escuadra... Caber y tres de sus secuaces: el gigante armado de una pistola automática, y dos de los matones, con sendas bandejas.

— El patrón ordenó que les sirvieran un desayuno muy especial... dijo que ustedes comprenderían —dijo Caber, e indicó con un ademán que dejaran las bandejas, y Bond recordó claramente la conversación que sostuviera con Murik inmediatamente después de su llegada a Perpiñán, el día anterior: el banquete del reo de muerte.

Los barbajanes[261] desaparecieron, y Caber retrocedió hacia la puerta, pero sin darles la espalda.

— Cuando vengan a recoger las bandejas, no intente ningún truco con los cubiertos: lo que es, esta vez no se escapa de aquí ni una rata.

Uno de los patanes lanzó una risotada que parecía rebuzno.

— Sólo saldrán con los pies por delante... ¿verdad, tú?

— ¡Cierra el pico, mentecato! —Caber cruzó el umbral, y jaló la puerta. Pero antes de cerrarla, Bond le preguntó dónde podían asearse.

— ¡Ay, claro! —y antes de dar el portazo, vieron a Caber que oprimía algo que había del otro lado de la puerta. El gran panel de metal encajó en su sitio con un golpe seco, y al mismo tiempo se corrió una pequeña sección de la pared, revelando una pequeña alcoba en la que había los utensilios indispensables: lavabo, toallas e inodoro. Bond hizo un cuidadoso examen, pero la alcoba era tan inexpugnable como el resto de la celda. “No puedo afeitarme”, dijo, tratando de parecer alegre. “Pero al menos podemos asearnos”.

Las bandejas contenían platos calientes con tocino, huevos, salchichas, dos grandes jarras de plata con café, pan tostado en abundancia, mantequilla y mermelada... todo ello servido en la fina vajilla de porcelana del señor de Murcaldy y protegido por ornamentadas cubiertas de plata. Incluso los platos de cristal de la mantequilla estaban grabados. “Manteca en plato señorial”, comentó Bond, recordando que algo así decía una cita bíblica con connotaciones siniestras; algo relacionado con un asesinato: un personaje del Antiguo Testamento que golpeó a alguien con la estaca de su tienda, después de servirle la manteca... o la cuajada[262]. Pero Caber portaba pistolas, no estacas.

Lavender hizo su bandeja a un lado.

— Lo siento. James, pero no puedo comer nada, me sería imposible pasarlo.

Bond se acercó a ella, y la tomó por los hombros:

— ¿Acaso perdiste ya la esperanza, Dilly? Ya encontraremos la manera de escapar... ¡yo la encontraré! Murik estará encantado si se da cuenta de que estás asustada, tienes que luchar y sobreponerte. ¡Vamos, come algo!

A decir verdad, no tenía ni la más leve idea de cómo podrían escapar, o siquiera de detener los acontecimientos que rodaban hacia lo que podía ser un holocausto de proporciones catastróficas. Y, sin embargo, su gran experiencia

le decía que la única manera de vencer a Murik consistía en mostrar entereza. Lavender tragó saliva y respiró profundamente.

— ¡Está bien!

— Al menos, bebe un poco de café —insistió él, aunque dulcemente.

Ella se estremeció.

— Por supuesto. James. También yo he aprendido a conocer a Anton. Por lo menos, intentaremos cogerlo en sus propias redes.

Bond dio el ejemplo, a pesar de que le costaba un gran esfuerzo comer. Los huevos y el tocino se le atascaban en la garganta, pero se las arregló para pasarlos a base de tazas y tazas de café, con gran cantidad de azúcar. Por lo menos, su cuerpo tendría con qué alimentarse... y la energía adicional que necesitaba. Lavender hizo cuanto pudo: mordisqueó un poco de pan tostado y bebió unos sorbos de café. Una vez que terminaron, Bond se tendió en la cama, de cara a la pared, mientras Lavender hacía sus abluciones y se vestía.

Luego le tocó a su vez: se desnudó totalmente y se lavó de pies a cabeza. Lamentaba no poder afeitarse, si iban a morir, quería hacerlo con su mejor aspecto... esas eran ideas negativas. Bond se maldijo y decidió que, en adelante, tenía el deber de pensar positivamente y mantenerse alerta, de tomar nota de cuanto ocurriera... listo para aprovechar la más pequeña grieta que pudiera descubrir en los planes o en las actividades de Murik.

Era imposible saber la hora, pero Bond calculó que les habían permitido dormir hasta tarde, probablemente ya pasaba del mediodía, hora local... donde la hora cero era la una de la tarde... las doce en Inglaterra. Ya no tendrían que esperar mucho más. Al cabo de unos cinco minutos, reaparecieron Caber y sus hombres. Se retiraron rápidamente las bandejas, y se ordenó a los dos prisioneros a punta de pistola, que salieran de la celda. Los condujeron por silenciosos pasajes, estrechos corredores y, por último, escaleras arriba hasta una puerta de metal, de las que se instalan para impedir que en caso de incendio se corra el fuego. Caber los precedía a grandes trancos y, abriendo la puerta, les indicó que pasaran.

Bond escuchó la ahogada exclamación que lanzó Lavender, Inmediatamente detrás de él, estaban en el hangar que viera a su llegada: una gigantesca estructura en la que hubiera cabido holgadamente una manzana de casas; vastísimo, con mucho eco, olía a aceite y hule, y la temperatura era baja, debido a los ventiladores que giraban en lo alto, entre las vigas que sostenían el techo. Sin embargo, lo más impresionante era la aeronave que estaba en el centro del recinto, la cola apuntando hacia las altísimas puertas corredizas que cerraban la entrada; la proa ya estaba enganchada a un tractor amarillo.

Bond lo reconoció de inmediato... y se pasmó ante el tamaño de aquel monstruo del aire. Se trataba del colosal Lockheed-Georgia C-141: el “Starlifter”[263], el gran transporte aéreo estratégico norteamericano, cuyas alas tenían más de cuarenta y ocho metros de envergadura; la longitud del cuerpo de la nave era de más de cuarenta y cuatro metros, y alcanzaba una altura de cerca de cuarenta pies.

Incluso el hangar se achicaba con la presencia del magnífico bruto, pintado con el típico estilo de camuflaje empleado por los Estados Unidos, si bien ostentaba, además, la insignia azul, blanco, rojo y amarillo de la Armada Francesa del Aire, y en la parte posterior del amplio fuselaje se habían añadido las palabras “Aldan Aerospace”. Debajo, Bond pudo ver la enorme rampa

posterior, que se movía con fuerza hidráulica, incluso durante el vuelo, a fin de cargar o descargar hombres y materiales (tanques, vehículos de todas clases)... incluso helicópteros.

Murik podía meter cuanto quisiera dentro de aquella bestia: desde técnicos hasta el equipo electrónico que necesitaba para sus rayos de radio con “antipara”. El “Starlifter”, se dijo Bond, era un buen nombre para el avión, y dijo la palabra en voz alta.

— En efecto, señor Bond, el “Starlifter” —Murik estaba a su lado, vestido sencillamente, con chaqueta y unos cómodos pantalones—. Opino que el nombre le sienta muy bien. Claro que a éste se le hicieron ciertas modificaciones, le va a interesar, Pero, es tiempo de abordar.

Del frente del hangar llegó el ruido que hacían las puertas corredizas al empezar a moverse. Caber le encajó a Bond el cañón de la pistola, y empezaron a subir por la escalerilla que llevaba al acceso de proa, que se abría a poca altura, en el fuselaje, inmediatamente detrás del puente de mando.

Murik iba adelante, y Bond alcanzó a ver a la tripulación, ocupada en la comprobación previa a todo vuelo. Al pie de la escalerilla permanecían dos de los hombres de Murik, mientras que otra pareja de ellos, que estaban por ahí cerca, subieron detrás de Caber, Bond y Lavender.

Una vez adentro, era obvio que el fuselaje había sido alterado obedeciendo las especificaciones de Murik. El acceso los llevó a una cantina decorada con brillantes colores en la que había una barra, pequeñas mesas redondas y asientos hasta para una docena de personas. El piso estaba cubierto por una gruesa alfombra; Bond miró hada adelante, y vio a dos hombres que ya trabajaban en la galera.

— Me temo que no podrán comer aquí con nosotros —dijo Murik, dirigiéndose a Bond y a Lavender—. Es un placer del que lamento tener que privarme. Lo que va a ocurrir en las horas que siguen exige la máxima concentración, y no podemos permitir que anden ustedes curioseando por todas partes. Sin embargo, me ocuparé de que no sufran hambre ni sed — señaló el escotillón, cuya puerta corrediza llevaba a la popa del fuselaje—. Mucho les agradeceré que tengan cuidado al pasar por la siguiente sección: contiene las entrañas de mis trabajos electrónicos, y tal vez sea la parte más importante de todo el proyecto.

Del otro lado del escotillón, el fuselaje se angostaba, y no había alfombra. La sección se prolongaba a lo largo del fuselaje, tal vez unos cuarenta pies, ambos lados estaban atestados, de arriba abajo, con bancos de equipo electrónico protegido por unidades metálicas y altos gabinetes. Hacia el centro, se abrían dos nichos, uno a cada lado, en cada uno de los cuales había dos hombres que vestían inmaculados overoles[264] blancos, y que estaban sentados ante lo que parecían ser complicadas consolas de controles. Cuando pasaban por delante, Bond preguntó en voz alta si podrían escuchar la Quinta Sinfonía de Beethoven. Por toda respuesta, Caber le dio un golpe, y Murik lo miró con odio. Aquella cueva electrónica terminaba en otro escotillón con puerta corrediza que, según comprobó el ojo experto de Bond, era a prueba de balas e incendios. Calculaba que habían recorrido apenas la mitad de la longitud de la aeronave. Murik se detuvo, la mano en el cerrojo corredizo:

— Esto es mi guarida —anunció, corriendo la puerta a un lado. Pasaron a un recinto circular, iluminado por luces ocultas tras pantallas verdes que

daban una sedante luz—. El centro nervioso de mi operación —Murik miró complacido a su alrededor, mientras la puerta se cerraba automáticamente con un ruido sibilante—. Desde aquí llevaré las riendas de Fusión.

A cada lado se abrían dos pequeñas ventanillas ovaladas, con las persianas bajas, para evitar un exceso de luz. A uno y otro lado de la puerta, mirando hacia proa, había grandes mesas curvas, y cada una de ellas tenía al fondo complicados sistemas de brujería electrónica.

Atornillados al piso, frente a cada consola había tres asientos anatómicos giratorios y, detrás de éstos, arreglados como para espectadores, había otros cuatro asientos. En el fondo, delineado en rojo, había otro escotillón que llevaba a la popa, hacia la cola del “Starlifter”. En la puerta se había inscrito esta leyenda, en grandes letras: PROHIBIDO ENTRAR CON LUZ ROJA ENCENDIDA. Al lado de esa salida, hacia la derecha, podía verse otro pasaje más pequeño. Indicándola con un ademán, Murik comentó:

— Los acostumbrados servicios, como dicen los corredores de bienes raíces —les sonrió—. Como ven, tenemos todo lo necesario para pasar un día encantador volando sobre el mar. Y ahora, si tienen la gentileza de sentarse...

Bond sintió las manazas de Caber que lo atenazaban, y al mismo tiempo vio que los otros dos se acercaban a Lavender.

— Usted se sentará a mi lado —indicó Murik, volviéndose a Bond—. Aquí, a mi izquierda.

Caber obligó brutalmente a Bond a ocupar uno de los asientos delante de la consola situada a la derecha de la puerta, y le colocó el acostumbrado cinturón de seguridad alrededor del estómago.

— Hicimos algunas modificaciones a los arneses de seguridad para usted y mi pupila —Murik se deslizó en el asiento colocado a la derecha de Bond, y al hacerlo se le corrió ligeramente la chaqueta, dejando al descubierto una pistolera tras su cadera, y la curva culata de una letal Colt Python[265]: el modelo de cuatro pulgadas. Bond hubiera podido identificar el arma a cien pasos de distancia... y pensó que ya era algo, y estaba a su alcance. Pero en cuestión de segundos se desvanecieron sus esperanzas de tener el arma al alcance de su mano.

— Ponga los brazos a la espalda —silbó Caber. En la mano tenía una correa delgada, con la que ató las manos de su prisionero, después de oprimirlas fuertemente. Luego, aplastándolo firmemente contra el asiento, Caber comenzó a colocarle lo que Murik llamara “arnés de seguridad modificado”. Después, otras dos correas firmemente sujetas debajo del asiento, le cruzaron pecho y hombros, y fueron estiradas, ajustadas y sujetas en algún punto del respaldo y debajo del asiento, dejándolo inmovilizado, Murik se había colocado el cinturón de segundad, y ya manipulaba los instrumentos de la consola que tenía delante, sus manos se movían con la precisión de un perito, y empezaron a brillar luces indicadoras y unidades visuales. Del centro de la consola salía un micrófono ajustable que parecía la cabeza de una víbora. En la caja protectora que estaba inmediatamente delante del micrófono, se veía un gran botón con el letrero: “ACTIVAR”.

Bond estudió la fila de relojes digitales, cada uno marcado con una zona de tiempo, que cubrían la ubicación de los seis blancos. Al parecer, en Gran Bretaña faltaban 10 minutos para el mediodía.

Miró hacia la otra consola, ante la cual habían atado a Lavender, exactamente como a él mismo: la joven estaba en el asiento del centro, entre

dos de los hombres de Murik, quienes en ese momento tenían toda su atención puesta en el equipo que tenían delante. Bond decidió que no se trataba de un par de zafios guardaespaldas, sino de dos técnicos. En ese momento sintió que se estremecía el piso bajo sus pies. El tractor amarillo se había puesto en marcha, a fin de sacar al “Starlifter” de hangar.

Murik levantó la vista:

— Le prometí asiento de primera fila, Bond, y lo cumplo —dijo sonriente—: podrá verlo y oírlo todo.

Bond alcanzó a ver a Caber que desaparecía por el escotillón delineado en rojo, que se abría a sus espaldas. Preguntó a dónde conducía, y Murik soltó una ruidosa y burlona carcajada:

— Es la salida —respondió casi a gritos—. Hay una rampa, ¿sabe? Todos hemos visto fotos de vehículos ascendiendo por esa rampa en el “Starlifter” común, o bien tropas de paracaidistas arrojándose por ella. Mi primer pensamiento fue lanzarlo a usted por allí, Bond, pero luego se me ocurrió una idea mejor.

— ¡Qué me dice! ¿Y qué...? —Bond empezaba a hablar, cuando la primera de las cuatro poderosas turbohélices Pratt & Whitney[266] empezó a vibrar. Luego la segunda... y la tercera... y la cuarta.

— ¡Es una sorpresa! —Murik observó los instrumentos que tenía enfrente—. ¡Todo a su tiempo!

Caber regresó, e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, como si transmitiera un mensaje a su amo.

— Bien —dijo Murik en respuesta. Luego, señalando el asiento a su derecha, comentó que allí debiera haberse sentado Mary Jane—. Pero ella está aquí en espíritu —hablaba sin pizca de humorismo—. Lamento muchísimo la sujeción en que está usted, Bond, pero considero necesario hacerlo así. Mis hombres trabajaron toda la noche preparando esos arneses, poniendo las cerraduras y los desenganchadores de modo que quedaran debajo del asiento, fuera del alcance de cualquiera.

Los motores sonaron potentes, uno tras otro, luego quedaron sincronizados, y la aeronave avanzó por la pista, bamboleándose. Un “clic” metálico, procedente de algún punto del techo, cerca de la entrada principal, indicó que en la cabina de mando habían hecho contacto: “Habla el capitán a la tripulación y a los pasajeros del vuelo cinco seis de Aldan”. La persona que hablaba era inglesa, sin duda, y enunciaba las palabras con mucha lentitud. En general, no conviene adjudicar tal o cual aspecto al propietario de la voz que escuchamos, pero en el caso presente, Bond imaginó que aquella voz pertenecía a un individuo delgado, alto, bizco, con larga cabellera que empezaba a ralear. “Por favor, aseguren sus cinturones y apaguen los cigarrillos, pues estamos a punto de despegar”.

— Y el paseo va a ser agitado —masculló Bond, entre dientes.

El reloj digital que indicaba la hora en Gran Bretaña avanzó hacia las 11:54 en el momento en que los motores se calmaron, para luego rugir atronadores, cuando su impulso estático combinado de 84.000 libras aplastó contra sus asientos a la tripulación y a los dos cautivos.

Cuando el avión dejó de rebotar a lo largo de la pista, elevándose suavemente para entrar en su natural elemento, Murik se inclinó hacia Bond, para colocarle en la cabeza un par de audífonos acolchados con hule espuma:

— Con esto podrá usted escucharlo todo, y yo podré hablarle por ellos —levantó la voz—: Un simple comentario... como las regatas —echó una mirada a las carátulas de los relojes digitales: en Gran Bretaña faltaban dos minutos para el mediodía—. La hora de las brujas —las risas ahogadas que soltaba Murik empezaban a irritar a Bond—. Muy pronto oirá usted a los escuadrones terroristas que rinden su informe.

Faltaban menos de cinco minutos para que el “Starlifter” se elevara desde la pista de Perpiñán, pero en el resto del mundo los acontecimientos seguían su curso. M, quien finalmente había recibido la información acerca del punto donde Bond había hecho la llamada, había procedido a buscar toda posible relación del hecho con Anton Murik. Naturalmente, su búsqueda lo llevó a un dato importante: Aldan Aerospace (France) Inc., y sus oficinas en el Aeropuerto de Perpiñán.

Se hicieron varias llamadas telefónicas a París y a través de, las diversas redes policiacas y de seguridad, a Perpiñán misma. Sin embargo, todo se había desarrollado con lentitud y, apenas en ese momento, una camioneta con miembros del SDECE (el Servicio Secreto Francés)[267], junto con un escuadrón de policías armados, iba camino del aeropuerto.

En el Cuartel General del Regent's Park recibieron más noticias alentadoras: Mary Jane Mashkin, íntima amiga del doctor Anton Murik, había muerto, víctima de un ataque cardiaco, en pleno desfile de modas, allá, en Perpiñán, y el cadáver de un hombre —al que inicialmente se supuso víctima de una riña entre hampones, cerca del sitio donde se llevaba a cabo el desfile de modas— había sido identificado corrió el tan buscado terrorista Franco.

— ¿Cree usted que eso sea obra del 007, señor? —en realidad Bill Tanner no preguntaba.

— Posiblemente... de todos modos, ya hay dos fuera del combate.

— Entonces, es muy posible... —empezó a decir Tanner.

— No se haga ilusiones, Tanner. ¡Nunca! Es muy posible que, de todos modos, lleguemos demasiado tarde, después de pasarnos la mitad de la noche papando moscas, por falta de información. Definitivamente, el tiempo no está en estos momentos a nuestro favor.

Por órdenes de M, varios de sus propios oficiales iban en camino, a bordo de un avión militar que salió del aeropuerto de Northolt.

Pero todo ello demasiado tarde, como M predijera.

A unas sesenta millas[268] de París, no lejos de la ciudad de Orleáns, en las profundidades de las grandes instalaciones que constituyen las estaciones de energía nuclear conocidas como Saint-Laurent-des-Eaux. Uno, Dos y Tres, unas personas llevaban a cabo una bien ensayada maniobra.

Dos hombres que cuidaban la gran turbina de la Planta Dos abandonaron sus respectivos puestos un poco antes de las doce y treinta. Un empleado de mantenimiento, cuya tarea consistía en mantener en buenas condiciones el sistema de acondicionamiento de aire, se excusó y salió del cuarto donde jugaba a las cartas con tres de sus compañeros. El policía de seguridad apostado ante la entrada que llevaba a la sala principal de control, situada a unos cincuenta pies bajo tierra, aguardaba ansioso, en tanto que los

otros tres avanzaban por los desnudos pasajes, por los que corrían tuberías, recogiendo de paso los objetos que habían escondido. Dos minutos antes de la una, hora de Francia, se encontraron en la cabeza de la escalera de escape, cerca del tiro del elevador, y descendieron un tramo, hasta la galería que corría junto al cuarto de control de la planta; allí se reunieron con su compañero, el guardia de seguridad. Faltaba un minuto para la una.

Dentro del cuarto de control, los seis hombres que vigilaban los medidores y controlaban la corriente de energía, pendientes siempre de cualquier fluctuación inesperada o de algún cambio imprevisto en el funcionamiento del sistema, realizaban su trabajo como todos los días. Uno de ellos se volvió, y gritó, Irritado, al guardia de seguridad, cuando éste abrió la gran puerta principal: "¿Qué haces, Claude?, ya sabes que no te está permitido..." pero la vista de la pistola automática que le apuntaba lo dejó sin habla... y entonces vio a otro individuo que llevaba una metralleta Heckler & Koch[269], de culata plegadiza, cuyo cañón describió un arco que abarcó todo el cuarto.

El policía de seguridad, llamado Claude, fue el único que habló: "¡Las manos sobre la cabeza! Aléjense del equipo. ¡Vamos! ¡Muévanse, o los mataremos...! ¡y hablo muy en serio!

El tono de su voz era muy convincente, y los seis hombres agitados, dejaron caer libretas de apuntes y plumas, cruzaron las manos sobre la cabeza y se alejaron del equipo e instrumentos. Las armas los tenían como hipnotizados, así que probablemente no vieron a los otros dos hombres que se deslizaron por detrás de sus camaradas y que, rápida y seguramente, se dirigieron a dos puntos del cuarto. En cuestión de segundos, estos dos miembros del escuadrón levantaban el pulgar para indicar a sus compañeros armados que ya estaba hecho: habían cortado todo contacto con el mundo exterior, literalmente, pues arrancaron cables de comunicación y los interruptores de control externo. El reactor que funcionaba en Saint-Laurent-Des-Eaux Dos sólo podía manejarse ahora desde este cuarto, que había quedado aislado del resto del mundo.

El individuo que había cortado las comunicaciones se ocupaba de completar su trabajo arrancando de sus enchufes los tres cables del teléfono, mientras los pistoleros ordenaban a los seis técnicos que se alinearan de cara a la puerta.

Por la mente de aquellos seis desdichados cruzó una rápida serie de imágenes de sus esposas y familiares, y de incidentes que habían visto en los noticieros de televisión: rehenes que eran sometidos a terribles condiciones durante largos periodos; rehenes asesinados para escarmiento de los demás; los rostro enflaquecidos y angustiados de hombres y mujeres que habían pasado por experiencias como la que ellos, vivían en aquel instante. Por eso fue que recibieron con sorpresa y alivio la orden de los pistoleros, de salir del cuarto de control y marcharse, sin detenerse, por la escalera.

— No es aconsejable que se dejen dominar por el pánico —les dijo el llamado Claude—. Concrétense a informar a las autoridades acerca de lo ocurrido, e indíquenles que dentro de breves minutos les llegará del exterior un mensaje concerniente a ciertas exigencias. Si antes de que esto suceda intentan cualquier cosa para sacarnos, cortaremos el sistema de enfriamiento: provocaremos el famoso "síndrome de China". ¡No lo olviden!

Los seis hombres asintieron y salieron del recinto, temblorosos. Detrás de ellos se cerró de golpe la pesada puerta del cuarto de control, y los dos pistoleros corrieron los cerrojos de seguridad; por el muro de vidrio reforzado que corría a lo largo de la galería, observaron a los seis operarios, que se alejaban, lentamente, en fila.

Los otros dos individuos se habían ocupado, mientras tanto, de sacar de una mochila de lona la parte más importante de su equipo: el transrreceptor. Uno de ellos extendió el cable, y lo conectó en uno de los enchufes que había en la pared. Claude, el guardia de seguridad, que fungía como jefe del grupo, activó el pequeño aparato, que tenía el aspecto de una cajita, y vio encenderse la lucecita roja, que a poco se volvió verde. Oprimió entonces el botón del transmisor, y dijo en voz alta, y clara: "Número Tres. War" [270].

La misma escena, con ligerísimas variantes, se desarrollaba en otras cinco estaciones nucleares de Europa y los Estados Unidos.

James Bond escuchó claramente aquellas palabras por los audífonos: "Número Tres. War".

— Esos son los franceses —comentó Murik, pero lo interrumpa llegada de otro breve mensaje—: "Número Uno. War".

— Inglaterra —dijo Murik al momento que tachaba los nombres de las plantas, anotados en un block de apuntes que estaba encima de la consola.

"Número Cuatro. War".

"Número Cinco. War".

"Número Dos. War".

Los mensajes entraban uno tras otro, atropellándose, por los audífonos, como si alguien hablara a Bond dentro de su propia cabeza. Luego, una larga pausa. Bond observó que Murik cerraba y abría una mano nerviosamente. El 007 se quedó mirando fijamente a aquel hombre, embarcado en una acción de la que ya no podía retroceder. Aquella espera lo había atemorizado, y tamborileaba con los dedos en la orilla de la consola. Luego, tras lo que pareciera una eternidad: "Número Seis. War".

— ¡Ya están todos adentro! —y Murik agarró a Bond del brazo, moviendo la cabeza con gran excitación—. Y ahora —dijo, con una voz extraña, perdido casi el dominio de sí mismo—. Ahora, mi mensaje. Dentro de un instante enviaré el ultimátum. ¿Sabe?, todo está ordenado de tal manera, que las cosas quedan fuera de todo control humano... excepto la reacción de los gobiernos afectados. Hemos colocado por todo Estados Unidos y Europa una serie de poderosos microtransmisores, bien ocultos, controlados por una señal emitida desde este avión. Los transmisores repetirán un mensaje traducido que llegará a todos los países de Europa y a varios países de Asia y del Este. La transmisión está encadenada a las frecuencias de las estaciones radiotransmisoras de esos países, y entrará en los programas que estén pasando en ese momento.

Ajustó un disco y esperó a que las dos agujas que había en la unidad visual colocada debajo de ese disco, llegaran al centro —usted escuchará el ultimátum en su propio idioma, señor Bond. Sin duda, comprenderá la gravedad de la situación... y, también, por qué no puedo perder.

Murik se inclinó hacia adelante, conectó dos interruptores y se dispuso a presionar un botón rojo que había en la consola. Antes de hacerlo, añadió:

— Por cierto, no podrá reconocer mi voz... pero soy yo, aunque parezca que habla una mujer. Hay un dispositivo muy ingenioso, al que en la jerga del oficio se le llama “pañuelo electrónico”; con él, puede uno alterar la propia voz al grado de que sea imposible identificarla. Por mi parte, elegí una voz muy seductora. ¡Escuche!

Y de pronto, Bond escuchó en su cabeza la voz; al principio, cortante y dominadora, luego, a medida que dictaba su mensaje, más serena. Y poco a poco se percató Bond del pleno significado de aquel mensaje... y de la astucia de Murik. Sus ojos se agrandaron, y materialmente se le revolvió el estómago.

Más o menos una hora después de ocurridos los acontecimientos que acabamos de relatar, M se encontraba sentado con varios miembros del gobierno, de los servicios de segundad y jefes de estado mayor que formaban un comité secreto para casos de crisis, conocido como Cobra; la junta se celebraba en la Sala de Información de las Oficinas del Gabinete, situada a muchos metros, bajo Whitehall. En ese momento escuchaban una vez más la grabación del audaz y terrible ultimátum, recibido tan sorpresivamente. En el caso de M, era la séptima vez que lo oía, pero el mensaje conservaba toda su fuerza... su efecto era el mismo que produjera dondequiera que había sido escuchado, en Europa, los Estados Unidos y muchas otras partes del mundo.

Lo único que M hizo, a raíz de escucharlo la primera vez, fue comunicarse con la policía francesa para que regresaran de Perpiñán, más, para cuando logró establecer contacto, se enteró de que ya habían sido llamados de regreso. También ellos habían escuchado el mensaje por el radio de su camioneta.

La voz que leía el mensaje era de mujer... recordaba M las transmisiones clandestinas que se hacían durante la Segunda Guerra Mundial: las de Lord Jo-Jo[271] y la Rosa de Tokio[272].

“¡Interrumpan lo que estén haciendo!... ¡Deténganse!... ¡Escuchen! ¡Se trata de una transmisión urgente y de la mayor importancia para todos ¡os habitantes de la Tierra: hombres, mujeres y niños, por igual! ¡Déjenlo todo: guarden silencio y escuchen!” La voz era constante, como de quien acostumbra dar órdenes. Luego, prosiguió, serena, deliberadamente: “Se trata de un mensaje de extrema urgencia, de interés para todos pero, sobre todo para los gobiernos de Gran Bretaña, Francia, la República Federal de Alemania, la República Democrática Alemana y los Estados Unidos. Este mensaje se transmite simultáneamente en los idiomas necesarios, a Europa y los Estados Unidos, así como a algunos países no afectados inmediatamente. Es el único mensaje, la única serie de instrucciones a los gobiernos interesados.

“Exactamente a las doce del día, tiempo de verano en Gran Bretaña, es decir, la hora del meridiano de Greenwich, más una, seis reactores nucleares fueron tomados por grupos terroristas. En este momento, los grupos en cuestión ya ocupan los cuartos de control de las siguientes instalaciones nucleares”. La voz recitó el nombre completo de cada planta y su ubicación exacta. En tono cada vez más alto, prosiguió: “Deseo dejar dos cosas claramente sentadas: los hombres que tienen en su poder estas plantas de energía nuclear están dedicados a su ideal, hasta el punto que muchos consideran fanatismo. Si es necesario, están dispuestos a ofrendar su vida. En segundo lugar, todas las líneas de comunicación entre estos grupos y el mundo

exterior han ido cortadas. Sólo pueden establecer contacto con una persona: yo. Tienen órdenes de hacer lo siguiente: sí se hace el más leve intento de tomar por asalto cualquiera de las seis instalaciones nucleares, mis hombres cortarán de inmediato el sistema de enfriamiento del núcleo del reactor. Esto hará que la temperatura suba a niveles no soñados. Al cabo de breves momentos, se producirá una explosión semejante a un terremoto benigno, y una densa área, alrededor de la planta, será contaminada con material radiactivo. El núcleo del reactor, gracias a la temperatura alcanzada, se abrirá paso por las profundidades de la tierra, hasta dar con algún punto de salida, donde se producirán nuevos escapes de material radiactivo, posiblemente más devastadores. Quizá haya quienes no sepan que a esto se le llama el "síndrome de China".

"Mis hombres tienen instrucciones de realizar la operación antes descrita, exactamente veinticuatro horas después de que incluya mi mensaje, salvo que se satisfagan ciertas exigencias. Me permito repetir que los valientes que tomaron esas instalaciones nucleares no vacilarán en obedecer las instrucciones, aunque les cueste la vida. Si transcurridas veinticuatro horas se vieran obligados a actuar, las consecuencias serán catastróficas para todo el mundo. Desaparecerá toda forma de vida en extensas regiones... y en vastedad de tierras, será imposible cultivar alimentos, criar ganado o peces... ¡nada! No exagero cuando digo que bien puede significar el fin del mundo, tal como lo conocemos. Y si no se satisfacen mis demandas, nada ni nadie podrá impedir tal desastre.

"He aquí mis instrucciones: exijo un rescate pagadero, exclusivamente, en diamantes tallados, por un valor no menor de cincuenta mil millones de dólares; repito, cincuenta mil millones de dólares que deberán pagarse en diamantes tallados, tasados a su valor corriente, es decir, al valor cotizado el día de hoy. Los diamantes, que pueden adquirirse fácilmente en los mercados de Londres, Holanda, Bélgica y los Estados Unidos, deberán colocarse, perfectamente empacados, en una bolsa de flotación, de las utilizadas por las fuerzas navales; la bolsa debe ser amarilla, de tamaño grande. Además, deberá estar equipada con un aro reglamentario (naval o militar) de recuperación. La carga deberá arrojarse desde un avión en el siguiente punto". Y, con toda calma, la voz mencionó latitud y longitud, repitiendo los datos en tres ocasiones, para evitar cualquier error.

"Antes de arrojar los diamantes, deberá evacuarse un área de cincuenta millas cuadradas[273] alrededor, del punto de entrega; por su parte, el avión encargado de hacerla, una vez cumplida su misión, deberá alejarse de esa zona. No daré la orden de salir de las instalaciones nucleares hasta que se hayan arrojado los diamantes, los haya recogido sin molestias, y haya comprobado su valor y que no están contaminados. Tengo los peritos necesarios, y bastarán dos horas, a partir del momento del lanzamiento. Por tanto, los gobiernos afectados disponen en realidad de veintidós horas para satisfacer mis exigencias. Si no arrojan el rescate; si no lo recojo oportunamente, sin que se me ataque, no daré la orden, y los que controlan las seis estaciones de energía nuclear llevarán a cabo su cometido.

"Hago hincapié en que no se trata de una broma. Esta transmisión constituye mi ultimátum. Ya no habrá ninguna otra comunicación. Y repito que cualquier intento de comunicarse con quienes ocupan los cuartos de control

provocará una tragedia. Disponen ustedes de veintidós horas. El mensaje ha concluido".

Presidía la junta el Primer Ministro, quien al recibir el mensaje se había vuelto a Londres sin cumplir el compromiso que tenía en Hampshire; su auto materialmente había volado por los caminos, precedido por una escolta policiaca.

— Ya me comuniqué con el Presidente de los Estados Unidos y con los jefes de los otros gobiernos interesados —el Primer Ministro se veía asustado, no obstante lo cual conservaba la serenidad—. Todos coincidimos en un punto: por difícil que sea, se trata de una acción terrorista que no nos deja alternativa. Se nos pide una enorme cantidad de dinero, pero en este momento, todos los países amenazados se ocupan en reunir diamantes de buena calidad. Nuestros peritos trabajan ahora en Londres, y los diamantes se enviarán por los medios más rápidos a París, donde un avión militar francés está listo para partir. En París se formó una unidad coordinadora, para asegurarse de que no hay problemas y también para comprobar la calidad de las gemas. Como saben, el punto donde deben arrojarse es en el Mediterráneo, y por el momento calculamos que la misión podrá cumplirse mañana a las nueve de la mañana, según nuestro horario. Al parecer, lo más difícil será evacuar la zona: ya hay especialistas dedicados a esa tarea. En lo personal, esto me deprime enormemente: es la primera vez que este país ha cedido al chantaje de los grupos terroristas, pero nuestros diferentes consejeros parecen convencidos de que no hay alternativa. ¿Alguno de los presentes tiene algo que decir?

M carraspeó.

— Quisiera decir algo, señor, en nombre de mi servicio: creemos saber quién está detrás de este acto tan ingenioso... y terrible. También creemos saber dónde se encuentra esa persona. En una aeronave que en estos momentos vuela sobre el Mediterráneo. Con permiso de los señores jefes de estado mayor, voy a pedir que la dicha aeronave sea vigilada por l'Armée de l'Air[274], mediante radar, claro está. Sé que nada podemos hacer mientras los terroristas no salgan de las plantas de energía nuclear que ocupan, pero es un avance... y quizá logremos recuperar los diamantes una vez que todo haya terminado.

El Primer Ministro hizo una inclinación de cabeza.

— Leí su informe confidencial mientras venía para acá... me parece recordar que decía algo acerca de uno de sus agentes...

— No puedo afirmar nada —el aspecto de M era solemne—, pero existe la posibilidad de que uno de mis hombres vaya a bordo de la aeronave. Sin embargo, tengo la certeza de que él sería el último en esperar consideraciones especiales.

— No se trata de eso —el Primer Ministro se quedó mirando los documentos que había en la mesa—. ¿Podría hacer algo?

— Señor Ministro, si él no puede detener esta endiablada danza, ¡nadie puede hacerlo!

[261] En México: brutos, toscos, rústicos, brutales.

[262] Jueces 5,24-27: “¡Bendita entre las mujeres Yael, entre las mujeres que habitan en tiendas, bendita sea! Pedía agua, le dio leche, en la copa de los nobles le ofreció nata. Tendió su mano a la clavija, la diestra al martillo de los carpinteros. Hirió a Sísara, le partió la cabeza, le golpeó y le partió la sien; a sus pies se desplomó, cayó, durmió, a sus pies se desplomó, cayó; donde se desplomó, allí cayó, deshecho.”

[263] El Lockheed C-141 Starlifter fue un avión de transporte estratégico que formó parte de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Creado como reemplazo de los aviones con motorización a pistón, como el C-124 Globemaster II, el C-141 fue diseñado con los requerimientos creados en los años 60, realizando su vuelo inaugural en 1963. Las entregas de las 285 aeronaves encargadas empezaron en 1965: 284 para el Military Airlift Command de la USAF, y uno para la NASA. La aeronave permaneció en servicio durante cerca de 40 años, hasta que la USAF dio de baja el C-141 del servicio el 5 de mayo de 2006, reemplazando los C-141 con el C-17 Globemaster III. Longitud: 51,3 m; Anchura: 48,8 m; Altura: 12 m; Area de las alas: 300 m²; Peso vacio: 65.542 kg; Peso máximo: 147.000 kg; Velocidad máxima: 912 km/h; Alcance: 4.723 km; Altitud máxima: 9.880 km.

[264] Monos: la prenda de faena de una sola pieza que se pone sobre la ropa corriente para protegerla.

[265] El Colt Python es un revólver calibre .357 Magnum que era fabricado por la empresa Colt Manufacturing Company de Hartford, Connecticut. A veces es mencionado como "Magnum de combate". Fue introducido al mercado en 1955, el mismo año que el revólver Modelo 29 calibre .44 Magnum de Smith & Wesson. El ya descontinuado Colt Python iba dirigido al segmento del mercado de revólveres de lujo. Algunos coleccionistas de armas de fuego y escritores como Jeff Cooper, Ian V. Hogg, Chuck Hawks, Leroy Thompson, y Renée Smeets han descrito al Python como uno de los mejores revólveres jamás fabricados.

[266] Pratt & Whitney es una compañía dedicada a la industria aeroespacial establecida en Estados Unidos, con operaciones de servicio a nivel global. Es una filial de United Technologies Corporation (UTC). Los motores de aviación Pratt & Whitney son ampliamente usados tanto en aviación civil (especialmente por aerolíneas) como en aviación militar. Su sede principal se encuentra en East Hardford, Connecticut (EUA). Conocido por ser uno de los "tres grandes" de la fabricación de motores de aviación, compite con General Electric y Rolls-Royce, aunque también ha formado acuerdos de inversión conjunta (joint venture) con ambas empresas. Además de los motores de aviación, Pratt & Whitney fabrica turbinas de gas para aplicaciones industriales y de generación de energía, turbinas de uso marítimo y motores para cohetes. La compañía cuenta con más de 35.000 empleados (2009) y ofrece asistencia técnica a más de 9000 clientes en 180 países alrededor del mundo.

[267] El Servicio de Documentación Exterior y de Contraespionaje (en francés: Service de documentation extérieure et de contre-espionnage, conocido por las siglas SDECE) es el nombre que tuvieron los servicios de inteligencia franceses entre 1946 y 1982, año en que fueron sustituidos por la Dirección General de la Seguridad Exterior (DGSE). Durante la Cuarta y Quinta República estaba subordinado al jefe del gobierno (llamado presidente del consejo primero, y más tarde primer ministro). Bajo el mandato de Michel Debré se mostró particularmente eficaz en la lucha contra la rebelión independentista en Argelia. Tras el asunto Ben Barka, en el que el SDECE estuvo implicado, el general De Gaulle, presidente de la República, decidió hacerlo depender del Ministerio de Defensa, con lo que el servicio y sus cuadros se militarizan lentamente.

[268] Noventa y seis kilómetros y medio.

[269] Heckler & Koch GmbH (abreviada H&K o HK) es una empresa alemana dedicada a la fabricación de armas de fuego. Actualmente se considera una de las mejores empresas en la fabricación de armamento bélico para la infantería, debido a sus reconocidos modelos de fusiles y subfusiles.

[270] “War”: “Guerra”.

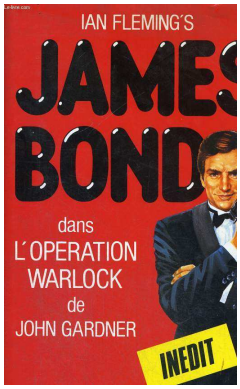
[271] “Lord Haw-Haw” fue el apodo de varios locutores del programa radiofónico de propaganda “Germany Calling”, en lengua inglesa, emitido por los nazis hacia Gran Bretaña y Estados Unidos. El programa comenzó en 1939 y continuó hasta el 30 de abril de 1945, cuando Hamburgo fue conquistado por el ejército británico. Este apodo se refiere generamente a William Joyce, el más prominente locutor en lengua inglesa de la emisora, aunque también se aplicó a los primeros locutores. Entre otras técnicas, informaban a los radioescuchas de los aviones derribados y barcos hundidos de los aliados, ofreciendo detalles únicamente conocidos por los nazis, relativos a amigos y parientes que no regresarían. Por ello, las tropas alidadas y los civiles, escuchaban a Lord Haw-Haw, a pesar de su contenido exagerado y desmoralizador.

[272] La Rosa de Tokio (Tokyo Rose), fue el sobrenombre dado en la Segunda Guerra Mundial por los servicios de contrainteligencia de los Aliados a las radioemisiones de aproximadamente una docena de locutoras angloparlantes de origen japonés, lectoras de propaganda japonesa dirigidas a las tropas aliadas como medio de guerra psicológica. El

nombre está generalmente asociado a Iva Toguri d’Aquino (Ikuko Toguri), una ciudadana estadounidense hija de inmigrantes japoneses, que viajó a Japón antes de iniciarse la guerra. El ataque a Pearl Harbor cerró sus posibilidades de regreso a EE.UU. Fue reclutada por los servicios de inteligencia japoneses para participar en el programa radial The Zero Hour, que consistía en enviar mensajes de los prisioneros de guerra a sus familias, intercalados con música occidental e información local, orientada a desmoralizar a las tropas aliadas. Toguri participó primero como traductora y luego como locutora en unos 350 programas, negándose a emitir propaganda antiestadounidense. El apodo Rosa de Tokio le fue otorgado por los servicios de contra-inteligencia estadounidenses. Al fin de la guerra fue arrestada e investigada por el FBI, siendo liberada al no encontrarse evidencia de traición. Pero en 1949 fue condenada a 10 años de prisión y a pagar una multa de 10.000 dólares, con cargos de traición. Fue liberada 6 años más tarde y se trasladó a Chicago, donde un periodista descubrió que las acusaciones en su contra habían sido fabricadas por dos ciudadanos japoneses, que dijeron a su vez haber sido forzados a atestiguar en su contra. En 1977 fue indultada oficialmente, y se le devolvió la ciudadanía estadounidense. Murió en 2006.

[273] 125,5 kilómetros cuadrados.

[274] El Ejército del Aire Francés (en francés: Armée de l'air o Armée de l'air française) es la actual rama aérea de las Fuerzas Armadas Francesas, creada oficialmente como fuerza aérea independiente en 1934 al separarse la Aeronáutica Militar del Ejército de Tierra.



20.- Warlock

SENTADO ANTE LA CONSOLA, Bond barajaba en su cabeza todo aquello, incapaz de pensar en otra cosa: no parecía sino que hechos y palabras se habían confabulado para empujarlo a la desesperación. Reconoció los síntomas, como el hombre que, en medio del mar, decide que ya no puede seguir nadando... o que en la nieve siente el asalto de la fatiga, que lo obliga a echarse, exhausto, para luego dejarse arrebatar por esa extraña euforia que precede a la muerte por congelación.

Murik había actuado aprovechando sus grandes conocimientos y la información secreta que poseía. Había reclutado sus fuerzas por medio del más escurridizo de los terroristas internacionales, y había montado una complicada y admirable operación táctica. En el momento presente, poco podía hacerse para detenerlo. Por su propia seguridad, Murik tenía que deshacerse de Bond y de Lavender. A decir verdad, Bond se hacía cruces tratando de comprender por qué no los había matado ya. Después de todo, el de Murcaldy era lo bastante despiadado para fijar un límite punto menos que inalcanzable al cumplimiento de su amenaza. Quizá, se decía Bond, la sola razón de que siguieran con vida era que Murik sentía halagada su vanidad con el pasmo de aquellos dos testigos, condenados de antemano.

Contrólate, se decía Bond. Mantente alerta. Haz cualquier cosa; trata de luchar contra lo inevitable. Para empezar, se esforzó por sentir el patrón de vuelo del “Starlifter”. Al parecer, una vez alcanzada la altitud de crucero, la aeronave volaba trazando un gran óvalo; cada circuito era de unas 50 millas, más o menos. Aquello tenía sentido: máxima altitud, la aeronave consumía el mínimo posible de combustible, y los técnicos de Aldan Aerospace proseguían con las pruebas del equipo, prescritas por Murik.

Se volvió para mirar a Lavender, y le sonrió. Ella le devolvió la mirada con un débil gesto de los labios, tratando, valientemente, de luchar contra los terrores que sin duda bullían en su cabecita.

Anton Murik hablaba casi sin parar.

— Lo que haremos será descender hasta el punto prescrito noventa minutos antes de que concluya el plazo. Para entonces, nuestro radar nos habrá informado el momento en que su avión haya hecho la pasada necesaria para arrojar el rescate. Me propongo mantenerlos en vilo hasta el último instante. Si la bolsa está allí —y estoy seguro de que así será—, la cosa es muy simple: mi tripulación está perfectamente adiestrada en el arte de recoger cosas que floten en el mar. Lo único que necesitamos es pasar un par de veces a poca altura, arrastrando un cable provisto de ganchos, que saldrá de la parte posterior de nuestra aeronave. Una vez enganchada la bolsa, la subiremos a bordo. ¡Cómo va a subir el precio de los diamantes! —y cacareó de risa, celebrando su propio chiste.

— Claro que subirá —replicó Bond—. Pero usted va a saturar el mercado y eso podría causar una baja.

— ¡Vamos, mi querido Bond! ¿Por qué se empeña en subestimarme? Soy muy paciente... ya esperé largo tiempo para dar el golpe... ¡No supondrá que voy a enviar a una tropa de Niños Exploradores con los bolsillos llenos de

diamantes, para inundar el mercado en una semana! —lanzó un corto suspiro de irritación—. Montar esta operación me tomó mucho tiempo... demasiado. Pero estoy dispuesto a esperar un poco más... uno o dos años. Hay que ir poco a poco. Los diamantes entrarán como un hilillo en los diferentes mercados. Yo tengo dinero suficiente para iniciar la construcción de mi propio reactor. Usaré este pequeño tesoro para irme recuperando —mirando a Bond directamente a los ojos sonrió ampliamente—. ¡Todo por nada! Le aseguro que darán toda clase de maromas para pagarme.

— ¿Y si no ceden? ¿Si no acuden al rescate con sus dichosos cincuenta mil millones? —por supuesto, Bond comprendía que esto era muy poco probable.

Murik sostuvo su mirada, con frialdad.

— En ese caso, el mundo ya no será el mundo... no como nosotros lo conocemos.

— ¿En verdad es capaz de permitir que los terroristas cierren los sistemas de enfriamiento?

Murik rechazó aquello con un movimiento de la mano.

— No será necesario, los gobiernos pagarán, y se darán por satisfechos. No tienen otra alternativa.

— Pero... —Bond se disponía a repetir aquello que tanto le atormentaba: que alguno de los terroristas perdiera el dominio de sí mismo, o que alguna idiota fuerza de seguridad intentara el asalto. Y había otra posibilidad, que los gobiernos cedieran ante el ultimátum, pero que no tuvieran tiempo de satisfacer las exigencias de Warlock. Sin embargo, ¿para qué hablar? Era inútil discutir o siquiera tratar de razonar con Anton Murik.

Pero, si no había posibilidad de discutir, se dijo Bond, había que pensar en alguna otra cosa. Inmovilizado en su asiento... con Lavender en idéntica situación, no se le escapaba que sus posibilidades de sobrevivir eran mínimas. Tenía que seguir buscando melladuras en la armadura. Quizá durante algún tiempo lograra irritar la vanidad de Murik, pero en última instancia, eso no alteraría el resultado final. Para intentar algo concreto, necesitaba tener libertad de movimiento. Luego, restaba el problema de sacar de allí a Murik, a Caber y a los dos individuos sentados a los lados de Lavender, delante de la otra consola. Bond dejó vagar su mirada por el impresionante conjunto de unidades electrónicas que tenía enfrente, en particular las que estaban situadas inmediatamente delante de Anton Murik. Piensa con lógica, se dijo. ¿Qué harías si estuvieras libre y pudieras actuar sin estorbos? Los audífonos habían sido enchufados en una unidad en la que brillaba un sinfín de luces indicadoras, una serie de unidades visuales, entre las que destacaba la frecuencia expresada en dígitos, y una media docena de carátulas para sintonía. Sin duda, aquello era la parte más importante del impresionante equipo, en especial el micrófono con su botón rojo para transmisión. Si apretara el botón y hablara, su voz llegaría a los escuadrones que estaban parapetados en los cuartos de control de las plantas de energía nuclear. Aquello era obvio. Era lo que Murik haría una vez a salvo, dueño de los diamantes pescados del mar... Pero, ¿qué diría? ¿Cómo lograría desarmar aquella bomba de tiempo?

Vanidad... halaga su vanidad.

— ¿Qué suerte espera a los terroristas? —preguntó Bond, como si pensara en ello por casualidad.

Murik miró con aire de astucia:

— ¿Qué suerte les espera?

— Francamente, nadie puede culparlo de nada, Anton —Bond optó de nuevo por la familiaridad—. Probablemente se trata del golpe terrorista más brillantemente organizado del siglo. Pero, una vez que haya recogido los diamantes y vuele de regreso... tal vez a Perpiñán...

Murik rió.

— Por desgracia, no estará usted allí para verlo.

Bond asintió, como si el punto fuera cosa sabida.

— Me doy cuenta de ello. Pero supongo que llamará a sus perros... que se comunica con ellos por su rayo escudado y les da el santo y seña. Se rinden... ¿y luego? ¿Qué suerte les espera?

Murik se encogió de hombros... y fuego la mirada de astucia.

— De eso tenía que encargarse Franco... y ya no está entre nosotros. Esa gente se entendió exclusivamente con él. Creen que van a morir en acción: a causa de radiaciones nucleares. Hasta donde puedo colegir, si se les ordena cancelar la misión, se limitarán a salir con las manos en alto. Se les aprehenderá, se les interrogará... se les llevará a juicio. Supongo que acabarán en la cárcel.

— Están dispuestos a morir por sus respectivas causas... y también a pasar una temporada tras las rejas...

— Y si alguno flaquea, lo único que puede hacer es señalar a Franco, quien ha desaparecido... al parecer, muerto en acción —se interrumpió para estudiar sus carátulas—. Supongo que no permanecerán mucho tiempo en prisión, habrá los acostumbrados rehenes, muertos, exigencias de liberación.

Bond asintió.

— ¿Y tiene que llamar a cada uno de los grupos, o quizá todos obedezcan una clave general...?

Por un segundo, Murik bajó la guardia.

— La misma clave, pero cada grupo por número, en caso de que se me ocurra dejar activo a alguno, mientras los demás salen, sin problemas. Eso fue lo pactado... pero, desde luego, ninguno va a salir sin problemas.

— ¿No cree usted qué alguno de ellos cometa la estupidez de intentar abrirse camino a la fuerza?

Murik denegó lentamente con la cabeza.

Bond ya sabía bastante. Todo lo que necesitaba era la palabra clave para cancelar la operación, y puesto que ya había escuchado a cada uno de los grupos informar con su “Número Uno... War; Número Cuatro... War”, y así sucesivamente, pensó que bastaba un poco de sentido común para proceder de manera que los individuos que ocupaban los cuartos de control se rindieran. Al menos, aquello era un paso lógico en la dirección correcta. Ya tenía una idea bastante clara de lo que debería hacer si lograba soltarse... Pero ¿cómo lograrlo?

Si tan sólo pudiera tener libres los brazos. Cada vez que Murik se movía, Bond podía entrever la culata del revólver Python oculto bajo su chaqueta. Si lograra tener las manos libres y se presentara un momento oportuno... Piensa, piensa... ¡tiene que haber alguna manera, y tiempo, lo hay de sobra! Si se lograba hacer algo, tendría que ser ya tarde, muy avanzados los planes de Murik. Quizá mañana. Un mensaje enviado ahora a los terroristas, despertaría sus sospechas. Bond conocía lo bastante de actividades terroristas para saber la importancia de los factores psicológicos. Durante las primeras horas,

secuestradores de aviones o de rehenes, sospechan de todo y de todos. Más valía esperar.

Y cuando se aprestaba a luchar con el problema más arduo, los audífonos cobraron vida. Reconoció la voz del piloto:

— El capitán al señor de Murcaldy... señor, ¿podría usted enviarnos a alguien?

Murik hizo un movimiento de extrañeza y con una seña llamó a Caber:

— Ve a la cabina de mando, y entérate de lo que ocurre —Caber hizo una inclinación de cabeza, y se marchó. Murik miró su reloj—. Espero que no sea nada grave... creo que ya es hora de comer algo.

Al cabo de unos diez minutos. Caber estaba de regreso, pero su cara expresaba extrañeza. Se inclinó y dijo algo al oído de Murik; éste hizo suavemente a un lado a Caber, pero su rostro permaneció impasible. Hizo girar su asiento hacia la consola del lado opuesto.

— Dice el capitán que acaban de captar una señal intermitente en el radariscopio de la cabina de mando, en la periferia, hacia el norte. También han seguido la señal de otra aeronave —comercial—, pero, al parecer, hay dos crestas de eco que aparecen con cierta regularidad, como si estuvieran conectadas con nosotros: vean qué pueden hacer.

Los hombres se inclinaron hacia unos visores, probablemente, estaban estudiando pantallas de radar.

— ¿Cuál es su alcance? —preguntó Bond fríamente, aunque sabía que si había aviones siguiendo al “Starlifter”, ello significaba que, probablemente, M había logrado, aunque tarde, resolver algunos espinosos problemas.

— ¿En la cabina de mando? Unas cien millas —del rostro de Murik había desaparecido la sonrisa—. Aquí un poco más... cerca de ciento cincuenta.

— ¡Aquí está! —exclamó uno de los hombres de Caber—. ¡Son dos, entran y salen de la pantalla muy rápidamente!

Nadie habló. Luego, unos cinco minutos después, el mismo hombre dijo que allí estaban de nuevo:

— Podrían ser aviones espías que procuran mantenerse fuera de nuestro alcance, y se acercan de vez en cuando a echar un vistazo.

— Pues de poco les servirá —replicó Murik, enojado—. No pueden hacer nada.

— No podrán hacer nada hasta que recoja los diamantes y dé la orden de cancelar la misión —Bond decidió que era preferible aclarar la situación, de todas maneras, no tardaría en percatarse de ella.

-— ¿Y después? —preguntó Murik con forzada sonrisa.

Bond suspiró.

— Hacerlo estallar en pleno vuelo... obligarlo a aterrizar... seguirlo hasta su guarida, quizá.

Murik lo miró gravemente durante un minuto cumplido, y luego empezó a reír a carcajadas, con tanta fuerza, que al echar la cabeza hacia atrás se le agitaba la melena.

— ¿Acaso cree qué no he pensado en la posibilidad de que sucediera algo así? ¿Cree usted qué, después de trazar tan cuidadosamente mis planes, dejaría yo algo así al azar?

— ¿Un hombre de su talento? ¡Jamás supondría yo tal cosa! —el estómago de Bond era un caos. ¡Maldito sapo! No, claro que no. Un tipo como

Anton Murik no se exponía a riesgos inesperados; desde luego, de su operación Fusión se había eliminado toda intervención del azar.

— ¡Dejemos que se diviertan! —Murik seguía riendo—. Limítense a vigilarlos, hasta que llegue el momento —estas palabras iban dirigidas a los hombres que se sentaban ante la consola de Lavender. Luego, se volvió a Bond—: ¿Me cree tan tonto como para lanzarme a esta empresa sin llevar a bordo lo necesario para desquiciar el radar? Si en realidad son aviones espías, blanquearemos sus pantallas una vez que nos volvamos para recoger el botín.

— ¿Y si, en efecto, lo son? Sin duda, ya saben dónde está usted... y a dónde se dirige por los diamantes...

— Nos habremos largado mucho antes de que se atrevan a acercarse. Pienso dejar a los terroristas en la incertidumbre hasta el último segundo —se mordió el labio, algo que no había hecho hasta entonces, al menos delante de Bond—. Por otra parte, quizá no tengan nada que ver con nosotros, puede ser un vuelo de rutina... una mera coincidencia.

— Puede ser... pero no sé por qué creo... — Bond no concluyó la frase.

Allá lejos, al norte del “Starlifter”, los dos Super Mirage[275] de combate, de l'Armée de l'Air, parte del Cuarto Escuadrón de Combate, se dieron vuelta al mismo tiempo. Abajo, los pilotos podían ver otros dos Mirages que ascendían veloces. El jefe de la pareja que se había mantenido conectada al radar del “Starlifter” conectó su transmisor y habló: “Perro Guardián Cinco”.

Por los audífonos llegó una voz procedente de los aviones que se aproximaban: “Perro Guardián Cinco, aquí Perro Guardián Seis en patrulla de rutina. Es nuestro turno. Instrucciones: vuelvan a la base a cargar combustible. Fuera”.

“Perro Guardián Cinco”, contestó el piloto del primero de los Super Mirage: “Instrucciones comprendidas. Todo en calma. Conservar rumbo establecido. Buena suerte”.

Perro Guardián Seis acusó recibo del mensaje, y el piloto volvió la cabeza dentro de su lustrosa carlinga, para ver a los dos Mirage que se perdieron en la distancia. Luego llamó a su piloto de flanco, y los dos aviones de refresco empezaron a volar trazando un extenso rizo, a gran altura sobre el mar. Era un magnífico ejercicio, se dijo. Pera no podía tratarse de un vuelo de rutina. No se trataba de seguir a un avión ruso... y desde luego, no creyó lo que le dijo su comandante, de que se trataba de un ejercicio de defensa organizado de improviso. Para empezar, iban armados hasta los dientes... Todo el arsenal.

El piloto inclinó la cabeza para observar la pequeña pantalla de su radar. La cresta surgió precisamente en el sitio esperado. Los dos aviones se dieron vuelta, para iniciar otro largo circuito. Se les había ordenado que, si la cresta llegara a desaparecer, deberían acercarse hasta restablecer el contacto.

Allá en el sur, en el Aeropuerto de Perpiñán, los Sepcat Jaguar estaban prestos, al lado de las principales pistas de aterrizaje, como si aguardaran el momento de saltar sobre la presa. En la sala de operaciones del aeropuerto, varios oficiales de l'Armée de l'Air repasaban el plan de vuelo registrado por Aldan Aerospace para su “Starlifter”. Hasta entonces, no se había desviado de él. La aeronave había ascendido a gran altura, rumbo al mar, para luego conservar un patrón constante, con objeto de probar cierto equipo especial producido por Aldan. El mismo patrón de vuelo debería continuar, a una altitud

de casi 30.000 pies, durante cerca de veintiún horas. Después, Aldan se proponía bajar casi al nivel del mar, antes de volverse para el acercamiento de regreso a Perpiñán, poco antes de la una de la tarde siguiente.

En el edificio que se alzaba frente al Regent's Park, en Londres, M estudiaba los últimos informes transmitidos por radio desde Francia. El "Starlifter" de Anton Murik se ajustaba al plan de vuelo. Se dijo que lo más probable es que siguiera allá, en las alturas, hasta el último momento, una vez que tuviera el rescate en su poder. Salvo que... y M esperaba contra toda esperanza... salvo que James Bond estuviera a bordo y pudiera hacer algo.

Fue aquella una tarde larga y cansada... preludio de una noche todavía más larga y agotadora. Murik había adiestrado perfectamente a su gente, que actuaba exactamente según la rutina prescrita. Bastante al principio de aquella espera, confió a Bond que no esperaba la llegada del avión con el rescate a la zona de lanzamiento antes de las nueve o diez de la mañana siguiente.

— Para entonces, ya habrán conseguido las gemas... al menos, eso dijeron las computadoras. Por eso fijé un límite mínimo. Veinticuatro horas son suficientes —sonrió con la expresión del buen alumno que hace alarde ante sus compañeros—. Además, los obliga a moverse y no les da tiempo de pensar mucho.

Los periodos para descansar y comer se habían escalonado, y Bond jamás se quedaba solo: siempre estaba acompañado por Murik o por Caber, tal y como siempre había alguno de los otros dos tipos al lado de Lavender. En realidad, Caber casi nunca se ausentaba.

En cuanto a Bond y Lavender, se les servían los alimentos en el sitio al que estaban atados: únicamente les dejaban libres las muñecas para que comieran los emparedados y el café que les llevaban, y cuando iban al baño, conducidos por un hombre armado que los encerraba dentro del lavatorio pequeñísimo, y se quedaba de guardia ante la puerta, que abría cuando el ocupante daba un golpe desde adentro. De regreso, se les volvía a atar a la silla, siempre bajo el ojo ciclópeo de una pistola, cuando menos. Jamás, durante la noche, hubiera habido ocasión de alterar la situación, pero Bond estaba muy lejos de haber perdido la esperanza. Ya había empezado a actuar, aprovechando las idas al lavatorio.

En su última visita a ese lugar, sacó de la caja de cartón una buena cantidad de pañuelos de papel, que enrolló hasta formar una pelota alargada, de unas tres pulgadas de longitud y buenas tres pulgadas de espesor. Cuando le abrieron la puerta y lo llevaron de regreso a su lugar, Bond se llevó las manos a la espalda, para que procedieran a atarle las muñecas. Al mismo tiempo, se las arregló para empujar hacia arriba la bola de papel que tenía en la palma de la mano, colocándola entre ambas muñecas, que mantuvo muy juntas.

Se trataba de un truco viejísimo, practicado por los escapistas. Una vez que le ataron las muñecas, Bond empezó a maniobrar con los dedos, para jalar el papel atorado entre ambas. Tardó bastante en hacerlo, pero una vez extraída la bola de papel, oculta de nuevo en la palma de la mano, la correa que ataba sus muñecas quedó más floja. Tenía como una pulgada de espacio

para mover la correa con los dedos y tratar de aflojar el nudo. Necesitó más de una hora, pero finalmente se dio por satisfecho: sabía que si juntaba fuertemente las muñecas y luego alargaba los dedos, en actitud de orar, la correa se escurriría, dejándole libres los brazos.

Cerca del amanecer, se dijo, cuando todos estén cansados y sus energías en el punto más bajo. Actuaría entonces, si se presentaba la ocasión, sin que importaran las consecuencias.

Cerca de las cinco y media de la madrugada, después de que Murik fuera a la parte delantera de la aeronave a beber un café, Caber preguntó si podía ir a la cantina.

— Con tal de que sólo bebas café, Caber —dijo Murik, riendo, los ojos fijos en el equipo que tenía delante.

Al gigantón no le hizo gracia el comentario, y replicó, malhumorado, que, desde luego, sólo bebería café. Abrió la puerta y dejó que se cerrara de golpe tras él.

Bond sabía que sus movimientos deberían ser rápidos y exactos. Murik parecía preocupado por el aparato que tenía delante, y Bond se fingió dormido. Los otros dos hombres ocupaban sus lugares frente a la consola de Lavender. Uno de ellos tenía los ojos cerrados, pero no parecía estar profundamente dormido sino, simplemente, deseoso de relajarse y descansar. El otro estaba ocupadísimo vigilando su pantalla de radar por el visor.

Suavemente, Bond flexionó las manos, con lo que se soltó la correa que le sujetaba las muñecas. Apretó los puños varias veces para activar la circulación, y por última vez repasó en su mente el plan de acción.

Luego, dejó caer la correa y actuó. Su mano derecha avanzó, decidida a tomar la pistola que se ocultaba bajo la chaqueta de Murik, mientras que la izquierda describió un giro y, con tanta fuerza como pudo, descargó un terrible golpe en la garganta del desprevenido villano. El golpe dado con el reverso de la mano izquierda fue ligeramente inadecuado, pues dio en un lado del cuello de la víctima, en vez de hacerlo en la tráquea. Sin embargo, fue dado con toda la fuerza de Bond, y coincidió con el instante en que los dedos de su mano derecha agarraron la culata de la Colt Python, que salió fácilmente de la pistolera, en el momento en que Murik caía sobre la consola. Bond, que seguía atado al asiento, lo hizo girar con los pies, teniendo la Colt firmemente cogida con ambas manos.

Disparó incluso antes de que el cuerpo del inconsciente Murik cayera al piso, al tiempo que gritaba a Lavender: “¡No te muevas!” De los dos individuos sentados ante esa consola, el pesado técnico que estudiaba el radar fue el primero en reaccionar: levantó la cabeza y echó mano a su pistola una fracción de segundo antes que su compañero. Cuando Bond apretó el gatillo, se dijo que aquello era lo más idiota que había hecho en su vida. Las balas tenían que dar en el blanco, pues si alguna de ellas atravesaba el metal del fuselaje, se quedarían sin presión. Pero sus largas horas de práctica en los diferentes campos y polígonos de tiro dieron buen fruto. En total, disparó dos veces: dos andanadas de dos, el “tap-tap”, como le decían en el SAS... y los cartuchos .357[276] explotaron como cañonazos dentro de la cabina. Cuatro balas que dieron en sus respectivos blancos. Realmente, no podía culpar a Lavender por gritar a voz en cuello cuando uno de sus captores giró en redondo, por el impacto de la bala alojada en su hombro. La segunda le dio en la sien, y lo mandó a la eternidad con gran profusión de sangre brotando de la herida. Y

todavía iba la sangre por el aire, cuando Bond disparó los otros dos tiros: el individuo que descansaba con los ojos cerrados recibió las dos balas en el cuello y cayó hacia atrás, con un estertor gutural que se escuchó al apagarse el eco de los disparos.

Luego reinó el silencio, excepto por un lamento casi inaudible de la aterrada Lavender.

— Tranquilízate, Dilly... todo salió bien. Lamento que estuvieras tan cerca... pero no podía hacer otra cosa.

Ella miró con horror aquellos cuerpos, luego respiró profundamente e hizo un gesto de asentimiento. Sus guardianes estaban muertos... y ella tenía las ropas tintas en su sangre. La sacudió un fuerte estremecimiento, pero nuevamente inclinó la cabeza, en señal de asentimiento.

— Estoy bien, James. Perdóname... fue tan inesperado... pero nada más. ¿Cómo...?

— Ahora no hay tiempo. Tengo que hacer algo con esos malditos terroristas, antes de que otra cosa suceda —pasándose el revólver a la mano izquierda, el 007 tomó el micrófono que descansaba en su base flexible. Ahora se vería si la lógica daba resultados. Después de escuchar las palabras de los escuadrones cuando notificaron el éxito de su misión: “Número Uno... War; Número Dos, War” Bond consideraba que sólo había una manera de impedir que la operación nuclear prosiguiera, oprimió el botón de transmisión y empezó a hablar lenta y claramente:

“Número Uno... Lock; Número Dos... Lock; Número Tres... Lock”, y así sucesivamente, hasta dirigirse a los seis escuadrones por medio de la sílaba que faltaba para completar el pseudónimo elegido por Murik para participar en la operación Fusión: WARLOCK[277].

— Ahora, hay que ponerse a rezar— y se volvió hacia Lavender, que continuaba inmovilizada por aquellas ataduras. Bond se llevó la mano a la hebilla del cinturón, a fin de armar la filosa navajita oculta en sus varias partes... la misma navajita que en Perpiñán le sirvió para cortar la piel del cinturón y sacar el dinero que necesitaba. Procedió con calma, aunque se trataba de una tarea desalentadora. AI mirar hacia donde estaba Lavender, para sonreírle y decirle algunas palabras de aliento, vio que muy cerca de la chica estaba lo que necesitaba para apresurar su liberación: ¡lástima que ella no estuviera libre!

El técnico que se dedicaba a vigilar el radar cuando las balas disparadas por Bond lo enviaron a la otra vida, había quedado derrengado en su asiento, ligeramente vuelto hacia Lavender. Tenía algo levantada la pernera derecha del pantalón, lo que permitía ver un largo calcetín de lana, en el que se ocultaba un puñal escocés, el “dirk”, protegido por su vaina. Cuando se mezcló con las alegres multitudes de Perpiñán. Bond había sentido más de una vez la sensación de que la muerte llegaría calladamente, llevada por una daga como esa. Obviamente era el arma natural de aquellos hombres. Y ahora, cuando él la necesitaba, estaba fuera de su alcance. Una vez que terminó de armar su propia daga, llamó la atención de Lavender hacía la que llevaba el difunto técnico.

— Procura hacer buen uso de ese artefacto que sacaste no sé de donde, James —su rostro era el espejo de la agitación que sentía—. Hace ya quince minutos que se marchó Caber... y si no has logrado soltarte para cuando...

— Muy bien, Dilly. *Nix panicus*[278], como decía mi viejo profesor de latín —ya la había emprendido con las correas que lo sujetaban al asiento. La navajita era muy filosa, pero su tamaño no se prestaba a un trabajo rápido... y si no actuaba con cuidado, podía producirse una fea herida.

Mientras trabajaba, no escuchaba más ruido que el de su propia respiración que hacía contrapunto a la del inconsciente señor de Murcaldy. Bond se preguntaba hasta qué punto habría lastimado a Murik. SÍ el golpe hubiera dado donde debía, el hombre estaría muerto, con la tráquea rota.

Por fin cortó una de las correas que le cruzaban el pecho... pero seguía sujeto. Bond empezó a cortar el segundo tirante, tarea más fácil, porque una vez libre del otro, disponía de más libertad de movimiento. Sin embargo, le pareció que había transcurrido un siglo hasta que la pequeña navajita cortó la dura correa. Ahora sólo faltaba desabrochar el cinturón de seguridad, hecho lo cual, quedó en libertad; saltó del asiento y flexionó los músculos para reactivar la circulación.

Un segundo más tarde estaba junto a Lavender, de rodillas, buscando bajo el asiento el mecanismo de sujeción, una vez que dio con él lo desabrochó, y el arnés que sujetaba a la joven cayó al suelo. Dos segundos más para desatar las correas que le sujetaban las manos, y también ella quedó libre.

— ¿No sería mejor que tomarás esa pistola y te pusieras en guardia? — preguntó ella, señalando con un ademán de la cabeza la otra consola, en la que Bond había dejado la Python.

— No te preocupes, Caber no nos va a dar muchas... —se detuvo en seco, al ver que los ojos de Lavender miraban fijamente la puerta corrediza, con expresión temerosa.

Bond giró sobre sus talones. Caber había vuelto, y estaba de pie, en el vano de la puerta, una de sus enormes manos todavía deteniendo el escotillón, mientras sus ojos recorrían el cuarto de control, como tomando nota de aquella carnicería. Tanto Caber como Bond se quedaron paralizados durante un segundo, mirándose fijamente. La mirada de Bond se dirigió hacia la consola de Murik y la Colt... pero en ese momento. Caber vio el arma.

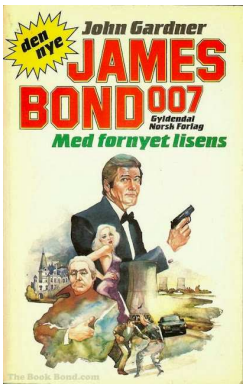
Cuando Bond se enderezó, pues seguía en cuclillas, Caber dejo escapar un profundo rugido... una mezcla de furia y dolor por lo ocurrido a su amo, y se lanzó contra Bond. Por vez primera, Lavender expresó el terror que desde hacía rato la dominaba y lanzó un agudo chillido.

[275] “Mirage” (“Espejismo”, en francés) ha sido el nombre de varios aviones de combate franceses. Se trata del Dassault Mirage F1, un caza de superioridad aérea y avión de ataque de tercera generación, diseñado y construido por la empresa francesa Dassault Aviation. Continúa la estirpe de los famosos cazas de la familia Mirage III aunque abandona la tradicional ala en delta para adoptar una configuración de flecha y diedro negativo. Con esta ala se buscaba mejorar sustancialmente las prestaciones del avión en cuanto a despegues y aterrizajes cortos, así como la maniobrabilidad (uno de los problemas de las deltas simples) mediante flaps y slats de borde de ataque. El F1 entró en servicio con el Ejército del Aire Francés a principios de los años 1970. Está propulsado por un turborreactor SNECMA Atar de en torno a 69 kN (15.000 lbf) de empuje, de fácil mantenimiento y que le da una buena relación peso-potencia al avión. Los F1 estándar (F1 C y derivados) llevan el radar aire–aire Cyrano IV, con capacidad limitada de ataque terrestre. El asiento eyectable en todos los modelos es Martin Baker del tipo cero-cero. Ha sido exportado en una docena de países y se han fabricado más de 700 ejemplares.

[276] El .357 S&W Magnum (Smith & Wesson), o simplemente .357 Magnum, conocido como 9×33 mmR por el sistema métrico, es un cartucho para revólver creado por la empresa de armas Smith&Wesson en 1934 y basado en uno anterior, el .38 Special, desde su creación se ha difundido ampliamente su uso. La diferencia entre una bala disparada del .38 y otra de .357 (a pesar del nombre miden lo mismo) es que, mientras la .38 viaja a 250 m/s, la Magnum lo hace a 400, con el drástico aumento de poder de detención y capacidad de perforación que conlleva esto.

[277] “Lock”: “Cerrar”.

[278] “Nunca pánico”, en latín.



21.- Ataque aéreo

EL DÍA ANTERIOR, M había montado su propio cuarto de operaciones junto a sus oficinas, en el noveno piso del cuartel general en Regent's Park. Dormitaba, inquieto, y entre sueños recordaba un raro episodio de su ya lejana infancia: corría por la playa, y el agua de las olas le lamía los pies descalzos. Luego, aquel sonido tan familiar, que en sus sueños era la campana con que su madre los llamaba para tomar el té, lo volvió a la conciencia: era el teléfono rojo, colocado al lado de su catre de campana. M observó que eran ya casi las cinco de la mañana en el momento en que levantó el auricular y contestó con un ronco: "¿Diga?"

Bill Tanner estaba en la línea, y preguntó a M si podía pasar al centro de operaciones.

— ¡Se rindieron! —el Jefe de Estado Mayor no podía dominar la excitación que lo embargaba.

— ¿Quiénes se rindieron? —gruñó M.

— ¡Los terroristas! ¡Los tipos que se habían apoderado de los reactores nucleares! ¡Todos, sin excepción!... aquí, en Inglaterra el grupo francés, los dos de Estados Unidos y los alemanes. Salieron con las manos en alto, y dijeron que todo había terminado.

M frunció el ceño.

— ¿Alguna explicación?

En realidad, ocurrió hace apenas unos minutos —la voz de Tanner había vuelto a su inalterable serenidad—. Todavía estamos recibiendo los informes, señor. Al parecer, manifestaron haber recibido el mensaje en clave que les ordenaba cancelar la misión. Según nuestra gente en Heysham Uno, los terroristas obraron bajo la impresión de que su acción había tenido el éxito esperado. Hablé con uno de los interrogadores, quien opina que la cancelación se recibió por error. M sonrió para sus adentros.

— ¿Sería? —gruñó—. ¿Podemos suponer que se trata de un error?

— ¿El 007? —preguntó el Jefe de Estado Mayor.

— ¿Quién, si no él? ¿Qué hay del "Starlifter"? —para entonces, M ya había salido del catre de campaña, y mientras con una mano sostenía el teléfono, con la otra intentaba ponerse los pantalones.

— El radar lo mantiene localizado. Los franceses ya van hacia él. Hay dos grupos de aviones de combate en camino. Se mantuvieron alejados, hasta tener noticias de los técnicos de las estaciones nucleares: al parecer todo está en orden y funciona a la perfección.

M hizo una pausa.

— ¿Dijo usted aviones franceses de combate? ¿Se les dieron instrucciones de hacer descender al "Starlifter"? —su mano se crispó en el mango del teléfono.

La voz de Tanner respondió con absoluta calma... casi con gravedad:

— Se les indicó que deben obligarlo a rendirse y, luego, escoltarlo a Perpiñán.

— ¿Y...?

— Si no lo consiguen, entonces deberán hacerlo estallar en el aire.

— Ya veo —M habló en voz tan baja, que más parecía un suspiro.

— Lo sé, señor —el Jefe de Estado Mayor comprendía perfectamente lo que en esos momentos pensaba su superior—. Sólo nos resta esperar.

Lentamente, M colgó el auricular.

Bond no tenía ni la más mínima esperanza de alcanzar el revólver que había dejado sobre la consola. El lugarteniente de Murik estaba furioso, y resultaba tan peligroso como un elefante herido. El rugido se había convertido en ese grito espeluznante que profiere el hombre cuando se lanza al ataque con tal ímpetu, que sólo una descarga cerrada puede detenerlo. Caber lanzó un alarido en el momento de saltar para ir a caer sobre Bond a mitad de la cabina. Bond sintió que se quedaba sin aire cuando el peso de aquel bruto cayó sobre él con toda su fuerza. Caber gritaba, enloquecido, toda clase de obscenidades, y clamaba a los dioses pidiendo venganza. Pero ya tenía a Bond en el suelo, atenazado el tronco con sus poderosas piernas, las manazas en el cuello de su víctima. Bond trató de gritar a Lavender, para que le ayudara, al sentir una niebla roja que le nublaba la mente, pero los dedazos de Caber se lo impidieron con su presión. De su garganta brotó una especie de graznido. Y entonces, con la misma rapidez con que Caber se lanzara al ataque, cambió la situación.

Los motores del “Starlifter”, que hasta entonces produjeran un ronroneo constante como música de fondo, cambiaron de tono, que se hizo más agudo y forzado, rugiente, en tanto que el piso en que luchaban aquellos hombres se inclinó hacia un lado. Bond se percató del cambio radical sufrido por la posición de la aeronave, mientras rodaba por el piso, atenazado siempre por Caber. Alcanzó a ver a Lavender, toda brazos y piernas, que era arrojada hacia adelante como resultado de un embate de la estructura. Luego, el “Starlifter” dio un nuevo bandazo, ondulando como un pesado buque en mar picado. Esto, seguido por otro repentino y violento cambio de posición, como si descendieran en medio de una vuelta muy cerrada, arrojó a Caber a un lado, obligándolo a soltar la presa.

Bond pasó saliva con dificultad, pues la presión de los dedos de Caber casi le había cerrado la garganta, y fue entonces cuando oyó a Lavender, quien le dijo que unos aviones los atacaban.

— ¡Son aviones de combate! ¡y se están acercando mucho!

Bond sintió que le zumbaban los oídos, por lo que volvió a tragar adolorido, esforzándose también por ponerse de píe y mantenerse derecho sobre aquel piso inestable, ahora en ángulo de descenso, estremeciéndose y corcoveando, como si fueran en la “montaña rusa”. Por último, logró apoyarse contra la puerta delantera, y empezó a acercarse a donde estaba el revólver. Con el rabillo del ojo, vio que Lavender había sido arrojada a cierta distancia por todo aquel movimiento, y estaba tirada, hecha un ovillo, junto a su consola. Pero no había tiempo para ocuparse de ella. Caber, a gatas cerca de la consola de Murik, se preparaba para atacar de nuevo, y había extendido el brazo para apoderarse del revólver.

El gigante saltó hacía adelante, y quedó de pie, aunque en precario equilibrio sobre el inestable piso, Su máscara de furia se había convertido en sonrisa de triunfo.

— ¡Creo que prefiero hacerlo de otra forma! —gritó—. No con bala... Una bala es demasiado bueno para ti —su manaza ocultaba casi por completo

el revólver Python, apuntado directamente al pecho de James Bond, y con un movimiento del arma ordenó a su víctima que fuera hacia el otro lado de la cabina, en dirección al escotillón marcado con una línea roja y con la leyenda: PROHIBIDO ENTRAR CON LUZ ROJA ENCENDIDA.

— Entra allí —rugió Caber, manteniendo el equilibrio a pesar de que, sin duda, el “Starlifter” iba en rápido descenso.

No había manera de desobedecer aquella orden, sin riesgo de quedar destrozado por las balas del Python, Bond caminó de lado hasta llegar al escotillón.

Caber se las había arreglado para marchar muy cerca de él, pero no lo bastante para que pudiera intentar atajarlo: de esto se dio cuenta Bond cuando oyó su voz que le ordenaba:

— Abre esa puerta y detenla, hasta que yo pueda sostenerla.

Bond hizo lo que le ordenaba; sintió en la espalda el cañón del revólver, y vio la mano de Caber detener la pesada puerta, mientras juntos, pasaban por ella para entrar en lo que era propiamente la popa de la aeronave, equipada con vigas y cabrestantes. El “Starlifter” inició de pronto otra vuelta inesperada, que los separó, y que llevó a Bond contra una viga curva, ascendente, que le golpeó la mano con fuerza.

— Sigo detrás de ti, Bond, con la pistolita... así que no intentes ninguna tontería. Tengo que mover un poco esta palanquita y ya.

Aquel recinto, destinado a carga, estaba frío: un desmantelado hangar volante, hecho de metal, que olía a aceite y a ese singular aroma a plástico que tiene el aire que se respira en el interior de los aviones. Allí, el zarandeo y las cabriolas se sentían con más fuerza, pues, como ya dije, estaban virtualmente bajo la cola del “Starlifter”, Bond tenía que coger con todas sus fuerzas la viga, a fin de no caer, pues el enorme avión parecía volverse a derecha e izquierda, siempre en descenso, con repentinos corcóveos y ruidos espantables... que se debían, según reconoció, a que otros aviones pasaban zumbando muy cerca de ellos.

— ¡Allá vamos! —gritó Caber, y Bond escuchó el fuerte ruido de un gran interruptor que alguien baja, seguido por el chirrido de un aparato hidráulico y una reverberación cada vez más fuerte. Sin soltarse, Bond se volvió un poco de lado y vio a Caber que estaba recargado contra una mampara, dentro del escotillón, el revólver apuntando con la misma precisión, y la mano izquierda cerca de una caja de metal abierta, en cuyo interior había un gran interruptor bipolar, que acababa de bajar para ponerlo en la posición “ON”. Se produjo otro fuerte corcoveo, pues la aeronave cayó unos doscientos pies, por lo que ambos hombres se sujetaron fuertemente a sus inapreciables asideros, Caber soltó una carcajada.

— El amo tenía la loca idea de echarte por aquí, y arrastrarte por el mar con el cable, cuando recogiéramos el rescate... y yo me encargaré de que te des el chapuzón.

La temperatura empezó a descender ostensiblemente, y Bond podía sentir el aire que soplaba a su alrededor. Miró hacia atrás, hacia el extremo de aquella bodega que quedaba más cerca de la cola, y vio que los lados del fuselaje, largas secciones curvas, se movían girando lentamente hacia afuera, mientras que una sección oblonga del piso descendía suavemente, con gran acompañamiento de chirridos del sistema hidráulico: era la rampa, que bajaba: y le permitía ver un trozo de cielo.

— ¡Es cosa de dos minutos! —gritó Caber—, Tendrás una excelente rampa para esquiar... ¡y por ella te irás al diablo, Bond!

La mente de Bond funcionaba a toda marcha. Decidió que, sí le tocaba morir. Caber tendría que matarlo a balazos, no era probable que pudiera acercarse a él lo bastante para luchar, estaban a unos seis metros de distancia, y el “Starlifter”, en picada, daba guiñadas en lo que, obviamente, era una maniobra de evasión casi desesperada. Quizá sólo fuera su imaginación, pero a Bond le parecía escuchar que las placas de metal lanzaban lamentos casi humanos, mientras el avión era arrojado de acá para allá en pleno vuelo.

En todos nosotros existe, muy adentro, el temor de caer desde una gran altura, y James Bond no era ninguna excepción. Se aferró a su viga, paralizado por aquella abertura que se hacía más y más grande, entre metal y cielo. La posibilidad de una muerte repentina jamás le había quitado el sueño, era algo con lo que había convivido tanto tiempo, que había dejado de causarle pesadillas. Un instante, y está uno vivo... y en un segundo, todo era oscuridad... pero esto no era lo mismo, sentía en su cuello la mano viscosa de la muerte, y estaba empapado del sudor que produce el verdadero temor.

Con grandes tumbos y un último golpe seco, la rampa se trabó al llegar a su máxima abertura: un hueco del tamaño de una casa, abierto en el extremo posterior de aquel gigante de los aires. En el fondo de aquella boca, el cielo se inclinaba, pero luego giró, al iniciar el “Starlifter” otra maniobra.

— ¡Aquí es donde nos despedimos, Bond! ¡Échate por la rampa, muchachito, y aprende a volar sin alas!

— ¡Tendrás que bajarme a tiros! —gritó Bond.

Decidió que no se iba a rendir sin luchar. Soltando la viga que le servía de asidero, se lanzó contra Caber, justo en el momento en que el “Starlifter” iniciaba un nuevo descenso, con la cola en precario ángulo. Bond avanzó tambaleándose, a punto de perder el equilibrio y, finalmente, perdido por completo el control. En este momento paralizante, Bond vio ensancharse la sonrisa en el rostro de Caber, quien levantó la mano derecha para apuntar el revólver Python directamente al pecho del 007. Otra sacudida, y Bond se tambaleó hacia un lado, pues la aeronave se clavó y se abrió la puerta del escotillón. Por un instante, Bond supuso que la había abierto el movimiento del avión. Pero, empujado hacia adelante por el ángulo de descenso, vio a Lavender que armada con la daga oculta en el calcetín del guardia muerto, se disponía a asestar el golpe.

Caber trató de volverse para usar el revólver, pero la inestabilidad del piso, combinada con lo inesperado de aquel ataque, le impidieron actuar. Casi con horror, Bond vio descender la daga, que Lavender había tomado con ambas manos para hundirla con todas sus fuerzas en la garganta del mastodonte. En medio del rugido del viento y del atronador ruido de los motores, el borboteante alarido de terror de Caber se escuchó en aquel cavernoso antro. El revólver cayó al suelo y el hombre se llevó la mano a la garganta, de donde brotaba un chorro de sangre que le empapaba el suéter. Luego, Caber giró sobre sus talones, sin quitarse las manos de la garganta, cayó y empezó a rodar de acá para allá, como cuando parte de la carga rompe las amarras en la cala de un barco.

Bond logró llegar a la puerta, y estiró el brazo para coger al herido, pero en ese preciso instante el avión cambió nuevamente de postura, levantando la nariz, al tiempo que el tono de los motores indicaba una inyección de potencia

a fin de ganar altura. Bond agarró a Caber, pero le fue imposible sostener a aquel hombrón, que se le escapó y rodó hacia el sitio donde el piso se hundía para formar la larga y empinada rampa. Lavender volvió la cabeza para no ver, y se recostó en el hombro de Bond, pues Caber, como si fuera un muñeco de trapo, chorreando sangre, siguió rodando hacia la rampa y, después de una ligera vacilación, empezó a caer. Probablemente ya estaba muerto, se dijo Bond... pero el borboteo de la sangre que manaba por la herida se convirtió en un espeluznante alarido de terror cuando Caber resbaló por la rampa... ¡fue aquel grito una nota horrible... sostenida...!

Cuando llegó al final de la rampa, el cuerpo del gigante pareció corregir su posición, y la ensangrentada cara quedó vuelta hacia arriba, mirando a Bond, los brazos extendidos, los dedos tratando de agarrarse al metal. Por un instante, sus miradas se cruzaron, y Bond comprobó que, a pesar de que ya la muerte empezaba a nublar aquellos ojos, se leía en ellos un odio profundo que parecía asomar de lo que pronto sería su tumba. Luego, el gigantesco lugarteniente de Murik salió de la rampa y se perdió de vista: sin duda iría dando maromas por el aire, hasta hundirse en el mar.

— ¡Yo lo maté! —Lavender estaba al borde de un colapso.

— ¡Obviamente, mi adorada Dilly! —Bond tuvo que hablar a gritos, para hacerse oír en medio de aquel estruendo—. ¡Pero lo que cuenta, es que tú me salvaste la vida! —luego, agarrando con fuerza el mango de madera del interruptor bipolar, lo levantó hasta dejarlo en la posición “OFF”.

Nuevamente se escuchó el chirrido del mecanismo hidráulico, y la rampa comenzó a moverse. Cuando Bond se volvió a mirar a Lavender, vio que ella tenía los ojos fijos en la abertura que se cerraba: se había quedado, literalmente, boquiabierta. En el espacio todavía visible, pudieron observar dos aviones Dassault Super Mirage que venían como rayos contra el “Starlifter”. Mientras seguían allí, alelados, Bond y Lavender pudieron ver los relámpagos que surgieron de la nariz de cada uno de los Mirage: en un instante, ambos retropropulsores de combate pasaron a toda velocidad, con gran estruendo de motores, incluso antes de que el “Starlifter” recibiera el impacto de las breves descargas.

Se escuchó luego una serie de fuertes golpes, pequeñas explosiones y el ruido del metal al rasgarse. Bajo sus pies el piso inició una larga danza ondulante, y por un instante pareció que la aeronave se había quedado inmóvil, en mitad del cielo. Luego, volvieron a rugir los motores y el “Starlifter” se estabilizó. Bond frunció la nariz, pues percibió el acre olor del humo. Haciendo a la joven a un lado, abrió el escotillón, y se vio envuelto en una oleada de humo. Dos o tres de las balas de poco calibre disparadas por los Mirage habían traspasado el metal del techo y se habían incrustado en la consola principal, de la que ya surgían las llamas y vomitaba aquel humo asfixiante.

Bond le gritó a Lavender que se hiciera a un lado. En medio de todo lo ocurrido en la cabina de carga, su subconsciente había registrado dos grandes extinguidores de incendios, fijos en sus soportes a los lados del escotillón. Tomó, pues, uno de aquellos pesados cilindros rojos, estrelló el émbolo activador contra la superficie metálica más próxima, abrió la puerta corrediza y dirigió el chorro de espuma hacia la cabina de control.

Tosiendo y farfullando, a causa de aquellas malolientes emanaciones, Bond volvió por el otro cilindro. Fue necesario el contenido de los dos extinguidores, arrojado a la máxima presión, para dominar el fuego, que dejó

tras sí aquel humo sofocante, acre que se cernía en la cabina y que hacía llorar los ojos.

Obligando a Lavender a quedarse del lado de la cabina de carga, Bond aguardó a que la humareda se aclarara. No se le había escapado que el “Starlifter” seguía ya un patrón de vuelo más normal, y de pronto se oyó el fuerte rechinar y un golpe seco, indicadores de que el tren de aterrizaje había bajado.

En la cabina de control, la atmósfera era va menos irrespirable, pues apenas si producía cierto ardor en las ventanas de la nariz. Lavender se dirigió a una de las ventanillas ovaladas y, alzando la cortinilla, informó que parecían perder altura.

— De este lado, hay dos aviones de combate —añadió.

Bond se dirigió a la otra ventanilla: allá, abajo, se acercaba la línea de la costa, y el “Starlifter” había iniciado un amplio giro. También de su lado había dos Mirage que escoltaban al gigante. Miró hacia abajo, en busca de algún punto de referencia, y reconoció la silueta del Canigó. Los aviones de combate se mantenían en formación, y también ellos bajaron sus trenes de aterrizaje y sus alerones. Volvían a Perpiñán bien escoltados.

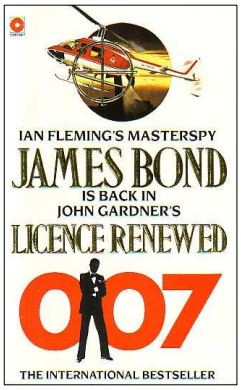
Bond miró a su alrededor: los cuerpos de los técnicos habían quedado atravesados en la cabina, pero Anton Murik había desaparecido. Lavender dijo que, tal vez, al recuperar la conciencia, se hubiera dirigido al puente de mando para dar instrucciones a los pilotos. Sin embargo, cuando tomaron tierra en Perpiñán, y la policía, junto con los emisarios de M, abordaron el avión, Murik había desaparecido.

En la encuesta que siguió, uno de los pilotos franceses informó que había visto caer de la rampa posterior el cuerpo de un hombre... sin duda, el de Caber. Otro creía recordar que alguien había saltado en paracaídas, pero, dadas las circunstancias, no podía jurarlo.

Los aviones de combate habían llegado a toda velocidad, y al principio, el “Starlifter” se había limitado a seguir una táctica de evasión, negándose a obedecer sus órdenes. Fue sólo como último recurso que dos de los Mirage habían disparado un par de cortas andanadas, y después de esta demostración de fuerza, el “Starlifter” se había rendido. Fue también después de que se hicieron los disparos que al piloto del Mirage le parecía haber visto un paracaídas que descendía hacia el mar, pero repitió que no le era posible afirmarlo con certeza. De la popa del avión salía gran cantidad de humo, y había nubes dispersas.

— Si, en efecto, saltó en paracaídas, no es muy probable que haya logrado sobrevivir, en medio del mar —comentó uno de los emisarios de M.

En el vuelo de regreso a Londres, Lavender manifestó que se negaría a dar por muerto a su tutor mientras no viera el cadáver. Así pues, cuando Bond rindió su informe a M, quedaban algunos puntos sin aclarar.



22.- El castillo de Warlock

— ESTA VEZ LAS COSAS se pusieron muy feas, 007 — M estaba ante su escritorio, frente a Bond.

— ¿Feas para quién, señor? —James Bond se sentía agotado, después de la larga sesión de informes y comentarios, iniciada casi a su llegada a Londres, ya avanzada la tarde. Desde ese momento, Bond había repetido su relato, desde el principio, muchas veces, y había tenido que soportar las interrupciones y las preguntas de rigor. La prolongada conversación había sido grabada en cinta magnetofónica, y Bill Tanner se reunió con M y con Bond, mientras una de las oficiales de la brigada femenina atendía a Lavender... y, sin duda, la atenazaba a preguntas, se dijo Bond.

— ¡A pesar de todo, lo dejaste escapar! —M estaba irritado.

— ¿Feas para quién, señor? —repitió Bond.

M hizo un ademán que daba por sabida la respuesta:

— Para todos... por el momento, lo que me interesa es el paradero de Anton Murik, llamado señor de Murcaldy.

El teléfono blanco que había en el escritorio de M lanzó un balido, y después de algunas palabras intercambiadas con su interlocutor, M se volvió a su Jefe de Estado Mayor:

— Hay una señal de Perpiñán. ¿Quiere hacerme el favor de traerla?

Tanner salió, para regresar a los pocos segundos. Las noticias resolvían, al menos en parte, el misterio de Murik: M leyó el mensaje dos veces antes de pasárselo a Bond. Las autoridades francesas habían revisado el “Starlifter” de punta a cabo, y entre las particularidades de que estaba provisto, hallaron un pequeño recinto, al que se entraba por debajo de una de las mesas de la cantina. Era suficiente para ocultar a una persona, y estaba equipado con alimentos y otros utensilios suficientes para varios días. Había señales de que había sido utilizado; la salida, consistente en placas movibles debajo del fuselaje, había sido abierta.

— Eso lo aclara todo —declaró cortante M, y tomó el teléfono—. Es mejor que hagas pasar tu informe a máquina, Bond y lo firmes. Tengo que dar la alarma a Duggan y a Ross: el tipo sigue en libertad.

Bond alzó la mano, como si suplicara a M que dejará el teléfono.

— Con todo respeto, señor, ¿me permite hacerle algunas preguntas... y, tal vez, una o dos peticiones?

Lentamente, M dejó el teléfono en su lugar.

— Pregunta, 007... no prometo nada, pero apresúrate.

— Las peticiones dependen de las respuestas a mis preguntas.

— Pues hazlas, porque no disponemos de toda la noche.

— ¿Siguen Duggan y Ross vigilando el castillo Murik?

— Se marcharon esta tarde. Puede decirse que no dejaron piedra sin remover, tanto en el castillo como en la aldea de Murcaldy —M comenzó a jugar con su pipa.

— ¿Encontraron algo?

— Arrestaron a varias personas, según colijo. A un panadero de nombre MacKenzie; a algunos de los mocetones de la aldea. Sacaron buen número de

armas pequeñas y otras automáticas. Entiendo que no tocaron la colección de armas antiguas, pero todas las modernas vinieron a dar a Londres.

— ¿Hallaron documentos? Documentos legales, relacionados con la señorita Peacock... quizá algunas acciones y otros valores convertibles, cosas de ese tipo, que estaban bien ocultas.

— No tengo ni la menor idea, 007. ¿Documentos ocultos? Me suena a melodrama.

— ¿Podría usted enterarse, señor? Por favor, averígüelo, pero sin mencionar cuándo llegará mi informe a Sir Richard Duggan y la Sección Especial.

M frunció el ceño.

— Ojalá se trate de algo interesante, en verdad, 007 —marcó un número, y al poco tiempo Bond y Bill Tanner escuchaban un lado de la conversación entre M y Sir Richard, puntuada por largas pausas. Por último, M dejó el teléfono, y agitó la cabeza—. Se hicieron de cuanto papel pudieron encontrar, pero no había nada de documentos legales relacionados con la señorita Peacock. Hay un par de cajas fuertes, y dice Duggan que piensa darle otra repasada al castillo dentro de uno o dos días.

— ¿Por el momento nadie lo vigila?

M hizo un gesto de asentimiento.

— ¿Cuáles son las peticiones, Bond?

Bond tragó pesadamente.

— Señor, ¿podría retener mi informe durante cuarenta y ocho horas? ¿En particular todo lo relacionado con el Club de Vuelo Aldan Aerospace? El sitio del que partimos rumbo a Perpiñán.

— ¿Por qué razón?

— Porque no quiero que los de la Sección Especial metan las narices en ese lugar. Si Anton Murik escapó después de ocultarse en el “Starlifter”, estoy seguro de que ya va camino de ese aeroclub. Cuenta con infinidad de conocidos, y allí está su helicóptero.

— En tal caso, convendría que la Sección Especial estuviera allí para darle la bienvenida...

— ¡De ningún modo, señor! Existen documentos ocultos en el castillo y, como ya dije, algo de dinero o valores... Anton Murik tendrá que ir al castillo. Sabe que ha llegado el momento de destruir las pruebas del derecho de la señorita Peacock al título y a las tierras de Murcaldy. Me gustaría cogerlo con las manos en la masa... con vida, de ser posible.

— Insisto en que enviemos a los hombres de Duggan y a la Sección Especial.

— Perdón, señor, pero ese hombre tiene una cuenta pendiente conmigo —Bond dijo estas palabras con voz tajante, como el filo de un sable.

— 007, me estás pidiendo que quebrante las reglas. Es territorio de Duggan, y no tengo derecho... —sus palabras se perdieron en un murmullo ininteligible, y quedó pensativo—. ¿Qué es, exactamente, lo que te propones hacer?

— Que me acompañe el Jefe de Estado Mayor, señor. Le pido cuarenta y ocho horas... y un helicóptero.

— ¿Un helicóptero?

— Para trasladarnos sin demora. ¡Ah, y antes de entrar en materia, necesitaremos una escolta...!

— ¡¿Escolta?! —M estuvo a punto de gritar—. ¡¿Escolta?! ¿Quién supones tú que soy, el Presidente de los Estados Unidos? ¿Qué significa eso de “escolta”?

Bond intentó mostrarse contrito... Bill Tanner sonreía de oreja a oreja.

— Pues... verá, señor, ¿no tenemos por ahí un par de viejos “Chipmunks”[279], equipados con cámaras infrarrojas, y un helicóptero Cazelle[280]? Y... ¿no están a sus órdenes?

M tosió como si algo se le hubiera atorado en la garganta.

— Si el Jefe de Estado Mayor y yo vamos en el helicóptero, necesitaremos que la escolta haga una pasada previa, cinco minutos antes de que aterricemos, para asegurarnos de que no hay moros en la costa... en suma, de que Murik no se nos adelantó.

M manoseaba su pipa,

— Sólo por precaución y seguridad, señor.

— ¿No quieres un escuadrón de cazabombarderos para arrasar el lugar?

Bond sonrió, alegre.

— No creo que sea para tanto, señor.

Transcurrió un buen rato, hasta que M contestó:

— Con una sola condición, Bond... y siempre en el supuesto caso de que el Jefe de Estado Mayor acceda a esta locura: que no vayas armado. En conciencia, a estas alturas no puedo permitirte que te metas en el territorio de Duggan... y menos portando armas.

— Me pareció oírle decir que no se tocó la valiosísima colección de armas antiguas de Murik...

M asintió, y en su cara brillaba una sonrisa astuta,

— Francamente, James, no estoy al tanto de nada de esto... pero les deseo buena suerte —luego, con tono sarcástico, añadió—: ¿No desean algo más?

— Pues... —Bond miró para otro lado— me pregunto si podría persuadir al agente de Sir Richard para que nos presten las llaves del castillo temporalmente... sólo para poder recuperar la ropa que dejé allí... o algún otro pretexto...

M suspiró, emitió un sordo gruñido, y tomó el teléfono.

Eran casi las cuatro de la madrugada cuando el helicóptero Gazelle que transportaba a James Bond y a Bill Tanner llegó a la cañada de Murcaldy.

Bond ya había estudiado con el joven piloto el patrón de aterrizaje: deseaba que lo bajaran en la senda, cerca del punto donde el Saab se había desbarrancado. Por encima de todo, deseaba que el Gazelle quedara perfectamente oculto, aunque se había provisto de dos señales luminosas de mano, una roja y una verde, para llamar al aparato si se veían en dificultades.

Exactamente cinco minutos antes de tocar tierra, escucharon la palabra “Excelsior” por los audífonos: era el santo y seña que indicaba que el Chimunk había sobrevolado la cañada y el castillo sin ver nada sospechoso. No había en todo el vecindario señal alguna de otro helicóptero, o de cualquier vehículo.

Las hojas del rotor del Gazelle no habían dejado de girar, cuando ya Bond y Tanner habían saltado al suelo y se abrían paso por entre las matas de helechos, hacia la amenazadora mole del castillo Murik que se veía allá, abajo.

El aire de la madrugada era helado y diáfano, y los olores llenaban la cabeza de Bond de vivos recuerdos: de la primera vez que viera el castillo, de su engañoso interior... de su frustrada huida, el cuarto de control de Murik, con su colección de armas, el cuarto de huéspedes con su cinematográfica decoración... y el desagradable olor a humedad de las cámaras de tortura.

Obedeciendo las instrucciones de M, iban desarmados, si bien Bill Tanner había tenido la precaución de llevar consigo dos poderosas linternas sordas. M había tenido dificultades para conseguir las llaves, y sólo pudo obtener las de la puerta trasera, por donde entraban los proveedores que, según informó Duggan, era la única accesible, pues las otras habían quedado con los cerrojos electrónicos.

Necesitaron más de media hora para llegar al Prado Grande. Bond, con silencioso ademán, condujo a Tanner a lo largo del muro posterior del castillo: la vieja torre se alzaba ante ellos, como triste y silenciosa advertencia, recortada contra el cielo. Si Bond no se equivocaba, Murik llegaría al castillo de Warlock, como ahora le decía, desde la pista de aterrizaje destinada a su helicóptero, situada detrás de la vieja barbacana...

Aunque hacía apenas unos días que el sitio había quedado vacío, el aire, una vez cruzada la puertecilla de servicio, olía a humedad. Y nuevamente se agitaron sus recuerdos: hacía unos pocos días que Bond había cruzado esa puerta para entrar en el camioncito de MacKenzie, a fin de iniciar el largo viaje que había concluido con aquella macabra reunión efectuada sobre el Mediterráneo.

Ahora, tenía que hallar el camino que llevaba al cuarto de control de Anton Murik, y a su valiosa colección de armas... porque, ciertamente, no estaba dispuesto a enfrentarse al de Murcaldy sin ningún medio de defensa. Durante un buen rato anduvieron de acá para allá, a la luz de sus linternas hasta que, por último, Bond encontró el camino que los condujo al salón de armas del sótano. Bill Tanner miró boquiabierto lo que le iba revelando la luz de la linterna: aquellos muros cubiertos de espadas, armas arrojadizas, pistolas, mosquetes y rifles.

— Esto debe de valer una fortuna —dijo, en voz casi inaudible.

Bond asintió. No sabía por qué, pero desde que entraron por la puerta de proveedores, habían hablado en secreto, como si Murik y sus matones pudieran sorprenderlos en cualquier momento. Allá, afuera, estaría empezando la aurora, tiñendo el cielo con sus colores. Si Murik se arriesgaba a buscar allí los medios indispensables para escapar, llegaría de un momento a otro, o bien tendrían que aguardar hasta la caída de la noche. Bond recorría las armas con su linterna, cuando, de pronto, Tanner le oprimió el brazo: se quedaron inmóviles, el oído atento, pero luego se tranquilizaron.

— Nada —dijo Tanner. Y entonces, sin previo aviso, volvió a hacer ademán a Bond de que guardara silencio.

Esta vez, ambos escucharon el ruido: desde muy lejos, atravesando ladrillos, piedras y tierra, les llegó el apagado zumbido de un motor.

— ¡Ya está aquí! —Bond tomó lo primero que halló a su alcance: una ballesta para deporte, profusamente adornada, pero provista de una cuerda tensa y fuerte, firmemente atada a un arco de metal, y el mecanismo, perfectamente bien engrasado, incluía un *cranequin*[281]*,* para tirar de la cuerda y asegurarla en su sitio. Habiendo tomado la ballesta y tres agudas saetas colocadas a un lado, Bond indicó a Tanner que debían salir de allí.

— Vamos arriba, al vestíbulo — cuchicheó—. Tiene la luz en su contra, así que procurará tomar lo que busca y marcharse cuanto antes. Quiera Dios que el tipo se lo lleve todo consigo, y que podamos cogerlo cuando haya salido.

Bond estaba seguro de que habría más probabilidades de actuar al aire libre. Cuando llegaron al vestíbulo, se escuchó con gran claridad el ruido que hacía el helicóptero al descender. Sin duda era el pequeño Bell Ranger que bajaba, aleteando, tras la barbacana. Oculto en las sombras, Bond aguzó los oídos. Si el piloto dejaba los motores en marcha, significaba que su teoría era correcta: Murik permanecería en el castillo el tiempo indispensable para sacar lo que tuviera oculto, y se marcharía inmediatamente. Pero si detenía los motores, tendrían que cogerlo dentro del castillo.

En algún lugar, en la parte posterior de la casa, se oyó el roce y el chirrido de una puerta: Murik entraba por el camino que habían seguido Bond y Tanner, suerte que éste había tenido el buen tino de cerrar la puerta con llave una vez que entraron. Se escuchó un “clic”, y luego los pasos firmes de quien puede moverse confiadamente en la oscuridad, porque conoce su casa con la intimidad que dan los años. Eran pasos cortos y rápidos, inconfundibles: Murik... ¡Warlock estaba de nuevo en su castillo!

Desde el exterior llegaba el suave zumbido del motor del Bell Ranger, lo que significaba, casi con certeza, que el piloto aguardaba, sentado en la carlinga. Bond hizo un ademán con la ballesta, y en total silencio caminaron en dirección a la puerta por la que el señor de Murcaldy había entrado. Afuera, brillaba la luz del día, y algunas tenues nubes flotaban en el horizonte, teñidas de rosa por el sol naciente. El ruido del motor del helicóptero era ya más fuerte y venía de la parte posterior de la barbacana, que Bond señaló. Caminando uno al lado del otro, Tanner y Bond buscaron refugio bajo la vieja torre de piedra, negra y maltratada por los años, y se parapetaron tras una de sus esquinas angulares, desde donde podían vigilar la parte posterior del castillo.

Bond se dedicó a dar vueltas al pesado *cranequin,* jadeando a cada vuelta de la rueda, que jalaba hacia atrás el arco de acero, hasta que la gruesa cuerda entró en su sitio. Levantando el arma hacia el cielo para mayor seguridad, Bond deslizó una de las saetas en el centro de la ballesta. No tenía ni la menor idea acerca de su precisión, pero no dudaba de que se trataba de un arma letal.

Los siete u ocho minutos de espera les parecieron horas. Luego, cuando menos lo esperaban, escucharon pasos rápidos en la grava, Bond salió de su escondite, llevándose la ballesta al hombro. Murik corría con ímpetu, a la derecha de donde ellos estaban, en dirección al punto más lejano de la torre. En la mano izquierda llevaba un grueso paquete envuelto en tela ahulada, mientras que con la derecha apretaba algo que Bond no alcanzó a identificar. Mirando por el primitivo visor de la ballesta, Bond gritó: “¡Deténgase, Murik, su carrera terminó!”

El de Murcaldy apenas si hizo una pausa, volviéndose ligeramente hacia el punto de donde venía la voz de su enemigo y levantó la mano derecha. Se escuchó un ruido sordo, seguido de un silbido agudísimo. De la mano de Murik brotó una lengüeta de fuego, que iba dejando un rastro como de cometa, y que pasó tan cerca, entre Bond y Tanner, que sintieron el calor del proyectil, que se estrelló contra el muro de la torre, produciendo un ruido semejante at de un martillo pilón. Un gran bloque de piedra se rajó y saltó en pedazos. Tanner

emitió un breve grito, y se llevó la mano a la mejilla, en la que se le había enterrado un filoso trocito de piedra.

Bond comprendió que Murik había usado un arma producida a principios de los cincuentas, y que hoy es artículo de colección: la pistola cohete Gyrojet MBA[282]. Este lanzador de mano disparaba minicohetes a enorme velocidad, propulsando cargas explosivas de acero resistente al calor, que parecían de cromo pulido. Las balas de 13 mm, con su propulsor de cohete, eran capaces de atravesar placas de acero. Bond había examinado una, y se había preguntado cómo quedaría un individuo, si le dieran con eso. No le quedó la menor duda acerca de su eficacia. Y la pistola Gyrojet tenía un cargador con cinco cohetes. Él sólo tenía una ballesta que disparaba un tiro a la vez, por lo que no podía permitirse el menor margen de error.

Bond no vaciló. Antes de que Murik, que seguía corriendo, tuviera tiempo de lanzar otro cohete de su Cyrojet, apretó el disparador de la ballesta. El mecanismo golpeó hacia adelante, y su fuerza tomó a Bond por sorpresa. El sólido golpe del mecanismo ahogó cualquier zumbido que la saeta pudiera producir, y a su vez quedó borrado por el grito de Murik cuando la pesada saeta le atravesó el pecho.

Siguió corriendo, seguido por Bond y Tanner. Luego vaciló, y la pistola Gyrojet cayó sobre la grava. Haciendo eses como un borracho, Murik continuó corriendo, lanzando quejidos de dolor, pero sin soltar el paquete que llevaba bajo el brazo izquierdo. Había llegado casi al altozano que había detrás de la torre, y que descendía hasta donde estaba la pista en la que esperaba el helicóptero.

Bond corrió con toda la rapidez de que era capaz, deteniéndose sólo para recoger la Cyrojet y comprobar que había un cohete en la cámara. Con la respiración entrecortada por el dolor y la angustia, Anton Murik subía por la ladera, cuando Bond le gritó, por segunda vez, que se detuviera:

— ¡Obedezca, Anton! ¡No quiero matarlo!... pero si no se detiene, ¡disparo!

Murik siguió adelante, como si no oyera nada, y cuando llegó a la cima de aquella loma, Bond y Tanner oyeron el zumbido del helicóptero, que aumentó al recibir más potencia, para elevarse. Su blanco se dibujaba claramente contra el rojo cielo matinal: Murik se tambaleaba en la cima de la loma, dispuesto a hacer el último esfuerzo para bajar y llegar al Bell Ranger, que ellos no podían ver desde donde se hallaban.

Bond gritó una vez más: “¡Alto!”, pero Murik ya no podía volverse atrás. Con cuidado, Bond apuntó la pistola Gyrojet y apretó el gatillo. Se oyó el “crac” del detonador, y luego sintió la reculada, en el momento en que el cohete salió del cañón de la pistola, ganando velocidad en medio de una lluvia de fuego: una larga estela de fuego que avanzaba con rapidez creciente, hasta golpear a Murik en plena espalda, con un empuje de más de mil pies-libra.

Sólo entonces supo Bond lo que ese proyectil podía hacer a un hombre; fue como si alguien hubiera usado una antorcha de acetileno para cortar la parte posterior de un blanco de cartón: el centro de la espalda de Murik se desintegró. Durante un segundo, Bond hubiera jurado que podía ver a través del agujero abierto en él cuerpo de Murik, cuando, levantado del suelo por el impacto, saltó en el aire para luego caer hacia adelante, fuera de su vista.

Tanner había llegado al lado de Bond, su cara ensangrentada y juntos ascendieron por la loma. Allá, abajo, el piloto aceleraba el motor de su

helicóptero, a fin de despegar. Pero una mirada a Bond, que le apuntaba con la Gyrojet, le hizo cambiar de parecer. El piloto apagó el motor y, lentamente, bajó de la carlinga, con las manos sobre la cabeza.

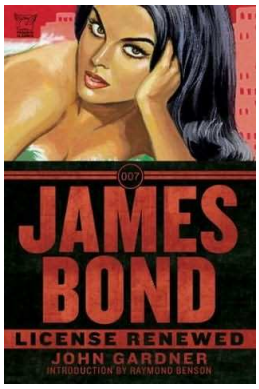
Bond le entregó el arma a Bill Tanner, y bajó hasta donde estaban los destrozados restos de Anton Murik, donde empezaba la pista de aterrizaje. Apenas si miró el cuerpo: lo que él buscaba estaba tirado allí cerca, un pesado paquete envuelto en lona embreada. Lo recogió con cuidado y, poniéndoselo bajo el brazo, subió lentamente por la ladera, en dirección a la vieja torre. Una vez allí, Bond se quedó dos largos minutos, mirando el castillo... el castillo de Warlock.

[279] El De Havilland Canada DHC-1 Chipmunk (en español: Ardilla rayada) es un avión de entrenamiento básico, diseñado en los años 1940 por el fabricante aeronáutico canadiense de Havilland Canada. Capacidad para dos pilotos; Longitud: 7,8 m; Envergadura: 10,5 m; Altura: 2,1 m; Superficie alar: 16 m2; Peso vacío: 646 kg; Peso cargado: 953 kg; Peso máximo al despegue: 998 kg; Planta motriz: 1× de Havilland Gipsy Major 1C. Potencia: 108 kW (149 HP; 147 CV); Hélices: 1× tripala por motor; Velocidad máxima operativa (Vno): 222 km/h; Alcance: 445 km; Techo de servicio: 5 200 m; Régimen de ascenso: 865 m/min; Potencia/peso: 0.113 kW/kg.

[280] El Gazelle (“gacela” en francés) es un helicóptero ligero polivalente de estructura metálica concebido en la segunda mitad de los años 1960 por Sud-Aviation y producido en serie a principio de los años de 1970 por la Société Nationale Industrielle Aérospatiale (SNIAS o Aérospatiale) en colaboración con Westland Helicopters (Reino Unido). Dio origen a dos versiones comerciales principales (nomenclaturas SA 341 y SA 342). Aunque la mayor parte de su producción fue destinada a ejércitos nacionales (Francia, Ecuador, Marruecos, Reino Unido, Yugoslavia, Egipto, Kuwait, Irak etc.) ya que esa era su misión principal. También gozó de cierto éxito en el ámbito civil. A pesar de su antigüedad, esta aeronave sigue constituyendo la principal fuerza de helicópteros de combate de muchos países. Integró muchos avances tecnológicos siendo el primero en utilizar un Fenestron en lugar del rotor antipar tradicional. Fue el primer helicóptero habilitado en vuelo mono-piloto en Cat I (condiciones meteorológicas) en 1975. El rotor principal está equipado por tres palas principales "flexibles", proporcionando a los pasajeros comodidad frente a las vibraciones. Además, el tren de aterrizaje no está equipado de amortiguadores, lo que suprime el riesgo de entrar en resonancia; este fenómeno volvía incontrolables ciertos helicópteros derribándolos.

[281] Cric o máquina de elevar, que se usaba para armar la ballesta.

[282] Robert Mainhardt y Art Biehl se unieron para formar MBAssociates, o MBA, para desarollar balas-cohetes. Las Gyrojet son una familia de armas de fuego desarrolladas en los años sesenta, cuyo nombre proviene del método para estabilizar giroscópicamente sus proyectiles. Más que balas inertes, disparan pequeños cohetes llamados Microjets que tienen pequeños recoil y requieren un cañón pesado para resistir la presión ni los gases de combustión. La velocidad de salida es muy baja, pero se incrementa hasta los 380 m/s a los 9 m. El resultado es un arma muy ligera. Su precio entre los coleccionistas puede superar los 1.000 dólares. La munición, cuando se encuentra, puede costar 100 dólares el disparo.



23.- Toda una dama

JAMES BOND, DE PIE en la plataforma de la estación, miraba hacia la ventanilla, fijos sus ojos en los de Lavender Peacock, que se veían radiantes. Había sido aquel uno de los veranos más maravillosos en la vida de quien conservaba el recuerdo de largos meses de vacaciones, plenos de acontecimientos.

Aunque sentía una punzada de amargura, Bond sabía que todas las cosas buenas tienen que terminar algún día... y ese día había llegado ya.

El paquete de lona embreada que recuperara a raíz de la muerte de Murik contenía gran cantidad de documentos interesantísimos, muchos de los cuales tomaría varios meses aclarar. Lo más importante de todo era la prueba, irrefutable, del verdadero origen de Murik y del derecho de Lavender Peacock a las propiedades y al título. También quedaba demostrado que su verdadero nombre era Lavender Murik, pues Peacock era un nombre adoptado, de manera perfectamente ilegal, por su padre, antes de presentarse a reclamar la herencia que le costó la vida.

A Bond se le permitió sacar esos documentos, y M se encargó de que pasaran a manos de los mejores abogados de Escocía. Se mostraba optimista, pues tenía la segundad de una pronta decisión. Antes de mucho, Lavender podría entrar en posesión de su herencia.

Mientras tanto, a Bond se le concedió un largo permiso, para que se recuperara; en cambio, Bill Tanner tuvo que seguir en su puesto, y durante más de un mes anduvo con un parche en la mejilla.

A los pocos días de su regreso de Murcaldy, Bond partió en automóvil rumbo a la Riviera francesa, en compañía de Lavender. Suponiendo que a ella le gustaría eso, Bond llevó a la joven a los mejores hoteles, pero ella se sentía desazonada, y no le agradaba todo aquel barullo.

En Niza[283] se alojaron en el Negresco[284] y sucedió que, una noche, Lavender despertó a Bond con gran sobresalto, pues lloraba, víctima de una pesadilla. Luego le contó que soñó que los dos estaban atrapados en el “Starlifter”, que se había incendiado. James Bond la abrazó tiernamente, la tranquilizó como sui fuera un niñita asustada, y la tuvo así hasta que salió el sol. Luego, tomaron el desayuno en la terraza, contemplando a los madrugadores que paseaban por el Paseo de los Ingleses, y las blancas velas de los yates que se dibujaban contra el Mediterráneo.

Después de algunos días de esta vida, optaron por placeres más sencillos: recorrer en el auto los caminos de montaña, quedarse en las aldehuelas, lejos de los sitios de moda, llenos de turistas, o bien en playas desconocidas, donde podían tenderse al sol, comer, conversar... amarse.

Bond le explicó las nuevas responsabilidades que pronto debería asumir, lo que dio como resultado que, poco a poco, Lavender se volviera más seria por momentos, que fuera adquiriendo un aire como lejano. Seguía siendo la joven encantadora de siempre, pero, a medida que transcurrían las semanas, bond observó que dedicaba cada vez más tiempo a escribir cartas, hacer llamadas telefónicas, a enviar y recibir telegramas. Luego, una mañana, sin previo aviso, anunció que era necesario volverse a Inglaterra.

Y sucedió que a la semana de su regreso a Londres, Lavender visitó a un abogado en Gray's Inn —representante de un bufete de Edimburgo— y recibió la noticia de que los tribunales escoceses habían confirmado su derecho a las tierras del castillo Murik y al título. Incluso le hizo entrega de un impresionante documento, expedido por el Lord Lyon, Rey de Armas, en el que constaba que había heredado el título de Lady Murik de Murcaldy.

Dos días después, Lavender visitó a Bond para decirle que había logrado ingresar a una de las principales escuelas de agricultura, donde pensaba estudiar todo lo relacionado con la administración de sus tierras. A decir verdad, partía esa misma noche para Edimburgo, a fin de hacer los arreglos necesarios.

— Quiero que todo funcione como debe —le dijo—. Hace falta meter la escoba e inyectar aire fresco. Creo que eso es lo que a mi padre le hubiera gustado, que yo devuelva su buena fama a nuestro nombre y a nuestras propiedades.

Bond, que al día siguiente tenía que presentarse en el servicio, no había intentado siquiera detenerla. Sabía que la joven tenía razón, y se enorgullecía de haber contribuido, siquiera en parte, a ese futuro que se presentaba luminoso. La invitó a comer, luego la llevó a recoger su equipaje y, finalmente, a la estación.

— ¿Vendrás a pasar temporadas en Murik, James? Cuando todo marche como se debe, claro está —Lavender se inclinó por la ventanilla del tren, mientras a su alrededor todo era la agitación que precede a la partida.

— ¡Nada ni nadie podrá impedírmelo! —respondió él, sonriendo—. Pero temo que por la noche tendrás que tomarme la mano... pues me asustan los fantasmas.

— ¿De verdad, James? ¿Te asustan los fantasmas? No temas, para mí será un placer —Lady Murik se inclinó un poco más y lo besó firmemente en los labios, en el preciso instante en que sonaba el silbato, y el tren se ponía en marcha—. ¡Adiós, James, hasta pronto! ¡Adiós, querido James!

Toda una dama, se dijo James Bond mientras el tren se alejaba de la plataforma ¡Toda una dama!

[283] Niza (en francés “Nice”, en occitano “Niça”, en nizardo “Nissa”, en italiano “Nizza”) es una ciudad y comuna francesa situada en el departamento de Alpes-Marítimos, en la región de Provenza-Alpes-Costa Azul. Es uno de los centros de la turística región de la Costa Azul o Riviera francesa, próximo a la frontera con Italia (30km), encontrándose en las bajas estribaciones de los Alpes, al este del río Var o Varo en la zona geográfica italiana.

[284] El “Hotel Negresco” es un famoso hotel de cinco estrellas, lugar del igualmente famoso restaurante “Le Chantecler”, ubicado en el Paseo de los Ingleses, en la Bahía de los Angeles, en Niza, cuyo nombre proviene de Henri Negresco (1868–1920). Su quinta planta está reservada para invitados "VVIP" ("very, very important persons"). El personal viste uniformes basados en el el siglo XVIII. El hotel dispone de playa privada.

ESTA OBRA SE TERMINO DE IMPRIMIR EL MES DE AGOSTO DE 1982 EN LOS TALLERES DE EDITORIAL CALYPSO, S. A. Oculistas 43, Col Sifón. México 8, D. F, ESTA EDICIÓN CONSTA DE 35.000 EJEMPLARES MAS SOBRANTES PARA REPOSICIÓN.

JAMES BOND

otra vez en escena en la novela de JOHN GARDNER

LICENCIA RENOVADA PARA MATAR

pasando desde luego a la lista de "best-sellers" del

The New York Times Book Review,

El famosísimo agente conocido por todos y cuyas hazañas no tienen precedentes, aparece para enfrentarse una vez más a un mundo convulsionado en el que "alguien" debe encargarse de solucionar los inminentes problemas.

Terrorismo internacional, acción, violencia; dificultades que sólo la astucia y la osadía son capaces de vencer.

Con el más completo y sofisticado equipo, el protagonista recorrerá con el lector grandes distancias y lo llevará a conocer lugares y personajes inolvidables . . .

Una aventura plena de emoción y de suspenso, que una vez iniciada habrá de vivirse hasta el final.

Lasser Press